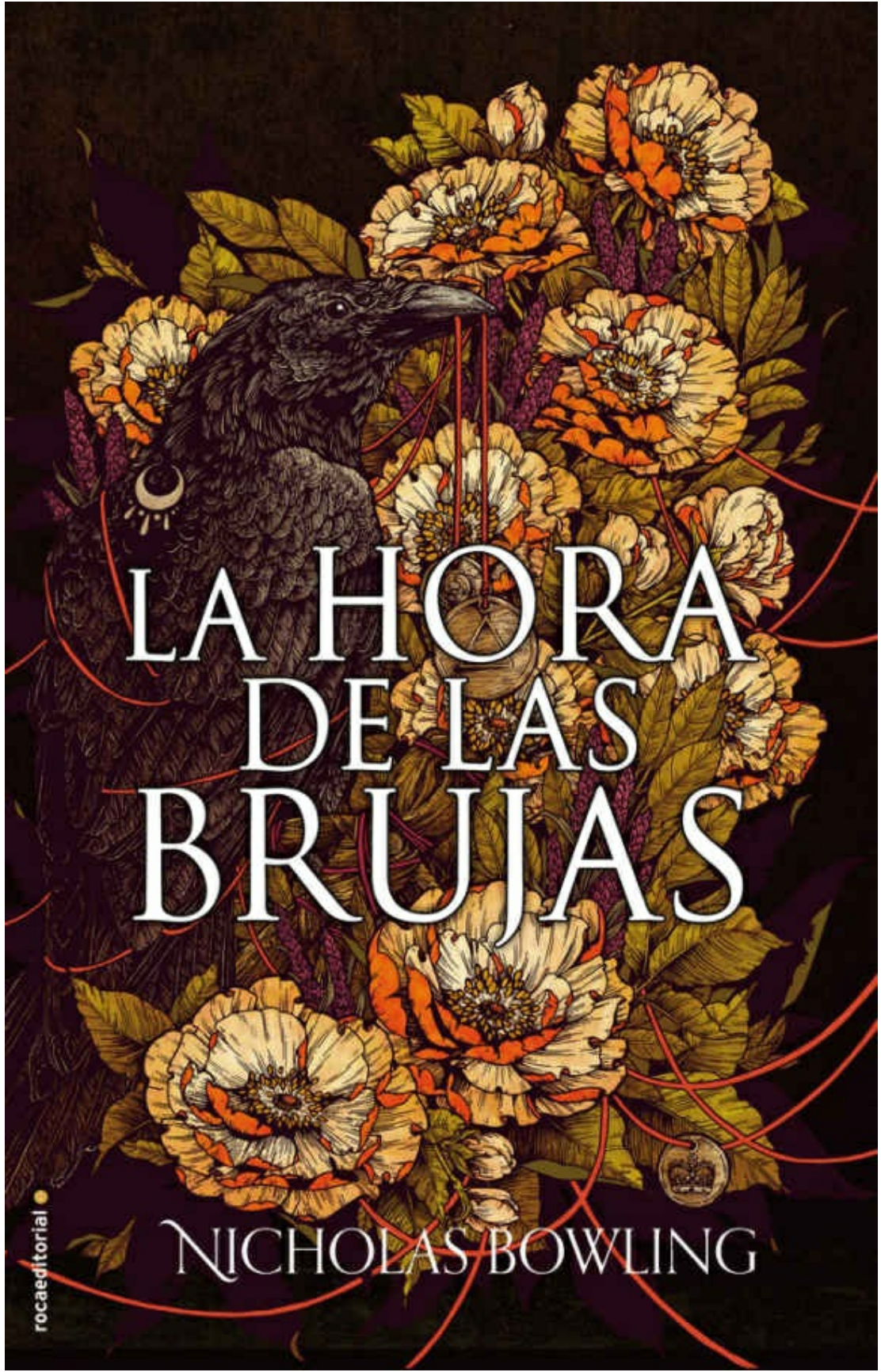


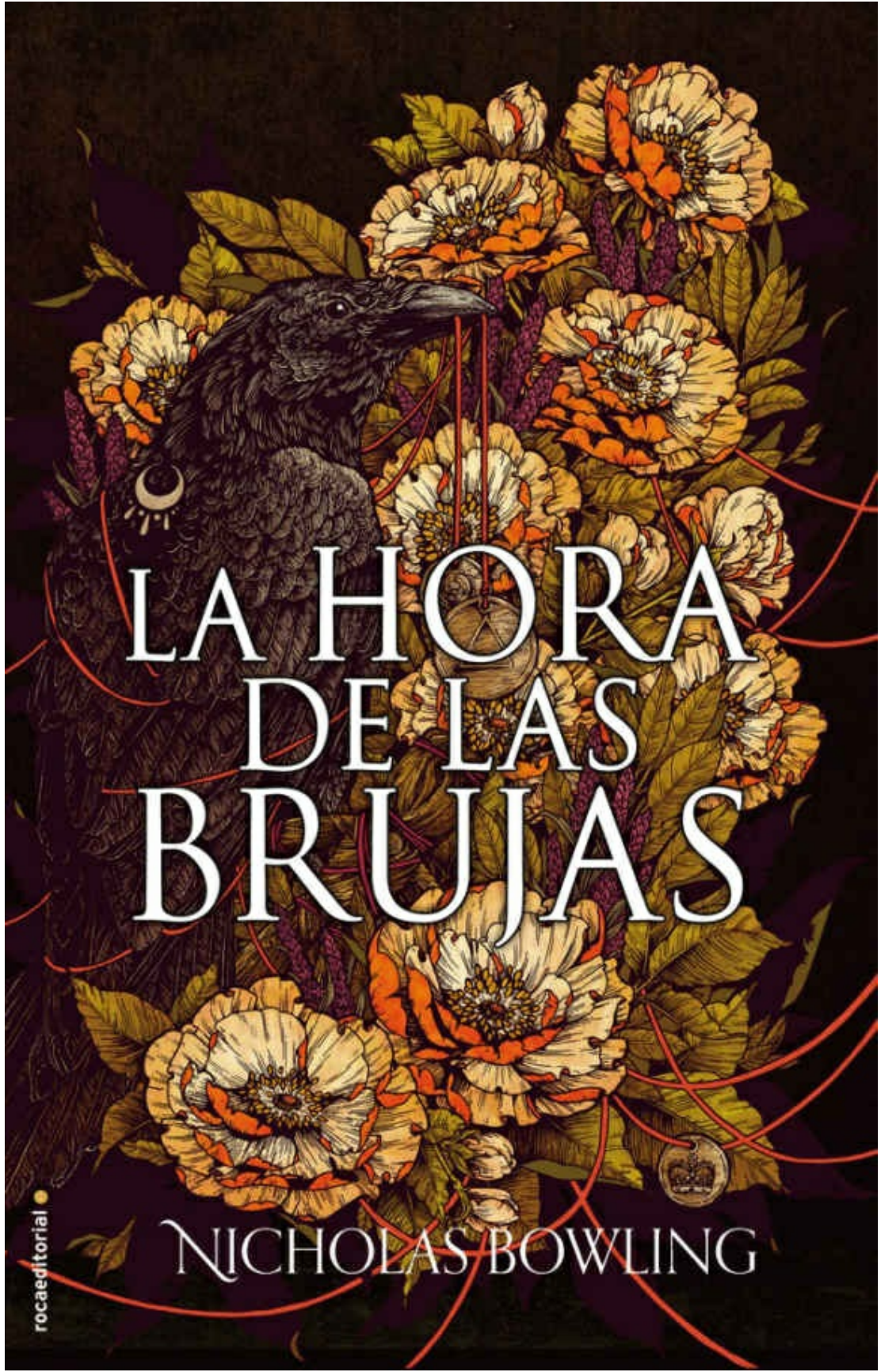
LA HORA
DE LAS
BRUJAS



LA HORA
DE LAS
BRUJAS

NICHOLAS BOWLING

rocaeditorial ●



LA HORA
DE LAS
BRUJAS

NICHOLAS BOWLING

rocaeditorial ●



Rocaeditorial

La hora de las brujas

Nicholas Bowling

Traducción de María Enguix Tercero

LA HORA DE LAS BRUJAS

Nicholas Bowling

**BRUJAS. NO SON MÁS QUE CUENTOS DE HADAS. ESTÁN
ASESINANDO MUJERES POR**

TODA INGLATERRA. SOLO PORQUE SABEN COSAS.

Alyce está encerrada en el manicomio Bedlam, muy enfadada, dicen algunos.
Su

madre fue quemada acusada de realizar brujería, su casa fue destruida y su
espíritu aniquilado. Pero tal vez Alyce no esté tan desolada como parece.

La visita de dos extraños enmascarados le dará la oportunidad de escapar, y
Alyce no la desaprovechará. Se verá obligada a huir a Londres, pero mientras
descubre sus poderes de magia oscura, se da cuenta de que fuerzas poderosas
la

persiguen.

ACERCA DEL AUTOR

Nicholas Bowling es autor, dibujante de cómics, músico y profesor de latín en Londres. Licenciado en Literatura Clásica e Inglesa por la Universidad de Oxford, en la actualidad da clases en la Trinity School. mientras escribía esta novela, debutó como actor en el Festival de Edimburgo. *La hora de las brujas* es su primera novela.

ACERCA DE LA OBRA

«Una lectura cautivadora. La llevé conmigo a todas partes y pegué un acelerón

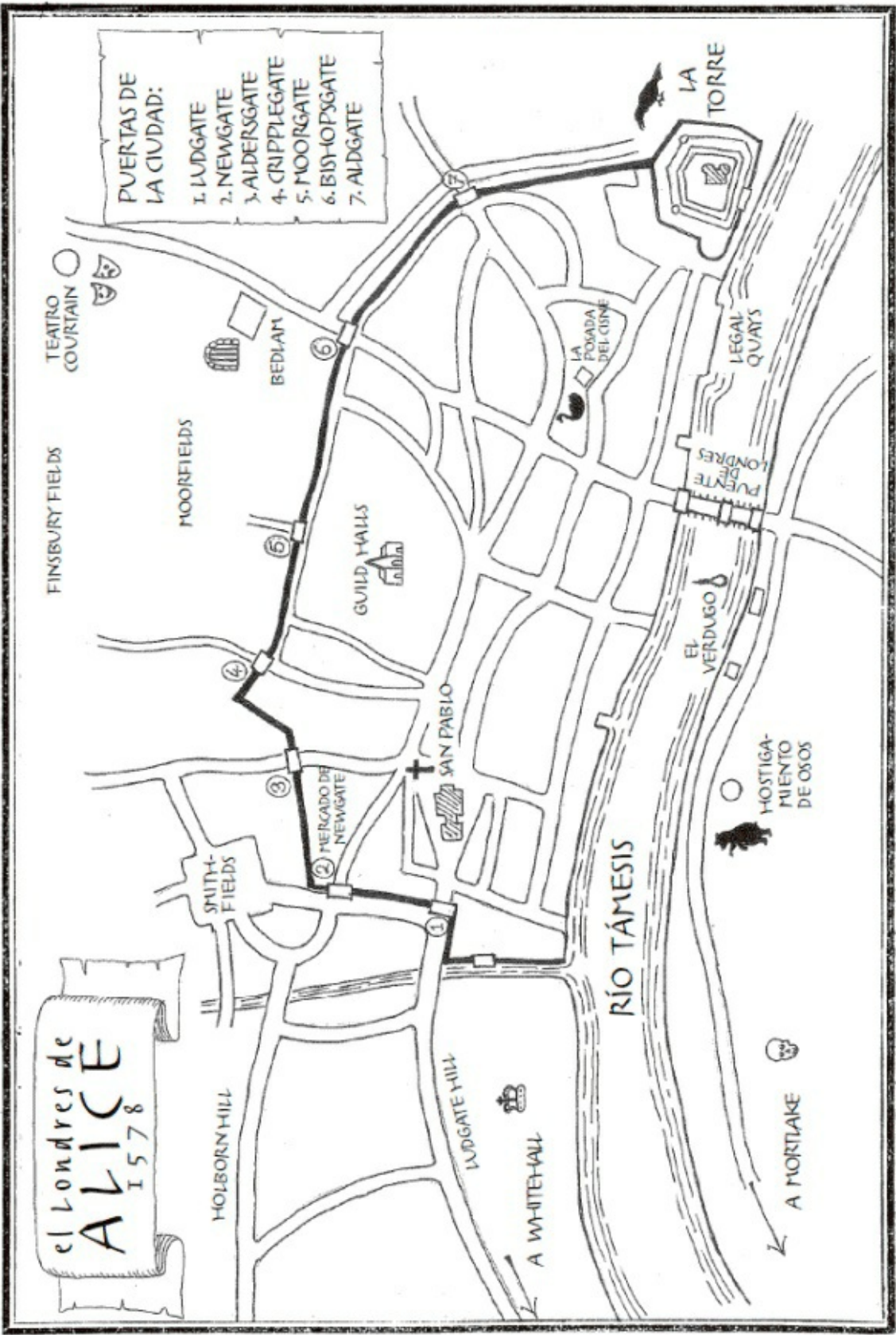
hasta el final. muy recomendable.»

JONATHAN DOWLE, EN *AMAZON*

A mamá y a papá

el Londres de
ALICE
1578

- PUERTAS DE LA CIUDAD:
1. LUDGATE
 2. NEWGATE
 3. ALDERSGATE
 4. CRIPPLEGATE
 5. MOORGATE
 6. BISHOPSGATE
 7. ALDGATE



FINSBURY FIELDS

TEATRO COURTAIN

MOORFIELDS

SMITH-FIELDS

HOLBORN HILL

MERCADO DE NEWGATE

GUILD HALLS

LUDGATE HILL

SAN PABLO

RÍO TAMESIS

EL VERDUGO

HOSTIGAMIENTO DE OSOS

A MORTLAKE

A WHITEHALL

PUNTE DE LONDRES

LEGAL QUAYS

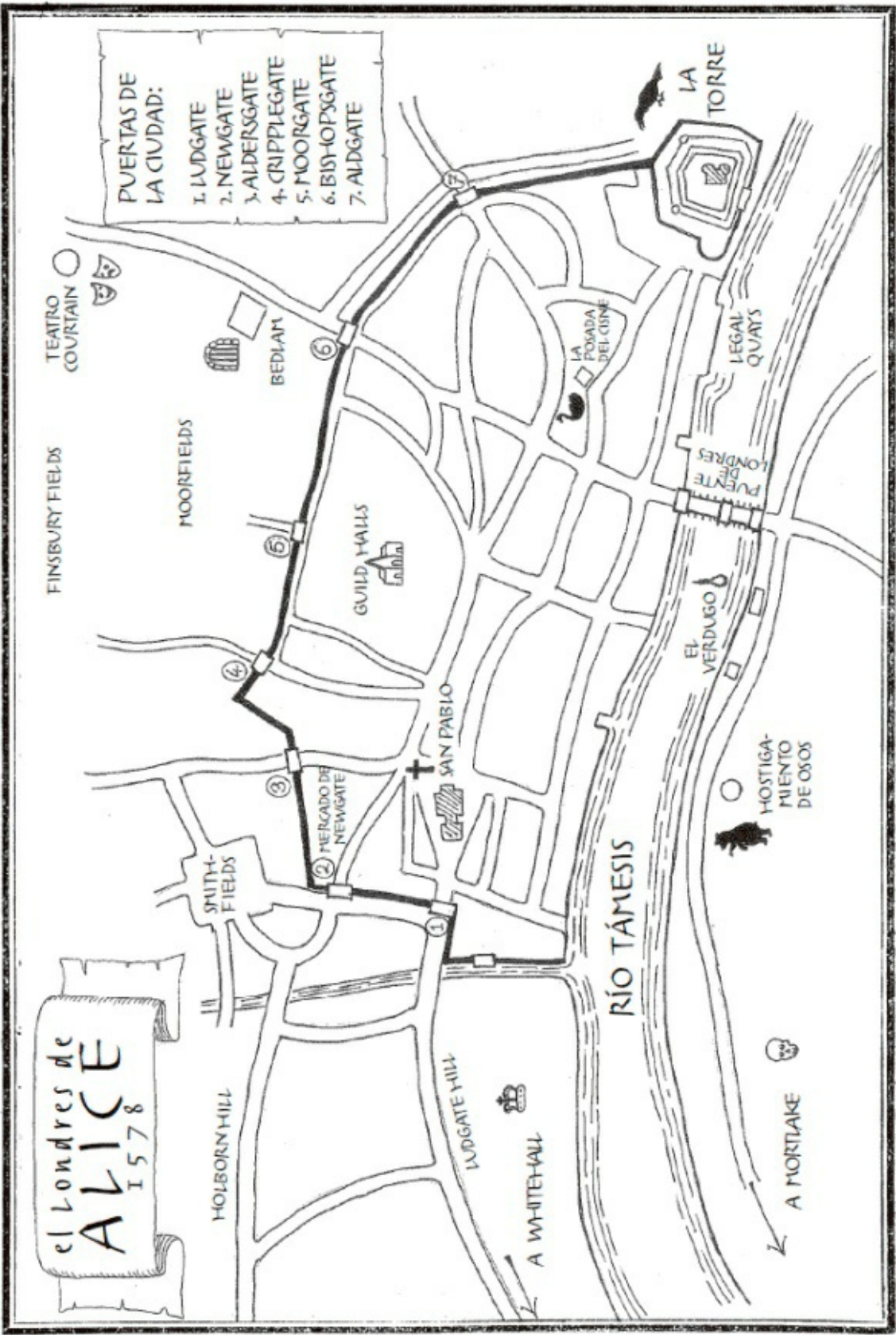
LA TORRE

LA POSADA DEL CUINE

BEDLAM

el Londres de
ALICE
1578

- PUERTAS DE LA CIUDAD:
1. LUDGATE
 2. NEWGATE
 3. ALDERSGATE
 4. CRIPPLEGATE
 5. MOORGATE
 6. BISHOPSGATE
 7. ALDGATE



TEATRO COURTAIN

FINSBURY FIELDS

MOORFIELDS

GUILD HALLS

SAN PABLO

RÍO TÁMESIS

EL VERDUGO

PUENTE DE LONDRES

LEGAL QUAYS

LA TORRE

HOSTIGAMIENTO DE OSOS

A MORTLAKE

LUDGATE HILL

A WHITEHALL

HOLBORN HILL

SMITH-FIELDS

MERGADO DE NEWGATE

LA POSADA DEL CUÑE

La EFIGIE de una bruja cuéntase entre las piezas más ingeniosas de la Magia Compasiva, la qual sirve para dañar o sanar. Con aquellos materiales que su Bruxería permite, la bruja fabricará una figura con forma de varón o de mugier, vinculando dicha figura al alma de un viviente con alguna materia viva & pudiendo ser esta cabellos o piel o saliva o sangre, etcétera. Desta forma, aquello que la bruja pudiese fazer a la EFIGIE, lo fará también al alma vinculada.

Preferirán muchas bruxas fazer una EFIGIE a su imagen y semejança, poniendo en esta sumo cuidado para salvaguardar la propia vida.

Arcana, «De la Compasión»

Fordham, Essex

20 de noviembre de 1577

El golpe en la puerta sonó con más fuerza esta vez. Ellen distinguió claramente

dos voces al otro lado de la ventana de la choza y, tras ellas, un apagado oleaje

de agitados murmullos. Se diría que se habían traído con ellos al pueblo entero.

La casa retumbó. Ellen miró la puerta, luego el caldero que estaba en la lumbre, y luego de nuevo la puerta. No tardarían mucho en derribarla, pero mientras se entretenían con ello, podría sacarles alguna ventaja.

Apresuradamente, reunió los últimos objetos que quedaban en torno a la

chimenea —hierbas secas, piedras, figurillas de paja y hueso— y los echó todos

al caldero, hundiéndolos uno a uno bajo la superficie de la sopa con una cuchara

de madera. Después apartó el mejunje del fuego y lo dejó reposando en el suelo

de tierra.

—¡ABRID LA PUERTA, ARPÍA!

«¿Arpía? —se dijo, mientras buscaba una cofia del respaldo de una silla y remecía debajo sus gruesos tirabuzones castaños—. Tampoco parezco tan vieja...»

Después se enderezó, se alisó la saya y se apretó con fuerza los lazos del corpiño. A buen seguro, su aspecto no le serviría de mucho tan pronto abriese la

puerta a sus visitantes, pero no pensaba facilitarles el trabajo de ninguna de las maneras. Miró de reojo las dos camas que había en un rincón de la habitación;

una era tan menuda que podría pasar por una cuna, y entonces una sombra nubló

su rostro.

«Espero que se acuerde de lo que tiene que hacer.»

Más aporreos en la puerta, que pronto cedería y se desencajaría de los goznes.

«Espero que esté a salvo.»

Ellen respiró hondo y fue a abrir la puerta. Una luz pálida y un aire frío, rico

en aromas húmedos de un otoño tardío, inundaron la choza.

Lo que vio al otro lado le provocó un escalofrío, más de sorpresa que de miedo. Frente a ella había un hombre con un rostro de una imposible belleza.

Los marcados pómulos, las arqueadas cejas y la barba picuda le daban un aspecto ligeramente diabólico que Ellen encontró atractivo. Enmarcaban estos rasgos una amplia gorguera y un alto sombrero negro, cuyas enormes plumas cabeceaban como el penacho de un guerrero griego. En el centro de todo ello estaban sus ojos: unos ojos como cuentas, que solo parecían tener pupilas, fríos y negros como los lagos de un bosque. El hombre le sonrió.

—Buen día, caballeros —dijo Ellen con serenidad. Junto al hombre apuesto había otro más alto y flaco. Llevaba una Biblia en una mano. Y en la otra, una

soga. Detrás de ellos asomaban las sucias, feas, absurdas caras de los aldeanos,

formando un apretado anillo alrededor de la cabaña.

El hombre apuesto se aclaró la garganta y habló. Su voz sonó como un martillo que golpea el yunque.

—Ellen Greenlief, por la autoridad del *Malleus Maleficarum*, se os acusa de practicar brujería, de renegar de Dios Todopoderoso y de su hijo Jesucristo, de sellar una alianza con el Diablo y de cometer varios crímenes de hechicería y necromancia, con los cuales habéis maldecido y afligido a los buenos vecinos de

Fordham.

Se produjeron tenues murmullos de aprobación entre los mirones. Ellen hizo lo posible por no parecer impresionada y le devolvió la sonrisa al hombre.

—Perdonadme, caballeros, pero sospecho que habéis hecho este viaje en

vano. No soy más que una pobre ama de casa. Me dedico a hilar. A tejer. —

Señaló una rueca rota que estaba apoyada en la pared exterior de la choza.

El hombre apuesto soltó una carcajada.

—Ay, doy buena fe de ello, pues os habéis dedicado a tejer una red de mentiras y engaños, y con la mayor de las sutilezas.

Su petulancia traslució con tanta claridad en su rostro que Ellen pensó por un momento que iba a hacer una reverencia. Un par de aldeanos cobraron ánimos al

oírle y expresaron su aprobación.

—¡Nunca ha *pisao* una iglesia!

—¡Agrió toda nuestra leche!

Ellen suspiró y respondió por encima del hombro del apuesto caballero:

—Eso deberíais discutirlo con vuestras vacas, maese Garrard, no conmigo. —

Se oyó la risita de uno de los niños entre la muchedumbre—. Entrad, señores, el

camino de regreso a Londres es largo. Descansad un poco y comed algo, y después podréis seguir vuestro camino. Hay estofado recién hecho.

—¡Miente! —exclamó otro de los campesinos—. ¡Es veneno!

—Reconozco que no soy la mejor de las cocineras, pero no es muy amable por vuestra parte... Al menos entrad y descansad los pies.

El apuesto caballero seguía sonriendo, aunque uno de sus ojos parpadeaba con

impaciencia. Aguardó a que el hostigamiento de los villanos se aplacara.

—Cuánta gentileza de vuestra parte —dijo tranquilamente, sus ojos convertidos ya en negros nubarrones—. Entraremos en vuestra casa, pero eso no significa que vayamos a aceptar vuestra hospitalidad.

El rostro de Ellen se endureció.

—Si lo que buscáis son pruebas que me acusen de brujería, siento decir que os llevaréis una decepción.

—Sí, por supuesto —dijo el hombre acercándose un poco más a ella. Sus ojos la escudriñaban con avidez, como buscando algo en su persona—. No hay duda

de que el Diablo os ha enseñado las mejores astucias para ocultar vuestras artes.

Ellen dejó escapar una risa helada.

—De modo que si encontráis lo que andáis buscando, se me acusará. Y si no lo encontráis, ¿se me acusará de ocultarlo? ¡Qué inteligente! ¡Y yo que creía que

la astuta era yo!

El rostro del apuesto caballero se partió en una sonrisa que reveló unos dientes inmaculados. Apenas estaba ya unos centímetros de ella. Olía a hierro y a humo

de leña.

—Es posible que podáis ocultar vuestros artefactos, bruja, pero no podéis ocultar vuestro cuerpo.

La agarró bruscamente de la muñeca con una mano enguantada, la arrastró hasta la entrada de la casa y le arrancó la manga de un brazo. Ellen notó el frío

escozor de la brisa en la piel. La turba contuvo la respiración.

—¡Mirad esto, buena gente! —cacareó el hombre, tirando de ella desde la puerta y levantándole el brazo en alto—. ¡La tetilla venenosa con la que ha estado amamantando a su «familiar»! [1](#) ¿Quién sabe cuántas más ocultará su vil cuerpo?

Ellen se miró los dos bultitos que tenía unos centímetros más arriba de la muñeca. Aún no se habían curado de la quemadura con unas tenazas. Escudriñó

los rostros de los aldeanos y solo halló odio e ignorancia. Luego se volvió hacia

el hombre que la tenía agarrada del brazo.

—¡Esto es de locos! Esto es una quemadura, imbécil, ¿o es que no lo veis?

¡Mostradme a una sola esposa en esta aldea que no tenga alguna de estas imperfecciones!

—¡Sigue negándolo, cuando las pruebas son claras como la luz del día!

¡Mentiras! ¡Retorcidas mentiras!

Los aldeanos rugieron. Algunos comenzaron a arrojar piedras, lodo y estiércol

contra Ellen y su casa. El apuesto caballero disfrutaba de su salvaje indignación

y dijo al hombre que estaba junto a él:

—Maese Caxton, atadla mientras rebusco en su morada. —Luego se volvió

hacia su frenético público—. Nos aguardan más descubrimientos impíos en el interior, demasiado repugnantes para que poséis vuestros ojos en ellos.

—¡La chica! —chilló una mujer—. ¡Tiene escondida a la chica!

Ellen miró al apuesto caballero, que le daba la espalda en ese instante. El vocerío de la muchedumbre era sobrecogedor y parecía succionarla como las olas de una marea creciente. Aunque tenía la cara vuelta, seguía oyendo sus palabras, que parecían florecer dentro de su cabeza.

—Sí —dijo el caballero—. La chica.

A continuación, sin mirarla siquiera, desapareció en la oscuridad de la choza.

Con practicada eficacia, el hombre más alto le pasó los brazos por detrás de la

espalda y comenzó a atarle firmemente las muñecas. Ellen pensaba demasiado fuerte como para sentir el mordisco de la soga en su carne, el calor y la viscosidad de sus manos y sus dedos.

El hombre le dio la vuelta, la enderezó e intentó pasarle la soga alrededor de la

cabeza. Ahora que podía verlo de cerca, Ellen comprobó que sus rasgos no tenían nada en común con los de su superior: vacíos y cetrinos, eran más bien anodinos. Detrás de él, los huracanados rostros de los aldeanos se rizaban como

un espejismo y, más allá, pudo entrever el fresco y sugerente follaje de los bosques de hayas.

«Tendría que haber huido con ella —pensó—. Tendría que haber huido nada más verlos.»

El extravagante sombrero del cazador de brujas se meció, emergiendo de

nuevo a la luz del día. Su sonrisa no se había desvanecido, pero mientras avanzaba hacia ella, Ellen pudo apreciar un matiz más rapaz. Su alto e inexpresivo compañero apretó un poco más la soga.

—¿Dónde está la chica? —preguntó el cazador de brujas.

Ellen lo miró. El caballero avanzó un paso más e hizo señas al que le apretaba la soga, que la ciñó más a su tráquea.

—Hablad —le dijo.

Ella ladeó la cabeza. El caballero apretó más la soga.

—Hablad.

Ellen podía notar el pulso del caballero detrás de sus ojos.

—Hablad, bruja.

A la tercera, Ellen centró su atención en el hombre que apretaba la soga. Abrió

la boca como intentando articular unas palabras y él se inclinó para escucharla.

Cuando lo tuvo tan cerca como para recibir su acre aliento en el rostro, la mujer dio un tumbo hacia delante y lo besó.

El apuesto caballero soltó una risotada.

—Me temo que vuestros encantos femeninos, por considerables que sean, no conseguirán distraernos de nuestro deber, señorita Greenlief. Pero estoy seguro

de que maese Caxton aprecia el gesto.

Ellen se reclinó hacia atrás musitando algo. Caxton le dio una bofetada con el

dorso de la mano que la tiró al suelo. La muchedumbre bramó de entusiasmo.

Después, por primera vez, una expresión se registró en el pálido rostro del hombre alto; algo entre el miedo y la sorpresa. Era como si intentara escupir, pero sin lograrlo. Sus labios se tiñeron de un color violáceo y se cubrieron de ampollas. Presa del pánico, el hombre intentó hablar, pero algo alojado en su garganta se lo impedía. Primero gorjeó, luego se convulsionó y por fin escupió.

Al hacerlo, el hombre vio cómo su lengua, ennegrecida y putrefacta, se le caía de

la boca y aterrizaba en el suelo, entre sus pies.

El apuesto caballero miró a su quejumbroso acompañante durante un rato y después a Ellen. Reculó un par de pasos, se agachó y cogió la lengua del suelo

con sus enguantados pulgar e índice. Los aldeanos habían enmudecido, y solo se

oía un aleteo de oraciones musitadas.

—Esta mujer y su hija —anunció— son una plaga. Nos infectarán a todos. Y como os dirá cualquier médico, buenas gentes, solo existe un modo seguro de prevenir la propagación del contagio. —Miró un rostro tras otro, con los ojos chispeantes—. La hoguera.

Todo Fordham era cenizas y humo. Había empezado a llover una hora antes, pero los restos de la hoguera seguían ardiendo y el olor empalagoso y acre de la

madera y la carne carbonizada impregnaba las casas. La culpa era de los aldeanos: se habían dejado llevar, y las llamaradas habían crecido en exceso. La

mayoría regresaba ya, exhausta, a sus hogares, pero aún podía oírse a algunos

de

ellos rastreando los bosques y dando voces mientras buscaban a la chica. Un sol espectral planeaba sobre el horizonte.

Quedaban dos hombres junto a las cenizas, contemplando el lugar que antes había ocupado la estaca. A pesar de la llovizna, John Hopkins permaneció allí plantado, con su alto sombrero negro entre las manos, alisando sus plumas, ensimismado. Su jubón de terciopelo bordado de perlas estaba empapado, lo mismo que sus cabellos, pero no parecía percatarse de nada. Justo detrás de él se

hallaba el pastor de la aldea, un anciano lento de cuerpo y de entendederas, que

tosía y escupía mientras el viento azotaba su rostro con copos plomizos.

—Doy las gracias a Dios de que estéis aquí, señor —dijo inclinando

levemente la cabeza a modo de reverencia.

—¿Mmmm?

—Doy... doy las gracias a Dios. Por haberos enviado hasta nosotros.

Hopkins no respondió.

—Y rezaré por vuestro compañero —prosiguió—. Que Dios lo reconforte en su... congoja.

—Como deseéis.

El pastor levantó la cabeza, confuso. Parpadeó para quitarse la ceniza de los acuosos ojos. Los ojos de Hopkins seguían fijos en la estaca humeante.

—Una vieja testaruda, eso es lo que era —dijo, tamborileando sus enjorados dedos en la copa de su sombrero.

—¿Decíais, señor?

—La cacatúa. Por lo general, las llamas no han alcanzado las plantas de sus pies antes de que confiesen. —Hablaba sobre todo para sí mismo y, por una vez,

sus labios no se rizaban en una sonrisa—. Pero esta... No ha querido soltar prenda, ¿cierto?

—No, señor. Debía de estar a partir un piñón con el Diablo para que este permaneciera con ella hasta el final —dijo el viejo persignándose.

La mandíbula de Hopkins se contrajo. Había creído que quemando a la madre la chica saldría de su escondite. O que la mujer habría revelado su paradero nada

más atarla a la estaca. Pero no había sucedido ni lo uno ni lo otro. Y Ellen Greenliefte ya estaba muerta.

Hopkins se volvió de pronto, y el párroco se estremeció perceptiblemente.

—La chica. ¿Tenía amigos en la aldea?

—No, señor. Estas dos no se mezclaban con nadie. Nunca iban a misa. Ni siquiera después de las sanciones. Nunca salían de esa casa maldita.

Hopkins observó al anciano en silencio durante un rato, y luego miró por encima de su calva cabeza la casa de Ellen Greenliefte, encaramada a la colina que descollaba sobre el resto del pueblo.

—Nunca salían de la casa —murmuró.

Sin una palabra más, se encajó el sombrero en la cabeza y se alejó del párroco colina arriba. La lluvia caía con más fuerza, y el sendero surcado de baches por

el que caminaba pronto se transformó en un torrente embarrado. El cielo era

tan

negro como un cardenal.

Cuando llegó a la choza, la puerta seguía abierta y la casa tan oscura y vacía como la habían dejado poco antes. El espacio era pequeño, pero la penumbra le

daba un inesperado aire de amenaza. Tendría que tener cuidado al andar; no quería que los hechos de Norfolk volvieran a repetirse. Los truenos bramaron y

las hayas suspiraron bajo la tormenta inminente.

Hopkins entró en la choza y se sacudió la lluvia de la capa. Bajo la luz mortecina, solo pudo distinguir los lechos en un rincón de la habitación y, en el

otro, las ascuas casi marchitas de la lumbre. Un caldero con un guiso frío reposaba aún en el suelo.

Aguardó a que sus ojos se ajustaran a la oscuridad y se acercó a los dos lechos. Algo crujió bajo sus pies y vio que por el suelo se esparcían unas figurillas de animales y personas, trenzadas con paja y pelucas. Colocó una de ellas con cuidado en la palma de su mano y la examinó a la débil luz del fuego.

Después la guardó entre los pliegues de su jubón y empezó a recorrer la choza

con una mueca. El lugar era demasiado pequeño como para albergar una pared

falsa, o un escondrijo de los que servían de refugio a los curas católicos

perseguidos, o cualquier otra cavidad para esconder a un hombre. O a un niño.

Sin embargo, estaba seguro de que se le escapaba algo.

Los truenos retumbaron de nuevo, esta vez más cerca, dentro de las paredes de

la choza, dentro de sus oídos, tan tenues como el gruñido de un perro arrinconado. De repente la oscuridad se acentuó, una honda oscuridad, opresiva,

que parecía trepar por su nariz y por su boca cuando intentaba respirar.

Moviéndose a tientas entre las sombras, se golpeó la punta del pie con algo duro e inamovible. Cuando hubo terminado de maldecir, se arrodilló en el suelo

y se quitó la mugre del objeto con el que había tropezado. Era una anilla de hierro, fría y forrada de óxido. Le pareció extraño no haber reparado en ella antes.

Hopkins se puso en cuclillas y tiró con fuerza de la manija dos veces. Al tercer

intento pudo estirar las piernas, y la trampilla se abrió cayendo pesadamente hacia atrás. Un resplandor naranja y firme como de horno inundó la choza desde

abajo. Hopkins se deleitó en la luz, plantado triunfalmente sobre la entrada del silo, con los brazos en jarra.

Este fue el momento que ella eligió para apuñalarle.

El cuchillo que usó era tan afilado que el hombre no comprendió lo que estaba

sucediendo hasta que bajó la mirada y vio el puño que sobresalía de debajo de

sus costillas. Se tambaleó hacia delante y cayó rodando por los peldaños, retorciéndose con desmaña para poder atisbar a su asesina mientras esta

saltaba

por encima de su cuerpo. Le vio la cara, enmarcada por unos rizos que parecían

arder con un fuego propio, y por primera vez dejó de sonreír.

Era verdad. Todo había sido verdad.

No la oyó marcharse. Estaba en algún punto detrás de él, su respiración era lenta y regular, mientras que la de él era cada vez más débil e irregular. Sintió que un extraño entumecimiento trepaba por los dedos de sus manos y sus pies.

La chica seguía mirándolo cuando las tinieblas finalmente lo engulleron.

I

Londres

Un mes después

Alyce se desperezó lentamente y se sentó sobre las baldosas en posición recta.

Por instinto, se llevó la mano a la cabeza. Cada vez que despertaba hacía lo mismo; cada vez sabía exactamente lo que iba a encontrarse; y cada vez el alma

se le caía un poco más a los pies cuando sus dedos notaban el pelo grueso e irregular que sustituía su antigua cabellera.

Echaba en falta sus cabellos, sobre todo en las noches frías como esta. Nunca

se los había cortado, ni una sola vez en catorce años; una melena tan larga y espesa que la envolvía como una manta. A su madre le encantaba. Los

gobernadores se la habían cortado de una tacada.

Luego se metió un dedo en el oído y se sacó la cera que había introducido dentro esa misma tarde. Llevaba un par de semanas recogiendo las gotitas blancas de las velas de los gobernadores que caían al suelo y las usaba para amortiguar las risas, los lloros y los berridos que resonaban esporádicamente por

los pasillos. Todo empeoraba por la noche.

Su celda cobraba una extraña belleza a la luz de la luna, paralizada en una blanca y delicada quietud. Habían barrido el suelo, el cubo en el rincón ya no estaba y le habían dado un puñado de paja fresca a modo de camastro, como si

fuera una vaca de feria. Sobre la paja colgaban unas esposas que los gobernadores no habían usado. Lo habían intentado, pero sus manos y sus muñecas eran muy finas y resbaladizas. No obstante, seguían cumpliendo su papel de lúgubre recordatorio de su condición de reclusa.

Una reclusa, no una paciente. «Hospital Real de Bethlem» rezaba la inscripción sobre la puerta, pero ella había comprendido la verdad muy deprisa.

Bedlam, como también era conocido el establecimiento, no era un hospital, y ella no estaba allí para recuperar la salud.

Alyce se aupó hasta la ventana, sus pies tan duros y helados como las piedras debajo de ellos, y miró por entre las rejas de su celda. Un enorme cuervo desgredado estaba encaramado a los frontones de los aposentos de los gobernadores. Batió ruidosamente las alas en el patio, y luego planeó sobre la garita de vigilancia hasta la calle.

Lo que le impedía dormir no eran tanto los otros reclusos como sus recuerdos.

Armaban un ruido atroz dentro de su cabeza, un ruido propio imposible de acallar. Eran los últimos momentos de pánico: el miedo en los ojos de su madre,

la garra de sus dedos en los hombros de Alyce, tan firme que había dejado cardenales en ellos. Luego, la visión del carruaje llegando a la aldea a los pies de la colina, su madre escribiendo apresuradamente la carta, sellándola y metiéndola a la carrera en el silo que tenían debajo de la choza.

«Ve a Bankside —le había dicho—. Busca al verdugo John Dee. Entrégale esta carta.»

La trampilla cerrándose, y después de aquello...

El rostro gélido de Alyce se ruborizó y comenzó a arderle. «No pienses en eso», se regañó. Le escocían los ojos. Pensó que podía oler la hoguera. «No hay

nada que pensar. No hay nada que se pueda hacer.»

Durante todo el camino a Londres, Alyce repitió entre dientes las palabras de su madre, una y otra vez, hasta que parecieron perder todo su significado.

«Bankside. El verdugo. John Dee. Bankside. El verdugo. John Dee.» Seguía recitándolas cuando maese Makepiece la encontró en la cuneta, envuelta en su húmeda y mugrienta cabellera y medio muerta de congelación. No era extraño

que hubiera pensado en Bedlam como el mejor sitio para ella. Debió de parecerle que había perdido la cabeza. Y quizá fuera así.

Cuando la llevó a Bedlam por primera vez, la idea era que permanecería solo unos días. Fuera de su celda se chismorreaba sin cesar sobre su mantenimiento;

decían que al no tener a nadie que se lo costeara terminarían echándola para que

cediera su sitio a otro interno que sí pudiera aportar los tan necesarios fondos.

Pero su padrino no la había abandonado, pese a las objeciones de los

gobernadores, y habían transcurrido varias semanas desde que hiciera de esta apestosa celda su hogar.

De repente oyó el sonido de una llave hurgando en la cerradura de su celda. Se

apresuró a secarse las lágrimas de los ojos.

«Que sea el bueno. Por favor, por favor, que sea el bueno.»

No era el bueno. Era el otro. El gordo. El que le gritaba y la reñía y le decía

que Dios la había proscrito y que el Demonio la habitaba, y la sumergía en baños

de hielo para curar su mal humor. A pesar del frío, tenía la cara roja y sudorosa, con finos mechones pajizos apelmazados en la frente. El hombre seguía

jadeando tras haber trepado los únicos escalones que conducían a la celda de Alyce.

—Hola, palomita —farfulló. Otra vez borracho. Alyce se estremeció—.

Noche fría, esta. Algo caliente *pa tol* mundo, órdenes de maese Makepiece —

pronunció el nombre del maese con un veneno apenas disimulado, y le tendió un

cuenco de gachas.

Alyce se arrastró hacia el cuenco y lo cogió, los ojos fijos en el espejeante

rostro del gobernador. El cuenco estaba helado.

Él la observó mientras retrocedía a su rincón y se llevaba una cucharada de la bazofia gris a los labios.

—¡Alyce! —dijo con desmán burlón y meneando el dedo—. Los buenos cristianos bendicen la mesa antes de comer.

No era la primera vez que se divertía con este juego, y ella siempre perdía.

Alyce no sabía lo que era «bendecir» y, aunque lo hubiera sabido, hablar no era

algo que le resultara ya fácil. A veces maese Makepiece lograba arrancarle unas

pocas palabras, pero nunca había dicho una sola palabra a maese Kemp. En su mundo silencioso, los oía hablar de ella. «Melancólica», había dicho Makepiece.

Kemp, por su parte... en fin, las descripciones que hacía de ella eran un poco más imaginativas.

—Si no puedes agradecerle a Dios la comida que tienes delante, muchacha, no

estoy seguro de que pueda dejarte comer de buena fe. —El gobernador extendió

un brazo para reclamar el cuenco, y Alyce tembló—. Repite conmigo: *benedic nobis, Domine deus...*

Alyce no dijo nada. Se limitó a mirarle.

—Repite conmigo —dijo Kemp, alimentando su frustración, dejándola florecer en su rostro. Sus mofletes temblaron—. *Benedic nobis...*

Una vez más, el silencio fue la única respuesta. Con un solo movimiento, el hombre se acercó a Alyce, le cogió la barbilla con sus pequeños dedos

regordetes y empezó a abrirle y a cerrarle la mandíbula como si fuera una muñeca a la que se obliga a hablar por la fuerza.

La vergüenza de Alyce fue en aumento y se transformó rápidamente en furia.

Agarró el borde del cuenco y le arrojó su contenido encima. Las gachas impactaron de lleno en la cara del hombre con un ¡zas! profundamente satisfactorio.

Se produjo un extraño silencio. Maese Kemp la observaba a través de su máscara grumosa y gelatinosa. La avena le colgaba de las cejas y le goteaba por

la barbilla. Alyce tuvo ganas de echarse a reír, por primera vez en lo que parecían años. Pero el momento duró poco. El hombre se limpió los ojos con la

manga y reaccionó con violencia, agarrándola por la garganta y maldiciéndola.

—¡Edmund!

La segunda voz sorprendió a Alyce. Era una voz grave y cálida, pero

extenuada. Por encima del hombro de Kemp vio a otro hombre en el vano de la

puerta abierta. Era maese Makepiece, el hombre que la había encontrado primero, el único gobernador que le había mostrado algo de bondad. Kemp la soltó y se volvió hacia él con un suspiro cortante.

—¿Qué?

—Con vuestro aliento en su cara es menos probable que quiera hablar.

Dejadla tranquila.

Maese Kemp resopló.

—¡Se niega a aceptar al Señor, Thomas! ¿Qué esperanza de salvación puede tener si no es capaz de rezar siquiera?

—No todas las oraciones tienen por qué ser en voz alta, Edmund. Dios conoce

mejor que nosotros los pensamientos de esta joven.

Maese Kemp volvió a mirarla. El rostro de Alyce permanecía perfectamente impassible.

—No está bien. Debería estar gritando su fe desde los tejados. Llamando al Señor, suplicando su perdón al Señor.

—Tiene prohibido subir al tejado —dijo con calma maese Makepiece.

Maese Kemp lo miró fríamente, y después hipó, lo cual arruinó su compostura.

—Todos los demás, a pesar de todos sus aullidos, aún son capaces de proferir algunas palabras de oración. Aún conocen el poder de la cruz cuando la ven.

Pero esta... —Puso un dedo en el rostro de la muchacha.

Maese Makepiece dejó que la voz de maese Kemp se fuera apagando y esperó

a que callara.

—Ahora eso no importa de todas maneras, porque se marcha. Esta noche.

—¿Se marcha? —preguntó Kemp.

«¿Me marchó?», preguntó Alyce.

—Sí. La están esperando abajo.

—¿Esperar? —A Kemp le costó un momento entender de quién estaba hablando maese Makepiece. Después Alyce vio como su cara fofa se partía en

una sonrisa grotesca—. ¡Lo veis! ¡Yo tenía razón! —Se volvió hacia Alyce —.

Más te vale aprender las oraciones ahora, muchacha. ¡Lo sabía!

Makepiece no le prestó la menor atención.

—Vamos, muchacha. Hay alguien que quiere verte.

Alyce avanzó y al hacerlo pisó con uno de sus fríos pies las gachas esparcidas por el suelo. Mantuvo la distancia con Kemp, cuya sonrisa parecía grabada como

una máscara esperpéntica a la luz de la luna. Tan pronto estuvieron en el pasillo, los aullidos, las risas y el parloteo demente de los otros internos rasgaron el aire.

Alyce deseó taparse los oídos con la cera otra vez.

Maese Makepiece apoyó cariñosamente una mano en su hombro y ella levantó

la cabeza para mirarlo. Sus rasgos eran suaves y duros al mismo tiempo, como si

los años los hubieran ajado en una expresión de resuelta e inmutable amabilidad.

Pero esta noche parecían más tristes que de costumbre. Él la miró desde

debajo

de sus pobladas cejas.

—Lo siento mucho, Alyce —dijo, y la condujo escaleras abajo.

II

A Alyce no le hizo falta que maese Makepiece le dijera nada porque sabía

quién la estaba esperando en la casa del guarda de Bedlam. Por supuesto, los cazadores de brujas habían dado con ella. ¿Quién iba a ser si no? Mientras pasaba por delante de las otras celdas, unas caras blancas la observaban a través

de los cuadrados ventanucos, caras de hombres y mujeres, los ojos idos y sin pestañear.

Tenía el estómago demasiado vacío como para sentir náuseas. Solamente se sentía hueca, delgada, como una sábana colgada en una cuerda de tender.

Empezó a sudar: hervía por debajo de la piel y se congelaba por arriba.

—Aunque no apruebo los métodos de maese Kemp —dijo Thomas en voz

baja mientras penetraban la resonante oscuridad—, puede que tenga razón sobre

la necesidad de rezar. Cuando te lleven de aquí... —Hizo una pausa. Alyce se miraba los pies. —Cuando te lleven, descubrirás que tienes pocos amigos aparte

de Dios. Recuerda que Él siempre te escuchará.

«No apostarí nada por eso», pensó Alyce. Su madre casi nunca hablaba de Dios. Los otros aldeanos lo hacían y, al parecer, Él no las tenía en gran consideración, ni a ella ni a su madre.

Cuando llegaron a la casa del guarda, esta estaba bañada en la mortecina y

herrumbrosa luz de las ascuas del hogar, lo que le daba un aura ligeramente infernal. De un rincón de detrás de la chimenea emergieron dos sombras, más sustanciales que las otras, como si la propia penumbra se hubiese recogido para

darles forma y movimiento.

«Curioso», pensó Alyce. Estos dos hombres eran muy diferentes de los que habían venido en busca de su madre. Al del sombrero lo veía en sueños casi todas las noches; seguro de sí mismo e insolente, se pavoneaba de aquí para allá

con sus perlas. Sin embargo, esta pareja tenía un aire mucho más furtivo, nervioso incluso, ambos vestidos con capas negras de viaje de lana basta y capuchas sobre sus cabezas. También llevaban franjas de tela cubriéndoles el rostro, de modo que solo podían verse sus ojos; e incluso estos eran blancos y vidriosos a la luz de la lumbre.

—Alyce —dijo uno de ellos. Extraño, otra vez. Era la voz de una mujer, pero la figura que había hablado no parecía en absoluto femenina. El otro hombre, o

acaso también fuera una mujer, se volvió a mirar a su compañera, como si estuviera tan sorprendido como Alyce—. Por favor, venid con nosotros.

Alyce tragó saliva. Debían de haberla seguido todo el camino desde su casa.

¿Cómo era eso posible siquiera?

—Esto no está bien —dijo maese Makepiece con las manos apoyadas en los hombros de Alyce. Su tono sugería que había pronunciado el mismo discurso otras veces, y que nunca lo habían escuchado—. No es cristiano. ¿Cuántos inviernos pensáis que ha visto? ¿Trece? ¿Catorce? La encontré en la cuneta. No

tenía a nadie que la mantuviera. ¿No hay espacio en vuestros corazones para el

perdón de otro tan joven?

El hombre lo miró, pero sin responder. Luego se volvió para susurrar algo al oído de su compañera.

La mujer no había hecho el menor movimiento tampoco, salvo ladear la cabeza mientras escudriñaba a Alyce.

—¿Dónde están sus enseres? —preguntó—. ¿Qué llevaba encima cuando la encontrasteis?

—Solo llevaba sus ropas —dijo Makepiece.

—Traedlas.

El gobernador suspiró.

—Es nuestra costumbre entregar a los hospicios la ropa de nuestros pacientes,

para vestir a los pobres.

—¿Y eso es lo que habéis hecho? —preguntó el hombre, con un ojo todavía puesto en su compañera.

Thomas negó lentamente con la cabeza.

—Todavía no.

—Pues entonces dádnosla a nosotros.

Alyce se puso muy en alerta de pronto, posicionada entre maese Makepiece y las dos figuras que tenía delante. Las palabras del gobernador habían encendido

una pequeña llama de esperanza en su vientre, que alimentaba y protegía, con las

manos cruzadas sobre el ombligo, como si intentara impedir físicamente que saliera.

Si todavía conservaban su saya, existían muchas posibilidades de que la carta siguiera oculta en un bolsillo. Si podía reclamar el trozo de pergamino, huir de

Bedlam, llegar a Bankside, dondequiera que eso estuviera...

La esperanza en su interior borboteó y escupió. Estaba tan débil, tan roída de hambre, los nervios tensos y quebradizos como el hielo. Quizás huir no fuera su

destino después de todo. Quizá su destino fuera el siguiente: que la arrancaran de la existencia, de la misma forma que habían hecho con su madre, un

inconveniente en el fluido curso del mundo, una espina clavada en el cosmos.

Quizá lo mereciera, también, después de lo que había hecho.

Maese Makepiece la dejó sola en la casa del guarda con sus captores, y se fue arrastrando los pies por la puerta trasera que daba al rincón frío y húmedo del hospital donde habían guardado sus ropas. Alyce se balanceó incómoda sobre sus talones.

—Vais a matarme, ¿no es así? —murmuró.

Ninguno de los dos respondió.

—Sabéis lo que he hecho. Sabéis quién soy.

—Sabemos quién sois —dijo la mujer. La tela que le velaba el rostro ondeó

bajo su aliento—. ¿Y vos?

La extraña pregunta cogió a Alyce desprevenida. ¿Esta mujer estaba tomándole el pelo? Notó el sabor de la bilis en la boca del estómago, como si fuera a vomitar. La odiaba. Los odiaba. Más que nada en el mundo.

—Tu madre nunca os dijo nada, ¿verdad? Antes de morir.

Alyce tragó saliva y cerró los puños formando dos bolas de piedra.

—Os diré lo que mi madre me dijo antes de que la quemarais.

—Escuchad, hija...

—Dijo: «Si te atrapan, tendrás que matarles».

La pareja se miró.

—Yo en vuestro lugar no lo intentaría —dijo Alyce, señalándolos a ambos con

un dedo delgado y sucio—. Porque ya tengo cierta práctica y resulta que se me

da muy bien.

Acto seguido, salió corriendo por la puerta. Detrás, la oscuridad y la niebla que se habían instalado en el jardín la aguardaban para abrazarla. La mujer gritó

y dio un salto tras ella, y justo cuando Alyce puso un pie en el umbral, notó como las manazas del otro hombre la atrapaban por la cintura y la arrastraban hacia atrás. Alyce intentó zafarse de sus dedos, pero estaban tan firmemente hundidos en su piel como las raíces de un árbol. Agitándose, le clavó un

codo en la ingle, y un sordo gruñido escapó del pañuelo que le tapaba la boca.

Alyce intentaba zafarse del hombre cuando la mujer la agarró de una de las muñecas, pero este gesto solo consiguió darle un poco más de ímpetu mientras

se giraba, y le arañó la cara con un puñado de mugrientas uñas. A la mujer se le

cayó la capucha de la cabeza. Sus rasgos eran pálidos como la muerte, angulares,

casi como los de una calavera, y el sucio rebrillo rojo del fuego los volvía más

macabros.

Al mismo tiempo, Alyce oyó gritos y pisadas provenientes del pasillo. Maese

Makepiece estaba volviendo. La mujer se apresuró a colocarse la capucha y a arreglarse las capas de tela sobre el rostro, mientras que el hombre se agarraba el órgano viril y gimoteaba. Alyce sopesó la posibilidad de esperar a Makepiece.

Su ropa. La carta. No, no había tiempo. Cogió una jarra de la mesa de la casa del

guarda, golpeó al hombre en la sien por si las moscas y después salió corriendo al patio.

La puerta principal estaba cerrada. Tendría que huir por la parte trasera de los

pabellones del hospital, pasar por delante de los restos de la capilla y atravesar el camposanto. Sus pies golpeaban las baldosas al correr, y los hombres y las mujeres dementes la miraban con ojos tristes a través de los barrotes de sus celdas.

Cuando alcanzó el muro de la capilla, se detuvo, jadeante. La luz de la luna se

filtraba por entre las ramas de los tejos, proyectando pálidas sombras y figuras que se retorcían con la brisa. El lugar estaba lleno de fantasmas.

Pensó en su madre otra vez y, físicamente, se sacudió el recuerdo de la cabeza. «Ya pensarás

después. Ahora corre.»

La voz de la mujer resonó a cierta distancia detrás de ella, y Alyce escaló el muro, saltando al cementerio. Agachada, fue zigzagueando por entre las lápidas,

por entre las almas pobres, dementes y sepultadas del pasado de Bedlam, sus pies crujiendo en la tierra congelada. Detrás de las ruinas de la capilla se encontró con otro murete y una fosa, en cuyo fondo cayó dando un patinazo, y

no pudo mantener el equilibrio hasta que plantó los pies en quince centímetros de agua sucia y helada.

Y ya estaba en el exterior, libre, corriendo por Moorfields bajo la luna, con la hierba azotando sus muslos y su aliento estallando desde su interior en cálidas y relumbrantes nubes.

La sensación de triunfo no duró mucho. No tenía ni idea de hacia dónde iba, pero no se detuvo. No podía detenerse. Dos veces creyó oír la ronca voz de un

hombre flotando en el viento, y cada vez descubrió otra pizca de energía para mover sus piernas cien pasos más adelante. También oía otro sonido: era como el

aleteo suelto de su propia saya, a unos metros de ella, sobre su cabeza. Alas batientes, habría jurado. Solo tuvo el valor de mirar atrás una vez y cuando lo hizo fue como si la vastedad del cielo de medianoche lo hubiese engullido todo.

Corrió hasta encontrarse a los pies de la muralla de la ciudad de Londres y la bordeó hasta dar con una de las enormes puertas torreadas. El rastrillo estaba echado. La ciudad estaba cerrada.

Las cansadas piernas de Alyce se doblaron y se arrastró gateando hasta una esquina donde la muralla conectaba con la torre. Una variedad de animales habían marcado allí su territorio, pero corría brisa y, después de la pestilencia de Bedlam, no lo encontró particularmente molesto.

Se había enfriado rápidamente y no se movía. Sus recuerdos la atraparon de nuevo, como si los hubiera dejado momentáneamente atrás en su huida.

Contempló los campos abiertos delante de ella y el mundo le pareció un lugar vacío y solitario.

«¿Qué estoy haciendo aquí?»

Al pensar en su hogar —cosa que no quería realmente—, se le ocurrió algo.

Remetiendo los talones bajo los muslos, comenzó a rastrillar la tierra en busca de lo necesario para mantenerse a salvo esa noche.

Paja. Ramitas. Plumas. Huesos.

Los dobló y los trenzó, sus manos moviéndose hábilmente a pesar del frío, hasta que comenzaron a formar una figura humana reconocible. Le parecía oír casi la voz de su madre, sobre su hombro, animándola, ayudándola a hacerlo bien. Después comprendió que para que la efigie le resultase de alguna utilidad,

necesitaría algunos de sus cabellos. Pero no había nada que hacer con las horribles púas que le salían del cuero cabelludo.

Alyce suspiró y se acurrucó como un perro. Se abrazó las rodillas,

acercándolas más al cuerpo, agarrando la figura de paja con fuerza, tiritando demasiado como para conciliar el sueño.

III

Finalmente tuvo que vencerle el sueño, porque lo siguiente que vio al despertar

fue que estaba rodeada de voces que murmuraban y de pies descomunales.

También podía oír el graznido de las aves, que husmeaban por la tierra cerca de

su cabeza.

—¡Humo! ¡Fuera de aquí! —dijo una voz aflautada y desagradable, y de repente hubo una explosión de plumas, que levantaron polvo y paja en el aire.

Alyce abrió los ojos como un par de heridas recién curadas y atisbó una silueta negra que volaba en busca de refugio en lo alto de la muralla de la ciudad. Frunció el ceño ante la blancura del día y se llevó una mano al cogote.

No, no había crecido todavía.

La puerta de la ciudad estaba embutida de cuerpos de hombres y mujeres que se abrían paso para entrar en Londres con ganado y otros productos. Un poco más arriba del camino, un carro había volcado esparciendo su carga de

tubérculos, y una muchedumbre se había congregado para ver al propietario profiriendo obscenidades contra el caballo rendido y escuálido que seguía tirando penosamente de las correas. Un mar de sucias caras, sonrosadas del frío,

pasaron por su lado gritando, riendo, tosiendo, escupiendo grandes esputos de flema a sus pies.

Eran muy numerosos. Más seres humanos de los que había visto en su toda vida. Dos o tres veces el número de aldeanos de Fordham, y eso que solo estaba

viendo lo que había a este lado de la puerta.

«Los conozco —pensó, temblando—. Yo ya he visto a toda esta gente antes.»

Tenían los mismos semblantes que habían aullado y maldecido contra ella antes de marcharse de su casa, cuando había ido al pozo y cuando había intentado hablar con sus hijos e hijas. Estas caras habían abucheado a su madre

cuando ardía en la hoguera. Caras hostiles, intolerantes. El simple hecho de que

no la conocieran en estos lares no hacía que se sintiese más segura.

Sus ateridos músculos cobraron vida cuando se puso en pie. Mientras buscaba

el equilibrio, medio atontada, vio a un joven sin afeitarse y desnutrido junto a un

carretón lleno de ostras que la miraba fijamente.

—Disculpad —comenzó, con una sensación de pegajoso espesor en la lengua

—, ¿dónde podría...?

—También te estaba incluyendo a ti. ¡Hale, largo! —Era la misma voz de antes. Le invadió un tufo caliente a puerros y cebollas, acompañado de unas cuantas gotas de saliva—. Sé que esto se llama Cripplegate, la «puerta de los lisiados», pero no es lugar para que se reúnan los lisiados. —La tiró al suelo con rudeza y volvió a pregonar sus mercancías.

El flujo de gente seguía creciendo. Alyce se levantó del suelo mientras una docena de lechones se arremolinaron a su alrededor, perseguidos por un chico aturullado, mucho más joven que ella, que trataba desesperadamente de reunirlos

debajo del arco. El olor, el ruido, todo en general era insoportable.

Bankside. Eso es lo que había dicho su madre. Con la carta o sin ella, necesitaba encontrar el río.

Apretó firmemente su efigie, la guardó en el bolsillo delantero de su saya y se dirigió hacia la puerta. A su alrededor, los otros cuerpos se separaron un poco, mirándola de reojo el tiempo suficiente para decidir que, definitivamente, no la

querían cerca. Alyce se sentía como si tuviera la peste.

Una vez dentro del recinto amurallado de la ciudad, cualquiera habría pensado

que el diseño y la construcción de Londres habían sido encargados a un borrachín. Este habría erigido sin ton ni son una hilera tras otra de edificios tambaleantes que se extendían hasta la orilla norte del Támesis en un

desconcertante laberinto de avenidas y callejas y, a continuación, muy pagado de

su triunfo, habría procedido a reclamar como suya la caótica metrópolis orinándose en cada una de sus esquinas. La ciudad entera apestaba.

Alyce habría andado apenas unos cientos de metros cuando comprendió que, si no comía algo, no llegaría al río. Estaba hambrienta. El sabroso tufillo del aliento del hombre que la había echado de la puerta le había hecho la boca agua.

El problema era que, ni aunque hubiera tenido una moneda de cuatro peniques

para gastar ella sola, nadie le habría permitido acercarse siquiera a una botica para gastarla. Las verduleras la espantaban con sus cestos, los tenderos y los panaderos la abucheaban y la insultaban, acosándola de callejón en callejón, hasta que perdió el equilibrio dentro de un patio y quedó atrapada en los jergones mojados de los establos. Apenas había logrado llevarse al gizonte dos tragos de

agua salobre de los caballos cuando dos botas de montar caras la devolvieron de

un puntapié a la calle principal.

Lo único que le impidió desmayarse fue un nuevo aroma, de algo dulce y especiado, que le llegó a las narinas. Delante de ella, en la vía adondequiera que hubiera ido a parar, un hombre que era todo barba se dedicaba a vender unas manzanas asadas que colmaban su puesto en una alta pila. El hombre estaba vuelto de espaldas.

«No deberías robar», dijo una voz tranquila, como si su conciencia estuviera atrapada en un pozo en el fondo de su mente.

«Has hecho cosas peores», dijo otra voz, más fuerte, urgente, voraz.

Alyce flaqueó.

«Hazlo.»

El tendero seguía hablando con otro cliente en tonos altos y toscos; era difícil

saber si le contaba un chiste o lo estaba abroncando. Alyce se levantó del barro a rastras, la brizna que era su cuerpo deslizándose entre los hombres y las mujeres

que allí se entretenían, y le echó el guante a una de las manzanas.

Sin embargo, no se le había pasado por las mientes que la carne de la fruta estuviera tan caliente como el pan recién horneado. La manzana le quemó la

palma de la mano, y soltó un chillido. El enorme tendero se volvió, con demasiada rapidez para un hombre con tanta grasa, y la agarró de la muñeca.

—Sooo... —rugió—. ¿Te pensabas que *t'iba* a dar una de mis manzanas por tu cara bonita, eh?

El tendero le arrancó de la mano la manzana echada a perder y se la estampó en plena cara. Alyce sintió que la mandíbula se le desencajaba de la cara.

—¡No eres mejor que una rata! ¿Me atiendes? ¡Que una rata!

A través de su borrosa visión, Alyce vio que le levantaba la mano otra vez. La

chica se estremeció, pero súbitamente oyó otra voz que se alzaba, alta y clara, entre los silenciosos mirones.

—Oh, venga ya —dijo la voz—. Me cuesta imaginar que las ratas puedan caer

tan bajo como para pararse a comer algo de tu puesto. Hay cosas mucho más ricas en el arroyo.

Se oyó una risa nerviosa entre el público, que se había redoblado desde que el hombre empezara a gritar.

—¿Quién habla? ¿El *marío* de la rata? ¡Una pareja encantadora, una rata como esta y un puñetero huroncito como tú!

El tendero no descubrió de quién era la risa que andaba buscando entre el público, cosa que solo pareció enfurecerlo más. El salvador de Alyce dio un paso

al frente y le puso una mano en el hombro. No era un hombre hecho y derecho

todavía, una barba incipiente apenas asomaba en su barbilla y labio superior, y tenía un aspecto desgarbado. Debajo de una mata de pelo negro como el de un

cuervo —aunque un tanto grasiento—, sus ojos mostraban unas ojeras oscuras y

violáceas. Parecía que le faltaba un año de sueño.

—Dentro de dos días es Navidad —dijo el muchacho, levantándola del suelo como a un saco medio lleno de cebollas—. Os pareceré un puritano, pero no creo

que la mejor manera de señalar la ocasión sea pegando a los pobres y los necesitados y dejándoles morir de hambre.

—¿Los necesitados? ¿Quién está necesitado? ¡Tengo esposa e hijos que alimentar! —Señaló con el pulgar la ventana que tenía detrás, donde una mujer

igual de corpulenta que él y vestida con un delantal se afanaba con un horno, donde preparaba más manzanas asadas para sacarlas al puesto—. Ea, ¿cómo vi'

hacer eso si voy dando de comer a los perros callejeros?

El chico miró por encima del hombro del tendero.

—¡Diantres! ¿Esa es vuestra esposa? Para ser sincero, no estoy seguro de que necesite comer más.

El rostro del hombre se encolerizó e hizo ademán de echarle una de sus enormes y peludas manos encima. El chico lo esquivó y, volviéndose hacia su puesto cargado de fruta, le arrojó dos manzanas a la ancha e hirsuta cara, cubriéndosela de humeante pulpa.

El gigante chilló como si lo hubieran cegado. El chico volvió a esquivarlo con

un movimiento danzarín, asombrosamente ligero para alguien de extremidades tan largas, y cogió a Alyce de la mano.

—Vamos, sé de un sitio donde podemos llevarte.

Alyce se tambaleó, aún débil, la cabeza y la cara palpitantes por el golpe que le había propinado el tendero. El muchacho la cogió en brazos y, medio caminando, medio corriendo, se alejó de la caótica escena que acababa de crear.

Alyce perdía y recuperaba el uso de los sentidos, la cabeza colgando, meciéndose al ritmo de las pisadas del muchacho. Las fachadas de vigas entramadas desfilaban ante ella, los tejados descollando en el blanco cielo como

hileras de desordenados dientes de sierra. Cuando sintió que iba a desaparecer de

la tierra de los vivos para siempre, el tintineo de los brindis y los festejos la obligó a abrir los ojos. Se hallaban en el exterior de un edificio más alto que el resto, y en lo alto entrevió un cisne pintado que colgaba sobre la puerta.

El chico entró en el edificio. En la sala principal, la risa de los bebedores se detuvo en seco.

—¿Dónde está la señora Thompson?

—Por aquí anda —tronó una voz desde la cocina. Una mujer achaparrada, de mediana edad, asomó por la puerta de enfrente. Ambos se encararon desde sus posiciones en el comedor, como preparándose para un duelo.

—Me has traído un regalo, ¿a que sí, Solomon? ¡Muy amable por tu parte! —

Se movió pesadamente, y los bebedores pausaron sus conversaciones momentáneamente—. De normal, cuando los perros me traen algún animalillo

muerto, por lo menos lo dejan en la entrada y no me lo meten dentro.

—La he encontrado en la calle. Necesita comer y beber algo, y ropa caliente.

—¿Se te ocurre alguna razón en particular por la que deba alimentar de mi bolsillo a niños mendigos?

—Porque así ofrecerías un poco de caridad cristiana.

—Madre del amor hermoso —dijo la mujer con voz ronca, y Alyce sintió una mano callosa en su frente—. Mira lo que te han hecho, pobrecilla. Está medio muerta, Solomon. Tráemela aquí atrás.

En el súbito calor y bullicio de la fonda, todo adquirió un carácter delirante y onírico. Agazapada entre los brazos del chico, Alyce tenía la sensación de ir flotando hasta la cocina y de pasar por delante de sirvientas y cocineros hasta otra estancia más pequeña, donde la sentaron con cuidado en una silla.

La posadera la escudriñó a la luz de las velas, y su frente roja y curtida se arrugó en una mueca.

—Supongo que tengo algo para ella —decía. El muchacho llamado Solomon entraba y salía de su campo de visión—. Pero hay que mantenerla despierta.

Alyce oyó susurros y el batir de una mano en un mortero.

—¡Que no se duerma, Solomon! ¡Háblale, haz algo!

—Vale, vale —dijo, inclinándose sobre ella—. Te pondrás buena. —Luego se

arrió a ella hasta colocarse justo detrás de su oreja—. Lo guardaré para que esté a salvo —susurró.

¿Guardar qué? El esfuerzo de hablar era demasiado grande. Alyce separó los labios, y acto seguido perdió el conocimiento.

HOPKINS



No había donde guarecerse en el camposanto. Encaramado en lo alto de un antiguo túmulo, el viento y la lluvia lo habían batido sin piedad, erosionando las inscripciones de las lápidas, decolorándolas y barriendo los rostros grabados en

ellas. Las tumbas no se habían dispuesto en ningún orden en particular, a lo que

parecía; algunas se inclinaban en ángulos imposibles, otras eran reclamadas por

el cenagoso suelo, grises coronas de piedras aún visibles por encima de la superficie, luchando por respirar.

Un camposanto, no un cementerio parroquial. No había iglesia por ninguna parte. Solo la tierra, el cielo y los muertos.

Dos figuras sobresalían entre las tumbas esta noche, una de ellas la de un hombre; la otra, de algo diferente. Esperaban pacientemente en el frío, en perfecta quietud, una fina capa de escarcha formándose sobre sus capas.

—No entiendo por qué no podía habernos citado en una taberna —murmuró

John Hopkins—. Aquí fuera voy a perder un dedo.

Abrió y cerró la mano, y se oyó el «clac» de los anillos bajo los guantes.

La criatura que una vez fuera Caxton emitió un chirrido y apuntó con su largo pico de cuero con forma de cuervo a Hopkins. Lo miró con sus blancos ojos vidriosos, perfectamente circulares. Guardaba completo silencio. Hopkins ni siquiera podía escuchar su respiración.

Hopkins habló de nuevo.

—Cuando llegue, si es que llega alguna vez, déjame hablar a mí, ¿eh? —Se permitió una risa. La silenciosa criatura lo miró un poco más y después volvió su

grotesca cabeza de pajarraco hacia el centro de la colina.

Hopkins se retorció incómodo, notando una sensación de tirante

entumecimiento alrededor de su herida. Era como si el maldito cuchillo de la chica siguiera ahí clavado. A veces la hoja fantasma parecía hurgar en la base de

su espina dorsal, emitiendo dolorosos pinchazos que subían hasta el cuello y bajaban de nuevo por la espalda. La carne muerta se curaba lentamente. Aun así,

probablemente no era nada en comparación con la agonía que padecía Caxton.

El Doctor había estado a la altura de la reputación de los milagros que había

obrado, pero se lo había tomado con calma. Mientras que Hopkins había sido capaz de coserse la herida como un muñeco de trapo, el padecimiento de Caxton

había requerido más cuidados. En el sótano de alguna taberna en un cruce de caminos olvidado de Dios, el Doctor había trabajado día y noche para frenar la

maldición de Ellen Greenlief, que ya se había extendido más allá de los

labios

del hombre, pero la «cura» había llevado más tiempo del esperado y las técnicas

del Doctor habían obrado ciertos «cambios» en Caxton. Llevaban días detrás de

la chica, y esta cita inesperada con su ama no haría sino retrasarles más. Sin embargo, negarle una audiencia habría sido una imprudencia.

Era medianoche cuando apareció la mujer.

Primero atisbaron su rostro moviéndose entre las lápidas como una luna llena

detrás de las nubes. Durante varios minutos, pareció planear incorpórea, un pálido fuego fatuo abriéndose camino en la penumbra, hasta que emergió en el

claro que tenían enfrente. Sus rasgos se definieron poco a poco, e incluso podrían haberse considerado hermosos de no haber sido por la vacuidad de sus

ojos.

—Su Majestad —dijo Hopkins, inclinándose levemente.

—Así que la habéis perdido. —El sonido de su voz enfrió más el aire de alguna manera. Comenzó a nevar.

—Yo no diría que la he perdido. Perderla implicaría que primero la tuvimos en

nuestro poder.

—La perdisteis y después pedisteis al Doctor que viniera y se ocupara de vuestras heridas.

—Su Majestad, yo no pedí nada. Caxton envió un mensaje a palacio...

—¿Tenéis idea de lo difícil que es —interrumpió— para el doctor abandonar la Corte en secreto? ¿Sin levantar sospechas? ¿Sois consciente de los riesgos que

corro acudiendo a vuestro encuentro?

Hopkins permaneció callado. Caxton agachó la cabeza.

—Me habéis decepcionado —prosiguió—. Os habéis pasado la vida entera cazando y asesinando a brujas con vuestras diestras habilidades, y ahora sois burlado por una chiquilla. No os salvé la vida para esto, John Hopkins. Se supone que debéis ayudarnos ahora, no hacer trizas nuestros planes.

Una risa amarga y vacía recorrió a Hopkins. «Os salvé la vida.» Él no había tenido una vida que salvar, no en la época en que ella buscó sus servicios.

La pesadilla había comenzado un año antes, más o menos, y aún no había despertado de ella. Tendría que haber sido algo sencillo, rutinario. Un puñado de

viejas arpías en Norfolk, brujas todas ellas. Pero había encontrado más de las esperadas, y por no prestar el cuidado necesario, se dejó capturar. Lo tuvieron en cautiverio durante semanas, maldiciendo su mente y su cuerpo, reduciéndolo a un muerto viviente. Su carne se enfrió. «Justicia», explicaron las arpías. Querían que sintiera, en el tuétano de sus huesos, la muerte de cada una de las mujeres

que había intentado ejecutar en su vida. Y entretanto, su Dios, cuya obra había

cumplido fielmente durante tanto tiempo, contemplaba la escena y no hacía nada.

Esta mujer, por el contrario, había venido en su rescate. Aún recordaba la primera vez que la había visto, extraña, onírica; un fantasma, como en estos momentos, alzándose con pose regia ante él entre los huesos y la mugre de la

casucha de las brujas. No solo una mujer. Una reina. María Estuardo, reina de los escoceses, había venido a reclamarlo como su sirviente. En aquella época creyó

que había perdido la cabeza.

—¿Acaso —continuó ella, mientras él trataba de alejar estos recuerdos—

estáis fallando a propósito? ¿Acaso seguís encontrando desagradable la idea de

servir a una bruja? Si fuera el caso, siempre puedo enviaros de vuelta a Norfolk.

Estoy segura de que seré capaz de reclutar a otro cazador de brujas... menos habilidoso, quizá, pero más dispuesto.

La mandíbula de Hopkins se torció mientras le rechinaban los dientes.

—Eso no será necesario, Su Majestad —dijo—. Además, no todo está perdido.

Ella lo miró. Sus ojos parecían agujeros en su cabeza.

—Primeramente —prosiguió Hopkins al ver que no respondía—, Ellen Greenliefte está muerta, lo que significa que ya tenéis un enemigo menos.

—Ellen Greenliefte era una inocentona. No había necesidad de matarla. Podría

haberse convertido. Pero seguid.

Hopkins respiró hondo un par de veces para apaciguarse.

—En segundo lugar —dijo—, ha sido fácil seguirle la pista a la chica. Se detuvo en todos los pueblos de camino a Londres. Es lamentable que nuestras heridas nos estén retrasando, pero tan pronto lleguemos a la capital, caerá en

la

trampa.

María Estuardo respiró hondo, y todo el cementerio pareció estremecerse.

—Londres.

—Ay, Su Majestad.

—La reina Isabel está en Londres. ¿Qué pasará entonces?

—Me cuesta creer que...

—¿Qué pasará cuando se encuentren la una con la otra? Es posible que la despache en un barco con destino al continente. Exactamente, ¿cómo es de grande la «trampa» de la que habláis?

—No se encontrarán.

—Aseguraos de ello. Si la chica se escapa, se echará todo a perder.

Hizo una pausa. Ráfagas de copos de nieve racheaban en torno a ellos.

—Estoy débil —suspiró. Por un momento, sus rasgos extrañamente

translúcidos parecieron borrarse por completo—. Debería consultar con el buen

doctor otra vez. Puede que necesitemos su ayuda si la chica se acerca demasiado

a Isabel. Si se os escurre de los dedos de nuevo.

—Os aseguro, Majestad, que no lo hará.

—Eso espero, por vuestro bien, John Hopkins. Si las cosas no salen como están previstas, me veré obligada a supervisar vuestros avances en persona muy

pronto.

Uno de los ojos de Hopkins parpadeó.

—¿En persona?

—En carne y hueso. Y espero que la chica esté en nuestras manos cuando llegue el momento, para ayudarme con mi sucesión al trono de Isabel.

—Sí, Majestad —dijo—. Entiendo. —Hizo una lenta reverencia.

—Muy bien. Entonces no me falléis. Recordad que vuestra vida me pertenece ahora. Me procurará un inmenso placer alargar vuestra miserable existencia hasta que hayáis pagado vuestra deuda. —Tendió un dedo delgado y espectral hacia él—. Pensad en vuestros pecados, John Hopkins.

Después María, reina de los escoceses, se volvió y se alejó entre las lápidas, sin dejar huellas en la nieve.

IV

La posadera llevó a Alyce a la habitación más pequeña de El Cisne, sobre los aguilones, y Alyce durmió de un tirón toda la Nochebuena y la mañana de Navidad. Sus sueños fueron perturbadores. Visiones de Bedlam, de los cazadores

de brujas, de su madre, iban y venían en un desfile lascivo. Imaginó un pájaro negro gigante que la observaba desde la ventana; un recuerdo tan vívido que no

estaba segura de que hubiera sido un sueño.

En la tarde del día de Navidad, la despertaron los sonidos de las canciones y los bailes y los rugidos del Maestro de Ceremonias, y la señora Thomson le llevó

pan y algo de sopa grasa, que voló en un santiamén. La víspera también apareció

en su cuarto una pequeña porción de pastel de picadillo de fruta, que la posadera

había reservado especialmente para ella. A Alyce le dio pena no tocarlo siquiera,

y por la mañana había desaparecido del cuenco junto a su cama.

Había recuperado fuerzas. Cuatro días habían transcurrido desde su llegada, y

había dormido la mayor parte de ellos. El penoso entuerto que eran sus incipientes cabellos no había crecido todavía, pero los cortes y los cardenales mostraban signos de cura, y cuando se miró en el sucio espejo del tocador, sus

ojos parecían menos hundidos, y sus mejillas, una fracción más llenas. Y desde

su primer baño olía mucho mejor también.

Era mediodía, y el sol luchaba por filtrarse entre las gruesas ventanas incrustadas de mugre a los pies de su cama. La estancia estaba desesperadamente

fría y apenas era lo bastante alta como para albergar a una persona de pie.

Sospechó que nadie la había ocupado desde hacía años, y el polvo y el moho

eran lo bastante gruesos como para hacer de ella un lugar desahuciable. Aun así, Alyce estaba calentita debajo de las mantas, y la señora Thomson había dejado

un trozo de empanada en la mesita de noche, rellena de rica carne de ganso y hierbas aromáticas que despertó sus sentidos.

Alyce estaba masticando el último bocado mientras intentaba entender lo

sucedido los últimos días, cuando de pronto se detuvo y tragó.

«La efigie —pensó—. ¿Dónde está?»

Apartó las sábanas, notándose la piel de gallina en las piernas, y se levantó a buscar su saya. La efigie estaba incompleta y no servía de nada, pero su madre le

había prevenido que no dejara que otras personas vieran las cosas que hacía. No

alcanzarían a entenderlo.

Mientras revolvía en una cómoda, las escaleras crujieron en el exterior de su cuarto, anunciando el retorno de la señora Thomson. Se volvió hacia ella justo cuando la puerta se abría.

—¡Santo Dios, chiquilla! Qué bien verte fuera de la cama, pero ¡solo llevas puesto un camisón! ¡Vas a pillar un resfriado de muerte, vaya que sí, después de

todo lo que he hecho para curarte!

La señora Thomson no era una mujer delgada, y avanzó pesadamente hacia Alyce para devolverla con brusquedad a la cama. Sin embargo, la chica se mantuvo firme.

—¿Dónde está mi saya? —preguntó en voz baja, rechinando los dientes.

—¿Esa reliquia? Martha le está dando una buena fregada. ¡Estaba asqueroso!

Y lleno de piojos. ¿Para qué ibas a quererla, mi amor? Te he traído un camisón

bien calentito, lo tienes ahí. Era mío de pequeña. Yo era un poco más grande que

tú, eso sí —dijo con una risita.

—La necesito —dijo Alyce con voz ronca. La sonrisa de la señora Thomson se borró—. La saya no, pero había algo en el bolsillo. ¿Lo habéis sacado, verdad

que sí?

La señora Thomson descansó las menudas manos, llenas de cicatrices, en su cintura, y en su ceño aparecieron un sinfín de arrugas. Suspiró por las enormes

cuevas de su nariz.

—Me han acusado de muchas cosas, Alyce. Algunos caballeros creen que aguo la cerveza. Otros piensan que les timo con el cambio. El día de San Esteban, que el cielo nos proteja, una señora pensó que estaba relleno mis empanadas con carne de rata. Pero en mi vida me han llamado ladrona. — Hizo

una pausa—. Tú no confías en nadie y no te culpo por eso. Pero juro por esta posada, y por cada uno de los barriles de mi bodega, que no he robado nada tuyo.

Alyce miró el suelo y luego a la señora Thomson.

—¿Es posible que lo tenga la sirvienta?

—¿Martha? Puede. Le preguntaré.

—No —dijo Alyce con más vehemencia de la que pretendía. Las cejas de la señora Thomson se arquearon—. O sea, que mejor se lo pregunto yo. No quiero

poneros en un apuro.

—Muy bien. Pues andando para abajo. Ponte algo calentito y vamos a hablar con ella. Pero no te dejes ver mucho, eso sí. En la posada siempre corren habladurías y yo he de pensar en mi reputación.

La señora Thompson envolvió toscamente los hombros de Alyce en una manta tan pesada e incómoda que bien podría haber sido una cota de malla, pero

aislaba del frío. Hizo rápidamente la cama y mientras la hacía husmeó en la bandeja vacía.

—Bueno, por lo menos me estás comiendo algo. Buenas noticias. ¿Te ha gustado la empanada?

Alyce asintió.

—Mucho.

—Eso es cosa de las hierbas. Hay que saber las hierbas que echas. No solo dan sabor y punto. Te devuelven el humor, ya lo verás.

Dicho esto, recogió la bandeja y salió del cuarto dando fuertes pisotones.

Alyce la siguió nerviosa; al salir, la cabeza le daba vueltas, pero cuando se hizo

evidente que la señora Thompson no iba a esperarla, se obligó a bajar las escaleras, aún mareada, y agarrándose a la barandilla.

Solo era el segundo día de los festejos de Yule, y El Cisne estaba felizmente rebosante con la cháchara, las canciones y las bromas de los borrachos, además

de los ricos aromas de la cerveza caliente y la carne asada. Cada una de las vigas y los pasamanos estaban recubiertos de madera de acebo y encina, que

la señora

Thompson se paraba periódicamente a limpiar a su paso. En realidad, no era muy diferente del festival de mitad del invierno que Alyce celebraba con su madre en Fordham, aunque este era un poco más ruidoso. Cogió una cerosa hoja

de acebo entre sus dedos y la olió; el aroma y el recuerdo eran agridulces. Tal vez aún estuviera a tiempo de ver el sacrificio, de tomarse su taza de sangre de

cordero. Tal vez la dejarían llevar los cuernos del dios cazador.

«No, probablemente aquí las cosas no se hacen de esta manera.»

La señora Thomson condujo a Alyce por las escaleras traseras hacia la cocina

y, cuando llegaron a la planta baja, el calor de los hornos y de la muchedumbre

juerguista empezó a hacerlas sudar abundantemente.

Alyce encontró abrumador el bullicio, y cocineros y sirvientas la zarandearon

de un lado para otro, maldiciendo con palabras y blasfemias que nunca había oído hasta entonces. Sintió alivio cuando la señora Thomson la llevó

directamente a través de las cocinas y por un estrecho pasillo que conducía al patio de la fonda, donde Martha, la moza dentada que servía de criada, se dedicaba a frotar ropa en una tina de agua sucia y helada. Sus manos tenían un

tono azulado y la roja nariz le goteaba; cuando se acercaban a ella, se paró para

sonarse en un vestido que se suponía debía estar lavando. A pesar de toda la incomodidad, la muchacha canturreaba algo en voz baja.

—Martha, te acuerdas de Alyce, ¿verdad? —las presentó bruscamente la

señora Thomson—. Si quieres preguntarle, Alyce, hazlo tú misma. Tengo clientes que atender. —Se oía un tremendo alboroto en la zona de la taberna, algo entre el ultraje y la guasa—. Como no calme ese dichoso juego de la gallinita ciega, la sangre correrá en las calles en un pispás...

Sus últimas palabras se perdieron mientras volvía presurosa a la cocina para impedir el desastre. Alyce se quedó allí plantada, con los pies helados, y se subió la manta para cubrirse todo el cuerpo.

—¿Qué hay, tarada? —dijo Martha sin levantar la vista de sus quehaceres.

Alyce no estaba preparada para aquello. Se aclaró la garganta.

—Buen día.

Martha siguió frotando y canturreando. Alyce se balanceó sobre sus talones y volvió a toser.

—Creo... creo que estás lavando mi saya.

—Sí.

La chica no dijo nada más. Alyce insistió.

—Había algo en el bolsillo. Un... —Hizo una pausa—. Una cosa que he hecho yo misma. ¿La tienes?

—Pues no.

Alyce probó otra táctica.

—No soy una tarada —dijo en voz baja.

Martha soltó en el agua el fardo que estaba lavando con un gran «¡zas!».

—¿Ah sí? Entonces te encerraron en Bedlam de broma, ¿no?

—¿Cómo sabes...?

—¡Es un secreto a gritos! —se carcajeó Martha—. ¡Mírate! El pelo, la cara. Si

no estabas loca cuando te ingresaron, debes de estarlo ahora. Menuda
compañía

de lujo habrás tenido allí dentro, de lujo...

—Escucha. —Alyce empezó a sentir que le subían los humos—. No soy una
lunática. —Pero la afirmación no sonó tan convincente como había deseado.

—Es la única gentuza que va a Bedlam. Los que se vuelven majaretas ellos
solitos. O... —Martha levantó un dedo, y su rostro resplandeció. Alyce
sospechó

que toda la enrevesada conversación las había estado llevando a este punto—.
O

los que se vuelven majaretas por obra del Diablo.

Alyce sintió que una oleada de sangre le quemaba el rostro.

—Si no eres una lunática, entonces es que eres una b...

—¡Tú, se acabó! —La señora Thomson había vuelto y estaba plantada detrás
de ellas con los brazos en jarra; un coloso inamovible en la puerta de la
cocina

—. ¿Por qué tienes que atormentar siempre a nuestros huéspedes, Martha? Tú
ni

caso, hija. Déjala estar. Y vente, que ha venido alguien a verte. Él no te dirá
cosas feas, eso seguro.

Alyce no se movió. Contemplaba a Martha, que había vuelto a lo suyo con
una sonrisa burlona. El corazón le latía con inquietud debajo de las costillas.

—¿Alyce? —dijo la posadera. Con un pestañeo, Alyce volvió al mundo real y,

al girarse, vio al joven Solomon, un poco cohibido, junto al hombro de la señora

Thompson.

El muchacho deslizó su cuerpo por entre la corpulencia de la señora

Thompson como si fuera una enorme araña. El jubón azul marino parecía

favorecerle a cierta distancia, pero cuando se acercó a ella, Alyce comprobó que

las mangas le quedaban tirando a cortas y que le sobraba cintura de los calzones,

que llevaba arrugados y apretados con un cinturón al que había perforado agujeros extra para poder ceñírselo a las escuálidas caderas. Una cartera de cuero muy usada le colgaba de un hombro.

—Milady —masculló con una leve reverencia.

Alyce se habría echado a llorar. Después de todo el menosprecio, de toda la desgracia acumulada sobre ella, era como si estas dos palabras le infundieran la

fuerza de veinte mujeres. Se enderezó. «¡Milady!»

Detrás de ella, Martha resopló con sorna.

—Milord —respondió Alyce, no ocurriéndosele otra cosa. Se miraron el uno

al otro, cayendo en la cuenta de la absoluta estupidez de su conversación y luego

ambos prorrumpieron en una risa nerviosa—. Gracias —dijo finalmente—. Por

ayudarme. En la calle. Pensé que aquel hombre iba a fulminarme. Y todo por una

manzana asada.

—¡No solo te ayudó en la calle! —interrumpió la señora Thomson—. Ha venido a sentarse a la cabecera de tu cama casi todos los días, me parece.

Enfriando tu fiebre y qué sé yo.

Alyce se emocionó. Intentó sonreír al chico, pero él no la estaba mirando.

—Um —dijo Solomon. Se rascó algo inexistente en el envés de la mano—.

Solo quería cerciorarme de que te ponías buena, nada más. Tienes buen aspecto.

—No, no lo tengo.

Solomon ladeó la cabeza y torció la boca, divertido.

—No, no lo tienes. Tienes muy mala pinta. Es que no se me ocurría otra cosa que decir.

Alyce volvió a reír, y el sonido de su voz la sorprendió.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —preguntó la señora Thomson. La sonrisa de Alyce vaciló y la muchacha negó con la cabeza—. No hay de qué preocuparse, ahora venid dentro los dos, entrad en calor y comed algo. Solomon,

aquí donde lo veis, es uno de los actores de la compañía teatral de Sussex's Men,

y no cena caliente muy a menudo —dijo con una risita.

—Nos va muy bien últimamente, que lo sepáis —dijo Solomon, intentando darse un poco de bombo—. Actuaremos en la Corte las próximas semanas.

La señora Thompson silbó.

—¿Has oído eso, Alyce? ¡Nuestro Solomon hecho todo un cortesano!

—Eso no me convierte en un cortesano exactamente...

—¡Bueno, vamos, vamos! ¿Qué noticias frescas tenemos? ¿Cómo está nuestra

buena reina Bess?

Solomon suspiró.

—Sabía que me preguntaríais por ella. No la conozco personalmente, señora Thomson. Solo me llegan rumores.

—¿Y bien? —La señora Thomson no se dejaba intimidar—. ¿Qué rumores son esos?

—Pues que está harta. Y enfadada.

—Oh —dijo la señora Thomson con la cara larga—. ¿Y eso?

—Se cuenta —dijo Solomon con súbito entusiasmo— que la reina de los escoceses está enviando mensajes secretos desde la cárcel.

—¿María Estuardo? —La señora Thomson se persignó—. Ay, esta no nos traerá nada bueno.

—Al parecer, los carceleros de María le están dando muchas comodidades y la

dejan hacer a sus anchas. Bess está furiosa.

—¡Los muy canallas! ¿Y qué más?

—¿Más qué? Eso es todo lo que oí la otra noche. Tengo que esperar a que los cortesanos se emborrachen para que suelten la lengua. Pero entonces, cuando se

emborrachan demasiado, lo que dicen deja de tener sentido. Es un arte bastante

delicado, la verdad.

Alyce sonrió y vio que Solomon había visto su sonrisa.

La señora Thomson chasqueó la lengua.

—Es un milagro que este país siga de una pieza. Es un milagro que la reina Bess siga de una pieza, a decir verdad. Apuesto a que María Estuardo tiene espías por todas partes.

La señora Thomson miró a Alyce como esperando alguna respuesta, pero

Alyce no tenía ni idea de lo que estaban hablando. La reina Bess, la reina María... esos nombres no le decían nada. Las únicas reinas que había conocido

eran las de los cuentos: la Reina de los Lobos y la Reina de los Muertos, las Reinas de Oriente y las Reinas de los Mares.

Pensó en un centenar de preguntas, pero ninguna salió de sus labios.

—¿Pensáis quedaros aquí todo el día de cháchara? —empezó Martha—. ¿O puedo seguir lavando?

—¡Pero bueno! ¡Menuda insolente estás hecha! —La señora Thompson le dio

un cachete—. Ya nos vamos de vuestra vista, Su Majestad —dijo haciendo una

reverencia sardónica—. Vosotros dos, venid conmigo. Tenemos otras cosas de las que hablar aparte de política.

Una vez dentro, fueron al mismo cuarto trasero adonde Alyce recordaba

vagamente que la habían llevado el primer día. Parecía hacer las veces medio de

almacén, medio de despacho improvisado de la señora Thomson. Había sacos de

grano, manojos de hierbas secas colgados de las paredes y apilados en estantes y,

en el centro, dos taburetes y un escritorio cubierto de tinta derramada y fajos de

pergaminos. Mientras Alyce intentaba leer lo que estaba escrito en ellos, la posadera se acomodó en una silla chirriante al otro lado del escritorio y barrió sus miradas curiosas.

—Tendréis empanada recién hecha dentro de poco. Gachas de trigo también, si os gustan —dijo mientras apilaba los pergaminos en el rincón más cercano —.

Sentaos, los dos. ¿Sabéis qué es lo que más me gusta de las fiestas de Yule? Que

todo el mundo cuenta historias. Nadie cuenta buenas historias en verano, no sé

por qué será. Pero entrado el invierno, cuando enciendes un buen fuego en la chimenea y tienes la panza llena de cerveza y vino, y la lengua bien suelta, todo

el mundo tiene una historia que contar. —Dejó que esta última observación pendiera un rato en el aire. Alyce y Solomon se miraron—. Pero apuesto a que,

de todos los relatos que se difunden por ahí fuera —dijo señalando con la mano

en dirección al salón común— no hay muchos que puedan compararse con el tuyo, Alyce. Así que ahora que has descansado un poco, qué tal si nos cuentas tu

historia y veremos si podemos encontrarte un lugar por aquí.

Alyce frunció el ceño y se rascó la coronilla, sintiéndose súbitamente

cohibida. Nada le apetecía más que contarle todo, verter todo el contenido de su

cansada cabeza, pero un mes de silencio en Bedlam le había dejado mella. La antigua Alyce hablaba por los codos; demasiado, había dicho siempre su madre.

Pero tal vez la antigua Alyce se había ido para siempre.

Miró la cara bondadosa y expectante de la señora Thomson y luego los oscuros ojos de Solomon. ¿Por dónde empezar? ¿Qué contar? Y, lo más importante de todo, ¿qué no contar?

Respiró hondo, dio con las primeras palabras y arrancó torpemente su relato.

V

—¡Brujas!

Tan pronto como Alyce hubo terminado de contar su historia, la señora Thomson se levantó con gran esfuerzo de la silla, rodeó a la muchacha y

comprobó que la puerta detrás de ellos estaba completamente cerrada. Alyce no

pudo calibrar el tono de su voz; no le habría sorprendido que la posadera saliera

a la cocina para reunir a una turba furiosa.

—No existen cosas tales como las brujas, hija. ¿A que no, Solly?

Solomon enrollaba en silencio, entre los dedos índice y pulgar, el tallo de algo

que había encontrado en la mesa.

—Brujas —volvió a murmurar entre dientes—. No es más que un puñado de gente sin modales metiendo las narices en los asuntos de las mujeres. No entienden lo que hacemos, o creen que somos diferentes, y como no les hace ni

pizca de gracia, por eso nos llaman «brujas». —Se volvió y vio el primer atisbo

de comprensión en la cara de Alyce—. Uy, sí, hija, a mí también me han llamado

eso. Conozco un montón de usos de las hierbas, no solo para dar sabor a las empanadas de carne. Llevo toda una vida aprendiéndolos. Y no encontrarás un herbolario en todo Londres que sepa la mitad que yo. Pero no les gusta que yo

sepa algo que ellos no saben. Por eso seguro que es magia negra, y seguro que lo

has aprendido del mismísimo Lucifer. —Escupió—. Brujas. No son más que cuentos de hadas. Y están asesinando a mujeres por toda Inglaterra. Solo porque

saben cosas.

Al decir esto se volvió, rozando con el mandil el pergamino que había arreglado antes y tirándolo al suelo.

Alyce no se atrevía ni a moverse ni a hablar. Intuía que la señora Thomson no había terminado. Solomon se miraba las hebillas de las botas como un colegial al

que hubieran castigado.

—Por eso fueron a por tu pobre madre, Alyce —prosiguió la señora Thomson

—. Siento decirlo. Por eso fueron a por su madre también. —Señaló con uno de

sus rechonchos dedos a Solomon, que miró a Alyce con algo semejante a una sonrisa de disculpa—. Mi mejor clienta. Y mi mejor amiga. Necesitan

controlarnos, Alyce, ¿lo ves? No les gusta lo que no entienden. No les gusta que

no hagas ni digas lo que ellos quieren. Ahora, que seas tan rara como tu madre es

una cosa... ¡pero de ahí a que una chica como tú pueda hablar con el Diablo!

—

Volvió a persignarse.

—Umm...

—Esto es lo que la gente pensará, acuérdate bien de lo que te digo. En esta ciudad, la mayoría te ataría como a un animal y te colgaría si oyesen lo que vas

contando, si vieran las pintas que llevas. Pero yo no, palabra de honor. Ya me he

visto yo misma demasiadas veces en ese trance, y ten por seguro que no dejaré

que nadie hable mal de ti. No eres la primera «supuesta» bruja a la que doy cobijo, y me atrevo a decir que no serás la última.

La señora Thomson pareció de pronto un poco avergonzada por lo alto que había hablado. Se alisó el mandil, se remitió la explosión de rizos grises bajo la cofia y volvió a sentarse en su silla. Transpiraba un poco.

—Lo hecho, hecho está.

«No sabes ni la mitad de lo que he hecho», pensó Alyce.

—¿Tienes algún pariente que pueda echarte una mano?

Alyce permaneció callada un rato, sopesando qué contar o no a estas dos personas que, por muy amables que parecieran, seguían siendo unos perfectos desconocidos para ella.

—Necesito ir a Bankside.

—¿Bankside? ¿Quién está allí?

—John Dee.

Solomon y la señora Thomson se miraron.

—Supongo que no te refieres al doctor John Dee —rió entre dientes la posadera—. ¡Porque eso sí que sería medrar en el mundo!

—¿Por qué? —preguntó Alyce.

—Es el consejero de la reina Isabel —dijo Solomon.

—¿Es la misma que la reina Bess?

Solomon y la señora Thomson se miraron. Obviamente, Alyce acababa de

decir una estupidez.

—Bess. Isabel. Es la reina —dijo Solomon—. Y John Dee pertenece a su círculo de personas allegadas. A veces lo veo en la Corte. Es un tipo un poco raro.

Alyce negó con la cabeza.

—No creo que sea el mismo. Mi John Dee es verdugo.

—Por el amor de Dios, ¿por qué ibas a querer ver a un verdugo?

—Porque me lo dijo mi madre.

Alyce notó que se estaba poniendo tensa. Ahora que lo decía en voz alta, lo cierto era que no parecía tener ningún sentido. Sus recuerdos eran tan confusos a

estas alturas que se preguntó si no habría sido todo fruto de su invención.

—A ver —dijo la señora Thomson, con una mirada de lo más confusa—, cuando encuentres al verdugo John Dee, ¿qué?

—Tengo que entregarle una carta.

—¿Qué carta?

—La que me dio mi madre.

—Bueno... ¡pues vamos a echarle un vistazo a esa carta!

—Ese es el problema —suspiró Alyce—. Que ya no la tengo. Los gobernadores me la quitaron cuando estaba en Bedlam. La llevaba en el vestido

que llevaba puesto cuando llegué allí.

—Ah, eso no son buenas noticias.

—Puede que aún lo tengan. El gobernador dijo que todavía no la había enviado al hospicio.

—Es raro que no te lo devolvieran cuando te dejaron salir —apuntó Solomon.

—¿Dejarme salir? —dijo Alyce tragando saliva—. Ah, ya, dejarme salir.

Solomon hizo una mueca.

—Ay, es raro —dijo la señora Thomson—. Bueno, igual podríamos ir tú y yo

a ver si nos dan el vestido. Y crucemos los dedos porque la carta siga allí. Sería lo mejor, ¿no te parece?

—¡No! —dijo Alyce con más vehemencia y firmeza de la deseada. Si

regresaba, tendría que ser en secreto. Después de su huida, ¿qué pasaría cuando

los gobernadores la vieran? Maese Makepiece parecía buena persona, pero

tímido, y se había amilanado a la primera de cambio cuando el hombre y la mujer encapuchados fueron a buscarla. La lealtad de maese Kemp era

indiscutible. ¿Y si sus perseguidores seguían allí? ¿O si habían dejado espías por si ella volvía?—. Me refiero —dijo esforzándose por hablar con suavidad— a que no quiero ponerlos en ningún apuro.

Las espesas cejas de Solomon se agitaban demasiado como para dar a

entender que había creído la historia de Alyce a pies juntillas.

—Que no, que no es ningún lío, cielo... —continuó la señora Thomson.

—De todas maneras, me gustaría descansar un poco más.

—Sí, claro que sí. No tenemos por qué decidirlo ahora mismo. Entretanto,

puedes quedarte aquí y ayudarme con la posada. Además, así Solomon sabrá dónde encontrarte también —dijo, sus ojillos negros casi desapareciendo bajo las

arrugas de su sonrisa.

Alyce le devolvió la sonrisa, pero se sintió incómoda. Atrapada, incluso. Se limitó a decir:

—Gracias.

—Te estoy dando un empleo, eso sí —dijo, meneando un dedo gordo—. ¿Qué

tal si subes y te preparas? Te enseñaré lo que puedes hacer en la cocina. Venga,

ve a vestirme.

—Te acompaño —dijo Solomon.

Alyce no puedo reprimir una risa.

—Es muy amable por tu parte —dijo—, pero por lo general me las apaño yo solita para vestirme.

—No, no, no me refería... Quiero decir que... —Podía verse un atisbo de calidez aflorando poco a poco en sus pálidas mejillas—. Me refiero a Bedlam. Te

acompañaré a Bedlam. Está en la calle que sale de Bishopsgate, la misma donde

están los dos teatros más importantes de Londres, el Theatre y el Curtain. Voy mucho por allí con mi compañía. Eso si quieres que vaya, claro. Solo pensé...

Bueno, tú decides, claro. —Reculó, avergonzado de su vergüenza, tirando de su

gorguera como si hubiera encontrado algo importante metido entre sus pliegues.

—Gracias —dijo Alyce—. Como he dicho, creo que esperaré a sentirme un

poco más fuerte. Al menos hasta que me haya crecido un poco el pelo. —Se rascó la cabeza y luego tosió—. Ahora he de irme.

Se escabulló del almacén volviendo a las escaleras, que comenzó a subir de dos en dos con la cabeza aturullada. Aquello era lo máximo que había hablado

con alguien en meses. Era lo máximo que había hablado jamás con alguien que

no fuera su madre. La urgencia de estar sola la condujo velozmente al primer piso, lejos de los cálidos vapores de las sopas, los guisos y las empanadas al horno.

La señora Thomson parecía muy cariñosa y tolerante, pero había algo en ella

que no le cuadraba. «No existen cosas tales como las brujas», había dicho. «Sí

que existen —pensó Alyce— y hacen mucho más que espolvorear unas cuantas

hierbas sobre la comida.» La señora Thomson llevaba algo de razón. Alyce no entablaba conversaciones con Lucifer. Dios y el Diablo eran, como había

explicado su madre, «tan solo una distracción del trabajo real». Un numerito de

circo. Pero se preguntaba cómo habría reaccionado la señora Thomson si Alyce

le hubiera contado la historia entera. La verdadera historia. Hogueras en los bosques. Plegarias a la luna. Largas y oscuras noches hablando con los muertos.

No, su lugar no estaba allí.

Su mano se había posado sobre el frío pomo de su cuarto cuando oyó su nombre, flotando sobre las escaleras.

—¿Alyce?

Se volvió y vio a Solomon rezagado al pie de las escaleras, bajo una rama de acebo. El chico empezó a subir tras ella, pinchándose el codo con las ramas secas y picudas y jurando entre dientes. Alyce se preguntó cómo se manejaría en

un escenario, siendo tan patoso como era en la vida real, pero entonces recordó

lo habilidoso que había sido toreando al vendedor de manzanas en la calle. Era

un chico difícil de entender.

—De verdad, maese... —No conocía su apellido—. Maese Solomon. Me he vestido yo sola muchas, muchísimas veces. Sé dónde va cada cosa.

—Creo que la señora Thomson ya se ha burlado bastante de mí por hoy, no quieras hacerlo tú también. Tengo algo que te pertenece.

Alyce se detuvo en el vano de la puerta, arqueó una ceja y bajó los escalones hasta el descansillo.

El muchacho se mordió un labio y abrió la cartera que llevaba colgada al hombro. En su interior, Alyce pudo ver unos raídos trozos de pergamino, y entre

ellos atisbó la cabeza torcida de su efigie. El muchacho la sacó y se la tendió con ambas manos, tiernamente, como si fuera un niño de verdad.

Alyce la cogió sin decir nada. Había algo en la manera en que Solomon miraba y tocaba el muñeco que le creó ansiedad. Las verdades desagradables, incómodas, podían alterarse, ocultarse en palabras. Pero aquí la verdad aparecía

tal cual: su brujería, y la de su madre, plasmada en una pequeña efigie arrugada,

distorsionada, grotesca. Parecía algo más sobrenatural que nunca, bajo la

cruda y

acusatoria luz del día.
—Yo tenía uno igual —dijo Solomon mientras ella lo escondía tímidamente detrás de su espalda. El sudor de sus manos comenzaba a ablandar el muñeco.

—¿En serio?

—Sí. Mi madre me enseñó cómo hacerlos también. Antes de irse. Es un amuleto de la buena suerte, ¿verdad?

Alyce esquivó la pregunta.

—¿Por qué lo cogiste?

—No sé. Supongo que me recordó a ella. Hacía tanto tiempo que no veía uno... Quería ver si me acordaba de cómo se hacen. Intenté copiarlo, pero terminó pareciéndose a un gusano. Un gusano con una cabeza humana.

Horripilante, la verdad.

—Si tus padres te enseñaron algo, deberías saber que robar el muñeco de otra persona da mala suerte.

—Mi madre, no mis padres. Mi padre me habría enseñado que si hacía falsos ídolos iría derecho al Infierno. De hecho, me lo decía a menudo, la verdad. De

todas maneras, como he dicho, lo hice con las mejores intenciones. Iban a lavar

tu muñeco y lo cogí antes de que Martha le pusiera las manos encima. O la señora Thomson. Tiene buen corazón, y siempre estaré en deuda con ella, pero...

—Pero ¿qué?

—En verdad no tiene ni idea de lo que está hablando.

—¿Y vos?

Frunció el ceño y sus ojeras se tiñeron de un tono más oscuro que el violeta.

Pero no respondió.

Alyce sacó el muñeco que tenía escondido en la espalda.

—Gracias —dijo—. Por esto. Por todo.

—Ha sido un placer. —Su rostro refulgió un poco—. Y lo de Bedlam lo decía

en serio. Conozco bien la zona.

Alyce lo estudió. Vestido de pies a cabeza de terciopelo color tinta, la cabeza

oculta tras una mata de pelo negro, un chico tan delgado como una sombra, podría ser el ladrón perfecto. Y si los pillaban, pensó, viendo la palidez y el cansancio de su rostro y sus ojos saltones, podría pasar fácilmente por un lunático.

—Cuando estés preparada, claro —dijo llenando el silencio que ella había

dejado—. Si necesitas reposo...

—No necesito reposo —dijo Alyce negando con la cabeza.

—Pero si has dicho...

—En los últimos cuatro días no he hecho otra cosa que descansar, dormir y engordarme. Los gobernadores no guardarán mi vestido eternamente.

Jugueteó con la extraña figura de paja entre sus dedos. Estaba contenta de tenerla de nuevo, aunque no estuviese acabada. Se sintió un poco más serena. Y

contenta de hablar con Solomon a solas y no delante de la señora Thomson.

Sí, podía decirlo.

—Puedes acompañarme a Bedlam, Solomon. Pero iremos esta noche.

HOPKINS



John Hopkins permaneció en la entrada de Bedlam contemplando los finos dedos del gobernador, entrelazados sobre su ombligo, y pensando lo fácil que sería rompérselos. Probablemente concedería ese placer a Caxton.

—Esta es una ficción entretenida, maese Makepiece, y reconozco que en un oficio como el vuestro no debéis perder oportunidad de divertirlos. Pero vamos,

un poco de cooperación no nos vendría mal.

—Estoy cooperando, señor. Ya se la han llevado. Un hombre y una mujer.

Eran de los vuestros. Cazadores de brujas.

—¿Una mujer? En nuestro oficio no hay mujeres, por razones que, estoy seguro, comprenderéis.

—No me cabe duda. A no ser que empleéis a eunucos. Reconozco la voz de una mujer.

—Entonces eran impostores.

—Si vos lo decís.

—Pero ¿quién querría hacerse pasar por un cazador de brujas, maese

Makepiece? Hacemos la labor del Señor. ¿Quién sería tan mentiroso para hacer

algo así?

—No sabría decirlo.

Hopkins se recostó y observó al hombrecillo al otro lado de la mesa, entornando los ojos.

—¿Eran dos?

El gobernador asintió.

—¿Vestidos con capas negras, decís?

—Llevaban los rostros cubiertos. Con capuchas. Pero no como vuestro amigo.

Hopkins se volvió hacia Caxton, que, enmascarado e inmóvil, asomaba amenazante en la esquina de la entrada del hospital. Su aspecto había convertido

los interrogatorios en un trámite sencillo, casi aburrido, en cada una de las aldeas en las que se habían detenido. La mayoría de las personas asumían que la picuda

criatura que se escudaba bajo la sombra de Hopkins era alguna clase de espectro,

algún demonio conjurado por la magia negra para vengarse de sus pecados. Y, la

verdad sea dicha, esta teoría no distaba mucho de la realidad. Sin embargo, en estos momentos se hallaban en Londres, lejos de los páramos rurales gobernados

por las supersticiones. El gobernador parecía menos blandengue, más inclinado a

lo racional.

—¿Por qué va así vestido? —preguntó maese Makepiece—. ¿Es algún truco de pantomima? ¿No estáis consiguiendo todas las confesiones que querríais?

—El maese Caxton fue gravemente herido —dijo Hopkins, volviéndose hacia él y poniendo cara de honda preocupación—. La máscara contiene un cataplasma, una mezcla de hierbas para ayudarlo a recuperarse.

—Siento oír eso —dijo el gobernador con un tono que delataba justo lo contrario. Su insolencia tenía algo casi admirable—. Rezaré por él.

Hopkins rio.

—Y tanto que lo haréis. Vuestras oraciones son bienvenidas.

—Entonces, ¿hemos terminado? —dijo maese Makepiece retirando su silla sobre las baldosas y poniéndose en pie—. Siento no haberos sido de más ayuda.

Si me disculpáis, tengo asuntos que atender.

Hopkins permaneció en su sitio, reclinándose un poco, con una rodilla cruzada

sobre la otra.

—Me temo que no hemos terminado. Y me temo que tendréis que serme de más ayuda. Veréis, gobernador, no soy yo quien quiere a la chica. Es la reina.

—¿La reina? ¿Por qué iba Isabel a querer a la chica? ¿Y qué querría Isabel de vos, para el caso?

—¿Quién ha dicho nada de Isabel?

Hopkins sonrió al ver como la cara del gobernador se torcía primero en una mueca de confusión y después de comprensión. La reina María seguramente no

aprobaría que le hubiese revelado sus relaciones, pero estos pequeños triunfos eran una de las pocas cosas que aún le proporcionaban placer. Y, además, ya se

aseguraría Caxton de que el gobernador guardara silencio.

—Trabajáis para ella, ¿cierto? —preguntó maese Makepiece. «Traidores.»

—Se trata más bien de una cuestión de perspectiva. Estoy seguro de que Su Majestad os recompensará generosamente a cambio de que la ayudéis a recuperar lo que es suyo por derecho.

—¿Por derecho? —espetó el gobernador—. ¿Qué quiere la reina de los escoceses de esta pobre chica?

—Me parece que no comprendéis cómo funciona un interrogatorio —dijo Hopkins riendo—. Sois vos quien debéis proporcionarnos información a nosotros.

—Pero os lo repito, no sé nada más.

—Creo que os sorprenderá lo que podéis encontrar si hurgamos un poco.

¿Caxton?

Detrás de él apareció el pico de cuero.

—Ayuda a maese Makepiece a sentarse.

Incluso Hopkins se estremeció un poco cuando la alta figura de cuervo pasó por delante de él y cogió al gobernador de la mano.

VI

La luz estaba cayendo cuando Alyce y Solomon partieron hacia Bedlam, y el cielo tenía el color del agua sucia de la colada de Martha. Las calles de la ciudad seguían animadas, pero casi todo el mundo había terminado la jornada laboral y

desprendía un brillo colectivo de agotamiento en el camino de regreso a sus casas, a las tabernas o a otros rincones más tenebrosos de Londres.

Alyce llevaba otro de los viejos vestidos de la señora Thomson, que se levantaba sobre su delgada constitución y la azotaba como las velas de un galeón. Se había echado una capa sencilla sobre los hombros y encajado una de

las cofias de las criadas sobre las orejas para ocultar su afeitada cabeza. El viento parecía colarse entre sus costillas y alrededor de su corazón, mordisqueando su

ánimo. El plan parecía mucho más fácil al calor de la posada.

¿Y si la puerta del hospital estaba cerrada? ¿Y si estaba abierta pero no podía encontrar la carta? ¿Y si la pillaban antes de poder echarle un vistazo? La perspectiva de volver a su minúscula y mugrienta celda era demasiado espantosa

para ser contemplada siquiera. El ruido, el hedor, la deliciosa compañía de maese

Kemp: recuerdos que habían devenido vaguedades adoptaban repentinamente sus antiguas, duras, dolorosas formas. Centró toda su atención en poner un pie delante del otro.

Alyce había pasado gran parte de la tarde en las cocinas, ayudando a la señora

Thomson a preparar sus empanadas y sopas. Se había tomado la molestia especial, no obstante, de quemar la masa un pelín apenas y de dejar caer demasiadas cucharas al fondo de la cacerola, hasta que la posadera se vio

finalmente en la necesidad de pensar en otras labores más útiles para su desempeño. Quizá, sugirió Alyce con inocencia, podría salir a buscar algo de harina, teniendo en cuenta la enorme cantidad que había malgastado en sus fallidos experimentos con el horno (se disculpó de nuevo).

No fue necesario insistir demasiado para convencer a la señora Thomson, pero

esta se empeñó en que Solomon la acompañara. Alyce no tuvo nada que objetar.

Y por eso estaban allí, de camino a la ciudad, avanzando presurosos con deliberadas zancadas. Era una carrera contra la puesta de sol, porque a esa hora

se cerraban las puertas de la ciudad, pero Alyce no quería llamar la atención y por eso se contuvo de correr.

Solomon intentó orientarla lo mejor que pudo, señalándole los edificios más importantes y los nombres de las calles cuando las conocía. La condujo por Little East Cheap antes de girar a la derecha por Grace Church Street. Alyce se

estremeció cuando pasaron por el lugar donde el vendedor de manzanas le había

pegado. Afortunadamente, el puesto ya estaba cerrado por ese día.

—¿Por qué me salvaste? —preguntó de repente cuando dejaron atrás el lugar.

Los ojos de Solomon se agrandaron de asombro, lo cual les daba un aspecto más anfibio del habitual.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Nadie más en toda la ciudad quiso ayudarme.

—No sé. Tuve una intuición. Pensé que teníamos algo en común. —Miró hacia otra parte—. No sé —repitió.

—¿Algo en común? —Alyce resopló, pero sabía que estaba protestando demasiado. Entendía exactamente lo que el chico quería decir—. Lo único que tenemos en común es que los dos necesitamos comer más.

—Vi el muñeco. —Formó unas cuantas palabras con los labios antes de seguir

hablando—. Me recordaste a alguien.

—¿A quién? ¿A tu madre?

Solomon se encogió de hombros.

—¿Por qué?

—Era extraña, como tú.

—¿Extraña cómo?

—No pienso decirlo en voz alta.

—¿Por qué?

—Porque cualquiera podría oírnos.

—¿Qué le pasó?

—¡Por los clavos de Cristo, Alyce! —Solomon se detuvo en otro cruce. Un caballero lo fulminó con la mirada por blasfemar—. ¿Podemos poner fin al interrogatorio? No recuerdo que hayamos intentado rellenar las lagunas de tu historia. —Arqueó las cejas para dar énfasis a sus palabras.

Alyce se puso rígida, súbitamente consciente de su gran ignorancia, de su inexperiencia a la hora de hablar con gente de ciudad. De hablar con cualquiera,

para el caso. No tenía ni idea de cuándo se pasaba de la raya. O de dónde estaba

la raya. Ni siquiera de qué aspecto tenía la raya. Cuando estaba en casa, su madre siempre la animaba a hacer preguntas. Pero ya no estaba en casa. Y su madre había muerto.

Atravesaron el cruce pisando el fango marrón y siguieron caminando en

silencio. Alyce notó que el agua turbia empapaba el dobladillo de su vestido

prestado.

—Perdona. No te preguntaré nada más —dijo finalmente.

—Puedes hacerme preguntas, pero no sé si las responderé. —Solomon seguía avanzando a zancadas, y Alyce tenía que dar un saltito de vez en cuando para poder seguirle el ritmo—. Sinceramente, no hay mucho más que decir sobre mi

madre. Nada que no sepas ya de tus propias experiencias. Tenía algunos intereses que eran un poco... inusuales. A la gente no le gustaba; cuando digo la

gente, me refiero a mi padre. Fue él quien empezó con los cuchicheos. Luego, una noche desapareció de casa y nunca volví a verla. Fin de la historia.

Apuesto

a que terminó como tu madre, pero no estoy pensando en ir a buscarla. A ella, o

lo que quede de ella.

—¿Y a tu padre?

—No, no pienso ir a buscarlo tampoco. Hace dos años o más que no lo veo. Y

así es como él quiere que sea. A sus ojos ya es bastante malo que me amamantara un demonio, pero ahora, para más vergüenza, también soy actor. No

hay vuelta atrás. —Sonrió de nuevo, pero esta vez con una sonrisa leve y amarga

que no alcanzó sus ojos.

Alyce no pudo sopesar lo que Solomon quería decir, si es que quería decirle

algo en absoluto. ¿Tal vez solo debía reírle la gracia? Su indecisión la sumió en

un nuevo silencio.

—Um —dijo Solomon, sin mirarla—. Tú no has hablado nada de tu padre.

Era cierto. Pero se debía solamente a que no sabía prácticamente nada de él.

Podía contar las veces que su madre había hablado de él, eso por una parte, y por

otra, en esas ocasiones siempre lo había hecho en términos vagos, y nunca con el

menor indicio de rencor, o de deseo. Su padre llegó, se enamoraron y se marchó

antes de que Alyce naciera. Y como Alyce nunca lo había conocido, nunca lo había echado de menos.

—Ya, lo sé —dijo zanjando la conversación.

—De hecho, hay unas cuantas cosas de las que nunca has hablado.

—¿Quién está haciendo el interrogatorio ahora?

—No estoy haciendo ninguna pregunta. Solo afirmo que hay cosas que no me cuentas. Que no se las cuentas a nadie.

Llegaron a Bishopsgate. A Alyce le pareció muy similar a Cripplegate en el diseño: un rastrillo alto y arqueado en una torre cuadrada, flanqueada por dos torres más altas y estrechas, cada una con su propia poterna. Sin embargo, había

una diferencia. Iluminada por los últimos rayos plomizos del ocaso, una

colección de cuatro cabezas cortadas en picas se alzaba como centinelas,

descollando sobre las almenas.

Alyce se detuvo y tragó saliva. Solomon hizo una mueca.

—Bonitas, ¿eh? Delincuentes. Cuando las clavan, algunos de los actores de la compañía hacen apuestas sobre cuál perderá los ojos primero.

«Delincuentes», pensó Alyce, y se imaginó su cabeza en lo alto, pasto de las aves. Luego, como haciendo realidad esta ilusión, vio a un cuervo que rodeaba la puerta y venía a posarse sobre una de las picas. Se erizó y luego pareció mirarla

a ella directamente.

Alyce bajó la mirada y apretó el paso.

Tan pronto se hubieron liberado de la sombra de Bishopsgate, el aire se tornó inmediatamente más fresco. La ancha carretera que conducía a las afueras de Londres estaba orillada de casas negras y blancas con entramados de madera y

jardines, muy juntas unas de otras, algunas majestuosas, pero a ambos lados el paisaje era vasto, llano y verde. A pesar de la creciente oscuridad del crepúsculo, un puñado de caballeros seguían congregados en los campos para practicar el tiro con arco.

Alyce reconoció aquellos lares. Bedlam no quedaba muy lejos. Sintió una punzada en el estómago cuando atisbó el tejado de la mansión.

—¿Dónde está el teatro entonces? —preguntó Alyce.

—Más arriba. Los dos, de hecho. Podremos escondernos allí en caso de necesidad.

Alyce asintió. Aunque no necesitaran un escondrijo, sí que necesitarían un techo sobre sus cabezas de todas maneras. Lo más seguro es que las puertas de la

ciudad estuvieran cerradas cuando hubieran concluido su misión. La última luz

del día era un ojo naranja rasgado que miraba con el ceño fruncido en el horizonte.

—¿Por qué está tan lejos? ¿Por qué no está dentro de las murallas, donde la gente pueda veros interpretar vuestras obras?

—¿En serio? —Solomon se paró en medio del camino y la miró de hito en hito.

—¿En serio qué?

—Daba por hecho que lo sabías. Soy un paria, Alyce. Un desterrado. Todos lo

somos. Han expulsado a los actores de la ciudad desde hace dos años ya; solo

podemos actuar fuera de la muralla o si nos invitan a residencias privadas. Como a palacio.

—Oh.

—Somos las manzanas podridas y por eso tienen que sacarnos del cesto. Los siervos del Diablo, eso es lo que somos todos los actores, corrompemos la moral

de los buenos cristianos. —Señaló con el dedo a Alyce y después a sí mismo —.

¿Lo ves, Alyce? Tenemos mucho en común.

Después retomó sus andares al trote, y pasó un rato antes de que Alyce

despertara de su ensimismamiento y le diera alcance.

Pronto vieron los edificios inhóspitos y grises del hospital Bedlam apiñados a su izquierda. La enfermería y los conventillos estaban apartados del camino, detrás de un muro alto y una casa de guarda, con aspecto de completo abandono

para cualquier observador que pasara por allí: de sus ventanucos negros no se filtraba ni la más tenue luz. Sin embargo, Alyce podía sentir el murmullo de las

vidas dementes y fracturadas que encerraban sus rejas.

—¿Tienes un plan para entrar? —preguntó Solomon.

—La verdad es que no —reconoció Alyce. Luego entrecerró los ojos—. Pero tal vez no necesitemos ninguno. Mira.

A la entrada de Bedlam podía verse un carruaje negro de líneas elegantes que estaba preparado y en apariencia sin escolta; sus caballos resoplaban, formando

grandes nubes de vapor en el frío aire vespertino. Y la puerta de la entrada estaba abierta de par en par.

Alyce se adentró en las sombras orillando el muro.

—Deberíamos ir ahora... —susurró.

—Pero ¿qué vamos a hacer? ¿O decir? Creí que decidiríamos una especie de estrategia. ¿Y no necesitas un disfraz o algo? Vas a llamar la atención como la mismísima reina con esa increíble sábana blanca que llevas puesta.

—Puede que no se presente otra oportunidad. Las puertas no suelen estar abiertas así porque sí.

—Pero...

—Yo voy a entrar ahora. Tú puedes hacer lo que quieras.

Mientras Solomon protestaba en silencio, Alyce avanzó deslizándose hasta los

hocicos de los caballos, siempre con el hombro apoyado en las húmedas piedras.

Había algo en ese carruaje vacío horriblemente desapacible, como si algo la estuviera observando desde dentro, algo invisible. Notó un hormigueo en la nuca, que la urgió a seguir caminando.

Mientras los últimos haces de luz desaparecían de los tejados, Alyce se coló por la puerta y se adentró en el loco laberinto del hospital.

VII

Tras su paso por El Cisne, Alyce halló la visión y el olor de Bedlam insoportablemente tristes. Era un lugar sin esperanza. La achaparrada e inhóspita

enfermería se encontraba en el centro de un patio empedrado, circundado por los

conventillos y, extrañamente, algunas residencias privadas. La mansión de los gobernadores se alzaba del lado de Bishopsgate, pero parecía más acogedora que

los alojamientos de los pacientes. Todos los edificios necesitaban imperiosamente una reparación.

Ella y Solomon se agacharon en tierra y se miraron, sus músculos cada vez más rígidos por el frío. La niebla de la tarde envolvía el mundo, amortiguando los sonidos, pero de cuando en cuando el aullido de alguno de los internos de Bedlam quebraba la paz, cosa que les ponía más nerviosos de lo que ya estaban.

Alyce cobró súbita conciencia de lo poco que había planeado la aventura.

Solomon también parecía nervioso.

—Siempre tengo el mismo sueño —susurró—, salgo al escenario y me doy cuenta de que no me sé ningún diálogo. Tampoco sé cómo se llama la obra en la

que estoy actuando. Ahora me siento así.

Alyce no lo escuchó, y trató de recordar el plano interior de los edificios, para dar con alguna pista de dónde podían guardar sus enseres los gobernadores.

Recordaba haber visto a maese Makepiece saliendo por la puerta trasera de la garita para buscarlos, pero eso no significaba nada. Después, podía haber seguido cualquier dirección.

Dentro de la garita había dos hombres hablando. ¿O eran tres? No se oía bien.

Una de las voces sonaba débil, y el otro interlocutor no dejaba de interrumpirle.

A veces la segunda voz soltaba una risa extraña, sin gracia, que erizaba la piel de Alyce. Se volvió hacia Solomon.

—Deberías acercarte a hablar con ellos.

Solomon ni siquiera respondió. Se limitó a señalarse, con los ojos como platos.

—Tú eres el actor —susurró Alyce—. Puedes hacer como si quisieras preguntarles algo. Decirles que quieres ingresar a alguien en el hospital. Pídeles que te lo enseñen. Entretenlos mientras yo busco mis cosas.

—Solo porque sea actor no quiere decir que puedo interpretar cualquier papel

cada vez que alguien me lo pide —dijo en voz alta y crispada.

—¡Sshhh! —Alyce lo miró desesperada—. Por favor, Solomon, no pueden pillarme aquí. Otra vez no. Habla con ellos unos minutos, solo te pido eso. Nos

vemos fuera cuando haya terminado de buscar.

—¿Y si cierran las puertas?

Alyce miró hacia atrás, a los barrotes de hierro forjado, y el corazón le saltó durante varios latidos. No podía, no iba a terminar encarcelada de nuevo en ese

lugar.

—Pues en ese caso tendré que escaparme como hice la última vez. A través del cementerio y la acequia.

Alyce calló, consciente de que había soltado la lengua.

—¿Escaparte? —dijo Solomon con un pliegue en la comisura de los labios—.

Creí que habías dicho que te habían soltado.

Alyce se sonrojó y volvió a mirar la puerta de la garita.

—Muy bien —dijo Solomon con fingida solemnidad—. Voy a ir y ejercer mi oficio, y espero que piquen el anzuelo. A condición de que me cuentes la versión

auténtica de la historia. Después.

—Vale —dijo Alyce con un solo suspiro corto de aire caliente—. Ahora ve y haz la interpretación de tu vida.

Solomon se puso en pie de un brinco, estirando las rodillas. Se desempolvó el jubón, se arregló la gorguera, respiró hondo y fue a la garita.

Los dos hombres callaron al instante, y Alyce casi pudo sentir el calor que su enojo irradiaba desde la puerta. Oyó que Solomon se aclaraba la garganta con indecisión, antes de que la más fuerte de las voces se quebrara sobre él.

—¿Qué hay, muchacho?

—Um. Me preguntaba si podría hablar con el dueño de esta apreciada... institución.

Alyce bordeó el umbral, apenas pisando el suelo, como si fuera de seda, y se coló por una ventana. Dentro, Solomon no resultaba nada creíble en su papel; al

contrario, sonaba completamente aterrorizado.

—Es por mi tía, ¿sabéis? No está... bien. Pero parecéis ocupados, será mejor que vuelva otro día.

Solomon actuaba con tanta torpeza que Alyce tuvo la tentación de ir en su rescate. O de estrangularle. Una de dos.

Lo ideal habría sido registrar la garita primero, pero como era imposible, decidió ir a la enfermería. Allí es donde la habían desvestido y rapado a su llegada. Tal vez su ropa siguiera en el mismo sitio. Dejó a Solomon con su plática y cruzó al patio donde los pacientes se revolvían en sus tenebrosas celdas.

Era un cielo sin luna. La noche velaba todos sus pensamientos, esperanzas y temores lunáticos.

La puerta del pabellón inferior no estaba cerrada con llave y se abrió fácilmente. Un olor nauseabundo a enfermedad, a putrefacción y a cubos de

porquería sin vaciar se arremolinó en la nariz y la garganta de Alyce, y tuvo que

esforzarse por contener una arcada. De alguna manera, había soportado esta atmósfera durante un mes o más, había permanecido en su celda mientras la envolvía como una sopa caliente; sin embargo, en esos momentos le pareció que

no podría respirar una sola vez sin sentir náuseas.

Se obligó a avanzar. Justo delante de ella, una vieja escalera de madera subía al pabellón superior, y un pasillo se extendía a su izquierda, jalonado a ambos lados por las puertas de las celdas. Los pacientes susurraban en las sombras. Podía oír su respiración entrecortada.

Cuando vio una fila de blusones colgados de ganchos debajo de las escaleras, el corazón le dio un vuelco, pero cuando sus ojos se ajustaron a la penumbra y

rebuscó en sus pliegues, comprendió que era las tristes ropas que los

gobernadores daban a los pacientes al ingresarlos, todas igual de deformes e incómodas. Se oyó una carcajada proveniente de algún sitio al fondo del pasillo,

como mofándose de su decepción; luego aumentó de forma incontrolable y

disminuyó hasta convertirse en un gimoteo. El sonido era tan lastimero y aterrador como en su primera noche en el hospicio. Alyce se encaminó a la planta superior, arrastrando con ella su corazón frío y plomizo.

La búsqueda de la enfermería fue infructuosa. Escaleras arriba y abajo, todo lo

que encontró fueron hileras de celdas y a sus moradores. La mayoría eran

mujeres, o eso le parecieron aquellos rasgos fantasmales que se cernían sobre los

ventanucos cuadrados de las puertas de las celdas. No estaban delirando ni murmurando, tan solo parecían tristes y perdidas. Alyce se preguntó cuántas habrían corrido su suerte, abandonadas en el hospital para ser curadas de algo que nadie comprendía realmente, y ellas menos que nadie.

La única sala —si es que podía llamarse así— era la desbordante fosa séptica en la planta baja, conocida simplemente como la «Cripta Mayor». Solo le bastó

con abrir su puerta una rendija para convencerse de que lo mejor era salir de la

enfermería cuanto antes y buscar en otra parte.

Mientras desandaba el pasillo, una voz débil y fría rasgó repentinamente la penumbra.

—¿Eres tú?

Alyce se puso rígida.

—Eres tú, ¿verdad?

La voz procedía de una de las celdas. Alyce intentó responder, pero sus pulmones estaban anestesiados del frío.

—¿Me has traído los libros? ¿Los has conseguido? —La voz exhaló un

suspiro prolongado y trémulo. También se oyó un chirrido, como si estuvieran grabando algo en piedra en una de las celdas—. Es tan difícil ver sin ellos...

—No sé... no sé de qué habláis... —dijo Alyce. Tanteó en la oscuridad, incapaz de localizar la procedencia del sonido.

—Pero el negro no. Ese quémalo. ¡Arrójalo a la fosa! Libro negro. Libro negro. Libro negro. Libro negro.

Las palabras vagaron y se arremolinaron fragmentadas por el pasillo,

bañándolo como olas. Alyce se deslizó de una celda a otra, pero cada vez que creía haber encontrado la fuente de la voz, resonaba en eco por detrás o por delante de ella y giraba sobre sí misma, desorientada. La locura, recordó de su tiempo de internamiento allí, es contagiosa.

—Oh —gimió la mujer de la celda.

—¿Qué sucede? —susurró Alyce.

Más arañazos en la piedra.

—Oh, Dios. ¿Por qué los has traído?

—¿A quién?

—El libro negro. El libro negro. El libro negro.

Alyce se detuvo, estremeciéndose.

—Está buscándonos a las dos, ¿sabes? No pienso volver. Déjame salir y correremos por los bosques, los tres juntos, tres ratones de campo. Pero él no, no, él no.

—Lo siento... —murmuró Alyce.

—Por favor, déjame salir.

—No... no puedo... No tengo la llave.

—Por favor.

—Lo siento.

—Por favor.

Alyce la buscó frenéticamente de una celda a otra, pero solo vio negrura. El eco de su conversación había despertado a más pacientes, y el pasillo comenzó a

llenarse de confusos parloteos.

—Están aquí. Los perros están aquí.

Alyce pudo oír voces al otro lado de la puerta. La única puerta. Eran los hombres de la garita. Maldijo. «¡Solomon, no servís para nada! ¡Los habéis enviado directos a mí!»

Los goznes chirriaron, y la luz amarilla de una antorcha se abrió paso lamiendo el suelo. Alyce reculó, presa del pánico. Había llegado al final del pasillo. No había salida. Si los gobernadores llegaban solo a la mitad del ala, la antorcha la delataría al empequeñecerse en la esquina. Solo existía un sitio donde poder esconderse, un sitio donde a nadie se le ocurriría buscarla jamás.

Sigilosamente, abrió la puerta de la Cripta Mayor y se coló dentro.

La fosa séptica del hospital tenía el aspecto de no haber sido mantenida durante varias décadas. Alyce no quería pensar en lo profundo que sería el fondo

de mugre; y, por muy profundo que fuera, sus aguas rebasaban la superficie, discurriendo con altibajos y derramándose por la angosta pasarela que

circundaba el exterior. El olor la maltrataba como una fuerza física, pero consiguió arrastrarse por una de las orillas, abrazada al muro, descansando los pies de cuando en cuando en un charco de una cosa que era blanda y húmeda.

Contuvo la respiración y aguzó el oído.

—Empezad por su celda y continuad.

—Por favor, señor, estas pobres almas necesitan descanso.

—Estas pobres almas puede que hayan visto qué sucedió con la chica.

—Pero están «idas». Ven todo tipo de cosas, casi siempre pura fantasía. Y vuestra amiga aquí... —Hubo una pausa. Alyce pegó el oído a la raja de la puerta—. Vuestra amiga solo conseguirá desestabilizarles más.

—No pueden estar todos tan locos como decís. ¿Y la chica? Dijisteis que era peculiarmente lúcida.

—Sí, pero...

—No pienso arriesgarme, maese Makepiece. Si hay uno solo entre ellos que tenga el más mínimo recuerdo de lo que sucedió aquella noche, me gustaría mucho hablarle.

Alyce no cayó en la cuenta de que se trataba del gobernador hasta que mencionaron su nombre. Su voz sonaba distinta, como si le costara pronunciar bien las palabras. Deseó que volviera a hablar, pero no oyó más que un chirrido

y un ruido hueco. Estaban subiendo las escaleras.

Cuando el pasillo se sumió en un nuevo silencio, Alyce abrió la puerta. Sus pulmones se quejaban a gritos. Tan pronto tuvo la certeza de que los hombres se

hallaban en la planta de arriba, corrió hacia la salida, deteniéndose un segundo para ver si podía escuchar la voz de la mujer, pero esta se había perdido en el balbuceo de los demás internos. Se coló por la puerta, asegurándose de que los

goznes no protestaban y luego se lanzó al patio y se escabulló a través del empedrado.

Cuando llegó a la garita, estaba en silencio. Se asomó lentamente por la puerta

y vio a Solomon, solo, dando vueltas arriba y abajo a la luz de una única vela
y

retorciéndose las manos.

—¡Solomon! —susurró—. ¿Qué estás haciendo?

Él levantó la mirada, aliviado.

—¡Gracias a Dios que estás bien! ¿Entonces no te han visto?

—No —dijo ella, mirando a sus espaldas y entrando en la garita—. Pero
siguen en la enfermería. ¿Qué ha pasado con tu cautivante actuación?

—Lo siento, ¡he intentado detenerles! Pero no me han hecho ni caso. Les dije
que... —De pronto calló y empezó a olfatearla—. Caray, Alyce, ¿qué es este
olor?

—La fosa séptica, ni más ni menos. —Alyce se levantó el dobladillo del
vestido para enseñarle los inmundos tobillos—. No lo recomendaría como el
mejor sitio para esconderse.

—Oh, qué repugnante. Pero, mira, al menos no os han encontrado. Qué
pareja

más rara y terrible, la de estos hombres, ¿Has visto la...?

Alyce meneó la cabeza y lo adelantó.

—Más tarde, Solomon. Tenemos que registrar este sitio antes de que vuelvan.

Alyce no entendía por qué estaba siendo tan seca con él, cuando en realidad se

sentía tan contenta de verle. «¿Qué te pasa, brujita?» Cogió una vela de la mesa y salió del pasillo en dirección a la parte trasera de la garita. Solomon la siguió sin decir ni mu.

El edificio que jalonaba el patio era largo, bajo y ventilado, y la vela en dificultades estuvo tres veces a punto de extinguirse. Alyce asomó la cabeza en

cada habitación por la que pasaba: un estudio, una leñera húmeda, una alacena que apestaba a leche agria. A medida que avanzaba, cada cual era más fría y olía

peor.

En la última habitación, los ojos de un ratón atraparon la luz de la llama brevemente antes de escurrirse debajo de un fardo de tela en un rincón.

—Mira, Solomon —dijo—. Ropa.

Solomon seguía husmeando un poco más abajo en el pasillo. Alyce examinó el montón de ropa que le llegaba a los codos, y otras tres formas negras lustrosas corretearon dando chillidos en la penumbra.

Allí se guardaban las prendas de doce reclusos más por lo menos, y Alyce comprobó que el hospital de Bedlam no discriminaba. Había ricos jubones de terciopelo y coloridos y sedosos vestidos de noche mezclados con calzones de lana deslustrada y chalecos de un material que no era mucho mejor que el de una

arpillera. Un loco era un loco, por mucho dinero que tuviera.

Lo encontró en el fondo del montón de ropa: la saya amarillenta que su madre

le había hecho, enrollada en un ovillo. En una de sus mangas todavía quedaba sangre seca del cazador de brujas.

—¡Tú! —dijo detrás de ella una voz babeante—. ¡Tú, demonio!

Alyce no podía verle la cara a la luz de la vela, pero supo inmediatamente de quién se trataba por sus balbuceos y sus jadeos, por el contorno de su corpulencia desplomada sobre el marco de la puerta. Su viejo amigo. Se estremeció al verlo, sintiendo un familiar escalofrío de miedo y de vergüenza. Era como si nunca hubiera salido de allí.

Maese Kemp dejó caer su cántaro al suelo y avanzó pesadamente hacia ella.

Alyce recobró sus sentidos, cogió su ropa e intentó escabullirse, pero él consiguió agarrarla del vestido por detrás con su pequeño puño rechoncho.

Alyce quiso gritar, pero el escote le apretaba tanto a la altura del cuello que tuvo que ponerse de puntillas, pisando el suelo a duras penas. No podía respirar lo suficiente para pedir auxilio a Solomon. La habitación se tiñó de púrpura, el pulso le latía con fuerza en los oídos, y con cada patada, puñetazo y arañazo, el

vestido se ceñía cada vez más a su cuello.

—No podrías haber sido más oportuna, Alyce —le dijo al oído, salpicándole la cara de saliva al pronunciar la última sílaba de su nombre—. ¡Están aquí!

¡Ahora mismo! —Luego emitió una risita que a Alyce le recordó la de una niña

pequeña—. ¡Han vuelto a por ti! Y tú has entrado directamente en su...

De repente enmudeció como si alguien le hubiera tapado la boca, y Alyce notó

que la soltaba. Se retorció mientras maese Kemp se bamboleaba con una pirueta

y rodaba por el suelo. Solomon estaba en el vano de la puerta detrás de él, con

aire triunfal.

—Tampoco creo que nadie fuera a comérselo —dijo.

—¿Qué?

—Se ha puesto malo.

Alyce no tenía ni idea de a qué se refería hasta que, al volverse, vio a maese

Kemp yaciendo inmóvil entre una pila de ropa con algo en la cabeza. Solomon,

que venía de la despensa, lo había dejado inconsciente golpeándole con una rueda de queso.

Volvieron corriendo a la puerta este de Bedlam y después salieron a la calle.

Como era de esperar, Bishopsgate estaba cerrada, y Solomon la llevó al teatro, situado un poco más al norte. Cuando el gran óvalo blanco emergió en la noche,

se pusieron a cuatro patas y se colaron por debajo de sus puertas dobles. Dentro,

el patio estaba desierto y en completa oscuridad. Alyce sintió alivio cuando la mano de Solomon tanteó la suya en la penumbra y la condujo al escenario y, luego de rodearlo, al vestuario en la parte de atrás.

Aunque apenas podía vislumbrar algo, Alyce se sentó en las duras tablas de madera y desenrolló la vieja saya en su regazo.

—Puaj.

—¿Qué?

—Piojos.

Esparció sus cuerpecillos muertos por el suelo.

—¿Está? —preguntó Solomon.

Alyce hurgó en los bolsillos durante unos momentos agonizantes hasta que su dedo tocó la despuntada esquina de un pergamino.

—Está. Un poco húmedo, pero el sello sigue intacto.

Ambos se quedaron sin aliento, y tardaron un rato en sentir el frescor, la plenitud del aire en sus pulmones.

—¿Qué ha sido eso?

Aguzaron el oído. Oyeron un ruido, como si alguien estuviera escarbando, seguido de un aleteo irregular. Un pájaro anidando en las vigas de la galería superior.

—Será una paloma o algo así —dijo Alyce.

—Suenan a algo más grande que una paloma.

—Bueno, pero no tan grande como para ser alguien que nos esté siguiendo desde Bedlam.

—Eso espero —dijo Solomon frotándose los brazos—. Quería contarte lo de esos dos hombres en la garita...

—¿Contarme qué?

—Bueno. —Alyce oyó que tragaba saliva—. Al pobre viejo gobernador parecía que lo habían molido a palos. Y el de la máscara...

—¿La máscara?

—Parecía salido del mismísimo infierno. No pude verle la cara. Un pico largo

espeluznante...

—¿Un pico? ¿Estás seguro de que maese Kemp no ha compartido su vino contigo?

—¡Lo juro! ¿Tú no los viste?

—No, no los vi. Los oí, eso sí. —Alyce jugueteó con la saya—. Me estaban buscando, Solomon.

—¿Buscándote? ¿Por qué? —Alyce oyó que se tapaba la boca con la mano en

la oscuridad al comprender la situación—. ¡Por el amor de Dios, han estado cerca!

—Son como los que vinieron a buscar a mi madre. Estoy segura. También vinieron otros dos buscándome a mí después, pero no eran los mismos. Me pregunto cuántos serán...

—Pero ¿por qué están tan obsesionados? ¿Qué es lo que te hace tan importante?

Alyce volteó la carta en sus manos. La pregunta le rondaba la cabeza hacía tiempo, y se estaba volviendo demasiado importante como para ignorarla.

—Nada. No hay nada que me haga importante. Solo están enfadados.

—¿Enfadados?

—Porque maté a uno de los suyos.

HOPKINS



Hallaron a la mujer sentada con las piernas cruzadas en el centro de su celda, rayando un círculo en la tierra alrededor de su cuerpo. Tenía las uñas blancas y

finas como espinas. Un gran ojo abierto, dibujado de la misma manera, miraba

fijamente a los visitantes desde el suelo al otro lado de la puerta.

La mujer tarareaba o murmuraba algo parecido a una melodía; las densas cortinas de sus grises cabellos apelmazados caían en cascada por su rostro.

John Hopkins observó que se mecía suavemente, como zarandeada por una corriente de aire.

—¿Qué clase de diabolismo es este?

—Ah, mi esposo! ¡Venid a besarme, amor mío!

Hopkins no le prestó atención y señaló los dibujos grabados en los muros y el suelo de la celda.

—Maese Makepiece, ¿permitís que vuestros pacientes practiquen abiertamente esta clase de herejía?

El gobernador murmuró algo a través de sus hinchados labios y la mujer siguió canturreando, o hablando, o lo que quiera que estuviese haciendo.

—Tal vez podamos considerarnos afortunados —dijo Hopkins volviéndose hacia Caxton. Rozó con el pie el ojo dibujado en el suelo junto a la puerta—. Apostaría a que esta mujer ha visto muchas más cosas que las otras reclusas.

La mujer aulló y su aliento separó momentáneamente el pesado velo de su cabellera.

—Se ha ido, se ha ido. Los dos se han ido. Los ratones se han escurrido, ¡dejando a su pobre madre con la jauría!

—¿Lo veis? —dijo maese Makepiece—. Ha perdido el seso. No obtendréis nada de ella.

—Oh, no —dijo Hopkins meneando un dedo de terciopelo negro—. Esta mujer es de los nuestros. Tiene muchísimas cosas que contarnos. Lo único que

necesitamos es hacerle las preguntas adecuadas.

—Por piedad, señor...

—Dejadnos —dijo zanjando el asunto con la mano. El gobernador volvió a abrir su boca partida, pero se rindió e hizo como le habían ordenado.

—Los he visto sobrevolando el océano —dijo la mujer—. A los dos, cogidos

de la mano. —Se inclinó hacia delante y empezó a garabatear una serie de símbolos en el interior del círculo donde estaba sentada—. El océano — repitió,

afirmando con la cabeza.

—Es suficiente —dijo Hopkins—. Dejaos de teatros.

—¿Teatro? No es teatro. Yo no soy actriz. El actor es él. ¡Atiza, se dirigen al escenario ahora mismo! Tienen un buen espectáculo preparado. Es una pastoral

histórica, creo. O una tragedia histórica. O una pastoral histórica tragicómica.

—

Los señaló a ambos con el dedo—. Espero que os sepáis vuestra parte del texto.

¿No? ¡Ea, no pasa nada! Podréis leerla en el libro negro.

Hopkins cerró los ojos y respiró hondo, armándose de toda la paciencia posible. Matarla no serviría de nada. Ya había cometido ese error con Ellen Greenliefte.

Volvió a mirar el ojo, que los observaba fijamente desde el suelo.

—Sois vidente, ¿no es así?

La mujer dejó de dibujar símbolos y sacudió la cabeza.

—¿Yo? No no no, no puedo ver nada. ¡Mirad mi pelo! No puedo ver más allá de mi nariz.

—A la reina María una vidente le vendría de perlas. Podríais serle un bien preciado. Y para nosotros también.

La mujer se echó a reír.

—¿La reina María? Eso es nuevo. La última vez que la vi era una librera. Me maldijo por dejar las huellas de mis zarpas en sus libros. ¡Ah, la rueda de la fortuna!

—Pronto seréis súbdita de María, bruja, y ponerse de su parte sería una actitud

inteligente. Os lo puede dar todo, o quitároslo con la misma facilidad.

—Pues yo no querría que me lo diera todo —dijo entre risitas—. ¿Dónde iba a

ponerlo? ¡Esta celda es tan pequeña!

—Muy bien —dijo Hopkins, casi estremeciéndose de frustración—. ¿Qué le pediríais?

—Un beso de vuestro guapo amigo —dijo señalando a Caxton—. ¿Qué hay de vos, John Hopkins? ¿Vos qué le habéis pedido a la reina?

Hopkins se detuvo. No le había dicho su nombre. Había conocido a otras adivinas en el pasado, pero los oscuros recovecos de su conocimiento nunca dejaban de ser menos perturbadores.

—Sé lo que os ha prometido —continuó ella con tristeza. Después inhaló aire con fuerza—. Pobre hombre. Pobre, pobre hombre. Jamás os dejaré marchar. Os

castigaré una y otra vez hasta que no quede nada de vos.

Ella lo sabía. Sabía lo que las arpías le habían hecho, el acuerdo que había pactado con la reina de los escoceses. Hizo un amago de agarrarla, de acallarla.

—Tened cuidado, John Hopkins. —De pronto, la voz de la mujer era profunda

y clara. Hizo un gesto con la mano alrededor de su cuerpo—. No podéis cruzar

el círculo.

—¿No puedo?

—Sufriréis.

—¿Sufrir? —dijo Hopkins—. Querida, sentir algo, por poco que sea, me produciría un indecible placer. Bienvenido sea el sufrimiento. Estoy deseándolo.

Hopkins cruzó la línea de runas y su carne aulló de dolor. Podía sentir la piel de sus brazos abrasándose, pero no le importaba. ¿Le rechinaban los dientes o estaba sonriendo? Ni él mismo lo sabía.

Agarró a la bruja del pelo y la arrastró fuera de la celda.

VIII

Alyce se sentó en una esquina de su cama en El Cisne, mirando el trozo de pergamino plegado y un poco manchado. Sus dedos recorrieron por encima el círculo grumoso y duro de cera púrpura que mantenía sellado su contenido. Su madre había sellado esta carta con sus propias manos. ¿Qué trataba de ocultarle?

—¿Entonces no la has abierto todavía?

Alyce se levantó con un respingo, dejando caer la carta, y se volvió hacia Solomon, que asomaba expectante por la puerta de su cuarto. Cruzó los brazos.

—Podrías haber sido más caballeroso y llamar antes de entrar.

—La puerta estaba abierta. Las señoritas respetables cierran con llave sus aposentos.

—Sí, vale, yo no soy más señorita respetable que tú caballero.

—¿Puedo pasar?

—Supongo.

Después de pasar la noche en vela en el teatro Curtain, Alyce y Solomon habían vuelto a El Cisne camuflados por la niebla matinal londinense, como un

par de amantes culpables. Y, como era de imaginar, la señora Thomson los había

estado esperando.

La posadera había dormido tan poco como ellos, roída por la inquietud,

imaginando un desenlace de tintes cada vez más macabros para la pobre Alyce,

perdida entre los oscuros y tortuosos callejones de Londres, mientras buscaba un

saco de harina. Cuando cruzaron el umbral de la posada, la señora Thomson bajó

de un salto de su taburete junto a la chimenea del comedor y atrajo a Alyce hacia

ella con un molesto abrazo de oso. Le contaron una media verdad: que Solomon la había llevado a ver el teatro Curtain y, no pudiendo volver a la ciudad porque

sus puertas ya estaban cerradas, habían tenido que dormir entre bastidores. La señora Thomson la riñó durante un almuerzo de huevos y pan recién horneado, e

hizo una declaración férrea: Alyce no podría salir de la posada hasta que ella decidiera que ya estaba recuperada.

El incidente se remontaba a más de dos semanas atrás, y la posadera seguía desoyendo las súplicas de Alyce. Estaba bien alimentada y descansada; sus cabellos habían crecido un poco también, aunque eran tan cortos, tan rojos y tan

rizados que se habría dicho que llevaba una especie de extravagante escudo de cobre en la cabeza. Finalmente, Alyce pudo arrancarse unos pelos de la cabeza

para su efigie; una vez que terminó su confección y la escondió en su lecho, la

sensación familiar de calidez y bienestar ya no se separó de ella. Se sentía casi

como en casa.

Pero no tenía permiso para ir a la ciudad, y la posadera la mantenía tan ocupada con la limpieza, la cocina y la elaboración de cerveza que apenas habría

tenido tiempo de escabullirse aunque hubiese querido. La señora Thomson había

olvidado por completo lo de la carta de Alyce, aparentemente, lo cual la alegraba

mucho.

«No existen cosas tales como las brujas.» Aquello era mejor que odiar a las brujas y querer verlas arder en la hoguera, supuso Alyce. Pero seguía sin creer que pudiera confiar plenamente en ella. Seguía sin creer que pudiera confiar en

nadie.

Aparte de Solomon. El chico venía a verla. Parecía imperturbable a la revelación de que era una asesina; de hecho, incluso había llegado a decir que había obrado bien. Sin embargo, Alyce supuso que, después de aquello, el chico

se esfumaría sin dejar rastro; creyó que informaría del crimen cometido a uno de

los alguaciles o guardias de la ciudad, y que ella terminaría en la horca, pero Solomon volvió al día siguiente deseoso de continuar con la búsqueda de John Dee. Su secreto, al parecer, estaba a salvo entre ellos.

—Por responder a tu pregunta, no, no la he abierto.

—¿No te pica la curiosidad?

—Pues claro que sí. Pero no es para mí, es para John Dee. Solo tengo que esperar a que me dejen ir a Bankside.

—Pues buena suerte, porque estará muerto de aquí a que la señora Thomson deje que andes por ahí sola otra vez. Cielos, tú estarás muerta, Alyce. Échale un

vistazo por lo menos.

—¡No! No pienso romper el sello y echarlo todo a perder.

—Podemos volver a sellarla. La señora Thomson tiene lacre en su despacho.

Solo hay que abrir la carta con cuidado. Mira, yo te enseño cómo...

Solomon comenzó a deslizar el dedo meñique por debajo de una esquina del pergamino, y Alyce no hizo absolutamente nada para impedirselo. Si lo dejaba continuar, la culpable no sería ella, ¿cierto? Su conciencia se burlaba de ella en algún rincón de su cabeza.

—Umm... —exhaló Solomon por la nariz—. ¿Tienes una horquilla?

Alyce lo fulminó con la mirada.

—¿De verdad piensas que necesito horquillas para esto? —preguntó señalándose la corta y ensortijada mata de la cabeza.

—No, supongo que no. ¿Algún tipo de alfiler?

—Creo que la señora Thomson tiene un costurero por aquí —dijo

levantándose de la cama y abriendo una cómoda pegada a la única y mugrienta

ventana de la habitación. Tras revolver un poco los cajones, volvió junto al chico y le tendió una aguja pellizcada entre el pulgar y el índice.

—Perfecto. —La cogió con una sonrisa. Alyce lo observó mientras hurgaba el

borde de la carta con el trocito de metal y se dio cuenta de que estaba rígida de la emoción. Apenas respiraba. Solomon maniobraba despacio, con delicadeza, con

la lengua fuera a un lado de la boca, hasta que el sello se despegó intacto del pergamino, dejando únicamente un pequeño círculo descolorido en la superficie

donde antes estaba presionado. Solomon recogió la cera y la dejó con esmero en

la mesita de noche.

—No la pierdas —dijo—. Podemos volver a usarla en caso de que necesitemos sellar la carta otra vez. Tomad. —Entregó la carta a Alyce—. No creo que deba ser yo el primero en leerla.

Alyce la desplegó como si fuera a desintegrarse si sus dedos se movían con

excesiva rapidez. Antes de intentar leer siquiera lo que ponía, frunció el ceño.

ΕΛΛΗΝ ΨΙΣΣΕ ΤΘ ΙΘΗΛΝΥΣ ΔΕΕ ΛΛΡΕΩΩ

ΤΨΕΩΝΙΕΝΔΛΙΘΕ ΡΥ ΗΡΕΦΝ ΜΪΤΤΗΔΕ. ΨΗΕΡΡ3ST ΛΛŪΜΡΘΝ.

ΒΕΣΥΜΕΡ ΦΡΕΘ ΔΕΛΡ ΝΕΛΔΗÆS. ΛΛΥΣ3 ΤΘΡΥ ΛΨÆΝΔΗΔΕ.

ΑΜΛΩ ΗΕΛΗΛŪΡΕ ΡÆΔΗΡΕS, ΟΡ ΤΘ ΜΟΔΟΡ ΗΛΜΣΥΜΕ.

ΡΘΡΓΙΕΦΔΝΕΞΕ ΒΕΘΗΣΕ

La carta no tenía sentido. Peor aún, era indescifrable. La mitad de los símbolos pertenecían a un alfabeto que Alyce nunca había aprendido. Recordó a

su madre, inscribiéndolos en piedras y árboles, a veces en la tierra, círculos dentro de círculos alrededor de una hoguera o una tumba. Alyce se maldijo por

no haberle preguntado jamás por su significado.

—¿Qué pasa? —preguntó Solomon—. ¿Qué dice?

Alyce negó con la cabeza.

—Nada.

—¿Nada?

—Nada que yo pueda entender, vaya.

—Déjame verla.

Alyce sostuvo la carta por una punta y Solomon por la otra, y ambos se quedaron mirándola sin comprender.

—Yo ya he visto antes estas letras —dijo Solomon—. Cuando se llevaron a mi

madre, encontraron letras como estas por toda la casa. Debajo de las camas.
En

su escritorio. Hojas y hojas metidas entre la ropa.

—¿Crees que John Dee sabrá interpretarlas?

—Bueno, si es un verdugo no creo que sea capaz de interpretar ni de leer nada. Los verdugos no tienen muchas entendederas que digamos, ¿no?

Alyce se encogió de hombros.

—No sé. —Luego se volvió bruscamente hacia Solomon y lo miró de hito en hito—. Así que tu madre era bruja, sin ninguna duda.

—No existen cosas tales como las brujas, Alyce. ¿No escuchaste lo que dijo la

señora Thomson?

—Sí que existen. Y los dos lo sabemos. Nos criaron. Tú mismo lo dijiste, tu madre tenía intereses inusuales. —Volvió a mirar la carta—. Tiene gracia. Me he

pasado la vida entera pensando que los «inusuales» eran los demás. Nunca pude

entender por qué iban todos a ese edificio grande cada domingo y le rezaban a

algo que no podían ver, que nunca parecía ayudarles. Siempre eran desdichados.

Pero las cosas a las que mi madre hablaba... los árboles, los animales, la luna.

Los muertos. Son reales.

Levantó los ojos y vio que el rostro de Solomon se había tensado, sus negras ojeras súbitamente más pronunciadas.

—¿Los muertos?

—¿Qué? —Alyce tuvo la progresiva sensación de que había hablado demasiado. Tal vez se había equivocado confiando en Solomon—. ¿Tu madre

nunca habló con los muertos?

—No... no lo sé.

—Los muertos están en todas partes. Todo el tiempo. En el Otro Lado. A veces vienen a nuestro mundo, y las brujas pueden enviarlos de nuevo a su sitio.

Tapar los agujeros, por así decirlo.

Solomon la miró con curiosidad, como receloso de que se estuviera burlando de él.

—¿El Otro Lado?

—Nunca lo vemos, pero siempre está ahí. Como si fuera una sombra de todas las cosas. Pero la sombra... siempre se proyecta directamente detrás de la propia

cosa, la mires por donde la mires. Así que nunca podemos verla. —Esta era la explicación que le había dado su madre, pero Alyce notaba que su entrecejo se

fruncía mientras trataba de explicarlo.

—Vale. ¿Y los muertos van allí?

—Sí. Van allí y vienen de allí.

De nuevo, Solomon escogió cuidadosamente sus palabras.

—Entonces... ¿allí es donde está tu madre ahora?

—Supongo que sí. —Alyce nunca lo había pensado de esta manera, pero tampoco es que la tranquilizase mucho. Al contrario, imaginar el espíritu de su

madre vagando en la oscuridad, eternamente fuera de su alcance, la ponía más triste—. Pero nunca me enseñó cómo convocar a los muertos, y menos aún cómo

hablar con una persona en concreto. Yo era demasiado pequeña.

—Oh.

—¿Y la tuya? ¿Te explicó alguna vez cómo hacerlo?

Su repentino arrebató de emoción murió antes de terminar la frase. Solomon estaba negando con la cabeza.

—No.

—¿Ni siquiera lo mencionó?

—No.

—¿Qué te enseñó?

—Nada —dijo, pareciendo extrañamente enojado—. No me enseñó nada. —

Señaló la carta—. Todo esto no tiene ningún sentido para mí. Parece que tendrás

que ir a Bankside sí o sí. —Alyce se dio cuenta de que intentaba cambiar de

tema de conversación y dejó de lado el asunto—. Vamos, tenemos que lacrar la

carta otra vez.

Solomon se levantó de la cama en un estado agitado y se frotó furiosamente la

frente, como intentando alejar físicamente sus preocupaciones con la palma de la

mano.

Alyce estaba confusa. Así era Solomon, al parecer: se mostraba impaciente como un cachorro por explorar los recovecos secretos, extraños y turbios de la historia de Alyce, pero tan pronto atisbaba el mínimo reflejo personal en su historia, solo deseaba mirar para otra parte.

—Perdona si te he molestado... —dijo Alyce, intentando sonar razonable.

—Necesitamos una vela y lacre —dijo Solomon, ignorándola por completo y

dirigiéndose hacia la puerta—. La señora Thomson andará atareada en la cocina ahora mismo, así que creo que podremos entrar en su despacho.

Y sin mirarla siquiera, comenzó a bajar las escaleras. En las plantas inferiores,

la posada estaba desierta y silenciosa, y las fuertes pisadas de Solomon imprimían un tatuaje solemne e irregular en cada viga y plancha de madera.

Alyce meneó la cabeza desconcertada, y poco a poco se levantó para seguirle.

IX

En la planta baja, oyeron a la señora Thomson enzarzada en una feroz competición de gritos con Martha.

—¿Te piensas que estoy ciega, chica? ¡Están más sucias que cuando te las di!

La vieron sacudiendo un puñado de sábanas sucias con la mano derecha,
todas

ennegrecidas con algo parecido al hollín.

—No estaban así cuando las tendí —protestó Martha—. Habrán sido los
perros, que las habrán tirado por el suelo.

—Me da igual lo que haya pasado, ¡porque vas a lavarlas otra vez!

Y así continuaron, dale que te pego. Mientras la señora Thomson descargaba
sus salvas de indignación, Alyce y Solomon se deslizaron hasta el despacho
por

el fondo de la cocina y encontraron el lacre entre sus papeles.

—No es de buena calidad como el de tu madre —dijo él sacando un taburete
y

encorvándose sobre una vela—, pero nos servirá.

Dejó caer unas gotas de cera sobre el pergamino, luego calentó el revés del
lacre original que había despegado con la aguja y apretó uno contra otro.
Sopló

sobre el lacre para que se enfriara.

—Ya está. Parece nuevecito.

Alyce le quitó la carta e inspeccionó la factura. Resultaba casi imposible
advertir que la habían abierto.

—Carterista, falsificador... —dijo meneando la cabeza con burlona
decepción

—. Empiezo a preguntarme si debería hacer migas con semejante pilluelo.

—Yo también empiezo a preguntármelo —dijo Solomon. Alyce le devolvió una tímida sonrisa, pero no estaba segura de lo que había querido decir de verdad—. Necesito una copa.

Sin una palabra más, Solomon bordeó el escritorio, entró en la cocina y siguió

caminando como si no pudiera soportar el hecho de seguir en la misma habitación que ella ni un minuto más. Alyce permaneció encaramada a su taburete, preguntándose qué diantres tendría el muchacho en la cabeza.

La puerta se cerró de golpe a sus espaldas, y la ráfaga levantó de la mesa un

legajo de manuscritos de la señora Thomson, que cayeron al suelo. Alyce maldijo entre dientes y reunió las páginas esparcidas, echando un vistazo al contenido mientras intentaba volver a colocarlas en orden. Se levantó del taburete y las acercó a la luz de la vela. Pronto descubrió que no se trataba de las cuentas de una posadera cualquiera.

Las hojas estaban repletas de listas de nombres extraños con números al lado:

1 corazoncillo

1 salgueiro rastrero

1 yerba santa

1 solanácea

Eran plantas y hierbas. La madre de Alyce le había enseñado sus propiedades.

No las había visto ni oído desde su partida de la casa, y ver los nombres de nuevo era como reunirse con viejas amigas. Una sonrisa comenzó a abrirse en su

rostro, pero se detuvo en seco al ver el último artículo de la lista. ¿Solanácea?

¿No era un veneno? ¿No era aquel un ingrediente especial en una de las empanadas de la señora Thomson?

Estaba tan enfrascada en la lectura que no oyó que la discusión con Martha llegaba a su exhausta conclusión, y solo comprendió que la señora Thomson había vuelto cuando vio las dos sombras de sus pies en el resquicio de luz que se

colaba por debajo de la puerta. Seguía reordenando las páginas cuando la posadera irrumpió en el despacho.

Alyce miró con culpabilidad a la ancha cara roja. Era difícil saber si estaba enfadada o divertida por la situación.

—Sabes leer, ¿a que sí, hija?

Alyce asintió.

—Esto sí que es raro. Nunca había tenido a una criada que supiera leer.

Martha nunca reconocería su nombre aunque lo tuviera escrito delante de sus narices.

—Mi madre me enseñó.

—Y puedes leer lo que pone ahí, ¿a que sí?

Alyce calló, dudando si decir la verdad o fingir ignorancia.

—Bueno —dijo escogiendo sus palabras despacio y con esmero—, puedo leerlas, pero no sé para qué sirven todas. El corazoncillo devuelve el buen humor. No estoy segura del salgueiro, tendría que ver de qué tipo es. La yerba santa es para la fiebre; mi madre me explicó que la reduce.

El rostro de la señora Thomson se abrió en una amplia sonrisa, mostrando los

seis dientes que le quedaban.

—¡Caramba! ¡Menuda boticaria jovencita tenemos aquí!

—Siento haber fisgoneado en vuestras cosas, señora Thomson, es que no había visto nada así desde que me fui de casa.

—¡Nada de disculpas, cielo! —exclamó la posadera, acercándose a ella con un curioso baile emocionado—. Puede que tenga un encargo para ti. Algo importante. —De pronto las comisuras de sus labios se hundieron—. Eso si me

prometes que no romperás mi viejo y pobre corazón escapándote tan pronto pongas un pie fuera de la posada.

Alyce se notó repentinamente el pecho caliente y ligero. Quizá pudiera llegar a Bankside después de todo.

Se mordió el labio.

—Prometido —dijo con solemnidad.

—Pues muy bien entonces —dijo la señora Thomson con una sonrisa cómplice que asomó de nuevo en su rostro—. Como ves, sé algo de hierbas. Y

tengo algunos negocios con un charlatán. Un caballero extranjero.

—¿Un charlatán?

—Una especie de vendedor ambulante. Vende remedios. Curalotodos.

«Elixires», los llama él. Pero a mí no me vende, me compra. Yo le suministro todos sus ingredientes. Él se dedica a mezclarlos y a hacer sus numeritos para venderlos. Así me gano mis buenos chelines de vez en cuando. No hay nada malo en ello, ¿a que no? Solo hago un buen uso de los productos de la tierra

que

Dios nos ha dado.

Alyce asintió.

—Bueno, pues necesito a alguien que le haga entrega de estas hierbas y raíces

y qué sé yo. Hasta ahora Martha me hacía los recados, pero no sabe lo que lleva

encima. No puede leer las etiquetas y siempre olvida lo que le digo. Pero a ti te

viene que ni pintado, y podrías ayudarme a preparar los ingredientes. Y... —dijo

levantando un dedo delante del rostro de Alyce para evitar que la interrumpiera

— ahora que lo pienso, el charlatán decía que necesitaba a una chica que lo ayudase con sus numeritos. Y te recompensaría con creces, el hombre. ¿Qué te

parece?

Los pensamientos de Alyce corrían y saltaban demasiado deprisa como para seguir el hilo. Los peligros de salir por la ciudad a la luz del día, las inquietudes que le suscitaba la idea de ayudar al caballero extranjero con sus «números», nada de esto importaba ante la esperanza de llegar hasta John Dee y descifrar la

carta.

—Pues claro —soltó sin pensar—. O sea, si creéis que se me daría bien.

—Me da la impresión de que sí. Y el *signor*, el charlatán, velará por ti. Es un caballero muy apuesto, además —dijo dándole un codazo en las costillas con

más fuerza de la probablemente deseada—. ¡Pero ojo que Solomon no se ponga

celoso!

Para su sorpresa, Alyce notó que la sangre le subía a las mejillas, y cuanto más se sonrojaba, más tonta se sentía, y más ferozmente le ardía la cara. La señora Thomson rio.

—No te preocupes, te guardaré el secreto.

—No hay ningún secreto, señora Thomson.

La posadera se limitó a guiñarle un ojo.

—Tiene algo el chico, ¿verdad?

—Sí, puede decirse así, desde luego. Creo que es... oscuro. —Alyce lo recordó bebiendo solo en el comedor—. ¿Dijisteis que erais amiga de su madre?

—Amigas. Socias. Una herbolaria astuta, de las buenas, era su mamá.

Solomon solía acompañarla cuando venía a verme. Pero luego... bueno, ya sabes

el resto. Sus intereses no le hacían mucha gracia a su esposo, precisamente.

—¿Porque era una bruja?

—¡Alyce! Ya sabes lo que pienso de esa palabra. No quiero volvértela a escuchar en voz alta.

—Lo siento, solo quiero saber un poco más sobre ella. Sobre Solomon.

—Bueno, eso le toca a él contártelo, ¿verdad? No está bien hablar a sus espaldas. Me parece que ya te he contado demasiado, ¿no crees?

Alyce se miró los pies, escarmentada.

—Bueno —dijo la señora Thomson—. *Signor Vitali*, así se llama el charlatán.

Ve a preguntarle a Martha dónde vive. Mañana a primera hora le enviaré una carta para decirle que irás a verle.

—¿Cuándo querrá que vaya a verle?

—De momento no, mi amor. Dentro de una semana. Tal vez un mes. Le mandé un envío en Año Nuevo, así que es posible que no necesite más ingredientes por ahora.

¿Otro mes? Alyce no estaba segura de poder pasar tanto tiempo en calidad de prisionera de la señora Thomson. Con independencia de si encontraba o no a John Dee, ¿y si los hombres y las mujeres que la buscaban le seguían el rastro hasta El Cisne? Aunque tuvieran que ir por todo Londres llamando de puerta en puerta, seguro que no tardarían ni un mes en descubrir su nuevo escondite.

—Martha está haciendo la colada. Ve a pedirle las señas del *signor*. Yo voy a escribirle esa carta ahora mismo.

La señora Thomson empujó a Alyce con sus nalgas gigantes y casi la tira del taburete al suelo. La chica se irguió, comprobó que la carta a John Dee no estaba

doblada ni rota en su bolsillo, y dejó que la posadera se alejara con su pluma de

ave.

La cocina estaba tranquila y a Solomon, que estaba bebiendo a solas en algún punto de la entrada, no se le veía el pelo. Alyce asomó la cabeza en el jardín de

la parte de atrás. Martha se había esfumado también, el fardo de sábanas mugrientas abandonado cerca de la tina de la colada. El cielo estaba teñido de un

gris monótono y liso, un final de tarde quieto y muerto.

Era extraño. Martha tenía la costumbre de abandonar sus tareas tras una discusión con la señora Thomson, pero generalmente sus berrinches no eran muy

tranquilos que dijéramos. Al contrario, habría ido de una habitación a otra taconeando, entre suspiros y resoplidos, moviendo ruidosamente cacerolas y sartenes sin ninguna razón real, solo para que todo el mundo supiera lo injustamente tratada que se sentía. Sin embargo, después de su altercado más reciente, parecía haberse volatilizado.

—¡Aire! ¡Largo de aquí!

La voz de la criada resonó desde un pasillo que unía el patio del mesón a la calle principal. Alyce oyó una riña, puntuada de vez en cuando por un graznido

que, desde luego, no parecía humano. El sonido tenía algo que le atenazó el corazón, sumiéndola en una inexplicable tristeza.

—¡Arre! ¡Viento! ¡Apuesto a que eres tú quien ha estado ensuciándome la colada!

Alyce dobló la esquina y vio a Martha armada con el palo de una escoba, dando escobazos a un enorme pájaro negro que distaba unos pasos de ella. Cada

vez que la madera crujía contra el suelo, el pájaro graznaba, sin una actitud

realmente agresiva, sino sencillamente irritada. Batió las alas en el polvo, de un

lado del pasillo al otro, y después se encaramó a los aguilones, desde donde las observó a ambas.

Mientras Alyce se acercaba al hombro de Martha, el pájaro ladeó la cabeza y bajó volando hasta el suelo. Se miraron. Era un cuervo, el más grande y desgreñado de su especie; las plumas le sobresalían de la cabeza y de las alas en

todos los ángulos. Cuando apuntó con su pico a Alyce, la chica vio que tenía un

ojo negro y el otro de un blanco cremoso.

Y en ese preciso instante comprendió que había visto antes al mismo cuervo.

Lo había visto cientos de veces en la choza de su madre, y de repente estaba aquí

con ella, un visitante de una vida que ya no gobernaba. Esta sensación rara y melancólica le apretó el pecho como una garra.

En este mismo momento Martha propinó un escobazo al remolino de plumas negras.

—¡No! ¡Martha!

Alyce hizo ademán de agarrarle el brazo, pero ya era demasiado tarde. El cuervo graznó, retrocedió de un salto aturdido y a continuación huyó

sobrevolando el tejado de la posada.

—¿Por qué has hecho eso? —rabió la criada, zafándose de la garra de Alyce y

girándose para encararla—. ¡Tendría que haberle retorcido el asqueroso pescuezo! ¿Te haces idea de la colada extra que he tenido que hacer por culpa del pajarraco ese?

Pero Alyce apenas podía escucharla. El entumecimiento de su corazón le había llegado a la cabeza, y sentía una avalancha de tristeza sin fondo. No podía pensar en nada que no fuera su madre; la presa se había roto ante la visión del cuervo y los recuerdos desbordaban todo su ser.

Salió trastabillando del pasillo y volvió a la cocina. La sensación de que se hundía cedió al mareo, después a la liviandad, y después a una extraña vibración

que se expandió desde su ombligo hasta las puntas de los dedos en manos y pies.

Su visión se oscurecía cada vez más. Algo estaba cambiando, dentro y fuera de

su cuerpo.

La señora Thomson oyó que cruzaba la puerta dando tumbos y salió de su despacho con aire confuso.

—¿Alyce? ¿Qué sucede? ¡Señor, estás pálida como un muerto! ¿Ya ha estado Martha haciéndote la puñeta otra vez?

Alyce no reparó en ella y atravesó la cocina dando bandazos hacia las escaleras, desesperada por volver a su habitación. Necesitaba su muñeco.

«¿Qué me está pasando?»

Notaba un rugido en los oídos, una tormenta distante y agitada, como miles de

voces sibilantes. Eran las voces de los muertos, lo sabía, voces que oyó, por última vez, estando en su casa, en su verdadera casa. Pero esto era diferente.

Todo lo que miraban sus ojos parecía revestido de sombras, y sin embargo las sombras tenían una curiosa vivacidad propia. La oscuridad *resplandecía*.

Tropezó en el primer escalón y Solomon apareció inesperadamente detrás de ella, intentando levantarla sin éxito.

—Venga —dijo con ojos completamente atemorizados—, vamos a tu habitación. No pueden verte así.

«¿Así cómo?»

La escalera tembló. Mirara donde mirara, una luminiscencia negra le quemaba

los ojos. En algún rincón de su mente oyó el eco de los gritos de la señora Thomson, un ruido de cristales haciéndose añicos y la madera astillándose. Una

de las criadas chilló.

Alyce lloraba a su madre muerta, y parecía que con cada uno de sus incontenibles sollozos otro pedazo de El Cisne se hacía añicos.

HOPKINS



—A ver si limpias esto un poco —dijo Hopkins, apartando una pila de libros de su camino con el pie y observando cómo se desmoronaba.

El laboratorio era mucho más pequeño de lo que había esperado, embutido en el desván de la casa del doctor en Mortlake. Cientos de libros revestían cada una

de sus paredes, la luz de la lámpara de aceite rebrillaba sobre sus céreos lomos,

con títulos grabados en latín y griego y otras lenguas raras. En el centro de la habitación, esparcidos por varias mesas, había distintos instrumentos científicos

—sextantes, astrolabios, compases, binóculos— y una serie de herramientas quirúrgicas, ya oxidadas, incluidos fórceps, escalpelos y sierras de diversos tamaños.

El aire era acre y avinagrado, y por debajo había un olor constante a carne podrida.

Hopkins cogió un frasco de líquido amarillento, cuyo contenido podría haber sido parte de un cuerpo. Animal o humano, no estaba seguro.

—Dejad eso —dijo Dee con un temblor de su larga y canosa barba. Su bata se

hinchó mientras se acercaba presuroso a Hopkins, le arrancaba el frasco de los dedos y lo depositaba con cuidado en el estante junto al resto—. Teniendo en cuenta la naturaleza de nuestro acuerdo, podríais ser un poco más respetuoso.

Volvió a apilar los libros tirados unos sobre otros. Hopkins se inclinó y la herida le dolió al hacerlo.

—Mil disculpas, doctor —dijo sin esforzarse por parecer sincero—. No siento

sino la más profunda estima por vos y vuestro trabajo.

—¡Ja! —bufó el doctor, volviendo al otro extremo del laboratorio, donde había una jaula. Luego se puso a dar algo de comer a su moradora a través de los

barrotes—. No hay necesidad de expresar amargura, Hopkins. Estáis cumpliendo

vuestro castigo por la persecución que infligisteis a los nuestros, sencillamente.

—Por supuesto. Es perfectamente justo.

—Quizás ahora que tenéis un poco más de discernimiento, empezaráis a ver claro. Quizás ahora podáis ver cuán insensato fuisteis en vuestra misión por destruirnos. —La jaula dio una sacudida, y durante un momento el doctor retiró

los dedos de los barrotes y miró hacia arriba como embelesado por algún mensaje de los cielos—. Deberíais considerar un gran honor el poder trabajar a

nuestro servicio. ¿Os hacéis una idea de la profundidad de la tarea que Su

Majestad intenta alcanzar? ¿De su nobleza?

—Os aseguro que me siento muy honrado —dijo Hopkins mirando de reojo el

gran número de afilados instrumentos que tenía al alcance de la mano. Rizó y desrizó los dedos. «Tranquilízate, John Hopkins. Aguanta. Obedece. Todo esto terminará. La reina bruja os lo ha prometido.»

—Pues claro que no lo entendéis —dijo el doctor riéndose para sí—. Sois un esbirro a sueldo. Nada más.

Hopkins rechinó los dientes. Hubo un tiempo en que habría ejecutado a este hombre allí mismo. Quizás habría celebrado un juicio para salvar las apariencias,

pero siempre habría terminado en la hoguera, con el rugiente fuego y la enfervorizada multitud. Pero en ese momento...

Se quedó ensimismado contemplando el banco de trabajo cubierto de sangre,

tratando de recordar quién fue en su día. Cuando volvió en sí, el doctor seguía

trajinando arriba y abajo por el laboratorio, murmurando para sus adentros.

Hopkins lo observó. Un charlatán insufrible. A veces pensaba que la compañía de este hombre era peor que cualquier cosa que las arpías le habían infligido.

—Este esbirro a sueldo —dijo finalmente— es, por lo que parece, la única persona dispuesta a mancharse las manos y buscar de verdad a la chica.

—¿Y quién os ha dado toda la información? ¿Quién os ha dado las pistas?

—Vos. Pero ¿os gustaría ir de una aldea de mala muerte a otra siguiendo el rastro de la chica? ¿Le gustaría a María?

—¡Bah!

—Y debéis darnos las gracias por vuestro nuevo animalito doméstico —dijo Hopkins señalando hacia la oscuridad.

Se hizo el silencio en el laboratorio; solo se oía una boca masticando en la otra

punta de la habitación.

—No tan nuevo —dijo el doctor—. Ya nos hemos visto antes. Esta miserable es Anne Harper. Era una de las nuestras, hace unos años. Tuvo una visión, predijo el infortunio de su hijo, creo, y requirió nuestra ayuda para que intentáramos ayudarle y salvarle. Quiso aprender nuestras artes. María creyó que

vosotros, los cazadores de brujas, la habíais apresado y asesinado hace tiempo, pero aquí está, su mente hecha trizas. No es asombroso que enloqueciera, era una

mujer de escaso talento. De una inteligencia mediocre.

Un susurro salió flotando de la jaula.

—Libro negro... libro negro... libro negro.

El doctor se echó a reír.

—Sí, Anne, mi libro negro, y nunca lo devolvisteis, ¡ladronzuela!

—¿Ha resultado útil? —dijo Hopkins, que empezaba a impacientarse—.

¿Puede ver a la chica?

El doctor se atusó la barba.

—Ha hecho algunos progresos —dijo con reticencia—. Sus visiones son

complicadas. Pasado, presente, futuro: todo un batiburrillo. Eso es lo que las enloquece. Pero, al parecer, vio a Alyce en carne y hueso. Afirma que la chica

estuvo ante vuestras narices todo el tiempo que la pifiasteis en Bedlam. Me

gustaría creer que todo esto son simples desvaríos lunáticos, porque implicaría una incompetencia por vuestra parte que supera lo concebible. Pero parece que

es cierto.

Hopkins esbozó una sonrisa casi imperceptible.

—Pongamos que es cierto. Sigue sin sernos de ayuda.

—Afortunadamente para vos, existe otra extraordinaria coincidencia. El hijo al que quiso salvar tan desesperadamente está con la chica. Encontrad al muchacho y encontraréis a Alyce.

—Muy bien. ¿Qué sabemos de él?

—Que es actor, a lo que parece. Ella no sabe, o no quiere decirlo, con qué comparsa actúa. Pero no me cabe duda de que un hombre de vuestro notable talento aceptará el desafío. Descubrid dónde vive, dónde actúa, dónde va a beber... Está dando cobijo a la chica en algún lugar.

—¿Y tenemos un nombre?

El doctor comenzó a hablar cuando se oyó un traqueteo salvaje proveniente de

la jaula, y un gorgoteo de su ocupante.

—Mi chico... mi pobre, pobre chico...

El doctor volvió a la oscuridad para tranquilizar a la criatura antes de responder.

—El nombre del chico es Solomon Harper.

X

Alyce se despertó antes del alba, como de costumbre. Llevaba días sin dormir bien. Cada vez que lograba apaciguar su acelerada mente el tiempo necesario para adormecerse, espantosos sueños venían a asolarla: soñaba con Bedlam, con

su madre, con el cuervo. Cosas que ya debería de haber olvidado se presentaban

repentinamente con terrible claridad.

Se sentó recta en la cama, con la mirada fija en la oscuridad, exhausta y crispada por su estado de alerta constante. La última semana la había dejado hecha unos zorros.

Solomon se había ido. No había vuelto a El Cisne desde el día de sus delirios.

Alyce sabía que la había acompañado a su cuarto y que, obviamente, había hecho todo lo posible por explicar los daños que ella había causado, pero luego

la abandonó. Lo echaba de menos. Quería hablar con él, preguntarle por lo ocurrido. Era la única persona que podía entenderla. Hablar de lo sucedido con

la señora Thomson ni se le pasaba por las mientes.

La posadera estaba permanentemente de un humor de perros. Era

comprensible, claro, después del lío que Alyce había armado: taburetes rotos, dos barriles de cerveza partidos, el único decantador de cristal de la taberna hecho añicos. Por lo pronto, Alyce había inventado la excusa nada convincente

de que se le habían caído al suelo, y la señora Thomson había alegado con el

mismo escaso convencimiento que la creía. Pero también habían ocurrido otras

cosas extrañas: la comida de la cocina se había podrido de manera espontánea, las ramas de acebo y yedra se habían marchitado, secado y perdido sus hojas. No

había nada que lo explicase. Y desde ese día la posadera le hablaba con inusitada sequedad. También la miraba de otro modo.

«No existen cosas tales como las brujas.»

El Otro Lado. Justo antes de lo sucedido aquel día, Alyce le estaba hablando de ello a Solomon. El mundo de los muertos, siempre oculto tras el nuestro, no

era nada nuevo para Alyce: sus recuerdos, de ella y de su madre, encaramadas a

una tumba o de rodillas junto a las brasas de una fogata, atentas a las voces de los difuntos, eran innumerables. A veces su madre les hacía preguntas, y mientras Alyce era todo oídos a las respuestas, sus susurros no eran más inteligibles que el viento entre los árboles.

No obstante, lo ocurrido en la cocina de El Cisne había sido otra cosa. Alyce no solo había oído voces. Aquel extraño brote de oscuridad la había sobrecogido; más que eso, era como si hubiese «dejado entrar algo» en ella, sin

poder detenerlo. Y en este momento, en la quietud de su dormitorio, aquella sensación perduraba, como un rumor de fondo que no la dejaba en paz.

Su madre habría sabido explicárselo. Puede que Solomon también. Pero ambos se habían ido. Nunca se había sentido tan sola.

Una luz fría y pálida comenzó a filtrarse por los sucios cristales de las ventanas. Alyce deseó que el alba fuera a molestar a otras almas más felices que

estuvieran dispuestas a enfrentarse al mundo. Lo que más le apetecía en este día,

más que nunca, era quedarse en la cama, preferiblemente sumida en un sueño profundo y reparador.

Debía reunirse con *signor* Vitali esa misma mañana. El hombre había respondido sin demora y con efusividad a la carta de la señora Thomson, diciendo que estaría «más que complacido de conocer a Alyce» y que «una muchacha hermosa sería buena para el negocio, y para él también».

Alyce rodó en la cama boca abajo y hundió la cabeza en la almohada.

«Tienes que levantarte ya, Alyce.»

La voz que sonaba en su cabeza parecía pertenecer a otra persona. En cualquier caso, su cuerpo no la estaba escuchando.

«Vamos, pedazo de lerda. ¿A esto te han llevado todos tus esfuerzos? ¿Los esfuerzos de tu madre? ¿A demorarte eternamente en la cama?»

Alyce abrió un ojo. La carta seguía en la cómoda, manchada de un dudoso color pardo de cuando su estancia en Bedlam. Quizá no estuviera tan sola como

pensaba. La tienda del charlatán se hallaba en el puente de Londres, de modo que una visita a Bankside le venía de paso. Podría buscar al verdugo.

Aun así, levantarse de la cama fue como arrastrar varios sacos de arena húmeda. Se desperezó y se puso una saya con gran esfuerzo. Primero se metió la

carta en el bolsillo, y luego sacó la efigie de su escondrijo, debajo de la almohada.

La señora Thomson andaba trajinando en los fuegos de la cocina cuando Alyce bajó.

—Tienes un cuenco de gachas ahí en la punta de la mesa, hija —dijo sin levantar la vista—. Y te tomarás un huevo duro y una buena manzana también.

Hoy te hará falta energía.

Alyce acercó una silla y contempló las profundidades grises de su cuenco.

Debía de contener kilos de gachas, y sospechó que la señora Thomson no la dejaría marchar si no se las acababa todas. Se comió unas cuantas cucharadas.

—Tienes la cita a las siete en punto, lo que significa que debes salir dentro de una hora o así. No hay que hacer esperar al *signor*.

Con la señora Thomson como única compañía, la posada estaba en calma y vacía. Alyce tragó y tuvo un estremecimiento. Deseó que Solomon estuviera allí.

—El pájaro ese ha vuelto a colarse en el patio esta mañana, seguro que lo has oído —dijo la señora Thomson mientras seguía trapaleando por la cocina—.

¡Hoy ha entrado hasta la cocina buscando sobras, el diablillo!

Otra vez el cuervo. Alyce intentó apartar el nítido recuerdo que afloró ante sus

ojos y no dijo nada. Apuró las gachas del cuenco con una sensación cálida y espesa en la barriga, chupando la cuchara con ansia. La posadera se acercó afanosamente y le retiró el cuenco.

—¿Cómo estaban?

—Muy buenas, gracias.

La señora Thomson la miró con recelo.

—Estás muy callada esta mañana. ¿No te encuentras bien?

Alyce forzó una sonrisa.

—Bastante bien. Es solo... que llevo mucho tiempo sin ir a Londres y no es que me apetezca mucho. La ciudad no me ha tratado muy bien hasta ahora.

—Pero eso no te impidió escaparte con Solomon aquella noche, ¿a que no?
—

La señora Thomson la miró de hito en hito durante un rato antes de que sus rasgos se suavizaran—. Tú no te preocupes por nada. *Signor Vitali* es un caballero, te cuidará bien.

«Será si llego con vida», pensó Alyce. No olvidaba que los cazadores de brujas seguían buscándola casi con toda seguridad.

—Eso me recuerda... —La señora Thomson salió con un contoneo hacia su despacho al fondo de la cocina. Cuando volvió traía cuatro bolsitas de cuero y dejó tres de ellas delante de Alyce. Desprendían un olor extraño—. Ahora escúchame. Esto es lo que me ha pedido. Llevan etiquetas, para que sepa qué es

cada cosa. —Alyce miró uno de los papelitos de pergamino y lo leyó en voz alta.

—«Ojos de cangrejo». Creí que eran hierbas.

—«Ojos de cangrejo» es una hierba. Bueno, una planta. Y de las repugnantes, además. Pensé que la conocerías.

Alyce leyó las otras etiquetas.

—Semillas de amapola, hierba cana... —dijo en voz alta. Luego señaló la

cuarta bolsa, que era pequeña y negra y no llevaba etiqueta—. ¿Esto qué es?

—¡Ah! —exclamó la señora Thomson en voz baja—. Esta no lleva etiqueta porque es un poco... fuera de lo común. Tú dile que... es para los clientes especiales.

Alyce pareció confundida y cogió la bolsa con cautela.

—No vayas a perderlas, hija. Y asegúrate de que me lo paga todo. Una corona

por cada una de estas tres, y dos soberanos por esta de aquí. ¿Entendido? Toma.

La señora Thomson entregó a Alyce un trozo de pergamino con el inventario y

una lista de precios. Alyce lo cogió y se lo metió en el bolsillo delantero junto a la carta que había sacado de su dormitorio.

—Ya casi estás lista, me parece. Espera un momento.

La señora Thomson volvió a desaparecer en su despacho y volvió con un cesto, un par de zapatos de piel blanda y un gorro que encajó sobre los cobrizos

y revueltos rizos de Alyce. Retrocedió un paso y ladeó la cabeza.

—Mírate. Una señorita como Dios manda. Los zapatos te estarán un poco grandes, pero necesitas algo resistente para poder caminar por la nieve que ha caído. —Luego metió las cuatro bolsitas en el cesto y lo cubrió con un trapo—.

¡Ándate con ojo, que nadie intente robártelas!

Alyce introdujo los pies en los zapatos y movió los dedos. Le sobraban unos

buenos tres centímetros por delante. La piel quedaba absurdamente holgada en las puntas.

—Una cresta de gallo me vendría que ni pintada para combinar con los zapatos...

La señora Thomson rio por primera vez en lo que parecían semanas.

—¡Bobadas! Estás estupenda. Bueno, ¿lista?

—Supongo que sí —dijo Alyce.

—¿Tienes el inventario?

Alyce asintió.

—¿Tienes la dirección?

Volvió a asentir.

—Puente de Londres, entre los vidrieros y los plateros.

—Bien. Yo nunca he estado, pero no será muy difícil de encontrar. —La posadera le dio una palmadita cálida y carnosa en el hombro. Esta era su máxima

expresión de afecto en los últimos tiempos—. Pues ya está. ¡Con Dios!

Y eso fue todo. Alyce había esperado algo más de ceremonia.

Alyce salió con paso lento de la cocina y atravesó los polvorientos listones de madera del comedor. La señora Thomson había retomado sus quehaceres cuando

ella alcanzó la entrada de la casa.

No había vuelta atrás. Se demoró un momento en el umbral de la posada y vio los taburetes rotos y los barriles destrozados recogidos en un montón en el patio.

Le sobrevino el recuerdo de lo sucedido una semana antes, pero cerró los ojos y

lo desterró de su mente. Luego inspiró tres bocanadas de aire fresco de la mañana, verificó el contenido de su bolsillo delantero una vez más y salió por la

puerta.

La ciudad y sus sombras se agazapaban en la neblina, esperándola.

XI

La nieve de la semana anterior seguía apilada en los callejones, en montones sucios y marrones, impregnando el aire con una gelidez más húmeda que fresca.

Caló la ropa de Alyce, ya estremecida hasta los huesos antes de poner un pie fuera del patio de la posada.

La gente del pueblo pasaba silenciosa por su lado como navegando en la neblina mientras ella avanzaba penosamente por Fish Street en dirección al río.

Dio un respingo cuando un par de gansos enjaulados la sorprendieron por la espalda con sus graznidos, pero aparte de este incidente, había una calma reconfortante en los legos que abrían sus boticas y se ocupaban de sus cosas.

En las faldas de la colina se alzaba la puerta norte del puente de Londres, y el estrecho arco derramaba ya carros y cuerpos llegados de Southwark. En este punto todo era más bullicioso e irritable. Alyce tuvo que abrirse paso entre la multitud de cuerpos a puntapiés y codazos, los nudillos de las manos blancos de

apretar el cesto con los ingredientes.

El puente era un magnífico caos: un centenar de tiendas y casas se aferraban desesperadamente a sus costados como temerosas de caer a las pardas y limosas

aguas del cauce. Hacia la mitad de estos edificios apiñados unos contra otros, la

vía pública apenas superaba el metro y medio de ancho. No había espacio para

que dos carros pudieran pasar juntos, y los coches, las carretas, los transeúntes y los animales se apretujaban peligrosamente por el mismo canal estrecho. Para complicar más las cosas, casi todo el mundo iba en dirección opuesta a la de Alyce.

Rápidamente, comprobó que las bolsitas seguían intactas en el cesto, y luego se sumergió en el flujo de gente.

Cuando estuvo bajo la puerta de la ciudad, la primera hilera de tiendas formaba un túnel angosto sobre el puente. Alyce se aferró a las paredes de las fachadas, entrando y saliendo de los portales para no ser barrida hacia atrás, por donde había venido. A sus pies, apuntalando los gritos y las pisadas, sintió el lento rumor de la rueda hidráulica en el arco más septentrional. Casi todas las boticas —mercerías, sombrererías y otras tiendas de ropa, joyas y ricas telas—

seguían cerradas, puesto que la pudiente clientela aún no habría abandonado la

cama. Pero incluso con las puertas y las ventanas cerradas, las elaboradas boticas, y las caras viviendas sobre ellas, delataban la opulencia en su interior.

Alyce sorteó como pudo a la multitud, echando un vistazo hacia atrás de vez en cuando, y llegó a la mitad del puente, donde el túnel de tiendas y casas se

abría a la brisa. En el Támesis, los mástiles de los buques mercantes se extendían casi tan al este como la Torre, y en la orilla norte los marineros chillaban y maldecían mientras dos galeones maniobraban torpemente en torno al mismo

muelle. Alyce se detuvo y contempló la corriente pardusca que se arremolinaba

en torno a las islas de residuos en la base de los arcos. La visión de los torrentes la mareó, y se imaginó ahogándose en la lóbreguez, lastrada por las libras y libras de pesadas gachas que aún estaban asentándose en su estómago. Se volvió

de espaldas al río para estabilizarse y recuperar el equilibrio.

El establecimiento del vidriero era uno de los primeros en el siguiente de los majestuosos arcos del puente. Por un momento se preguntó si no debería

continuar su camino, olvidarse del charlatán y encaminarse directamente a Bankside, pero no tenía deseos de exasperar más a la señora Thomson ni a ninguno de sus clientes.

Un muchacho que no tendría más edad que Alyce acababa de abrir la persiana

de una tienda y sacudía una alfombra sucia en la calle. Dentro, la tienda resplandecía con cientos de vasos, botellas y frascos. Alyce se acercó al muchacho, que pareció no verla y arrojó una polvareda en su dirección. Alyce

intentó aclararse la garganta educadamente, pero terminó por expectorar una gran flema delante de él. El muchacho la miró con desagrado. Vestía un jubón gris plata ricamente elaborado, y tenía el rostro severo y arisco de un hombre cinco veces mayor que él.

—Disculpad, señor —dijo Alyce quitándose la suciedad de los ojos—. Estoy buscando al *signor* Vitali. Le traigo... —calló un momento— suministros.

Me han dicho que para por estos lares, pero no lo encuentro.

Contigua a la vidriería estaba la platería. No había más tiendas o residencias a la vista.

El chico ladeó un poco la cabeza, mirando a Alyce con el rabillo del ojo.

Luego escupió a sus pies, desapareció dentro de la tienda y la cerró de un portazo.

Al cabo de unos segundos de desconcierto, la puerta se abrió de nuevo y apareció un hombre gordo de tez aceitunada, con una enorme papada colgando

bajo un negro mostacho rebelde. Su barriga tensaba los botones de su camisa.

—¿Quién desea hablar con *signor* Vitali?

—Yo. —Alyce miró al hombre de la cabeza a los pies. Sus ojos vagaron un rato para abarcar su enormidad. La señora Thomson se había referido a Vitali como un hombre apuesto... Por otra parte, ella no era precisamente una mujer menuda—. Me llamo Alyce. Vengo de parte de la señora Thomson, de El Cisne.

Tengo los ingredientes que pedisteis.

El hombre gordo escupió en el suelo también, más ferozmente que su hijo.

—¿Piensas que soy Vitali? ¿Por cómo hablo? Yo soy de *Venezia*. ¿Vitali? —

Escupió de nuevo—. *Cafone*, un paleta. Vitali es de *Milano*. Y es un tunante.

Una joven como tú no debería mezclarse con él. ¿Dónde está tu madre? ¿Por qué

te ha enviado aquí?

Esta reacción pilló a Alyce por sorpresa.

—Oh, la señora Thomson no es mi madre. Trabajo en El Cisne. Tengo algo para el *signor* Vitali. —Alzó el cesto.

El vidriero se rascó el ombligo.

— *Bene*. Tu madre es una loca...

—Acabo de decíroslo, no es mi...

—Pero voy a llevarte hasta ese *cafone*. Le das lo que tienes y luego te vas. Ni siquiera hables con él. Es una pérdida de energía.

El hombre pasó bruscamente por delante de Alyce y entró en la tienda, donde

Alyce pudo ver al chico que seguía observándola con suspicacia.

—Disculpa a mi hijo, Alessandro. No sabe comportarse delante de una chica bonita.

Alyce no pudo descifrar si estaba de guasa o no. No lo parecía. Con una mirada solemne, se plantó en mitad de la calzada y señaló un pequeño hueco entre su tienda y la del platero. Sin embargo, el hueco no parecía lo bastante ancho para que Alyce pudiera colarse por él, y no digamos ya el caballero veneciano. Igualmente, daba la impresión de que no conducía a ninguna parte y

desaparecía simplemente a un lado del puente.

—Tienes que ir por abajo —dijo—. Vitali regenta su negocio debajo de los nuestros. Como tiene que ser. —Escupió una vez más—. *Buona fortuna*.

Luego se volvió sobre sus talones y entró enérgicamente en la tienda.

Alyce miró por el puente, confusa, como esperando que alguna otra persona le

diera indicaciones más precisas. Como nadie lo hizo, hundió la cabeza entre las

dos imponentes residencias y, efectivamente, se encontró mirando sobre el abismo en el borde del puente. Había allí, no obstante, una escalera de mano que

conducía al río, colgada de uno de los enormes bastiones de piedra del puente.

Como no había otro camino por donde ir, Alyce se echó el cesto al hombro y comenzó a descolgarse por la escalera hacia el muelle de más abajo. Tan pronto

los edificios salientes dejaron de resguardarla, las rachas de viento envolvieron

los pliegues de su vestido, amenazando con arrebatarse el gorro de la cabeza. A

medio camino, el retal de tela que cubría el contenido del cesto salió volando en

la brisa, danzando río arriba.

Cuando por fin llegó abajo, el pontón no parecía más seguro que la escalera.

Crujía y vibraba en la corriente, y daba la impresión de que podía volcar en cualquier momento. Alyce se sintió horriblemente expuesta a la intemperie, como si todo el mundo en ambas riberas la estuviera observando. Se abrazó a la

base de uno de los arcos y, bordeándolo, pasó con cuidado al otro lado.

Entonces lo vio: debajo del puente, agazapadas como algún vagabundo

deseoso de refugiarse de las inclemencias del tiempo, había un puñado de viviendas. Las habían construido en lo alto del pontón y, a pesar de la aparente

solidez del edificio, las tablas de madera de debajo estaban renegridas y viscosas, y parecían a punto de disolverse entre las implacables corrientes. El oleaje del río garantizaba que ni el pontón ni las viviendas estuvieran nunca del

todo quietos.

Alyce avanzó de manera inestable por el borde, hasta la portezuela de madera de la casa. Con las prisas por huir del frío y la humedad y de la rugiente amenaza del río que la recorría por ambos costados, no pensó en llamar y la empujó directamente. Fue en este preciso momento cuando alguien abrió la puerta del otro lado, y Alyce cayó sobre un montón desordenado en el suelo.

XII

El pestillo de la puerta se cerró con un «clic» metálico detrás de ella y una risa clara llenó la estancia. Alyce se sentó, frotándose el codo, y le sobrevino una penetrante oleada a fragancia de rosas a punto de pudrirse. Arrugó la nariz.

—Gracias a Dios que no sois la señora Thomson. Si llega a caerse... ¡me temo que ya no volvería a levantarse!

Una nueva carcajada. Era una voz aguda para ser la de un hombre, y melosa, con un acento italiano más marcado que el del vidriero que había conocido en el puente.

Alyce se apartó hacia atrás el gorro que le había caído sobre los ojos. La visión que tenía delante no le pareció del todo real.

El *signor* Vitali no era apuesto. Era perfecto. Y no de una forma que resultara grata. Era una aparición tan hermosamente compuesta que resultaba inquietante.

Si bien la mayoría de los mercaderes extranjeros eran tirando a morenos y

curtidos, la piel de Vitali, en cambio, era de una inmaculada blancura, y su barba y su bigote estaban recortados con tal precisión que parecían perfilados a lápiz.

Sus cabellos negro azabache caían en rizos en torno a sus orejas y relucían igual

que el resto de su persona— como si se hubiera bañado en aceite o perfume.

—Lorenzo Vitali. —Se inclinó con una reverencia y besó la mano de Alyce —.

Espero que no os haya costado mucho encontrar mi morada. —Su sonrisa reveló

dos filas de dientes blancos perfectamente alineados y relucientes—. Sois una chica muy bonita —prosiguió, apretándole suavemente la barbilla con las manos

para estudiarla. Alyce frunció el ceño. ¿Todos los italianos se dirigían así a las

muchachas?—. Muy bonita. Y fuerte. Algo muy bueno. Bueno para vos, no para mí. ¡Jamás necesitaréis de mis pociones con una belleza tan natural!

Alyce no encontraba palabras para responderle. El hombre era ridículo. Se habría reído de buena gana y en voz alta con él, pero la sensación de sus dedos

enguantados sobre su tez era lo bastante desagradable como para impedirle encontrar ni pizca de gracia a toda la situación.

—¿Sabéis hablar? —rio de nuevo entre dientes—. ¡Tendréis que hablar en

algún momento si vamos a ser amigos! A mí me gusta hablar, tal vez la señora

Thomson os lo ha dicho.

Pronunció «Thomson» haciendo retumbar las dos sílabas, y esta vez Alyce no pudo reprimir unas risitas.

—¡Ah! ¡Sabéis reiros! Empezamos bien. A mí también me gusta reírme. —

Señaló un par de taburetes con la mano—. Por favor, sentaos. Os llamáis Alyce,

¿sí? —De nuevo su acento arrastró las vocales, impostando exageradamente la segunda parte de su nombre.

—Así es, señor. O sea, *signor*. Traigo los ingredientes que le pedisteis a la señora Thomson.

Alyce fue por el cesto que había patinado por el suelo al caer en la entrada.

—No, no —dijo él, agarrándola de la cintura y atrayéndola de vuelta a su asiento como a un becerro. Alyce se estremeció—. Ahora nada de negocios.

Primero hablamos. No hay negocio posible sin *amicizia*. Tenemos que conocernos el uno al otro. Esperad.

Vitali se volvió con una floritura de su bordada capa y entró en la habitación del fondo de la estancia. Mientras trajinaba, Alyce se inclinó sobre su banco de

trabajo e inspeccionó los tarros, las botellas y los frascos con sustancias de extraños colores.

Alyce estaba olisqueando el contenido de una mano y un mortero cuando

Vitali volvió con una jarra de vino y dos copas de aspecto caro.

—¡Cuidado, niña! —dijo, dejándolos en su banco de trabajo—. Estas cosas son peligrosas. Solo un físico con grandes habilidades pueden usarlos sin peligro.

Venid, bebamos.

—¿Eso es berberís? —dijo Alyce señalando el mortero.

Vitali se detuvo y sonrió.

—Así es. ¡Sois una joven inteligente además de bonita!

—Tenéis que quitar las semillas.

Su sonrisa se quebró un poco.

—¿Ah sí?

—Sí. Si moléis las semillas con la pulpa, provoca problemas de digestión.

—Ah, veo que sabéis un poco de botánica —dijo Vitali con cierto aire impaciente—. Muy bien.

—¿Para qué las usáis? —preguntó ella.

—Las uso para hacer un unguento para la cabeza. ¡Hace que el pelo crezca y brille como el sol! —exclamó abriendo los brazos teatralmente.

Alyce hizo una mueca.

—¿Cómo?

—Es un proceso muy, muy delicado. No lo entenderíais, creo.

—Puede que sí.

Vitali dejó escapar un breve suspiro.

—Primero hervimos el berberís en una solución con cola de caballo...

—¡La cola de caballo no se hierve! ¡Eso elimina sus propiedades! Y además,

se supone que el berberís se come. Y la cola de caballo se usa sobre la piel, ¿no?

¿Para qué iban a mezclarse?

El charlatán forzó una risa desconcertada y dio una palmada.

—Por favor, Alyce, pensé que no íbamos a hablar de negocios. Bebed conmigo.

Alyce volvió a su taburete, insatisfecha. Vitali la siguió, se acomodó enfrente de ella y le tendió un vaso de vino. La chica dio un sorbo.

—Entonces, a ver. Habladme de vos, Alyce. ¿Quién sois?

Alyce rio para sus adentros. La misma pregunta otra vez. «Me llamo Alyce Greenlief —gritó en su cabeza— y soy bruja.»

Con el vino corriendo por sus venas, las mentiras salieron con más facilidad.

Es más, todo el asunto le parecía de lo más entretenido. Su padre había sido un

soldado (no podía recordar dónde había combatido), su madre cayó en desgracia

a consecuencia de un romance con otro hombre mientras su esposo estaba en el

frente (no podía recordar su nombre), Alyce se había visto obligada a venir a Londres después de que la familia se sumiese en la miseria (no podía recordar cuándo) y había terminado trabajando al servicio de la señora Thomson para llegar a fin de mes.

Al final de su relato, y sintiéndose plenamente satisfecha consigo misma, le devolvió la pregunta a Vitali.

—¿Y vos, *signor*? —Había apurado su copa de vino y tenía las mejillas encendidas—. ¿Cuál es vuestra historia?

—La mía no es tan interesante como la vuestra —dijo con un destello en los ojos. Meneó la mano con indiferencia, despidiendo otra estela de perfume en dirección de Alyce—. No tiene importancia.

—¿Por qué vinisteis a Londres?

—¡Anda, pues para vender mis elixires! ¡Los mejores del mundo! Allá donde haya enfermedades, aparece Vitali con sus remedios y ungüentos. Y Londres...

—dijo meneando la cabeza con una cómica expresión afligida— es una ciudad

muy enferma.

—Pero ¿por qué os marchasteis de Milán, quiero decir?

De nuevo, la máscara de Vitali comenzó a desvanecerse un poco.

—Por muchas razones, no...

—¿No las entendería? —Alyce terminó la frase por él; el vino le soltaba la lengua más de lo que habría deseado.

Vitali respiró hondo y luego se inclinó hasta que su rostro estuvo a unos centímetros del de Alyce.

—A veces, niña, es imprudente, e injusto, juzgar a un hombre por su pasado.

O juzgar a una muchacha por el suyo, para el caso. —Alyce se estremeció—.

Vos no me preguntáis como he acabado en esta ciudad y yo no os pregunto cómo

es posible que sepáis tanto de berberís, cola de caballo y todo lo demás. —

Sonrió con una sonrisa más amplia que antes—. La señora Thomson habla

conmigo sin tapujos, Alyce. Somos íntimos. Pero hay algo en lo que nunca hemos estado de acuerdo. Ella no cree que las mujeres y las chicas como tú existan de verdad. Pero yo sé que sí. —Se dio una toquécito en la sien—. Yo sé

quién sois, *strega*.

Alyce se miró los pies, la cabeza le daba vueltas. Estaba ebria y aturdida, y un poco enojada, pero no habría sabido decir con quién.

—¡No os preocupéis por nada! —dijo Vitali sentándose y riendo con la misma

ligereza que cuando Alyce había entrado por la puerta—. Yo no pienso mal de vosotras. No es un motivo para no poder trabajar juntos. Al contrario, creo que

me resultaréis más útil incluso. —Le puso una mano en el hombro y ella sonrió

apenas—. Ahora sabemos —prosiguió, dejando su copa vacía en la mesa— que

el uno es tan siniestro como el otro. ¿Sí? Sí. Seguro que trabajaremos de maravilla juntos.

Alyce arrugó los ojos para intentar aclararse la mente.

—¿Qué clase de trabajo tenéis pensado para mí?

—Muchas cosas —contestó Vitali con regocijo—. Andando el tiempo, tal vez

podáis ayudarme a preparar mis elixires. ¡Pero sobre todo os necesito para mi

spettacolo!

—¿Vuestro qué?

—Mi número. Mi espectáculo. —Se tomó su tiempo con la palabra—.

Algunos de vuestros compatriotas desconocen lo que es bueno para ellos y necesitan ver algo asombroso, algo milagroso, antes de decidirse a comprar mis

mercancías.

—No veo cómo podría yo persuadir a nadie de que haga negocios con vos...

—Lorenzo Vitali no persuade —dijo meneando un dedo—. Deja pas-ma-do.

En-can-ta. Creo que podríais ayudarme con eso, ¿no? Podríais formar parte de mi numerito.

Alyce se encogió de hombros.

—Podría.

Estaba dispuesta a decir que sí a todo con tal de poder salir de su morada y llegar a Bankside.

—Bueno, ya hemos hablado lo suficiente de este asunto. Veamos si habéis cumplido bien vuestra primera tarea. ¿Qué tenía hoy para mí la querida señora Thomson?

Alyce recogió su cesto del suelo y se lo entregó a Vitali, que lo llevó a su banco de trabajo. Abrió los saquitos uno a uno mirando en su interior y emitiendo un murmullo satisfecho. Cuando llegó a la última bolsa, la que la señora Thomson no había etiquetado, soltó un prolongado «Ah» e

inmediatamente la guardó bajo llave en una pequeña caja fuerte de madera.

—¡Muy bien! —dijo volviéndose otra vez hacia Alyce—. Por favor, dadle las

gracias a la señora Thomson de mi parte.

—Creo que preferirá monedas...

—Yo también lo creo —dijo Vitali riendo—. ¿Cuánto quiere de mis arcas esta

vez?

—Tengo aquí los precios —dijo Alyce metiendo la mano en el bolsillo delantero de su vestido y sacando un pergamino doblado—. Espero que sea lo que esperabais.

El charlatán cogió el arrugado documento entre el dedo pulgar y el índice y lo extendió sobre la mesa. Por su mirada, Alyce supo enseguida que pasaba algo.

—¿No es correcto? —preguntó levantándose del taburete.

Vitali se volvió muy despacio, sus ojos todavía repasando las palabras que tenía delante. Su ceño denotó más expresividad de la que Alyce había visto hasta

ese momento.

—¿Esto qué es?

La carta. Le había entregado la carta de su madre. Debían de haberse enredado

en su bolsillo, y en algún punto del camino entre El Cisne y la casa de Vitali, el sello que Solomon había vuelto a pegar se había caído. Sus sudorosos dedos

hurgaron de nuevo en su vestido y sacaron otro trozo de pergamino.

Efectivamente, este mostraba los números escritos por la señora Thomson.

—Lo siento, esto no es para vos... Esto es... ¿Podéis devolvérmelo, por favor?

Alyce tragó saliva, intentando recobrar la serenidad. Vitali dio una palmada triunfal.

—¡Lo sabía! ¿Lo dije o no lo dije? ¡ *Strega!* —Alyce solo podía sospechar el significado de esta palabra, pero se hacía una idea bastante clara—. Pero yo de

vos me guardaría una cosa así para mí, ¿sí?

—Sí, lo sé. No pretendía entregároslo...

—Debéis andaros con ojo. Si otras personas lo ven no serán tan consideradas como Vitali.

—¿Podéis... leerlo? ¿Sabéis lo que significa?

Vitali negó con la cabeza.

—No. Pero reconozco el lenguaje de la brujería cuando lo veo. La pregunta es: ¿a qué hechicero dárselo, mmm?

Alyce lo miró a sus femeninos ojos de largas pestañas y supo que el vino la hacía más confiada de lo que hubiera debido, pero decidió contárselo de todas formas. Quizá pudiese ayudarla.

—Es para John Dee. No es un hechicero. Es un ejecutor.

—¿Un qué?

—Un ejecutor de la justicia. Un verdugo.

—Oh —dijo Vitali—. Entiendo.

A continuación empezó a carcajearse con tanto ímpetu que Alyce pensó que el

punto de Londres se desmoronaría sobre sus cabezas.

—¿Qué? —Le escocía la piel: sabía cuándo se mofaban de ella. Vitali seguía riendo de satisfacción—. ¡Hablad!

—Lo siento —dijo cuando finalmente recuperó el aliento—. Es solo que... imaginar... ¡a John Dee de verdugo! ¡Creo que os colgaría sin pestañear si os oyese decir semejantes cosas de él!

Se enjugó el rabillo del ojo con un pañuelo.

—Bueno, ¿y quién es?

—Estáis hablando del doctor John Dee. El gran doctor John Dee: mago, astrólogo, filósofo, alquimista, matemático y mil cosas más. —Levantó los ojos

hacia el techo con fingido hastío—. Es consejero de la mismísima reina Isabel y

os lo dirá tan pronto se le ofrezca la oportunidad. Mmmm. Sí. Vitali y John Dee

no son amigos del alma, que digamos.

La certeza con que hablaba el charlatán esperanzó a Alyce de una forma que no había experimentado en mucho tiempo. Consejero de la reina... Así que Solomon y la señora Thomson habían estado en lo cierto.

—Entonces... ¿qué es eso del verdugo?

—Ah —dijo Vitali, disfrutando claramente de su nueva omnisciencia—. El verdugo no es una persona, Alyce. El Verdugo es una taberna. En Bankside.

Aunque no es como el resto de las tabernas. Sus parroquianos son... bueno, gente como vos y como yo, Alyce. Y como el doctor Dee. Gente rara. Gente diferente. —Volvió a reír una vez más—. ¿Pensáis ir hoy?

—Sí.

—¿Sola?

—Sí.

Vitali respiró hondo.

—No. Os lo prohíbo, es muy peligroso.

—No sois mi padre, *signor* —dijo Alyce con vehemencia—, así que no creo que podáis prohibirme nada.

—¿Sabéis siquiera por dónde empezar a buscar?

—Lo habéis dicho vos mismo: en Bankside.

—¡Ja! Pues os deseo buena suerte. El Verdugo, la Taberna Negra que ha permanecido oculta de la Iglesia, del Estado, de reyes y reinas durante más de doscientos años, y vos, joven Alyce, vais a encontrarla así como así, ¿cierto?

—

Chasqueó los dedos.

Alyce meditó unos segundos. Era verdad, había sido más que optimista, cuando no una necia, al creer que la encontraría sin ayuda de nadie.

—Pues venid conmigo —dijo finalmente— si no dejáis que vaya sola.

Hagamos un trato. Si me lleváis hasta El Verdugo, os ayudaré en cuanto pueda

con vuestro espectáculo. Y os diré todo lo que sé sobre las mezclas de hierbas.

—Quizá lo primero, sí. —Vitali entornó los ojos—. ¿Y si no os llevo?

Alyce se encogió de hombros.

—Si no lo hacéis, entonces más os vale buscaros a otra bruja que os haga de aprendiz.

Su rostro y su pecho se calentaron cuando las últimas palabras salieron de sus labios, y esta vez no fue por causa del vino.

El charlatán la observó con atención y luego le tendió la mano con una sonrisa.

—Alyce, será todo un placer.

HOPKINS



—¿Harper? ¿Un chico joven?

Hopkins asintió. El actor había impostado la voz durante la representación en escena, pero el público se había ido hacía ya rato y él estaba callado y tenso.

Siguió recogiendo el vestuario de la compañía teatral en un intento por evitar el

contacto visual.

—Está con la compañía de Sussex's Men. Nosotros no tenemos nada que ver con ellos. Nosotros solo actuamos en corrales de comedias. —Hizo un gesto hacia la plaza repleta de porquería—. Ellos actúan en la Corte, para la mismísima reina Isabel. Se han buscado a una buena clienta.

—¿En la Corte? —repitió Hopkins.

—El palacio de Whitehall. Buena suerte para que os dejen entrar allí.

Probablemente, el doctor podría conseguirle acceso a palacio, pensó Hopkins, pero eso supondría una complicación innecesaria.

—¿Qué más sabéis de él? ¿Dónde vive? ¿Adónde va? ¿Tabernas? ¿Burdeles?

El actor se enderezó y aun así no le alcanzaba a Hopkins ni a la barbilla.

—¡Maese Blount! —gritó—. Habéis actuado con Sussex's Men alguna vez. El

caballero anda buscando a ese muchacho, Harper.

Otro hombre dejó el carro que estaba cargando y se acercó con recelo.

—Ea, actué con Sussex's Men hasta que ese bellaco de Adams me echó.

Solomon Harper se incorporó a ellos unas semanas después de que yo me marchara. Os va a costar lo vuestro hablar con él ahora, están...

—En Whitehall, lo sé. ¿Dónde más puedo encontrarlo?

El hombre tragó saliva y Hopkins supo que estaba mirando atentamente a

Caxton por primera vez.

—En... en aquella época el chico era recadero. Lo mandaban al mercado, al sastre y al zapatero remendón para los trajes.

—Tendréis que ser más específico.

—Había... había una posada que solía frecuentar mucho. En Little East Cheap. Un sitio inmundo, pero conocía bien a la posadera. El Cisne, la llaman.

Cuando no andaba con la compañía, estaba allí con ella. Como una madre era para él.

Hopkins rio, y maese Blount pareció confuso.

—Os lo puedo asegurar: esa mujer está muy lejos de ser una madre.

XIII

Rozaba el mediodía cuando cruzaron el puente, y el cielo era de un azul claro infinito. Alyce comprendió enseguida que confundirse entre la multitud era imposible con Vitali a su lado, pues se dedicaba a hacer aspavientos entre el populacho con su reluciente capa y ostentosas reverencias a prácticamente cada

mujer que se cruzaba en su camino. Con todo, hizo cuanto pudo por caminar a

unos pasos detrás de él, sin dejar de escrutar entre la muchedumbre por si alguien les seguía. Los cazadores de brujas planeaban siempre sobre los límites

de su imaginación.

Bankside era tan bullicioso como el centro de Londres, pero el ambiente era

distinto, más destartado, más desesperado. Aquí los tenderos los miraban con

ojos sospechosos, y Alyce empezó a sentir nostalgia de la calidez y la seguridad

de El Cisne.

Unos cuantos metros más lejos oyó el rugido de una multitud, salpicado de una risa desagradable y vengativa, a lo que siguió otro rugido más tenue, de un

animal.

Vitali se detuvo con expresión avinagrada.

—«Hostigamiento de osos» —dijo cuando Alyce le dio alcance—. No

entiendo por qué vosotros, los ingleses, os deleitáis tanto con este espectáculo.

—¿Eso era un oso?

—Peleando por su vida, sin duda.

—Pero... ¿por qué?

Vitali se encogió de hombros.

—Por deporte.

Alyce nunca había visto un oso. Los habitantes más temibles de los bosques

que rodeaban los alrededores de su casa de Fordham habían sido zorros y tejones,

pero incluso a estos su madre los había tratado con el mayor respeto. «Hay mucho que aprender de los animales —le decía—. Ven las cosas con más

claridad que nosotros.»

La bestia gimió otra vez. Más arriba, Alyce vio a una muchedumbre

apretujada en torno a un ring, abucheando y jaleando. También vio perros callejeros, probablemente atraídos por el olor de la sangre, zigzagueando entre sus patas. Alyce notó un dolor horrible en su pecho.

—No quiero verlo. ¿Podemos ir por otro sitio? —preguntó.

—No es necesario —respondió Vitali—. Salimos de la calle aquí mismo.

La cogió de la mano y la condujo fuera de la vía pública. El rutilante sol de mediodía desapareció, y Alyce se encontró en una callejuela húmeda y tenebrosa

que conducía al muelle. Sobre su cabeza se cernía un edificio cuyas vigas estaban tan combadas, cuya fachada se inclinaba hasta tal ángulo, que pensó que

el menor soplo de viento podría derrumbarlo. El lugar daba pena, se diría que lo

habían sacado a flote del fondo del río.

La puerta era una plancha de roble plumizo que empezaba a pudrirse por los bordes, y las ventanas a ambos lados estaban pintadas de blanco y polvorientas.

No había signos de vida en el interior. El único detalle que sugería que podía haber sido una taberna en el pasado era la soga deshilachada de un verdugo meciéndose inquietantemente sobre la entrada a modo de cartel.

—Una vez que estemos dentro —dijo Vitali—, creo que es mejor que hable yo. ¿Sí?

Alyce no prestaba atención. Había oído otra cosa. Un graznido. Un aleteo de

plumas. Miró hacia arriba.

Allí estaba el cuervo otra vez, encaramado a los torcidos aguilones del tejado de la taberna. No podía verle los extraños y desiguales ojos, pero su silueta era

tan desaliñada que tenía que ser el mismo de El Cisne. De repente comprendió que estaba conteniendo el aliento. ¿Y si volvía a perder el control?

Vitali dio un empujón a la puerta, que rechinó sobre sus viejos goznes. Antes de que Alyce pudiera decir nada, la metió dentro. El cuervo vio cómo se marchaba y sus plumas se estremecieron.

La estancia al otro lado olía a putrefacción. Estaba oscura y casi completamente vacía, aparte de una mesa y algunas sillas donde habían dejado

una vela gruesa y goteante, una bandeja y algo de pan rancio. Un ratón exploraba

tímidamente unas migajas esparcidas.

Sentada en una de las sillas había una mujer muy anciana y arrugada como una pasa. Podría ser como la señora Thomson pero treinta años en el futuro, pensó Alyce.

La puerta se cerró detrás de ellos con un golpe sordo.

—¡Buenas tardes, Grissel! ¿Seríais tan amable de permitirnos el paso seguro a

la taberna?

El ratón se quedó paralizado, moviendo el hocico con un tic; después

abandonó el pan y desapareció correteando por una de las mangas de la anciana.

La mujer se movió y abrió un par de ojos lechosos.

Vitali suspiró.

—Milady, ¡estáis tan joven, tan radiante!

La vieja avanzó tambaleándose hasta ellos, miró a Alyce de hito en hito, la olfateó y luego le dio un bofetón a Vitali en la cara.

—Vuestros venenos no funcionan, majadero —dijo con una voz mucho más fuerte de lo que Alyce había esperado.

Parecía que el charlatán iba a echarse a llorar de un momento a otro.

—Milady, no sabéis el perjuicio que me hacéis...

—Esperaba que vuestros curalotodos fueran un montón de bazofia, pero pensé

que al menos sabrías mezclar algo que pudiera matar a un hombre. No es tan difícil, ¿o sí? —dirigió este último comentario a Alyce, como buscando su conformidad.

—Por favor, vuestras demandas no eran tan sencillas... —Vitali miró a Alyce también, la vergüenza plasmada en su rostro perfectamente ovalado.

—Ahora mi yerno se pasa todo el día retorciéndose en la cama, apretándose las tripas. Está peor que nunca.

Vitali extendió las manos con impotencia.

—No sé qué decir.

Hubo un momento incómodo, cuando se hizo evidente que la vieja no pensaba

rendirse.

Alyce se aclaró la garganta.

—¿Qué le habéis administrado?

—Era una mezcla —dijo Vitali, consciente de que pisaba terreno resbaladizo

—. Dulcamara y raíz marchita. Milady Grissel quería que el veneno surtiera efecto por la noche, varias horas después de su ingesta.

—Lo puse en su cerveza, como me dijisteis —añadió la vieja.

—Pues ese es el problema —dijo Alyce—. La cerveza habrá diluido la dulcamara. Y la raíz marchita solo retrasa los efectos de un veneno si es en pasta seca. Puede que se le caiga el pelo y todo.

—¿Y vos cómo sabéis todo eso, chica? —Los ojos apagados de la anciana, de pupilas pequeñas, parecieron relucir.

—Me lo enseñó mi madre. —Una voz sobria en el fondo de su cabeza le dijo que mantuviera la boca cerrada. La mujer era una extraña y Alyce ya había dicho

demasiado.

—Bueno, querida, parece que debería estar haciendo negocios con vuestra madre en lugar de con este pedazo de zoquete.

—Mi madre está muerta.

—Ay, Dios mío. —La anciana se ciñó un poco más el viejo chal raído a su cuerpo—. Disculpadme. Aquí me veis, con noventa años de edad y ocupando todavía espacio en el mundo.

—No os preocupéis.

Vitali parecía contento de no ser ya el centro de la conversación y suspiró lentamente.

—Entonces, veamos, mi joven boticaria. ¿Qué sugerís? —preguntó la anciana.

El ratón que se había acurrucado en su manga reapareció por el escote de su vestido, respiró un poco de aire, y volvió a esconderse. Alyce intentó no prestarle atención.

—Bueno, pues una especie de mezcla de cicuta y amanita, pero...

Calló, de pronto consciente de que podía estar enviando a un perfecto desconocido a una muerte muy dolorosa y prolongada. Deseó no haber dicho nada; a este paso iba a ganarse una buena reputación de asesina.

—¿Tenéis esas hierbas? —espetó la anciana a Vitali.

—Creo que sí, puede que las tenga...

—Bien. Pues entonces conseguídmelas. Y aseguraos de que la chica está cerca

cuando las mezcléis, porque parece saber mucho más que vos de cómo matar a

alguien.

A Alyce se le erizó la piel al oír esto. Notó una comezón culpable por detrás del cráneo. Siempre había creído que su madre le había enseñado las propiedades de estos venenos por pura precaución, pero ahora se preguntaba:

¿había asesinado su madre a alguien en el pasado? A Alyce nunca se le ocurrió

preguntárselo en vida.

Vitali hizo una reverencia.

—Como deseéis, milady. Mil disculpas. Y, por supuesto, os haré un precio muy especial.

—No —dijo la anciana—. No me haréis ningún precio en absoluto.

—Sí, sí, eso es mucho más justo. —La extraña sonrisa fija de Vitali se había torcido en una mueca durante el curso de la conversación.

—Excelente. Vale, pues entonces supongo que debería dejaros pasar.

De debajo de su viejo y raído chal, la anciana sacó una única llave de aspecto sencillo. Luego se levantó y fue a abrir la puerta de madera lisa que tenía detrás.

Una ráfaga de aire caliente con aroma a vino, cerveza, incienso y otras cosas extrañas y ricas entró por la puerta.

—Adelante. —Miró a Alyce—. Será mejor que recéis para que no haya más clientes suyos allá abajo aguardándole. —De repente hizo una mueca—. ¡Tú, deja de revolverte o acabaré contigo!

Resultaron unos escasos segundos alarmantes antes de que Alyce cayera en la cuenta de que le estaba hablando al ratón.

Bajaron por las escaleras tres plantas como mínimo y a medida que

descendían la atmósfera se tornaba cada vez más caliente y húmeda, hasta que pareció que estaban bajo el mismísimo Támesis.

—¿Venenos, *signor*? ¿En serio?

—Solo son una pequeña parte de mi trabajo, os lo aseguro. Cuando llegué a Inglaterra era muy pobre. Tuve que hacer uso de todas mis habilidades para sacarme el dinerillo necesario para sobrevivir.

—¿Habilidades? Estáis ayudando a unas personas a matar a otras.

Alyce recordó la bolsa negra con el extraño olor que la señora Thomson le había dado. «Para sus clientes *especiales*». De modo que ella también lo sabía.

Vitali se encogió de hombros.

—La muerte es el único negocio seguro en esta ciudad para un hombre como yo. Siempre hay demanda. —Se volvió hacia ella al final—. Siento que penséis

que os he engañado, pero ambos estaremos de acuerdo en que los dos tenemos

secretos. ¿O no es así?

Eso era cierto. Ella también había asesinado a alguien, clavándole

personalmente una daga en la espalda. No era capaz de discernir si eso era mejor

o peor que lo que hacía Vitali.

Cuando llegaron abajo, Alyce se encontró en un largo comedor de techos

bajos que, cual laberinto, se extendía en todas las direcciones. Iluminaban las paredes braseros que despedían un extraño brillo rojizo, más firme y suave que

la luz de la lumbre, pero la mayoría de los parroquianos se habían resguardado

en oscuros rincones. El lugar entero parecía diseñado para que las personas desaparecieran en él.

—¡Bienvenida a El Verdugo! —dijo Vitali con una voz que resonó más fuerte

de lo que Alyce hubiera deseado—. Vamos, busquemos a alguien que pueda responder a vuestras preguntas. Tengo otros asuntos que atender mientras estamos aquí.

Mientras Vitali iba en busca de una mesa libre, Alyce se escondió en un rincón húmedo. Desde las sombras, le llegaron fragmentos de una conversación

en voz baja entre un hombre y una mujer, y no pudo evitar prestar oídos. Uno de

ellos parecía tenso. Alyce contuvo la respiración para escucharles mejor.

—Os estáis poniendo histérico —dijo la mujer.

—Acordaos de lo que os digo: habrá una sangría. Nunca había visto el mundo

tan dividido.

—Las brujas siempre han estado divididas. Las personas siempre han estado divididas, para el caso. Todo el mundo quiere cosas diferentes, y todo el mundo

cree que lleva razón. Así es la naturaleza humana. Conviviremos unos con otros

siendo unos infelices, como siempre hemos hecho.

—Esto es diferente. —El hombre sorbió de su vaso—. María Estuardo, la reina de los escoceses. La adoran. Tiene fieles en todas partes. Y no hablo

solo

de los católicos, o de los escoceses, o de los franceses... hablo de los nuestros también.

—Leéis demasiados panfletos.

—Si derroca a Isabel, ya sabéis cómo se enfrentará a sus enemigos.

—¡La maldita escocesa está en prisión! Su causa está perdida. Tener a un puñado de brujas de su parte no va a ayudarla mucho.

Hubo una pausa.

—¿No os habéis enterado?

—No me interesan vuestras teorías conspiratorias —dijo la mujer con hastío.

De repente, Alyce notó que Vitali la agarraba del codo y la arrastraba hasta su mesa. «¿De qué? ¿De qué no se había enterado la mujer?» Se esforzó por oír la

respuesta del hombre, pero su conversación se perdió en el murmullo de los otros bebedores y el incesante balbuceo de Vitali.

Alyce se sentó en uno de los taburetes, escudriñando la otra punta de la sala,

pero la pareja estaba sumida en un pozo de negrura. Una sirvienta apareció finalmente delante de ella y le bloqueó la visión por completo.

—¿Qué desean beber los señores?

Con una tez clara como el mármol y una caótica maraña de pelo negro, la chica podría haber sido la hermana de Solomon. Alyce sintió que la soledad la

invadía por dentro.

—Dos copas de Rhenish —dijo Vitali amablemente, inclinando la cabeza. La camarera sonrió con coquetería y se alejó.

Alyce intentó espiar otra vez a la pareja de la conversación seria. Habían desaparecido.

—¿Quién es toda esta gente? —preguntó, volviéndose finalmente hacia Vitali.

—Hay de todo. Pero tienen una cosa en común, y es el deseo de saber cosas.

De explorar más de lo que tienen delante de las narices. La mayoría de las personas ahí fuera —dijo señalando sobre su cabeza— son estúpidas porque quieren ser estúpidas. Ser estúpido es estar a salvo. Ser estúpido es cómodo.

—¿Entonces hay brujas aquí? —La pareja había hablado de brujas. «De los nuestros», había dicho el hombre. ¿Se refería a brujas y brujos? Tal vez Alyce no

estuviera tan sola como pensaba.

—Eso me parece, sí. Pero también astrólogos, alquimistas, boticarios, y a veces incluso... ¿cómo los llamáis? *Magi* de regiones lejanas. Venimos aquí para enseñarnos unos a otros, para compartir nuestra sabiduría. Y para beber mucho,

¡ajá!

La camarera volvió con dos copas de vino y algo de pan y queso. Alyce seguía

mareada por lo bebido en casa de Vitali y no había probado bocado desde que había partido de El Cisne.

—Un millar de gracias, palomita —dijo Vitali mientras la camarera los dejaba

en la mesa. Alyce cayó sobre el pan como un animal—. Disculpad —dijo

posando una mano en el brazo de la camarera cuando esta se volvía para marcharse—, ¿podrías decirnos, si sois tan amable, si el doctor Dee sigue frecuentando este lugar?

—Oh, sí, *signor* —dijo asintiendo con entusiasmo.

—¿Sabéis cuándo podremos conocerlo? Tenemos un asunto muy importante que tratar con él.

—¡Anda, está aquí ahora mismo! —Alyce casi se atraganta con el mendrugo de pan, aunque no sabía si del miedo o de la emoción—. Está en aquel rincón,

hablando con el caballero extranjero.

—Querida mía, sois tan atenta como hermosa —dijo Vitali. La camarera rio como si fuera la centésima vez que le oía decir esto y volvió a sus quehaceres.

Vitali miró a Alyce.

—Bueno, bueno, ¡parece que la fortuna nos sonríe! ¿Estáis preparada? —Se irguió bruscamente, sin esperar la respuesta.

Alyce miró hacia el lugar donde les había indicado la camarera y vio los oscurecidos perfiles de dos personas, y vio también que se intercambiaban algo

reluciente. Uno de ellos era el hombre que su madre le había mandado buscar. El

hombre en quien confiaba por encima de todos para mantener a salvo a Alyce.

¿Por qué, entonces, tenía un frío presentimiento?

—Será mejor que os presentéis vos misma, Alyce. Yo debo hablar con uno de

mis clientes, pero andaré cerca. Avisadme cuando hayáis terminado.

Alyce se levantó poco a poco y notó que Vitali le ponía una mano en la parte baja de la espalda, empujándola suavemente en dirección a los otros dos hombres. Avanzó unos pasos aturridos y de pronto estaba allí, en el borde de la

mesa, escuchando su conversación. Vitali se había alejado. Estaba sola.

No hablaban en inglés. Alyce había oído varias lenguas diferentes en las calles

de Londres, y el acento de Vitali era tan fuerte que se podría pensar que hablaba

en su lengua materna, pero lo que Alyce oía en estos momentos no se parecía a

nada de lo anterior. Era gutural y producía extraños chasquidos.

El hombre que identificó como el doctor Dee vestía una sencilla capa de hurón que le cubría todo el cuerpo, como si perteneciera al clero. Una pequeña

gorguera blanca asomaba por el cuello de la capa, pero una barba exuberante que

comenzaba a encanecer lo tapaba casi todo. En las manos estaba sujetando un trozo circular de roca negra que centelleaba bajo su superficie perfectamente lisa y pulida. Como una especie de espejo. El hombre lo volteaba, inspeccionándolo,

por delante y por detrás.

Su compañero no podía tener un aspecto más diferente. Iba vestido más bien como Vitali, pensó Alyce; las doradas hebras de su jubón atrapaban

ocasionalmente la luz cuando se movía. Tenía el cabello como el del charlatán

—negro azabache y aceitado—, pero la tez arrugada y bronceada. Alyce pudo discernir cicatrices en su rostro. No eran las cicatrices de una batalla: eran regulares, ordenadas, como si obedecieran a un patrón. Se las habían grabado en

el rostro a propósito.

Alyce revolvió nerviosamente en su bolsillo, doblando y desdoblando la carta,

mientras los hombres seguían hablando. Ninguno de los dos había advertido su

presencia. Alyce tosió un poco.

El hombre barbudo se volvió hacia ella, clavándola en su sitio con unos afilados pequeños ojos negros bajo las cejas más rebeldes que había visto nunca.

—Sí, sé que estáis ahí, niña, pero quizá hayáis comprendido que he decidido no hablaros.

Su compañero, el caballero extranjero, la miró lánguidamente.

—Disculpad...

—¿Qué?

Alyce tuvo la sensación de que le llenaban la garganta de lana húmeda.

—Disculpadme, señor. Estoy buscando al doctor Dee.

—¿Lo estáis buscando? ¿Y dónde creéis que está?

—Creo —dijo lentamente— que sois vos.

—¿Creéis? Hija, si yo fuera lo bastante insolente como para acercarme al doctor John Dee espontáneamente, al menos me aseguraría de su identidad primero.

Se produjo un silencio. La cosa no marchaba bien.

—Bueno... ¿sois vos?

El hombre soltó un largo suspiro de disgusto. Sus ojos no se movieron. Sus pupilas eran extrañamente pequeñas, percibió Alyce.

—Estáis hablando con el hombre que buscáis. ¿Qué podríais querer de mí?

—Tengo una carta para vos. —Su aliento tembló al sacar el pergamino del vestido—. Es de suma importancia. Para mí, al menos. Y tal vez para vos también. Me temo que el sello se ha despegado, pero lo tengo aquí...

El ceño del doctor Dee se frunció más de lo que ya estaba y tomó la carta y el sello con sus arrugados y manchados dedos. Murmuró algo en esa curiosa lengua

chasqueante y, tras asentir, su compañero se levantó y se fue.

—Mi madre era Ellen Greenliefte. Ahora está muerta. Pero me dijo que viniera

a buscaros, que podríais ayudarme.

El doctor Dee pasó un buen rato contemplando el sello antes de dejar el pergamino desdoblado sobre la mesa. Ni él ni Alyce se movieron. Leyó el mensaje cuatro o cinco veces; obviamente, las letras le decían algo más que a ella, a Solomon o a Vitali. En algún punto de la taberna, Alyce oyó el tintineo de la risa del charlatán.

Finalmente, sin decir una palabra, el doctor Dee se levantó de su silla, se metió la piedra-espejo negra en un bolsillo interior de la capa y apoyó las

manos

en los hombros de Alyce. Sus severos rasgos se abrieron en una risa.

—Mi querida niña —dijo—. Estoy tan contento de que por fin os hayamos encontrado. Por favor, sentaos. Tenemos mucho de qué hablar.

Alyce creyó que se le desbocaba el corazón. Se preguntaba quién era el hombre debajo de la barba. ¿Un amigo de su madre? ¿Un padrino? ¿Un

pariente? En la penumbra de la taberna, su sonrisa lo había transformado repentinamente en el cariñoso abuelo que nunca había tenido.

Alyce se sentó a la mesa mientras John Dee iba a decirle algo a la camarera.

Con los dedos, daba vueltas sin cesar a su efigie mientras aguardaba sentada, y

cuando el doctor volvió, lo hizo con otra bebida que dejó delante de ella.

Alyce

rio.

—Sois muy amable, doctor, pero esta es mi tercera copa de vino en pocas horas. No creo que aguante el tipo.

—¡Oh, basta de palabrería, hija! —dijo, desestimando la sugerencia con un movimiento de la mano—. Bebéoslo. Hemos de brindar por vuestra llegada.

Alyce cedió y dio un sorbo. El vino era muy agrio y tenía un regusto metálico.

—Entonces... ¿conocisteis a mi madre?

—Creo que eso es quedarse corto —dijo, riendo.

—¿Qué queréis decir?

—Ahora os contaré. —La miró con expectación—. Bebed, por favor.

Una vez más, se llevó la copa a los labios. Sus ojos echaron chispas.

—Esperad... —dijo, o pensó, ya no podía estar segura. Sus pensamientos se espesaban y ralentizaban.

El rostro del doctor Dee se ensombreció y distorsionó, aunque Alyce todavía

podía discernir en sus ojos algo parecido al deleite. Intentó hablar otra vez, pero se notó los labios y la lengua de plomo. La habitación daba vueltas y creyó que

iba a desmayarse.

El vino...

Lo último que sintió fue su frente golpeando la dura mesa.

XIV

La jaula en la morada del doctor Dee era mucho más pequeña que la celda de

Alyce en Bedlam, e incluso más angosta debido a la otra prisionera. También olía peor: era un olor inquietante, ni fuerte ni de aguas residuales, sino algo siniestro. Alyce al menos sabía el origen del hedor de Bedlam, o podía adivinarlo. Este era un olor que no pertenecía a este mundo.

Alyce observó a la mujer —asumió que se trataba de una mujer— en el rincón

opuesto al suyo. Había permanecido sentada en perfecta quietud durante una hora como mínimo, las piernas cruzadas, las manos plegadas sobre su regazo, sus cabellos grises como hierbajos agitándose ocasionalmente bajo alguna

corriente de aire. A su alrededor, alguien había rascado runas y símbolos en las

tablas de madera, así como dibujos inacabados, con mano irregular. Alyce sabía

lo que era, aunque no supiera su identidad.

La barba de Dee emergió de la penumbra, seguida por el resto de su persona.

—No falta mucho, niña —dijo, y sonrió. Seguía teniendo un aire de abuelo entrañable, hasta que se lamió los labios—. Espero que os comportéis mejor cuando llegue vuestra reina.

Alyce le escupió y se retiró a rastras de los barrotes antes de que alcanzara a pegarle. El doctor Dee se quitó la saliva con el dobladillo de la capa y desapareció farfullando entre las pilas de libros.

Alyce llevaba el día entero en cautividad, y su rabia casi se había consumido.

Se sentía vacía, y desesperadamente aterida. El doctor Dee no estaba

respondiendo a ninguna de sus preguntas, cosa tal vez comprensible después de

que ella le hubiese mordido por segunda vez, y la carta había desaparecido entre los negros pliegues de su bata. Pero lo más confuso era que la Reina venía supuestamente a hablar con ella. Nada de aquello tenía sentido. La mitad de su

furia iba dirigida contra el fantasma de su madre.

«¿Por qué me has enviado a este monstruo? ¿En qué estabas pensando?»

El murmullo de Dee se había tornado más persistente, y más rítmico. Estaba

trajinando en el taller, encendiendo un círculo de velas achaparradas y deformes,

y cada vez que una llama cobraba vida, otro rincón oscuro del laboratorio se iluminaba. La luz de las velas danzaba sobre el latón pulido de los

instrumentos

científicos y se concentraba en extraños colores sobre las hileras de tarros y botellas. Una calavera humana proyectaba sombras grotescas en el suelo, que casi alcanzaban los barrotes de la jaula de Alyce. La luz iluminaba a ratos diferentes partes de la estancia y en ningún punto brillaba lo suficiente como para poder verlo todo a la vez.

Alyce miró de reojo a la otra mujer. Quieta como una piedra.

Apareció otra luz, un sol frío y pálido que, planeando en el aire, pareció marchitar las llamas de las velas. El doctor Dee se retiró, musitando, hacia la oscuridad. Era brujería, supo Alyce, pero nada como lo que había visto cuando

vivía con su madre. No había ningún fuego crepitante. Ni aroma a tierra y follaje. Ni canción. Solo el silencio, y ese olor acre y avinagrado en la atmósfera.

La luz se transformó en un rostro, los cabellos recogidos hacia atrás, los rasgos glaciales, suaves y aterradores en su belleza. El rostro vino seguido de la alta figura de una mujer, un fantasma vestido de perlas y ricas telas.

Las velas se apagaron.

—No estáis siendo un buen anfitrión, doctor —dijo la mujer con una voz que parecía convocada a miles de kilómetros de allí—. ¿Por qué tenéis a la pobre chica enjaulada como un perro?

Dee se aclaró la garganta desde su rincón del cuarto.

—Disculpadme, Su Majestad, pensé que sería más seguro...

—Es nuestra invitada, doctor, no nuestra prisionera. —La mujer avanzó hasta la jaula—. Y aunque fuera nuestra prisionera, un candado y una llave no van a impedir necesariamente que una bruja se escape, ¿o sí? Intentaron lo mismo conmigo.

—Su Majestad —dijo el doctor Dee con algo como el pavor cruzando su rostro—. ¿Estáis... en libertad?

La sonrisa de la mujer era como un trozo de cristal roto.

—Y rumbo a Londres mientras hablamos, doctor.

—Pero vuestro carcelero, Shrewsbury... ¿No lo sabe?

—Shrewsbury sigue albergando debidamente a una mujer que cree ser María, reina de los escoceses. En realidad es una de mis damas de compañía, una aprendiz que me ha servido bien y merece los lujos de la hospitalidad de Shrewsbury. Dimos el cambiazco cuando fui a tomar las aguas en Buxton. Un simple encantamiento fue todo lo necesario.

El doctor aplaudió y la aduló:

—¡Oh, qué maravillosa astucia, Su Majestad!

Alyce encajó todas las piezas.

—Sois ella —dijo, arrastrándose hacia delante y agarrando el frío metal con los dedos—. Sois María Estuardo.

El fantasma inclinó la cabeza una fracción.

Luego Alyce se volvió hacia el doctor Dee.

—Sin embargo, trabajáis para la reina Isabel.

—El doctor ha cambiado de opinión —dijo María—. Isabel ha presentado cierto obstáculo para sus investigaciones.

—Así que ya son dos mujeres a las que habéis traicionado —dijo Alyce, notando algo del calor de antes en su ombligo—. Isabel y mi madre.

María Estuardo rio.

—Por favor, doctor, abrid la jaula. Romperé los barrotes como no la dejemos salir pronto.

El anciano cogió una llave de una cadena de su banco de trabajo. La agitó en la puerta de la minúscula prisión y luego retrocedió rápidamente como si estuviese liberando a un animal salvaje hambriento.

Alyce salió a gatas sobre sus frías manos y magulladas rodillas, dejando atrás a su compañera de celda. Cuando se irguió seguía midiendo una cabeza menos

que la mujer fantasma. La miró y se dio cuenta de que, a través de los músculos

transparentes del cuello de María Estuardo, podía ver los aparatos científicos detrás de ella. Se estremeció, y todas las cábalas que se había hecho de huir empezaron a agotarse.

—No se equivoca con vos, doctor Dee. Sois un chaquetero redomado. No me sorprendería que estuvieseis planeando traicionarme a mí también. —El doctor farfulló algo a través de su barba—. Sí, vaya si es astuta, la chica. Muy espabilada. Considerando cómo y dónde fue educada.

—No sabéis nada de mí.

—Al contrario, Alyce, sé más de vos que vos misma. Vuestra madre y yo fuimos buenas amigas —dijo—. En su día.

El rostro espectral sonrió de nuevo y se volvió para mirar al doctor Dee, como

si se tratase de algún chiste que a Alyce se le escapaba. Por un momento

nauseabundo, Alyce consideró la posibilidad de que su madre realmente se hubiera confabulado con esta reina bruja, con Dee, que todo esto fuese lo que pretendía desde el principio.

—Está muerta —dijo Alyce.

—Lo sé —dijo María—. Pobre Ellen. No era mi intención, creedme, pero estos cazadores de brujas se dejaron llevar por su entusiasmo. Hacen mucho más

que cazar brujas, ¿verdad? Sí, pobre mujer. Si por mí fuera, se habrían disculpado con vos en persona, Alyce, pero me han dicho que siguen en las calles de Londres intentando daros caza y enmendar sus errores pasados.

De modo que los cazadores de brujas, el doctor y también la reina María formaban parte del mismo bando feliz. Alyce se habría abalanzado sobre la reina

de los escoceses y sobre Dee para arrancarles los ojos de no haber estado tan paralizada por la rabia y la pena que sentía hacia su descerebrada y engañosa madre. Ellen había enviado a su hija directamente a sus asesinos.

—¿Es vuestra intención matarme? —dijo por fin, forzando las palabras a través de su garganta fría y oprimida.

—¡Cielos, no, niña! —dijo María extendiendo su mano translúcida para alisarle el pelo y poniéndole a Alyce la piel de gallina en el cuero cabelludo —.

No somos bárbaros. Solo quiero que hablemos.

—¿Que hablemos?

—Sí. Eso es todo. Una charla entre dos mentes afines.

—No compartimos nada.

—Puede que todavía no, pero espero que lo hagamos cuando hayáis oído lo que he de decir. Espero sinceramente que decidáis trabajar con nosotros y no contra nosotros.

Alyce recordó de súbito el fragmento de conversación que había escuchado en

la taberna de El Verdugo. «La adoran. Tiene fieles en todas partes.» ¿Estaba la

reina María intentando ganarse su lealtad? Tenía una forma curiosa de hacerlo.

Alyce dejó escapar una sonora carcajada: una risa vacía, y triste.

—Matasteis a mi madre. Y me habéis perseguido desde que salí de Bedlam.

Me habéis secuestrado y encerrado en una jaula todo el día. ¿Y ahora pretendéis

que seamos amigas?

—Si es posible, me gustaría mucho.

La mirada negra de los abiertos ojos de la mujer parecía despellejar a Alyce.

—No —fue todo lo que logró decir.

—¿No? —repitió con calma María—. Ya veo. ¿Será que ya tenéis suficientes

amigos? ¿O será que sois perfectamente capaz de sobrevivir por vuestra cuenta?

Alyce no respondió.

—Las brujas tienen aliados, Alyce, y pocos amigos. Deberíamos ser sabias y respaldarnos las unas a las otras.

—Habéis matado a mi madre. ¿Así es como la respaldasteis?

—Un terrible error que no quedará impune. —Hizo una pausa—. Y un error que todavía puede subsanarse.

—¿Subsanarse?

—¿Cuánto te enseñó Ellen de la Ciencia, Alyce?

—¿La Ciencia?

—La Brujería. La Compasión. La Profecía. —Hizo una pausa—. La Nigromancia.

—Un poco —dijo Alyce lentamente, intuyendo una trampa, pero sin saber dónde se la estaba tendiendo—. Algo de herbología. Algo de magia compasiva.

Conozco lo que es la nigromancia... el Otro Lado.

—Ah —el suspiro de María arrugó el pergamino que tenía detrás—. El Otro Lado. ¿Y qué dijo al respecto?

—Que es adonde van los muertos. El otro lado de lo que podemos ver.

Hablaba mucho del equilibrio, de mantener el equilibrio entre este mundo y el otro. Nunca entendí realmente a qué se refería.

María asintió.

—No, no lo habríais entendido. Apenas acabáis de alcanzar la mayoría de edad. Una terrible pena que la perdierais a una edad tan crucial... debéis de tener

muchas preguntas sin responder.

Alyce recordó su desvanecimiento en El Cisne. Había muchas cosas que no entendía.

—No solo una pena —continuó la reina María—. También una ironía. Si hubiese vivido un poco más, os habría enseñado cómo traerla de vuelta de ese lugar.

Algo se tambaleó detrás de las costillas de Alyce.

—No habláis en serio.

—Y tanto que sí, mi querida niña. Está muy bien que Ellen hablara del equilibrio, pero el mundo no parece muy equilibrado, ¿o sí? Se diría que todas las probabilidades están a favor, y mucho, de la Muerte, ¿no os parece? Todos nuestros seres queridos fallecen y pasan al Otro Lado, y ninguno de ellos regresa. Puede que Ellen aceptara felizmente esta circunstancia, como muchas otras personas. Pero a otros nos satisface menos. Una auténtica bruja no solo puede entrar en contacto con los muertos, sino hacerse con el control de la

propia Muerte. Y si deseamos traer a alguien de vuelta al mundo de los vivos, podemos hacerlo.

—Pero eso no es... natural.

Alyce recordó la breve mirada que lanzó a la hoguera antes de huir de Fordham, la figura carbonizada atada al poste, apenas reconocible como ser humano. ¿Cómo demonios iban a poder revivirla?

El rostro de María se ensombreció un poco.

—¿Natural? ¿Según quién? Somos nosotros quienes definimos qué es natural.

Nosotros somos la naturaleza, Alyce.

Estas palabras le sonaban a Alyce. A pesar de las malas lenguas en el pueblo,

desde su punto de vista y el de su madre, los raros, los intrusos, los antinaturales eran los vecinos del pueblo.

—¿Por qué me contáis todo esto? ¿Qué queréis de mí?

—Porque, como he dicho, necesitamos estar de acuerdo y unir nuestras mentes. Quisiera que fuéramos amigas. Y quisiera contar con vuestro apoyo.

El fantasma de María se iluminaba más a medida que hablaba. Alyce veía su pálida luz azul reflejada en los ojos del doctor Dee.

—Continuad —dijo Alyce.

—No falta mucho para que llegue mi hora de sustituir a Isabel como reina de

Inglaterra. Seré restaurada en el trono escocés. Seré la reina de España o de Francia, o ambas, tan pronto me libere del patán de mi esposo y pueda casarme

de nuevo. Pensad en lo que significa eso, Alyce. La mayor unión en Europa, con

una reina bruja a la cabeza. Una reina que no solo conquistará a los enemigos vivos de la nación, sino que conquistará la Muerte para sus súbditos. Yo reclamo

el trono no por una mezquina ambición personal, como os harían creer los panfletos y los chismosos. Lo hago por el bien de la humanidad.

—¿Y qué pasa con los nuestros? ¿También es por el bien de las brujas? De momento no he visto los beneficios de vuestra misión. Mi madre desde luego no

los vio.

María sonrió.

—Guiaré a los nuestros fuera de las sombras. Fuera de la sordidez y de la vergüenza que hemos vivido durante milenios. Escuchad: cuando era la reina de

Escocia, me pasé años ocultando mi verdadera naturaleza. Escondía mi yo verdadero. Lo negaba. Por miedo a las represalias, no solo contra mí, sino contra

el mundo de las brujas. Pero no sirvió de mucho. Y ahora el ingrato de mi hijo

me ha suplantado. Mi padre, mi suegro, mi tío, dos esposos: los vi morir a todos,

mientras tenía prohibido practicar las artes que habrían podido salvarlos. — Miró

fijamente a través de Alyce—. *En ma fin est mon commencement*. ¿Sabéis lo que significa?

Alyce negó con la cabeza.

—«En mi fin está mi principio». Un lema familiar, que yo he decidido

tomarme más en serio que la mayoría. Estoy ofreciendo esperanza a la gente, Alyce. Cuando asuma el trono, desterraré la Muerte del mundo de la humanidad,

y me adorarán por ello. Nos adorarán.

Alyce sopesó estas palabras antes de responder. La arrogancia de la mujer era pasmosa. Pero vivir en un mundo donde no estuviese sometida a una sospecha constante, donde quizás incluso la exaltarán... eso supondría un cambio.

—Puede que os cueste convencer a vuestros súbditos, Su Majestad —dijo al

final—. Ni siquiera me habéis convencido a mí todavía.

—Lo estaréis, Alyce, os lo aseguro. Si me permitís que os lo demuestre.

—¿Qué queréis decir?

—Que os demuestre de lo que soy capaz de hacer. De lo que somos capaces de hacer, juntas. Uníos a nosotros y os traeré a vuestra madre de vuelta.

En ese momento, las combadas vigas de la casa del doctor Dee suspiraron con

una ráfaga de viento que se coló entre ellas. En algún punto del fondo del laboratorio una pila de papeles salió volando y se desparramó por el suelo. Alyce

oyó la respiración de Dee también, tensa y nasal.

No tenía sentido, de eso estaba segura. Nadie podía traer a nadie de entre los muertos. El mundo no funcionaba así. Estaba más que segura. Pero... ¿y si era

verdad? Alyce daría cualquier cosa, realmente cualquier cosa, por volver a ver a su madre.

Había otra cosa que le inquietaba también.

—Seguís sin explicarme por qué —dijo.

—Porque cuando sea reina, necesitare aliados.

—No. Dejad de hablar de vos. No me refiero a eso. Me refiero a mí. ¿Por qué yo? ¿Por qué tomaros tantas molestias en conseguir mi apoyo? ¿Qué me hace tan

especial?

—Solo me preocupo por vuestro bienestar, Alyce...

Luego la reina María calló. Su rostro de infinita empatía cambió

repentinamente, lo mismo que el agua al enturbiarse con la tinta. Se endureció, y

su ceño fue algo terrible de contemplar.

Se oyó un gemido. El viento no soplaba fuera del laboratorio, sino dentro.

Detrás de Alyce, la mujer en la jaula estaba exhalando un largo y estruendoso suspiro.

—Miente miente miente miente miente... —comenzó su cantinela,

entrecortada y maníaca, y solo entonces comprendió Alyce que se trataba de la

misma presa de Bedlam que había hablado con ella cuando fue en busca de la carta. ¿Cómo demonios había terminado aquí?

—Tapadle la boca, doctor —ordenó María. Dee bajó de un salto de su taburete

y hurgó con la llave.

—Ser execrable. He visto quién sois. He visto de lo que sois capaz. —Los dedos de la loca arañaron la tarima mientras se arrastraba fuera de la jaula—.

Marchaos, Alyce. Esta es una paria. Solo trae pestilencia. Se quedará a ver cómo

el mundo se consume.

Los instrumentos y los recipientes del banco de trabajo del doctor comenzaron

a bambolearse, a rodar y a romperse, y el hombre se quedó petrificado, no sabiendo si detener a la mujer o si salvar su trabajo.

—¡Hacedla callar! —gritó María, y su piel luminosa pareció evaporarse y

revelar los contornos de sus huesos.

—Nos tendrá a todos como esclavos —dijo la mujer—. A los vivos y a los muertos. El Otro Lado, doblegado a su voluntad. A la voluntad del libro negro.

Una tormenta salió de su boca. Las grandes cortinas de sus cabellos se apartaron hacia atrás, y Alyce pudo verle claramente el rostro por primera vez.

Parecía tan joven, tan dulce. Y también cansada, con ojeras moradas, igual que

las de Solomon.

«Igual que las de Solomon.»

—Pero los muertos os observan, falsa bruja. Igual que os veo yo. —Hubo un momento de casi perfecta quietud, de respiración contenida. Y luego, con una vocecilla humana—: Están aquí.

Sus palabras surcaron el aire. El espectro de María, reina de los escoceses, pareció desintegrarse en medio del vendaval, y el doctor Dee salió despedido contra una estantería, cuyos tomos de piel se desplomaron pesadamente sobre su

cabeza. Las vigas se despegaron del techo y cayeron aplastando el banco de trabajo; partes del tejado se despegaron, revelando la luz violácea del anochecer

en el cielo.

La mujer se desplomó sobre las tablas del suelo, en la piscina de su cabellera, el cuerpo inánime y sin aliento.

Alyce vio que el doctor se ponía en pie a duras penas, frotándose la cabeza y quitándose astillas de la barba. En algún punto de la polvareda, el débil contorno de la túnica de María flotaba entre las tablas de madera. Alyce ya había comenzado a bajar las escaleras hacia las sombras de la casa cuando oyó la voz

de María, como el bisturí de un cirujano:

—Atrapadla.

Alyce bajó rápidamente los escalones de dos en dos o de tres en tres, dando un

traspie en los últimos y cayendo de cabeza contra una caja fuerte de hierro forjado en la planta baja. El dolor le traspasó el ojo derecho.

«¡No te pares, estúpida!»

Se obligó a levantarse, recobrando el equilibrio en la pared del pasillo. La punzada en la cabeza le produjo mareo. Un chorro de sangre le cubrió el ojo y

después el suelo, mientras daba tumbos hacia la puerta principal.

El aire era gélido y dolorosamente limpio cuando salió disparada a la calle. Se

volvió en todas direcciones, sin aliento. No reconoció nada. «Mortlake», recordó

vagamente. Vitali le había dicho que el doctor Dee vivía río arriba. Buscó en derredor donde esconderse; la cabeza todavía le daba vueltas en la dirección opuesta a su cuerpo, haciendo que se mareara el doble de lo que ya estaba. El pueblo era un pantanal y unas pocas casas grises, sin el gentío ni los callejones o los ocultos recovecos que la habrían ayudado a esconderse dentro de las murallas

de la ciudad.

Intentó pensar.

«El río.»

Alyce corrió con paso vacilante, oyendo las estruendosas pisadas que la

seguían desde dentro de la casa. Un poco más abajo de la calle, al otro lado del

carruaje del doctor Dee, vio un pantalán donde habían amarrado un bote. Los remeros no se veían por ninguna parte; la noche caía veloz, y su jornada de trabajo seguramente habría terminado. Llegó a la orilla, mirando por encima del

hombro justo cuando el doctor Dee salía de la casa tras ella. Andaba despacio y

seguía mareado del golpe con los libros.

«Vamos, Alyce, no me digas que no puedes dejar atrás a un abuelo.»

La sogá de amarre era gruesa y estaba firmemente anudada a la pértiga que sobresalía del río. Para colmo, estaba tan vieja y ajada que las fibras habían comenzado a fundirse unas con otras, a mezclarse con la propia madera.

Cuando

la cogió, el cáñamo húmedo y pestilente se pegó a sus uñas. Sus manos estaban

entumecidas, además, y no obedecían sus órdenes.

Podía oír los pesados andares del doctor Dee. La sogá no se estaba aflojando nada.

Alyce se volvió, bizqueando por la sangre que le tapaba el ojo derecho, y vio el rostro grave e implacable del doctor. Su barba bramaba a su alrededor como

una tormenta de nieve.

No quedaba otra salida. Se subió de un brinco al bote y se abrió paso bajo las lonas que cubrían la proa, cabeceando con violencia en las gélidas aguas. Luego apretó el muñeco en su mano, contuvo la respiración y saltó.

HOPKINS



El comedor de El Cisne se sumió en el silencio cuando Hopkins y Caxton entraron por la puerta. Eso siempre le agradaba. Se tomó un momento para saborear el aire y regodearse con el miedo de los parroquianos.

—Buenas tardes, caballeros —dijo la posadera levantándose resueltamente y con la cara roja de estar junto a la chimenea—. ¿O es buenas noches? Ni lo uno

ni lo otro, ¿a que no? ¿Puedo servirlos algo de comer y beber?

Su voz traslucía una jovialidad falsa, forzada, que Hopkins despreció.

Tampoco le estaba funcionando: todos los clientes seguían silenciosos, observando a Caxton, que rondaba la puerta como un fantasma, como si tuviera

prohibido entrar en las casas de los vivos.

—Nada, gracias. Pero desearíamos hablar con uno de vuestros clientes. Un tal

Solomon Harper.

La mujer arrugó el ceño y se rascó la cabeza, fingiendo peor que las otras personas interrogadas por Hopkins en el corral de Los Papagayos.

—Nunca he oído ese nombre, no lo creo.

—¿Estáis completamente segura? —dijo Hopkins en tono agradable—.
Puede

que haya venido por aquí en compañía de una chica con la que nos gustaría mucho hablar.

La posadera se encogió de hombros.

—Por aquí no vienen muchas chicas tampoco. A menos que os refiráis a
Martha. ¡Martha!

Su bramido fue suficiente para romper el hechizo lanzado sobre el comedor, aunque las conversaciones que reanudaron carecían de la relajación y el jolgorio

habitual.

La chica salió de la cocina con expresión huraña, sus finos y oscuros cabellos pegados a su frente del sudor. Se enjugó la nariz con la manga.

—¿Qué? —dijo.

—No es ella —interrumpió Hopkins—. Estamos buscando a una tal Alyce Greenlief. Pelo rojo muy corto. Cabeza afeitada. De cuando estuvo en Bedlam.

La posadera miró de reojo a la moza, cosa que no pasó desapercibida a Hopkins, y luego se movió inquieta, secándose las manos en el mandil.

—¿Bedlam? Bueno, estoy segura que no conozco a la chica en cuestión.
Hace

semanas que no veo a Solomon, y si hubiera atendido a una lunática os aseguro

que lo recordaría.

—Entiendo —dijo Hopkins, sin despegar los ojos de Martha—. Pues es una lástima. Bueno, ya que hemos hecho el viaje en vano, supongo que no estaría de

más tomarse una cerveza después de todo.

—Lo siento, señor. ¿La chica es pariente vuestra?

Hopkins sonrió.

—Pariente, no. Pero su madre y yo éramos amigos íntimos.

La posadera lo miró extrañada; al menos tres expresiones diferentes luchaban por controlar su rostro.

—Bueno —dijo por fin—, como decís, las cosas no pintarán tan mal después de una cerveza o dos. ¿Vuestro amigo también desearía tomar algo?

Hopkins se encogió de hombros.

—Posiblemente. No puede decir ni una cosa ni la otra. Creo que preferirá permanecer fuera.

—Muy bien. —La posadera sonrió sin convicción y volvió a la cocina. Martha

la siguió farfullando algo.

Hopkins observó a los otros parroquianos, que daban tímidos y rígidos sorbos a sus bebidas y le lanzaban miradas desde los bordes de sus jarras. Sus ojos se

desviaban tan pronto se encontraban con los de Hopkins. Él les sonrió y se

enderezó los perlados botones del jubón.

Mientras calibraba a cada hombre del mesón, Martha se acercó y soltó una jarra de cerveza bruscamente en la mesa. La espuma se derramó por la orilla y

casi empapó las piernas de Hopkins.

La muchacha no dijo nada. A él le gustó su impertinencia. Justo cuando ella se

volvía para irse, la agarró suavemente del brazo.

—Cuidado, señor —dijo—, no estáis en esa clase de lugar.

Sin embargo, no intentó zafarse.

—¿Cuánto os paga?

—¿Eh?

—La posadera, ¿cuánto os paga?

—¿La señora Thomson? No lo suficiente, la mitad.

—¿Cuánto? Decidme.

—Seis peniques al día. Y las comidas.

—Seis peniques —dijo Hopkins metiendo la mano en la faltriquera que colgaba de su cinturón—. ¿Qué os parece si os ofrezco algo mejor y subo hasta

un soberano de oro vuestros servicios?

—¿Servicios?

—Decidnos dónde está la chica. Ambos sabemos que vuestra patrona miente.

Los ojos de Martha se abrieron como platos, la reluciente moneda de oro reflejada en ellos. Luego pestañeó.

—El doble —dijo.

Hopkins rio.

—¿Perdonadme?

—Que me deis el doble. Dos soberanos, y os llevaré directos a ella.

XV

—¡Mira en sus bolsillos!

—No me parece bien lo que estamos haciendo, Jack...

—Pues lárgate. Más para mí.

—Sigue respirando, mira.

Unas manos rodaron a Alyce boca arriba y manosearon entre los empapados pliegues de su vestido. Los dedos se cerraron en torno a algo y se retiraron.

—Bueno, esto no está nada mal...

—Mira, Jack, no ha estirado la pata.

—¿De qué estás hablando? Tiene la cara más muerta que he visto en mi vida.

Alyce abrió los ojos con dificultad. Dos rostros, sucios y sin afeitarse, la miraban desde arriba. El hombre que estaba más cerca de ella, Jack —supuso—,

estaba contando las monedas que le había robado: el pago de Vitali a la señora

Thomson. Se detuvo cuando la chica empezó a moverse.

—¡Caramba, tienes razón! ¡Este pez sigue vivito y coleando! —Mostró una boca llena de dientes marrones—. Pues tendremos que tirarlo otra vez dentro, ¿no?

Con una mueca, se arrodilló para tirar de Alyce desde sus sobacos.

«No —pensó ella—, ahora no. Así no.» Se retorció torpemente en los brazos del hombre. Un mareo se apoderó de ella; tenía frío, estaba cansada, la herida de

la cabeza seguía abierta... pero había algo más. El mundo palpitaba y se agitaba

en ondas. A su alrededor, todo eran siluetas, cientos, miles de siluetas,

tenebrosamente luminosas. Podía oír sus voces. Las voces, susurrantes de los muertos.

Alyce se zafó de la garra del hombre y se puso en pie a duras penas, más temerosa de las sombras que la cercaban que de él. Entonces, como si sus movimientos no fueran suyos, lo cogió de las muñecas. Él soltó un grito ahogado

como si lo hubieran marcado con hierro candente. Su rostro era una máscara de

horror, pero no se soltó. O no pudo.

El otro hombre ya se estaba alejando por el muelle.

—Déjala en paz, tiene pinta de estar majara.

Alyce notó que algo la arrastraba hacia arriba, a más altura de la que creía tener. Los miembros de su atacante se hundieron como tallos secos hasta que acabó de rodillas ante ella, los ojos desorbitados, boquiabierto, los brazos todavía atrapados entre los dedos de Alyce.

—Dámelo —dijo Alyce. Su voz sonó distante, más profunda, más lenta.

—¡Haz lo que dice, Jack, tiene el Diablo dentro!

Jack gimoteó y se meció sobre sus rodillas, con el aspecto de un chiquillo aterrado.

—Dámelo —repitió Alyce. Le soltó uno de los brazos.

El hombre llamado Jack abrió el puño y soltó las monedas sobre las tablas del embarcadero.

—No. Lo otro.

Hizo una mueca, se metió la mano en el chaleco de piel y sacó la efigie, mojada y desaliñada, con un aspecto que ya no parecía el de una persona. Lo lanzó a los pies de Alyce.

Tan pronto como ella le soltó la otra muñeca, se santiguó y corrió como alma que lleva el diablo hacia la oscuridad de los almacenes. Su cómplice lo siguió y

ambos se esfumaron.

El corazón de Alyce se ralentizó, su sangre se enfrió. Los sonidos y las formas

de los muertos se alejaron con la brisa, y el muelle se sumió en el silencio. Se miró las manos. ¿Qué era este sentimiento, esta ligereza en su cabeza y en su

pecho? Ya no era miedo; el miedo había pasado, cediendo a este otro sentimiento. ¿Orgullo? ¿Poder? Sin embargo, se mezclaba con algo más...

¿vergüenza? Pero ¿por qué iba a sentirse avergonzada?

Se agachó y recogió el muñeco, que estaba empapado, deshilachado y sin el mechón de pelo en la cabeza. Las corrientes del Támesis habían hecho su

trabajo. De repente se notó muy débil. Todo el peso del día se le vino encima de

golpe, y no pudo soportarlo más. Se hundió en la pasarela de madera y empezó a

toser y a temblar con violencia; un charco de agua hedionda comenzó a rodearla

poco a poco.

Era casi noche cerrada. Las luces del puente de Londres proyectaban elegantes

reflejos en el río, y las dársenas, si bien no del todo vacías, presentaban una gran calma. Londres parecía casi una ciudad tranquila.

Los dientes de Alyce castañeteaban tan incontrolablemente que se mordió la lengua. Blasfemó, pero el dolor y el sabor caliente de la sangre la espabilaron un poco. Se tocó levemente el corte de la ceja. Estaba hecha una pena. Al parecer,

las corrientes la habían arrastrado desde Mortlake hasta los muelles conocidos como Legal Quays; se había lanzado a las olas justo delante del puente de Londres, y estas la habían escupido a la orilla con la boca llena de agua y ningún recuerdo inmediato de cómo había llegado hasta allí.

Visiones de María Estuardo y del doctor Dee afloraron a la superficie de su mareada cabeza, pero los empujó al fondo. No quería pensar en ellos en este momento. No quería pensar en ellos nunca más. Deseó que se borrarán y

desaparecieran con el tiempo, como un sueño desagradable. Solo quería ropas secas, algo que llevarse a la boca, y quizás un par de puntos de sutura. El Cisne

no debía de quedar muy lejos si desandaba sus pasos desde el puente. Con algo

de suerte —y ya iba siendo hora de que le sonriera— podría llegar para la

cena.

Se preguntó cuál sería el estado de ánimo de la señora Thomson.

Calada hasta los huesos, aterida y descalza, se encaminó penosamente hacia la

posada, orientándose vagamente, en el fondo agradecida de seguir teniendo los duros callos en los pies de los tiempos de su reclusión en Bedlam.

Después de caminar durante unos minutos, llegó a una calle ancha que creyó reconocer como Little East Cheap, pero todos los edificios le parecían familiares

en la media luz. Mientras trataba de orientarse, oyó que alguien venía hacia ella.

Sus pasos eran lentos, deliberados, algo patosos.

Escrutó en la penumbra. Sería capaz de reconocer aquellas zancadas en cualquier lugar.

—Por los clavos de Cristo... —dijo Solomon, cogiéndole la helada mano—.

¿Qué te ha pasado?

Alyce lo miró a los negros y cansados ojos e inmediatamente pensó en aquella

desdichada mujer en la jaula del doctor Dee. No tenía dudas de quién era.

¿Por

dónde empezar a contárselo todo a Solomon? Tendría que haberla ayudado, pero

la había dejado atrás —había dejado su cuerpo atrás—, a merced de Dee y de María. La culpabilidad la reconcomía por dentro, y se quedó callada.

—¿Oye? —dijo Solomon meneando una mano delante de su cara—. ¿Qué ha pasado? ¿Cuál es el problema?

—¿Acaso te importa? —dijo por fin. No era la respuesta que habría esperado oír de su boca, pero le salió espontáneamente—. No te he visto el pelo desde hace más de una semana.

—Lo sé, y lo siento. Te lo explicaré más tarde. Ahora mismo lo que tienes que

hacer es darte la vuelta y alejarte —dijo llevándola hacia un callejón.

—¿Cómo? —Los labios de Alyce estaban entumecidos del frío y apenas podía

formar las palabras—. ¿Qué estás haciendo?

—Salvarte la vida otra vez. ¿Cuál es esta? —dijo contando con los dedos—

¿La tercera, la cuarta vez?

—¿Salvarme la vida? Moriré de fiebre si no vuelvo a El Cisne antes del anochecer. Por si no te has dado cuenta, Solomon, he tenido un día más bien ajetreado. —Se detuvo y se estiró el vestido hecho una sopa.

Solomon la miró.

—Tu cara...

—¿Mi cara? ¿Qué le pasa a mi cara?

—Estás sangrando.

—¿Ah sí? No sabía que eras médico, Solomon. —Uy, pues sí que estaba mucho más enfadada de lo que creía.

Solomon meneó la cabeza.

—Escucha, ya tendrás tiempo de burlarte de mí más tarde. Pero ahora ven conmigo. No puedes volver a El Cisne.

—¿Por qué no?

—Porque están allí. Los cazadores de brujas. Iba a buscarte cuando los he visto entrar en el mesón. Están hablando con la señora Thomson ahora mismo.

Andan buscándote, y a mí también.

El frío que Alyce sentía en la piel se le metió en el corazón. Un recuerdo le vino a la cabeza: la reina María había dicho que los cazadores de brujas seguían

sueltos en las calles de Londres, buscándola.

—¿Y la señora Thomson qué les ha dicho?

—Por lo que he podido oír, ha hecho todo lo posible por engañarles. Pero no he podido acercarme mucho, por si me reconocían. Son los mismos hombres, no

hay duda. Ese hombre raro de la máscara. He rodeado la casa para comprobar la

cocina y tu habitación. Como he visto que la carta no estaba, he pensado que podrías haber ido a Bankside. No se me ha ocurrido otra cosa. —Pellizcó la manga empapada de Alyce e hizo una mueca—. Sabes que hay un puente al otro

lado del río, ¿verdad? Es más fácil que nadar.

Alyce no pudo reprocharle que intentase quitarle hierro al asunto. Esbozó una

media sonrisa sin mucho convencimiento.

—Como has dicho, podemos dejar las burlas para más tarde.

—Te tomo la palabra. Vamos. Como no lleguemos a Ludgate antes de que la cierren, no estoy seguro de que tengamos donde dormir esta noche. Puede que hayan cerrado ya la puerta...

Se quitó el abrigo y se lo pasó por los hombros.

—¿Ludgate? —dijo Alyce mientras cruzaban el callejón—. ¿Nos marchamos de la ciudad?

—Sí. He estado pensando, y deberías quedarte en mi casa.

Alyce cayó en la cuenta de que nunca le había preguntado a Solomon dónde vivía. Intentó imaginar su casa, pero basándose en la evidencia de su raído jubón

y sus apolilladas calzas, solo pudo figurarse una casucha pobre y húmeda fuera

de las murallas de la ciudad. Sin embargo, un techo sobre su cabeza, incluso con

goteras, sería de agradecer después de tan dura jornada.

Cuando llegaron a Thames Street, torcieron a la derecha y caminaron hacia el oeste, atravesando la ciudad sin hablar. De cuando en cuando Alyce intentaba buscar las palabras para contarle el día que había tenido, para hablarle de Vitali, del doctor Dee y de María Estuardo. De su madre, encerrada en una jaula como

un animal. La habían tenido tan cerca... en Bedlam, con Solomon a tan solo unos metros de la entrada. Era horroroso. Pensó en su madre también, y en la

de

Solomon, y quiso llorar, más de frustración que de pena. Era una sensación que

no le habría deseado a nadie.

«No puedo contárselo —pensó—. No se lo voy a contar. Lo destrozaría. Y me

odiaría por ello.»

Permaneció en silencio, al menos de momento, pestañeando furiosamente para

reprimir las lágrimas antes de que pudieran aparecer. Además, necesitaba tiempo

para digerirlo todo, para separar lo verdadero de lo imaginario. Para colmo, seguía con la sensación de tener la cabeza atestada de limo del Támesis, y volcaba todas sus energías y concentración en permanecer consciente y en pie.

Pronto dejaron a su izquierda el puente de Londres y siguieron su camino pasando por los distintos gremios de viticultores, carpinteros y herreros hasta que la aguja de la catedral de San Pablo asomó sobre los tejados de las casas, perfilándose en el cielo violáceo.

Viraron hacia allí y apretaron el paso, dejando atrás la catedral y los mendigos

congregados a sus puertas. A Alyce le dio un vuelco el corazón cuando vieron que habían echado el rastrillo que impedía la salida de Ludgate, pero a medida

que se acercaron vieron a un puñado de vigilantes todavía reunidos en torno a una poterna, que seguía abierta.

Después de algunas negociaciones y varias miradas suspicaces a los pies

descalzos de Alyce, los dejaron pasar.

—Lo más probable es que se alegren de que una vagabunda como yo abandone la ciudad —dijo Alyce en cuanto estuvieron al otro lado de la garita, y

el aire era más fresco—. Debo de estar hecha una piltrafa.

—Mmm... —asintió Solomon, aparentemente ensimismado en sus pensamientos—. La verdad es que no había pensado en eso. Vas a tener que ponerte otra cosa cuando llegemos, o no te dejarán entrar.

—¿Dejarme entrar? ¿Adónde? ¿Quiénes?

—Ya lo verás cuando llegemos —respondió. A Alyce le dio la impresión de que el chico estaba disfrutando con todo el misterio—. Creo que necesitaré entrar y traerte algo de ropa. Lo mejor será que no te vean. —Se paró de súbito y

miró a Alyce de la cabeza a los pies—. Sí... eres casi tan alta como yo. Bien.

Las nubes del cielo se habían oscurecido y aterciopelado, y les costaba ver por

dónde pisaban. El camino discurría junto al río y torció abruptamente hacia el sur. Las casas comenzaron a espaciarse, pero Alyce pudo ver a lo lejos un enorme edificio que se cernía sobre el agua; más que verse, sus torres monumentales se intuían en la negrura. Tenían algo de amenazante.

El edificio tomó cuerpo, su intrincada y esquelética sillería descollando en la penumbra cada vez con más detalle, hasta que alcanzaron la entrada de un ancho

paseo, con un enorme complejo de pabellones, torres y arcos a su izquierda. Del

otro lado del camino les llegó un olor a almizcle caliente y estiércol de caballo, que seguramente venía de las caballerizas, pensó Alyce.

Más adelante, el sendero llegaba a una garita custodiada por dos guardias con alabardas. Solomon se detuvo.

—Bueno, pues ya hemos llegado —anunció con una sonrisa.

Alyce lo miró con pasmo.

—¿Dónde estamos?

—En el palacio de Whitehall.

—¿Por qué?

—Porque aquí es donde vivo.

Alyce meneó la cabeza con hastío.

—Solomon, no estoy de humor...

Solomon se echó a reír.

—Espérame aquí. Puedes esconderte en los establos. Estarás más caliente y nadie te verá. Vuelvo enseguida con algo de ropa.

Alyce contempló, boquiabierta, cómo desaparecía por la puerta y cruzaba a grandes zancadas el patio con la misma confianza que si fuera el mismísimo dueño del palacio.

De repente se sintió muy vulnerable y sola, allí en medio del camino desierto, con el vestido calado y ceñido a su cuerpo. Compases de música y risas chillonas

rezumaban por los muros de palacio, pero no sonaban nada tentadores a sus oídos. Se deslizó entre las sombras pegada a la pared del establo y encontró

una

puerta abierta que conducía a una negrura más profunda.

Los relinchos y las sordas pisadas de los caballos en sus establos fueron algo que Alyce encontró tranquilizador. Sus largas caras y chispeantes ojos negros la

miraron tranquilamente y sin juzgarla, mientras ellas gateó hasta un rincón y se

hizo un ovillo en la vieja y sucia paja, frotándose los pies.

Mientras esperaba, empezó a convencerse una vez más de que todo aquello formaba parte de una elaborada broma que Solomon había concebido. O acaso peor que una broma. Una trampa. Tal vez había ido a buscar a los guardas de palacio. O al doctor Dee. O a la mismísima reina. O, por lo menos, a una de las

reinas. Pronto se sumió en una febril preocupación.

Pero el muchacho regresó, y solo, al fin y al cabo. Oyó que iba de establo en establo susurrando su nombre, y Alyce salió sigilosamente de su escondrijo. Él

la vio y le hizo una seña con una antorcha, cosa que asustó un poco a los caballos. Alyce salió a la luz. Debajo del otro brazo llevaba un fardo de ropa.

—Ven a la parte de atrás para poder ver lo que te pones —dijo—. Creo que es

de tu talla. —Alyce vio que se mordía el labio.

Fueron a un lado de los establos, donde nadie podía verlos y un sendero empedrado conducía a una amplia extensión de jardines.

—¿De quién es esta ropa? —preguntó Alyce.

Solomon la dejó caer al suelo y levantó en el aire un par de calzones de lana basta.

—Mía.

Alyce cruzó los brazos.

—No pienso ponerme esto. —Miró la pila de ropa en el suelo—. ¿Un chaleco de cuero?

—Tienes que hacerlo. Si vas a quedarte en palacio, tendrás que unirme a nuestra compañía. Y nuestra compañía, por si no lo habías notado, se llama Sussex's Men y, como su nombre indica, se compone de hombres.

—¿Quieres que sea un chico?

—Y además —prosiguió sin hacerle caso—, si te están buscando, no estará de

más que te disfraces.

Alyce resopló por la nariz, indignada.

—¿Qué me dices? —preguntó Solomon, intentando parecer optimista—. ¿No te gustaría ser Alex en vez de Alyce?

XVI

Alyce estaba dando la tercera vuelta a los aposentos de Solomon, recorriendo con los dedos un candelabro de plata enfrente de una chimenea crepitante. Se había quitado los enormes zapatos de hebilla, y sus pies comenzaban finalmente

a descongelarse, pero las calzas le picaban horrores. Incluso la bata que había llevado en Bedlam era más cómoda que estos instrumentos de tortura.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Solomon frunció el ceño.

—Sí que te lo dije.

Estaban juntos y solos con la puerta cerrada y el chico empezaba a comportarse torpemente. Plantado en el centro de la estancia, balanceaba su peso

de un pie al otro.

—Me dijiste que actuabas en palacio, no que vivías en él.

—Es lo mismo. Toda la compañía tiene aquí sus habitaciones. Nuestro patrón es el conde de Sussex; tiene que acomodarnos como parte de nuestro acuerdo.

Nos quedan dos semanas aquí y después tenemos que marcharnos de Londres y

visitar otras poblaciones. Actuaremos en el teatro de Bishopsgate Street la próxima vez. La reina nos quiere por aquí como mínimo hasta febrero.

Alyce dejó el candelabro y miró a Solomon.

—¿La reina? —repitió—. ¿Te refieres a la reina Isabel?

Solomon se echó a reír.

—La misma. ¿Hay otra reina de Inglaterra cuya existencia debería conocer?

«Algo así», pensó Alyce para sus adentros. Se volvió a mirar el tapiz que colgaba de la pared opuesta a la cama de Solomon, preocupada. Estúpidamente,

se sentía como una especie de traidora: apenas unas horas antes había estado hablando cara a cara con la mujer que planeaba derrocar del trono a Isabel, y con

el doctor Dee, el hombre que había traicionado a Isabel en primer lugar.

—¿Cómo es?

—¿Isabel? No lo sé. No la veo mucho. Y desde luego no tengo oportunidad de

hablar con ella.

—¿Es... buena?

Solomon se encogió de hombros.

—Creo que depende de qué humor esté. No pienso que esté dispuesta a ser misericordiosa de momento, si te refieres a eso.

Alyce suspiró.

—Solly, necesito contarte lo que ha pasado hoy. Tengo la sensación de que...

¡Uy! —Se golpeó la punta del pie con un orinal, que, comprobó con alivio, estaba vacío, y miró a Solomon arqueando una ceja.

—No te preocupes, puedo usar las letrinas de los criados mientras estés aquí.

Solo tendrás que decirme... cuando...

—Vale.

Hubo una pausa incómoda.

—Estabas diciendo...

—Estaba diciendo: tengo la sensación de que todo es más complicado de lo que pensábamos, que soy parte de algo mucho más grande que yo. Que

nosotros.

—¿Qué te hace pensar eso?

Alyce se acercó a la cama y se sentó en ella, mirándose los dedos.

—¿Te acuerdas de una vez que estábamos en El Cisne y me dijiste que la reina

Isabel estaba de mal humor por culpa de María Estuardo?

—Sí... —La expresión de Solomon se endureció, como preparándose para recibir malas noticias.

—Bueno, pues pienso que tiene motivos para estar enfadada.

Solomon se acercó y se sentó a su lado, y ella le contó lo de Vitali y El Verdugo, su altercado con el doctor Dee y María, reina de los escoceses. Se contuvo de hablarle de la mujer en la jaula, pero empezaba a resultar imposible

obviarlo.

Mientras hablaba, el ceño de Solomon se frunció tanto que Alyce temió que nunca volvería a estar liso.

—Para empezar, ¿por qué te enviaría tu madre al doctor Dee?

—No lo sé.

—¿Qué crees que decía la carta?

—Eso tampoco lo sé.

—¿Crees que Isabel tiene la menor idea de que María está de camino a Londres? ¿De que está conspirando para derrocarla?

—No lo sé, Solomon.

El chico se levantó y se puso a dar vueltas.

—O sea... esto es increíble. Es traición. Y María es...

—Una bruja.

—Había oído que estaba engatusando a sus carceleros, pero no creí que estuviera hechizándolos literalmente.

—Lo que sigo sin entender —dijo Alyce— es por qué yo en particular. ¿Por qué iba a estar tan desesperada por conseguir mi apoyo? Seguro que hay muchas

otras como yo ahí fuera.

Solomon se rascó la barbilla.

—Desde mi punto de vista, el porqué no parece muy importante ahora. Lo más apremiante, Alyce, es que, por la razón que sea, tú estás en el centro de una

conspiración que hundirá al país entero en el caos. Al mundo entero, incluso.

—Estamos —lo corrigió—. Estamos en el centro.

Solomon tragó saliva.

—Apuesto a que ahora desearías haberte quedado al margen, ¿a que sí? —dijo

Alyce—. Deberías haberte ceñido a tu plan de abandonarme.

Tiñó este último comentario de una amargura que no sentía verdaderamente,
o

que al menos había dejado de sentir de camino a palacio.

—Yo no te abandoné. Solo necesitaba tiempo para pensar las cosas después de

lo ocurrido en El Cisne.

—¿Pensar? ¿En qué?

—En ti. En mi madre. He hecho todo lo posible por sacármela de la cabeza desde que desapareció, pero al estar contigo, al ver lo que hiciste... No puedo seguir haciendo como que ya no existe.

«¿Ahora? —pensó Alyce— ¿Se lo digo ahora?» Las palabras salieron de sus labios antes de haber tomado realmente una decisión.

—Solomon, hay algo más. No estoy segura de que quieras oírlo. Pero creo que

debes.

Solomon puso una cara extrañamente inexpresiva mientras esperaba a que Alyce hablase.

—La he visto. Creo que era ella. —Hizo una pausa—. Sé que era ella.

—¿Ella?

—Estuvo en Bedlam todo el tiempo, Solly. Yo no sabía quién era entonces.

Pero después volví a verla en casa del doctor Dee. La han capturado.

Encarcelado. Fue ella quien me ayudó a escapar.

Únicamente el pestañeo de un párpado reveló a Alyce que Solomon había comprendido la verdad de lo que estaba contando.

—¿Estás segura?

—Os parecéis mucho.

—Eso siempre nos lo han dicho. Decían que yo no tenía nada de mi padre.

¿Dijo algo? ¿Me mencionó?

—No dijo nada de ti. Habló contra María. Dijo que podía ver lo que ocurriría si reinaba.

—Encarcelada —dijo sin reflejar emoción—. ¿Cómo estaba?

—¿Sinceramente?

El chico asintió.

Alyce buscó a tientas las palabras y todas sonaban demasiado despiadadas, las

dijera como las dijera.

—Estaba... hecha una ruina. Salvaje. Enloquecida. No creo... que te reconociera si te viera.

—¿Y la dejaste allí?

La descarga de remordimiento corrió del ombligo al rostro.

—No podría haberla ayudado. No le quedaba resuello cuando terminó de hablar.

—Estaba muerta. —Más que una pregunta, fue una afirmación.

—Lo siento, Solomon.

—No hay nada que sentir. Esto no cambia nada, ¿a que no? Por lo menos

ahora sé lo que le pasó.

Se enderezó con artificiosa rigidez. Alyce supo que se sentía herido y que intentaba con todas sus fuerzas fingir lo contrario.

—Tal vez —sugirió ella— podríamos volver a buscarla...

—¿Y qué solucionaríamos con eso? Imagino por qué se la llevaron de Bedlam. Seguro que hizo algo malo.

—No sé, la verdad es que no se apreciaban mucho ella y María. Puede que hiciera algo que la enojó.

Ambos se quedaron mirando la chimenea en silencio durante un minuto o dos.

Cuando Alyce quiso apoyar una mano alentadora en el brazo de Solomon, este

se levantó de pronto para ir a los pies de su cama, donde había un cofre chapado

en hierro, y se puso a toquetear los cierres.

—¿Qué haces? —preguntó Alyce. El cansancio empezaba a apoderarse de cada centímetro de su ser.

La tapa del cofre gimió al abrirse. Solomon tiró un par de brazadas de ropa al suelo y luego, uno por uno, comenzó a sacar una colección de libros, con agrietadas y antiguas encuadernaciones en piel. Los amontonó en una torre bamboleante a los pies de Alyce.

—Eran de mi madre —dijo—. Los encontré bajo llave en uno de los armarios y me los llevé cuando me fui de casa.

Alyce cogió tres tomos de lo alto de la pila y leyó los lomos: *De Operatione Daemonum*, *De Potestate Hieroglyphica* y otro con el sencillo título de *Arcana*.

—Puede que tú los entiendas mejor que yo. Podríamos leerlos juntos.

Enseñarnos el uno al otro, o algo así. —Una vez más, se sentó en la cama y se

atusó la gorguera—. Por eso fui a buscarte a El Cisne. Finalmente. Nunca me enseñó mucho, mi madre. Se guardaba las cosas para ella un poco más que la tuya, a lo que parece. A lo mejor porque soy un chico, no sé. Pero quiero aprender. Siento que se lo debo, ahora más que nunca. —Cogió aire—. La brujería no era algo que ella practicara. Simplemente es que ella lo era. Por eso, si puedo aprender algo de estos libros, será como mantenerla viva de algún modo.

Repasando las cubiertas con la mirada, Alyce no pudo evitar pensar en los cientos y cientos de libros que el doctor Dee tenía en su estudio. Por el contrario, su madre había tenido muy pocos: un puñado de libros de cuentos y compendios

sobre la flora y la fauna con los que acostumbraba a enseñar a Alyce cuanto sabía.

Estos tenían un aspecto serio, de libros prohibidos.

—¿Has dicho que tu madre los guardaba bajo llave?

—Sí. Para que mi padre no los encontrara.

Alyce no estaba segura de que esa fuera toda la explicación de la historia.

Sintió que daba bandazos hacia una especie de conclusión, pero el cansancio le

impedía llegar. Todas las cosas se habían impregnado de cierta borrosidad y distancia; incluso el asunto de la reina María le parecía ya lejano e

intranscendente.

—¿Podemos leerlos mañana? Me cuesta mantener los ojos abiertos.

—Pues claro. Lo siento. Estarás cansada después del día que has tenido.

—Bueno, el tuyo no ha sido mucho mejor. Yo también lo siento. Lo de tu madre. Ojalá no hubiera tenido que decírtelo yo.

—Míranos —dijo Solomon con una triste sonrisa—. Vaya par de huérfanos miserables estamos hechos. He representado a personas como tú y como yo en

obras de teatro. Si esto fuera una comedia, nuestra historia solo duraría cinco actos, y pasaríamos toda clase de apuros, pero luego, al final de todo, descubriríamos que nuestros padres siguen vivos y que nos separaron de ellos al

nacer, y todo culminaría felizmente. Pero esa no es nuestra historia, ¿verdad?

—No —dijo Alyce—. Yo también empiezo a entenderlo así. En los libros de mi madre, la bruja lista saca lo mejor de sus enemigos, vence al espíritu travieso, destierra al demonio malvado, devuelve el orden al mundo. Pero es más

complicado que todo eso.

Solomon se puso a recoger los libros y a apilarlos encima del escritorio. Alyce

bostezó con todo su cuerpo, se estiró y se hizo un ovillo en la cama. Los sonidos

de Solomon hablando y trajinando por el aposento sonaban distantes y

amortiguados. Sus pesados párpados se cerraron una, dos veces. A la tercera, cuando el sueño estaba a punto de vencerle, vio algo en las manos de

Solomon

que la puso tensa y en alerta. Dos vagos recuerdos, uno de Bedlam y otro de la

casa del doctor Dee, establecieron conexión y, mientras miraba fijamente el volumen que el chico sostenía, solo pudo oír la voz de su malhadada madre.

«Libro negro. Libro negro. Libro negro.»

XVII

Cuando despertó a la mañana siguiente, Alyce tuvo la certeza de que el día

anterior había sido un sueño largo, vívido y agotador. A medida que la luz gris de la aurora trepaba por su rostro, supo que cuando abriese los ojos vería el interior de su minúsculo desván en El Cisne, Solomon sería un recuerdo lejano, y que, de

un momento a otro, la señora Thomson entraría por la puerta tronando y gritándole por remolonear en la cama.

Oyó un resoplido detrás de ella. Rodó en la cama, bizqueó y vio a Solomon acurrucado junto al hogar como un perro, respirando pesadamente. Así que no había pensado en compartir la cama con ella; cuánta caballerosidad. Alyce sonrió y rodó de vuelta hacia la pared.

De pronto le picaron las piernas y recordó que seguía llevando los calzones y

las medias que Solomon le había prestado. Cuanto más se rascaba y se retorció

bajo la sábana, más le ardía la piel, hasta que salió de un brinco de la cama, maldiciendo.

—¿Cómo puedes llevar estas cosas?

Solomon se despertó con sobresalto y miró en torno, confuso.

—¿Mmmm? —Se frotó los ojos y se incorporó apoyándose sobre sus codos

—. Oh, perdona —farfulló—. No es muy cómodo, es verdad. Pero es la ropa más pequeña que tengo, y más de tu talla.

Alyce se metió el pulgar por la cinturilla y la separó de las caderas. Le sobraban por lo menos cinco centímetros de ancho.

—¿Más de mi talla?

Solomon emitió un extraño gruñido que sonó vagamente comprensivo y volvió a cerrar los ojos, intentando atrapar los últimos vestigios de su sueño nocturno.

—¿No puedo ser Alyce cuando estoy aquí y Alex cuando me mueva por palacio? —preguntó.

—Supongo —dijo Solomon meciéndose lentamente sobre sus caderas y luego

poniéndose en pie—. Aunque me parece que de momento no deberías pasearte

por Whitehall. Recuerda, los guardias que vimos anoche pueden pensar que eres

uno de los actores de Sussex's Men, pero los propios actores no te conocen de nada. Hablaré hoy con ellos para ver si puedes unirte a la compañía. Aunque ahora el conde es lord Chambelán y no sé si será muy fácil obtener su consentimiento...

«Así que vuelvo a ser prisionera. Maravilloso.»

—Muy bien —dijo Alyce fingiendo que le restaba importancia.

—No será por mucho tiempo —quiso tranquilizarla Solomon—. Y, como he dicho, no creo que sea mala idea que a Alyce no se la vea mucho, no querrás

tropezarte con el doctor Dee.

Alyce no había pensado en esta posibilidad.

—¿Frecuenta el palacio?

—Se pasa la vida aquí. Te lo dije, es la persona en quien más confía del mundo la reina Isabel.

Alyce soltó una risa hueca.

—Ja, pues qué mala elección. ¿Piensas...?

—No. Ni lo digas.

—¿Qué?

—Lo sabía. Sabía que lo propondrías. No vamos a irle a la reina Isabel con el cuento de la conjura contra ella. Tú ya estás con el agua al cuello.

—¡Pero a lo mejor nos recompensa! Y meterá al doctor Dee en la cárcel y entonces podremos recuperar la carta y obligarle a que conteste a todas nuestras

preguntas.

—El hecho mismo de que María intentara convencerte de que te unieras a ella delata que tenéis algo en común. No creo que la reina Isabel sea una gran entusiasta de las brujas. Lo más seguro es que te encarcele a ti también. O algo

peor.

—Pero ha empleado a su servicio al doctor Dee. Y él es una especie de hechicero.

—Alyce, te lo suplico —dijo Solomon acercándose a ella y tomándole las

manos—. No hagas nada. Hasta que pensemos en un plan.

Alyce suspiró.

—De acuerdo. Esperaré la hora propicia. Tengo cosas que hacer aquí, supongo.

—¿Te pondrás a leer los libros?

—Lo intentaré. Pero primero... —Se levantó y se acercó a la pila de ropa húmeda y apestosa que llevaba puesta cuando salió del Támesis a rastras.

Revolvió en los bolsillos y sacó el muñeco hecho trizas—. Tengo que reparar esta reliquia.

Fue al escritorio y lo empotró contra la pared, debajo del único ventanuco de la alcoba. Puso la efigie bajo el rayo de luz blanca de la mañana y comenzó a reparar y apretar la paja mojada.

Solomon la observó.

—Voy a ensayar con la compañía casi todo el día, pero puedo traerte algo de comer del Gran Salón. Aunque me temo que serán sobras de terceros: los actores

y los criados comemos lo que los caballeros y las damas no quieren.

—Qué decepción. Pensé que me sentaría a la Alta Mesa de su Majestad.

Solomon rio.

—Hablaré bien de ti. —Se acicaló en un espejo deslustrado en el otro extremo

del aposento—. Vale, ahora tengo que irme y hacer acto de presencia. Volveré pronto. No te preocupes, nadie entrará aquí, no somos lo bastante

buenos como

para tener criados, y ningún cortesano respetable se dejaría ver ni vivo ni muerto en compañía de un actor.

Se despidió con un gesto y cerró la puerta detrás de él, dejando a Alyce a solas con los libros.

No fue muy difícil reparar el muñeco, pero añadir sus cabellos al producto final fue bastante doloroso: como no encontró cuchillo ni tijeras en la habitación tuvo que arrancarse los pelos uno a uno hasta que le lloraron los ojos. Cuando reunió una media docena los cosió firmemente a la bulbosa cabeza del muñeco y

lo dejó junto a las brasas del fuego de la víspera. Al hacerlo, su pecho y los dedos de sus manos y de sus pies se calentaron a una.

Su cansancio se derritió, y con él sus inhibiciones. Echó un vistazo a la pila de

libros, inspeccionándolos y descartándolos uno a uno hasta que tuvo el libro negro delante. Miró por encima de su hombro, sintiendo, por algún motivo, como si alguien la estuviera observando por el ojo de la cerradura.

Al abrir el libro, el lomo crujió en sus manos, y la vitela de las páginas desprendió un aroma extraño y venenoso. Le recordó a la humedad en el

laboratorio del doctor Dee. Impreso con sencillez, sin ilustraciones ni adornos, la portada rezaba:

NECRONOMICÓN

Las páginas estaban tan sucias que parecían tan negras como la

encuadernación en piel. En algunos sitios, la vitela estaba descolorida en un dudoso tono rojo. El mismo texto parecía estar escrito en distintas lenguas, buena parte en runas, como las de la carta que su madre había escrito. El libro

estaba punteado aquí y allá de imágenes humanas y animales, y de otras

cosas raras que no semejaban ni lo uno ni lo otro; también contenía diagramas, complejos y anatómicos, exploraciones de la carne que revolviéron el estómago

de Alyce.

Nunca había visto ningún libro de brujería parecido; sin duda, no tenía nada que ver con los encantamientos y los hechizos que su madre le había enseñado.

Había escuchado a los muertos, hablado con ellos. «Hazles compañía —había sido su manera de expresarlo—. El Otro Lado es el lugar más solitario que existe.» Pero estos encantamientos —algunos de los cuales no parecían siquiera

encantamientos, sino operaciones quirúrgicas— no hablaban de hacer compañía

a los muertos. Su objetivo, ni más ni menos, era traerlos de vuelta de sus tumbas.

Y Alyce no podía despegar la mirada.

Solomon se había ausentado apenas media hora cuando volvió a los aposentos

sacándose dos bollos que llevaba escondidos en los bolsillos. Alyce echó otro libro encima del *Necronomicón* y agachó la cabeza para ocultar su rubor de culpabilidad. El chico lanzó uno de los bollos sobre el escritorio, junto al codo

de Alyce, con un golpe sordo que sugirió lo duro que debía de estar.

—Han cancelado el ensayo —dijo—. Cambio de planes. Tenemos que volver a Londres. Lo siento.

—¿Tenemos? ¿Por qué tenemos? —dijo abriendo el *Arcana* en una página

que

parecía tratar de remedios para el estreñimiento.

—Bueno, tengo que ir a buscar provisiones a la carnicería de Newgate. Y no puedo dejarte aquí precisamente.

—¿Por qué no?

—¿Y si alguien te ve?

—Pensé que me habías dicho que nadie entraría aquí.

—Me quedaría más tranquilo... —Solomon rebuscó las palabras—. Me quedaría más tranquilo si vinieras conmigo. No me gusta la idea de que te quedes sola en palacio.

—Eso es muy caballeroso por tu parte.

—Es más seguro. Incluso ahí abajo, en el Gran Salón, estaba intranquilo.

Tengo que cuidar de ti.

Alyce frunció el ceño.

—Hablas como si fuera una doncella indefensa. Déjalo.

Solomon echó un vistazo a lo que Alyce estaba leyendo.

—¿Remedios intestinales? Esperaba que me enseñaras algo un poco más avanzado. —Movié la esquina del libro, revelando el *Necronomicón* abierto, justo debajo—. ¿Y este qué es? —Su boca se torció en una mueca—. Oh. El libro negro. No creo que debas empezar por este.

—¿Por qué no?

—Lo he hojeado y es... extraño.

—Va de necromancia, me parece.

—No está bien, eso es lo que pasa.

—Dijiste que tu madre los había guardado bajo llave. A lo mejor no está bien que los tengamos nosotros. —Hizo una pausa—. A lo mejor ella tampoco debía tenerlos.

—¿Por qué no lees mejor uno de estos...? —dijo Solomon examinando con detenimiento las cubiertas de los otros libros—. Alquimia... Compasión... ¿Demonología? Quizás este último no.

—¿Sabes? —dijo Alyce sin hacerle caso—, María Estuardo quiso hacer un trato conmigo. Afirmó que podía traer a mi madre del mundo de los muertos. Me

dijo que lo haría si me unía a ella.

Solomon levantó la cabeza con cara de pena, pero no respondió.

—¿Crees que podría hacerlo? —le presionó Alyce.

—No es una cuestión de poder sino de deber.

—Pero es tentador, ¿no? —preguntó pasando el dedo por una de las páginas secas y polvorientas.

—¡No! — Solomon le arrebató el libro de debajo de sus narices—. No está bien, Alyce. No es natural.

«Ah, ya —pensó ella—, pero nosotros somos la naturaleza.»

Solomon arrojó el *Necronomicón* al cofre que estaba a los pies de la cama y cerró la tapa.

—Seamos prácticos por lo menos: lo que ponga en ese libro es muy avanzado para nosotros. Deberíamos empezar por los principios básicos, ¿no te parece? Has de enseñarme algo, a fin de cuentas.

—Supongo que sí.

—Bien —dijo Solomon sonriendo por primera vez esa mañana y pensando con seguridad que había ganado la discusión—. Vamos, tienes que ponerte los zapatos y esconder todo ese pelo debajo de un sombrero. Debemos llegar temprano al mercado, antes de que la mercancía empiece a oler.

Alyce se levantó de la silla y fue a la chimenea, comprobando, de pasada, que el cofre no estaba cerrado con llave.

—¿A oler? ¿Qué vas a comprar?

—Vísceras. Hígado, riñones, intestinos. Efectos especiales para la actuación de esta noche.

—Delicioso —dijo Alyce levantándose y ajustándose las medias—. Pero lo llevas tú, yo no.

Salieron sigilosamente de los aposentos y bajaron por el pasillo. Los guardias,

con los párpados pesados por el turno de noche, se mostraron indiferentes cuando Solomon y su colega actor cruzaron a trote el jardín hasta la puerta de palacio.

—De camino al mercado de Newgate —dijo Solomon alegremente a uno de

ellos—. ¡Imposible representar una tragedia de venganza sin algunas vísceras y

sangre!

El guarda tan solo lo miró y rezongó. Podía estar perfectamente dormido.

—Bueno es saber que Su Majestad está en buenas manos —le susurró

Solomon a Alyce mientras salían al camino que los llevaría a Ludgate.

Justo cuando se marchaban, Alyce oyó un ruido de pasos en el jardín detrás de

ellos. Un destacamento de guardias de palacio se abría paso desde el Gran Salón

hasta el patio amurallado, acompañados por una colorida y bulliciosa fila de capas y calzones y sombreros de plumas. Al frente iba una mujer con un vestido

blanco y plateado que al menos duplicaba su anchura —y ya era tan alta como

los guardas y los cortesanos—, el rojo pelo rematado con perlas.

—Ah —dijo Solomon—. Ahí la tienes. ¿Sigues con ganas de contarle la trama? Pues ve y acércate tranquilamente a ella.

—La reina Isabel —dijo Alyce mirándola boquiabierta.

—La buena reina Bess. Mírala.

—Me resulta tan... familiar.

Alyce no podía ver bien la cara de la reina a tanta distancia, pero aun así...

¿Por qué tenía la impresión de que no era la primera vez que la veía?

—Pues claro que te resulta familiar, es la reina. Seguro que la has visto en monedas, carteles, panfletos o algo. Su imagen está en todas partes.

Pero no era solo por su aspecto físico, también era por cómo se movía.

—Tenías razón —le dijo a Solomon—. Tiene toda la pinta de estar de mal humor.

—Más que de costumbre, al parecer. ¡Está cruzando el patio hecha una furia!

Era verdad: los guardias y su séquito tenían que romper a correr cada cierto tiempo para poder seguirle el paso. Era bastante divertido de ver.

Isabel desapareció bajo el arco del alto muro del jardín, y Solomon se dio la vuelta para seguir su camino. Alyce se rezagó un poco más, y se alegró de hacerlo. Justo cuando el último de los guardias la seguía fuera del jardín, una forma alada descendió de una de las torres del palacio.

El cuervo. Supo que era el mismo por su altura y su andrajosa silueta. Solo que esta vez no estaba vigilando a Alyce. Estaba vigilando a la reina.

XVIII

El mercado se hallaba justo al otro lado de Newgate. Incluso a esa hora tan temprana, era una algarabía comparada con la tranquilidad del palacio y sus jardines: la mayoría eran carniceros, pero también pescaderos, bodegueros y floristas, todos pregonando sus productos a voces que herían los oídos. Dentro del recinto amurallado de la ciudad, hacía calor y la atmósfera estaba recargada,

y todo olía a carne y hortalizas a punto de pudrirse.

Apenas habían dejado atrás la primera hilera de tenderetes cuando alguien agarró a Alyce del brazo y le dio la vuelta. Envuelta en un lujoso terciopelo, ni

siquiera tuvo tiempo de verle el rostro a su asaltante. Perlas, u otro tipo de

joyas, le apretaban las encías y los pómulos.

Por un momento pensó que era el doctor Dee, pero el jubón que le aplastaba el

rostro no parecía ser la clase de prenda típica en él. Entonces pensó que eran los hombres de Bedlam, pero oyó una risa. Y la fragancia de un perfume tan fuerte y

dulce que le produjo arcadas.

—¡Alyce! —exclamó una voz, pronunciando y acentuando rematadamente mal cada sílaba—. ¡Estáis aquí! ¡Estáis viva!

Se zafó de su abrazo y descubrió el rostro pintado del *signor Vitali* sonriéndole de oreja a oreja.

—¡Habéis vuelto! —exclamó con un tono de voz demasiado alto—. ¡Para ayudar a vuestro amigo! —Alyce notó que se le aceleraba el corazón.

—Um, no, esa no es la razón por la que...

—¡Habéis mantenido vuestra promesa!

—No he...

—Hija, sois tan fiel como hermosa.

—Gracias...

Vitali la miró con recelo.

—Aunque hoy no estáis tan linda como os recordaba. ¿Qué es eso que lleváis puesto? ¡Qué ropas tan raras!

Solomon, que se había apartado a un lado, a cierta distancia, y presenciaba el

desarrollo de la bizarra conversación, resopló. El charlatán vestía un jubón dorado, medias doradas, zapatos dorados (embadurnados de excrementos) y una

delicada gorguera tan ancha que prácticamente le cubría la totalidad de los hombros. Llevaba los dedos y las muñecas repletos de anillos y brazaletes incrustados de piedras preciosas, y tintineaba cada vez que se movía.

Alyce vio que Vitali percibía la risa de Solomon, sin reconocer por ello su presencia.

—Me temo que hoy no puedo ser Alyce —dijo—. Hoy tengo que ser otra persona. Por eso voy así vestida. Por favor, no preguntéis por qué...

—¿Un secreto?

—Sí.

—Muy bien, pues no preguntaré nada más. Me temo que ya sabemos demasiado de nuestros respectivos secretos. ¿No os parece? —Le sonrió con complicidad y luego, bruscamente, adoptó una expresión de desilusión cómicamente exagerada—. ¡Pero estoy triste! No os despedisteis de vuestro Vitali ayer. Estaba tan preocupado. Pensé que quizá no volvería a veros, ¡que ese

doctor Dee me había privado de vos para siempre! —Alyce no respondió—.

¿Pudo ayudaros con el significado de vuestra carta?

—No exactamente —dijo mirando de reojo a Solomon, que apartó la vista.

Vitali chasqueó la lengua.

—Confieso que os busqué durante todo el día de ayer, después de que desaparecierais. Fui a ver a la señora Thomson por la tarde, pero ella tampoco

sabía nada de vuestro paradero. —Su rostro se suavizó, en la medida de lo posible bajo las espesas capas de maquillaje—. Parecía muy preocupada. Muy preocupada, la verdad. Me pareció que había adelgazado incluso, y nunca pensé

que sería capaz de decir tal cosa.

Alyce se preguntó si volvería a pisar El Cisne alguna vez. Estaba convencida que la señora Thomson se alegraría de haberla perdido de vista, pero al parecer

no era así.

—No tenéis por qué contarme a mí vuestros secretos —continuó el charlatán

—, pero quizás deberíais contárselos a ella. Tanto preocuparse casi la ha enfermado.

—Lo haré, *signor*. Pero aún no.

Vitali asintió.

—¿Y este quién es? —dijo volviéndose finalmente hacia Solomon—. ¿Un amigo? ¿Un rival de mis afectos?

Como era obvio, esto último lo había dicho de broma, pero su voz delataba cierta frialdad.

—Eso mismo —dijo Solomon—. Un amigo. Alyce se queda conmigo y con la

compañía el tiempo que no pueda cobijarse bajo el techo de la señora Thomson.

Vitali lo miró con recelo.

—¿La compañía?

—Sussex's Men. ¿Vos también sois actor? Habéis construido un buen espectáculo —dijo señalando por encima del hombro de Vitali—. Nunca había visto una escenificación tan maravillosa.

Apoyado contra la misma Newgate, Vitali había erigido un complejo andamiaje de madera que parecía más adecuado para un asedio que para vender

pociones y lociones. Constaba de tres plantas separadas en diferentes niveles, a

cual más tambaleante, la más alta en precario equilibrio a unos tres metros del suelo. Envolvía la estructura entera una pesada lona tintada de púrpura y azul, y

colgando sobre ella había un telón de fondo del mismo color, decorado con estrellas y medialunas.

Vitali siguió sonriendo, pero habló a regañadientes.

—No soy actor, no. Soy médico. Físico.

—Oh, ya veo —dijo Solomon con un tono de fingida disculpa—. Es que nunca había visto a un físico así vestido.

—No soy un físico normal.

—Sí, me doy cuenta de eso.

—Ah, un cínico. Quizá pueda probaros la eficacia de mis mercancías cuando termine el espectáculo...

Sus palabras destilaban cierta dureza. Alyce recordó la otra actividad

comercial de Vitali con los venenos y trató de cambiar rápidamente de tema.

—Disculpádnos, *signor*... Me temo que no podremos quedarnos a ver el espectáculo. Tenemos que hacer unos recados.

Vitali la miró un rato, como si estuviera hablando en otra lengua.

—No comprendo. Querida, vos sois el espectáculo. A eso habéis venido, ¿no es cierto?

Alyce estaba desconcertada por el hecho de que su sonrisa fija habitual no había vuelto a plasmarse en su rostro. Comenzó a sentir calor y agitación bajo sus ropas prestadas.

—Lo siento —dijo rozándole el brazo—, pero es pura coincidencia. Hemos venido a comprar.

—Teníamos un trato, hija. Prestasteis juramento. Os llevé a la taberna, os presenté a un hombre muy importante. La clase de hombre que jamás habríais encontrado sin mi ayuda.

Alyce miró a Solomon en busca de consuelo, pero el muchacho parecía sentirse tan culpable como ella. Por mucho que deseara alejarse de Vitali, el hombre llevaba algo de razón. Todavía le quedaba su parte del acuerdo por cumplir.

—Lo siento, *signor*... pero preferiría que nadie me viera. No así. —Hizo un gesto con las manos, abarcando su alrededor—. No en público.

—Lo prometisteis, Alyce —dijo sin moverse un milímetro.

—Pero...

—Significaría mucho para mí que mantuvierais vuestra promesa.

—Yo...

—Significaría mucho para vos que mantuvierais vuestra promesa.

«¿Es eso una amenaza?», pensó Alyce. Acto seguido, la amplia sonrisa de Vitali reapareció, inesperadamente.

—Además, ¿por qué os preocupa que puedan veros? —dijo—. Ni siquiera parecéis Alyce. Lleváis un disfraz perfecto.

Esto también era cierto. Los nervios la perdieron, como sabía que ocurriría desde el momento en que había visto a Vitali. Asintió.

—Muy bien —dijo hecha un amasijo de nervios en el mismo instante en que las palabras se despegaron de sus labios—. Solo que no sé qué esperáis que haga.

— *¡Ottimo!* —exclamó Vitali, y dio una palmada—. No es nada. Sois una chica talentosa. Aprenderéis enseguida. ¡Venid!

Alyce lo siguió, pero dijo antes al perplejo Solomon:

—Espérame aquí. Mantén los ojos bien abiertos por si pasa algo raro.

La multitud había comenzado a crecer. Los transeúntes se paraban a contemplar la construcción, a Vitali, a Alyce.

Detrás del escenario, Vitali atrajo a Alyce hacia una enorme caja fuerte apoyada en el suelo. El interior estaba casi repleto de botellas de cristal, cuencos y frascos que Alyce había visto en la morada de Vitali, pero también contenía otras cosas extrañas: el cráneo de un carnero, una espada en una ornamentada vaina, una paloma disecada en una jaula, varios sacos de piel de colores que contenían algo sospechosamente parecido a la dinamita y un laúd. Alyce miró con recelo este último artículo, deseando que no se esperara de ella alguna forma

de acompañamiento musical.

—Todo esto debe ir ahí arriba —dijo Vitali señalando el escenario—. Y entonces empezamos.

Alyce observó cómo organizaba los artículos en las distintas alturas del andamio y siguió su ejemplo. Lo último que quedaba por sacar eran los sacos de pólvora.

—¿Qué es esto? —preguntó Alyce metiendo el dedo dentro de uno.

—¡Cuidado, hija! —dijo Vitali, apartándola con cuidado y sellando el saco—.

Esto es un poco de brujería de la casa. Ya verás. Quizás ahora que tengo a una

bruja de verdad no la necesite en el futuro, ¿eh?

Le guiñó un ojo y Alyce sintió que la sangre le hervía en las mejillas. «¿Cómo

puede decirlo tan descaradamente?» Volvió la cabeza, fingiendo que había visto

algo entre la multitud y no había oído la frase.

Cuando todo estuvo listo, el charlatán retrocedió unos pasos y supervisó su escenario. Emitió un soplido de aprobación.

—Bien. Muy bien. ¡Alyce, enseñémosles a estos hombres y mujeres algo que no han visto antes!

—¿Los dos? —Alyce se volvió horrorizada. Había esperado, en vano, que

Vitali solo hubiera necesitado un par de manos extra para descargar sus mercancías—. ¿Qué más queréis de mí?

—¡No hay de qué preocuparse! Simplemente, os quedáis a ver el espectáculo como todo el mundo y cuando os llame, hacéis lo que os diga, ¿estamos?

Vitali no esperó la respuesta, limitándose a darle una palmadita condescendiente en la cabeza antes de desaparecer detrás del andamio.

Alyce buscó a Solomon entre el público y lo vio asediado por todos los costados por los sucios, enclenques y embrutecidos vecinos, todos ellos

apretujándose por conseguir las mejores vistas de la plataforma. Solomon, con sus ropas raídas, parecía casi de la realeza en comparación con ellos. Había colocado los delgados brazos a ambos lados del cuerpo para evitar el contacto con el populacho de su entorno, y su rostro mostraba una mirada de tanta repugnancia que a Alyce le entraron ganas de partirse de risa. Alyce fue zigzagueando entre los cuerpos, lo cogió de la mano y lo puso a salvo a un lado

de escenario.

—¿Ya podemos decir que estamos en paz? —dijo mientras le sacudía el polvo

de encima.

—¿De qué estás hablando?

—De salvarte la vida.

Antes de darle tiempo a responder, Alyce se volvió hacia el andamio y esperó a que empezara el espectáculo.

HOPKINS



—No la veo —dijo Hopkins rezagándose en el borde de uno de los puestos del

mercado.

La multitud se había despejado a su alrededor, que era realmente lo contrario

de lo que deseaba. Incluso la propietaria del puesto había abandonado su mesa de tubérculos y mantenía una conversación urgente con el tendero vecino. La única compañía que Hopkins conservaba en este extraño y vacío círculo de miedo eran Caxton y la chica, en cuyos hombros se apoyó con exagerado

paternalismo.

—Pero debería estar aquí —dijo Martha—. La enviaron a trabajar con él.

Debía entregarle los ingredientes y después ayudarle con su espectáculo. — Su voz sonaba asustada. Su engreimiento habitual se había esfumado la víspera, cuando llegaron al puente de Londres ya de noche y encontraron la casa de Vitali

a oscuras y abandonada.

—Soy un hombre honesto, Martha, de modo que hablaré honestamente: las

cosas no pintan bien para ti en estos momentos. Primero nos llevas a un conjunto

de hospedajes vacíos en medio del río; luego nos arrastras hasta esta fosa infestada de piojos a primera hora de la mañana. Y no hay señales de ella en toda

la noche. ¿Qué será lo siguiente? ¿Volveremos a Bedlam? Si no te conociera

mejor, muchacha, pensaría que nos haces pisarnos la cola con la esperanza de ganarte un par de soberanos rápidos. ¿O es que estás compinchada con la señora

Thomson después de todo y estás dando tiempo a la niña para que huya?

—¡No estoy haciendo eso! ¡Lo prometo! —Hopkins se daba cuenta de que la

chica apartaba deliberadamente la mirada de Caxton, torciendo el cuello de manera forzada—. El signor Vitali está allí, es él. Y ese es su escenario.

—Pero no veo a Alyce.

—Por favor, he intentado ayudar. Esperad solo un momento. Puede que llegue

tarde... o...

Hopkins notó que los hombros empezaban a temblarle con los sollozos.

Observó al charlatán, que trajinaba por el andamio e intercambiaba unas palabras

con su mozo, y la apretó un poco más fuerte.

XIX

Un fuerte *BANG* paralizó al público.

Se oyeron suspiros de unos, chillidos de otros, y, al cabo de un momento, algunos aplausos tímidos. Una densa columna de humo negro azulado inundó el

escenario más alto donde había estallado el petardo, y de él salió, como descendiendo del cielo como un rayo, el radiante Vitali. Llevaba el laúd en las manos y se puso a rasguelo y a cantar. Alyce y Solomon se miraron

completamente estupefactos. El resto del público parecía cautivado, en particular

las mujeres jóvenes.

Pese a lo absurdo de su aspecto, la voz de Vitali era fuerte y rica. No era un

músico especialmente dotado con el laúd, y entonó una melodía sencilla, pero la

multitud encontraba algo exótico e intrigante su cantinela italiana, aunque no entendiera una sola palabra. Se contoneaba de un escenario a otro entonando la

salute eterna y sus *doni divini*, y cada pocos compases resonaba otro petardo que liberaba más nubes de colores y disparaba los ladridos de los atemorizados perros.

Concluyó su canción con una floritura e hizo varias reverencias hacia distintos

rincones de su audiencia. Algunos aplaudieron, otros sencillamente comenzaron

a pregonarle sus achaques y dolencias. Él sonreía con serenidad y apaciguaba la

bullas con una mano alzada.

—Buenas gentes de Londres —invocó a la multitud—. Dignísimos

parroquianos. Un millón de gracias. —Hizo una pausa para contemplar el mar de

rostros, sonriendo—. *Salute*. ¡Salud! ¡Oh, la salud! Esto es lo que clamáis,

¿no es

cierto? Y no solo con vuestras bocas, sino con vuestras almas, me parece.

¡Alimento corporal pero también espiritual! Yo, el doctor Vitali, dotado con las

habilidades esculapias más raras, puedo concederos ambos. Permitidme,

honorables damas y caballeros, que os sorprenda y os deleite con este humilde escenario —dijo haciendo un gesto que abarcaba el grandioso e inestable

andamio— y, por obra del extraordinario arte de la química, permitidme también

que disipe todos vuestros achaques y malos vapores. Nada de bálsamos baratos,

nada de polvo de orugas secas y alas de escarabajo, nada de grasientos ungüentos de ojos de cabra, sino verdaderos elixires que podrán concederos una

vida nueva incluso a las puertas de la muerte.

Sacó la paloma disecada de su jaula, en la plataforma más alta, y la mostró a

los presentes. Luego se volvió de espaldas y, de pronto, con una floritura, el ave se puso a aletear ruidosamente en el aire, vivito y coleando. La muchedumbre lo

vitoreó y aplaudió.

Mientras Vitali lanzaba una diatriba contra la naturaleza maquinadora y

tramposa de prácticamente todos y cada uno de los físicos de Londres, Solomon

susurró al oído de Alyce:

—Es él quien tendría que estar actuando en la Corte. Nosotros no tenemos actores tan impresionantes.

Alyce iba a responderle cuando se dio cuenta de que todos los espectadores estaban mirándola. Lo mismo que Vitali, que le tendía una mano.

—¡Miren a mi hermosa hija, Maria! —exclamó.

«Se ha olvidado —maldijo Alyce en silencio—. Se supone que soy un chico.

Mira lo que llevo puesto, borrico.»

La subió al escenario.

—Una criaturita pobre, enfermiza e infeliz cuando nació. Mató a su madre cuando luchaba en el útero. —Esto terminó con los nervios de Alyce—. Pero aprendió mis artes a partir de esta tragedia. Ahora la miro, sana y robusta, ¡y besada por el fuego! —Le quitó el sombrero que Solomon le había prestado y dejó que sus bucles rojos y dorados le cayeran por las orejas.

«Perfecto —pensó ella—. Se acabó el disfraz. Gracias, *signor*.»

Al verle el pelo suelto, algunos de los miembros más calvos del público sintieron de pronto mayor interés. Otros empezaron a perderlo y empezaron a murmurar o a alejarse. Al notar que menguaba su atención, Vitali se hinchó un

poco más.

—Maria me ayudará con una demostración de una de mis nuevas invenciones.

—Levantó la espada que había dejado en el escenario más alto y le tendió la empuñadura a Alyce. Ella la cogió, frunciendo el ceño—. Quiero mostraros, honorable público, un bálsamo tan maravilloso que resulta inconcebible: un don

de Dios, nada menos.

La multitud se puso a gritar, algunos amonestando a Alyce por las extrañas ropas que había escogido. Ella buscó a Solomon entre el público. El muchacho

jugueteaba nervioso con su gorguera.

—Bueno, ser un bribón borracho es una enfermedad incurable que incluso supera los poderes de Vitali. Pero con este bálsamo podréis curar cualquier herida propinada por un hombre que os desee el mal.

Un ama de casa en primera línea resopló.

—¡Ja! ¿Es broma? Yo sé de físicos de esos que han *intentao* coser a mi *marío*, y casi siempre han hecho un estropicio. ¿Qué bueno van a hacer unas gotas de

aceite?

—Sois tan sabia como hermosa, milady. —Vitali guiñó un ojo. Alyce puso los

ojos en blanco—. Pero lo veréis dentro de un momento. Este líquido divino solo

necesita tocar los labios del criminal y la carne se curará sin dejar la menor cicatriz.

La mujer se escandalizó.

—¿Del criminal? ¿O sea que encontráis al que lo hizo y le dais a beber vuestra

poción? ¡No creo que los asesinos tengan tan buena disposición que digamos!

Otros comenzaron a murmurar en conformidad.

La sonrisa fija de Vitali comenzó a torcerse en una mueca a medida que el gentío empezó a intranquilizarse. Alyce tampoco ponía nada de su parte;

había

bajado la espada y lo miraba con escepticismo.

—Cortadme —susurró.

—¿Qué queréis decir?

—Que me cortéis el brazo. No es una espada real.

Aun así, Alyce vaciló. El humor entre los presentes comenzaba a tornarse hostil. Algunos de ellos habían empezado a abuchearles.

Los ojos de Vitali eran presa del pánico. Posiblemente era la primera vez que

Alyce lo veía expresando un sentimiento genuino.

—Por favor.

Alyce abrió la boca para responder, pero no le salieron las palabras. Algo no marchaba bien. Los rumores y los abucheos de la multitud se habían detenido.

Los cuerpos apiñados se dividieron para dar paso a dos hombres vestidos de negro que caminaban hacia el escenario.

O eso es lo que Alyce intuyó, que eran dos hombres. La figura que atrapó su atención en primer lugar se movía como un espectro, y más que caminar, flotaba,

luciendo una máscara dantesca con forma de pájaro bajo un sombrero de ala ancha.

El segundo hombre le dio más miedo si cabe. Era el cadáver más hermoso y de aspecto saludable que había visto en su vida. Estaba muerto, y ella lo sabía,

porque era el hombre que ella había asesinado con un cuchillo en el estómago cuando apareció triunfal en la entrada del silo de su casa.

El vulgo observó en perplejo silencio cómo la pareja subía al escenario. Por el

rabillo del ojo, Alyce vio a Solomon, que trataba desesperadamente de abrirse paso a empujones. Y detrás del público, con su inconfundible postura

encorvada, entrevió a Martha, que se escondía a lo lejos entre los puestos del mercado.

«La pequeña víbora...»

—Damas y caballeros —dijo el hombre muerto con una voz igual de

autoritaria que la de Vitali, pero sin un ápice de su calidez—. Os ruego que escondáis vuestros monederos, que apartéis los ojos, que cerréis los oídos.

Marchaos y no volváis jamás. Porque este par de villanos, lo juro por Dios Todopoderoso, desean como pago no vuestras monedas, sino vuestras almas.

Las caras del público estaban en blanco, sin saber qué pensar o decir.

Intentaban descubrir si se trataba de una auténtica interrupción o de otra astucia planeada por Vitali para su número. El propio charlatán, curiosamente, seguía

sonriendo; pero era una sonrisa vacua, como si algo se hubiera roto en su cerebro.

—Milord —dijo—, si no os convence mi ciencia...

El hombre muerto rio.

—¿Vuestra ciencia? No os hagáis ilusiones, *signor*. Sois un tramposo, un charlatán como cualquier hombre de vuestra ralea. Vuestra única habilidad es el

engaño, si bien he de admitir que tenéis un gran talento en su práctica.

Vitali farfulló indignado. La plebe murmuró. Alguien vociferó que tenía razón

y otros comenzaron a sumarse a los gritos. A Alyce aquello le resultaba horriblemente familiar: se veía de nuevo en Fordham, agazapada en el silo de su

madre, escuchando cómo el cazador de brujas camelaba a su público

exactamente de la misma manera. En ese momento, su miedo era tan frío como

entonces.

«¿Cómo es posible que siga vivo?»

—No, vuestros trucos son la menor de nuestras inquietudes. Esta muchacha, sin embargo... —Finalmente se volvió para mirarla de frente, aunque sus

palabras se dirigían al público. Ella le devolvió la mirada, pero no vio nada detrás de sus negros ojos—. Ella sí que conoce una Ciencia. Y es una Ciencia extraña y terrible. Por más que intente ocultarla bajo su vestimenta masculina, esta criatura que tenéis ante vuestros ojos es una repugnante...

Una borrosidad negra voló entre los dos hombres, y el andamio se tambaleó con el peso de un cuerpo cayendo sobre él. Alguien gritó. Alyce cerró los ojos.

Tardó unos segundos en volver a abrirlos y comprender lo sucedido.

El hombre muerto ya no estaba enfrente de ella, sino tirado en el escenario; su

sombrero plumado rodaba por tierra. El cuervo estaba encima de él, cebándose

con su cuello y su rostro.

El hombre enmascarado intentó pasar por encima del cuerpo de su compañero

para atrapar a Alyce, pero el pájaro voló hasta él y, por un momento, sus negras

cabezas picudas fueron el extraño y exacto reflejo el uno del otro. Luego el cuervo hundió sus garras en la máscara de cuero y ambos cayeron rodando entre

la multitud. Los espectadores se dispersaron, chillando, y Alyce vio cómo el rostro de Solomon desaparecía y volvía a aparecer para desaparecer de nuevo, engullido por la estampida.

Alyce golpeó el brazo del hombre muerto con la espada cuando este intentó incorporarse, pero Vitali había estado en lo cierto: era de mentira, tan afilada como la pata de una mesa. La espada hizo un ruido sordo satisfactorio al golpearle, pero no bastó para impedir que el hombre se pusiera en pie y la embistiera. Alyce consiguió esquivarlo y subir al siguiente nivel del andamio.

Detrás de ella, Vitali simplemente se echó a correr y se tiró de cabeza a la calle, aterrizando mal y torciéndose un tobillo. Luego gateó, gimoteando, por debajo del escenario.

En el segundo nivel, junto con los tarros y las botellas, Alyce vio uno de los petardos caseros de Vitali, y a su lado una mecha todavía humeante. Prendió el

uno con la otra y lo arrojó contra su perseguidor. El petardo le golpeó en el bordado pecho emitiendo un patético *pum* y después cayó inútilmente a sus pies durante un momento antes de explotar con una ráfaga de bonitas llamas rosa, haciéndole caer de espaldas. El decorativo telón de fondo del andamio se prendió fuego y comenzó a desintegrarse.

El hombre muerto aulló, tapándose la cara con las manos. Mientras avanzaba a ciegas hacia ella, Alyce trepó a más altura y desde su atalaya vio que el

cuervo y el hombre enmascarado seguían peleándose por tierra.

Después, por encima del rugido de las llamas, volvió a oír las voces. El mundo se ralentizó, como si la hubieran sumergido bajo el agua, y el rojo y el naranja se tornaron plateados. En su manera de observarlo todo había una especie de paciencia. Entre la desaforada multitud, vio otras siluetas borrosas,

flotando y meciéndose como algas marinas. Estaban hechas de una negrura intensa, radiante, en oposición a los cuerpos de los vivos, que eran grises y opacos. El Otro Lado.

Su perseguidor también había adoptado otro aspecto. Su cuerpo tenía los mismos contornos definidos de los vivos, pero Alyce veía una segunda figura dentro de él, como distorsionada, como si estuviera allí atrapada contra su voluntad.

Aunque se mantenía erguida, Alyce notaba que las tablas de madera se pudrían bajo sus pies. Sabía que aquello era obra suya. Una vez más, experimentó la misma sensación que había tenido en El Cisne, del velo que se desgarraba, de algo que cruzaba del Otro Lado a este, de su incapacidad para detenerlo.

—¡Lánzate, Alyce! ¡Yo te cojo!

Las palabras de Solomon le llegaron como entre la niebla.

Alyce se limpió el hollín de los ojos, se sujetó a los calzones por la cintura y saltó del andamio carbonizado que estaba desintegrándose. Más que atraparla, Solomon frenó su caída, hundiéndose bajo el peso de la chica, con los brazos separados.

El aire era sumamente frío lejos del fuego, y Alyce cogió una buena bocanada mientras ambos se levantaban. Las visiones desaparecieron. Solomon se

masajeaba la parte inferior de la espalda.

—Me parece que la señora Thomson te ha alimentado demasiado bien, pesas mucho más que cuando cargué contigo hasta El Cisne.

—No es culpa mía que seas tan delgado...

—¡Cuidado!

El andamio estaba totalmente envuelto en llamas, y algunas tablas

ennegrecidas caían contra el suelo alrededor de ellos. Vieron a Vitali, que salía

corriendo de su escondrijo, la capa dorada cubierta de cenizas mientras se esfumaba entre la multitud.

Espectadores aterrorizados se agazaparon bajo el arco de Newgate. Delante de

la conflagración, el hombre muerto seguía escupiendo y tosiendo. El otro hombre había perdido su máscara picuda; el cuervo se la había arrancado con sus

garras. El rostro desfigurado de debajo era demasiado espantoso como para poder mirarlo. Debajo del puente de la nariz no había rostro. Tan solo una mueca

renegrada, ampollada, esquelética.

—¡Vámonos! —dijo Alyce agarrando a Solomon del brazo—. ¡Volvamos a palacio! Allí no tienen ninguna posibilidad de entrar, ¿verdad?

Solomon estaba paralizado, y Alyce tuvo que darle un par de golpecitos en el hombro para que reaccionara. La miró como si no la hubiera visto en su vida, luego parpadeó y asintió. Se abrieron paso entre la muchedumbre,

zambulléndose en zigzag por entre el mar de gente hasta que estuvieron fuera de

Newgate. El estruendo del andamio finalmente desplomándose les llegó por sobre las murallas de la ciudad.

Desde allí subieron a toda prisa por Holborn Hill, y tan pronto hubieron alcanzado de nuevo el camino a Whitehall, redujeron la marcha para no levantar

sospechas.

Solo entonces Alyce se dio cuenta de que el cuervo los había seguido durante todo el trecho, y planeaba pacientemente por el aire ceniciento.

XX

Alyce miraba fijamente la chimenea fría y manchada de hollín del aposento de

Solomon. El chico se había ofrecido a encender el fuego, pero eso era lo último

que ella quería. La tez de su rostro seguía estando rosa y tierna, y de cuando en

cuando le venía un tufillo a pelo chamuscado.

—Bueno, pues ya tenemos la prueba. Ese cazador de brujas estaba muerto y ahora está vivo. María Estuardo puede hacer lo que prometió.

—¿Estás segura de que lo mataste? La gente puede sobrevivir a una herida de cuchillo, ¿sabes?

—Estoy segura. Aguardé hasta el final.

Su recuerdo era un peso que siempre había sentido sobre ella; más que un peso, una mancha, una mancha negra.

—Pues hay que levantarse el sombrero ante tu amigo el de las plumas. Ha hecho un buen trabajo.

Alyce sonrió a su pesar.

—Sí. —Permaneció pensativa un momento—. ¿Tu madre tenía algún «familiar»?

—¿Un familiar? —repitió Solomon sentándose a la mesa del escritorio y hojeando las páginas del *Arcana*—. No. Creo que nunca han existido, para ser sincero. Tener un animal de compañía que te sigue a todas partes, cumpliendo tus órdenes. Suena un poco fantasioso, ¿no?

—Has escogido un mal momento para ponerte escéptico, Solly.

El chico pasó unas cuantas páginas más.

—Bueno, este libro está lleno de bonitos dibujos de animales, pero no dice nada de familiares —dijo sin levantar la vista del libro.

—Ha estado buscándome todo este tiempo —dijo Alyce distraídamente—.

Incluso la noche que me escapé de Bedlam, me encontró. Ha estado observándome desde entonces. De hecho...

Hizo una pausa.

—¿Qué?

—Creo que me ha estado vigilando incluso antes de ese día.

La mirada perpleja de Solomon se volvió consternada cuando llamaron a la puerta.

—¡Escóndete! —susurró Solomon. Miró a su alrededor presa del pánico—.

En el cofre. ¿Cabes?

Pero a Alyce no le preocupaba lo más mínimo. Los golpes y los arañazos continuaron, y pequeños grupos de sombras iban y venían por la rendija del pie

de la puerta.

—¿Y si son ellos? —Solomon estaba echando el resto de contenidos del baúl al suelo—. ¿Y si es el doctor Dee?

—No es él —dijo Alyce levantándose de su taburete junto a la chimenea extinguida para averiguar la fuente del ruido—. A no ser que haya encogido mucho desde la última vez que lo vi.

—¿Qué estás haciendo?

—Es el cuervo. Lo sé.

Alyce descorrió despacio el pestillo y abrió la puerta una fracción. Solomon la

sujetó del hombro:

—Alyce...

Un pulido pico negro asomó por el resquicio de la puerta, y luego dos ojos de colores distintos. El cuervo se erizó y empujó el enmarañado cuerpo dentro de la

habitación, donde batió las alas en un par de círculos frenéticos antes de posarse sobre el candelabro. Tenía el plumaje más revuelto que nunca, y Alyce no pudo

evitar reírse. Era un milagro que el animal pudiera volar siquiera, atendiendo al desorden de sus plumas.

Solomon estaba compungido.

—¡No puede quedarse aquí! ¡Ya he adoptado a demasiados invitados!

—Creí que te había dicho que esperases fuera —le dijo Alyce al cuervo. Le dio unas tímidas palmaditas en la cabeza y el animal graznó en respuesta.

—¿Cómo sabía el bicho que estábamos aquí?

—No es un bicho, Solomon. Es un cuervo.

Esa misma tarde, cuando llegaron a palacio, Alyce quiso explicarle al cuervo que debía permanecer en el parque y los establos para no buscarles problemas, pero se había sentido rematadamente estúpida al hacerlo. Sin embargo, al parecer, el pájaro la entendió y se encaramó a la puerta del palacio, viendo cómo

se alejaban con sus inteligentes ojillos.

Aun así, estaba claro que no quería quedarse al margen. Y, pese al desaguisado

que podía causar, Alyce estaba contenta de tenerlo cerca. Solo ahora reconoció

que había sospechado su presencia todo el tiempo, desde que lo viera peleando

con Martha en el callejón. ¿Cuántos cuervos podían existir con un ojo negro y otro blanco? ¿Y de un tamaño tan monstruoso?

—¿Entonces lo conoces? —dijo Solomon.

Alyce parpadeó, olvidando dónde se encontraba.

—¿Decías?

—Me estabas contando algo antes de que nos interrumpieran. Algo de que lo habías visto antes de venir a Londres.

—Sí. No. No lo sé. Puede que solo sea una coincidencia. —Pero sabía que no lo era.

—Te escucho...

—Cuando vivía con mi madre había un cuervo que solía venir a la cabaña.

Ella le daba las sobras. A veces venía con nosotras cuando íbamos a pasear por

los bosques. Era igualito que este. —Señaló al pájaro, que bajó volando para

hurgar en la pila de ropa vieja de Alyce, pellizcándola con el pico—. *Piquitos*.

Así es como lo llamaba mi madre. *Maese Piquitos*.

El cuervo levantó de pronto la cabeza y graznó. Permaneció perfectamente quieto, mirándola con su ojo blanco.

—Bueno, pues no hay más que hablar —dijo Solomon—. Es el mismo.

Alyce siguió mirando al pájaro. Su mirada la tenía clavada en su sitio.

—Entonces puede que sea el familiar de mi madre, no el mío.

—Puede que le ordenara protegerte si la mataban. Tal vez eso lo hace tuyo ahora.

El fantasma de Ellen Greenliefte revoloteó brevemente ante ella. La recordó sentada fuera de la cabaña al atardecer, aguardando a que el cuervo apareciera,

un espíritu de los bosques que venía a recibir sus ofrendas. Pero cada vez que Alyce lo veía planeando desde la oscuridad, se asustaba mucho y volvía a la choza para esconderse, mientras que su madre se quedaba a charlar con él.

Nunca se le pasó por la cabeza que estuvieran teniendo una conversación de verdad.

Alyce tenía la impresión de que su madre la miraba a través de los ojillos marmóreos del familiar. Que incluso la juzgaba. Su madre había muerto por ella,

quemada viva, y nunca pidió misericordia ni reveló nada sobre su hija a los cazadores de brujas. Había dejado que huyera. ¿Y qué estaba haciendo Alyce a

cambio? Estaba en Londres por alguna razón. ¿Iba a dar su brazo a torcer, a esconderse siempre? ¿A hacer como si nada estuviera pasando?

—No sé qué estoy haciendo aquí, Solly —dijo malhumorada—. ¿Qué plan tenemos?

—Bueno, pues estaba pensando que podrías intentar incorporarte a mi compañía de teatro. Puedo hablar con maese Adams. Y podrías venir de gira con

nosotros. Por lo menos eso te garantizará ropa y comida.

—Umm. Solomon, sabes que no soy actriz, ¿verdad? Ni un hombre, ya puestos. ¿O es que te estás dejando engañar por tu propio disfraz?

—Lo sé, pero podrías hacer otras cosas aparte de actuar. Como trajes, decorados, esa clase de cosas.

Ella le sonrió con tristeza. Salir de gira con una compañía de actores era lo último que deseaba, y difícilmente la solución. Sí, eso la alejaría de los

cazadores de brujas, posiblemente, pero no respondería a ninguna de sus preguntas. Aquella dichosa carta. ¿Por qué su madre no la había escrito en un inglés sencillo? ¿Por qué no se lo había contado todo cuando tuvo la oportunidad?

—¿Alyce?

Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba llorando.

—Lo siento —dijo enjugándose los ojos—. Es solo que me gustaría que mi madre estuviera aquí.

Lanzó una mirada al cofre. Fue una mirada muy breve, pero sabía que Solomon la había visto.

—Lo sé —dijo él.

—Vale, muy bien —dijo Alyce intentando cambiar de tema—. Pregunto si puedo entrar en la compañía. Por lo menos no tendré que permanecer encerrada

aquí todo el tiempo. Y así podré ver lo bien que actúas en el escenario.

Alyce se hizo un ovillo en la cama, y *Piquitos* cruzó la habitación volando y fue a posarse en uno de los pilares de la cama.

—Veré qué puedo hacer por la mañana —dijo Solomon—. Pero ahora es mejor que descanses.

Cuando Alyce cerraba los ojos, vio que Solomon abría el cofre, sacaba el *Necronomicón* y lo escondía debajo de una pila de ropa.

A la mañana siguiente, Solomon salió del aposento mientras Alyce seguía amodorrada.

Cuando finalmente se levantó de la cama, todavía agarrotada por los esfuerzos

de la víspera, fue directa a los libros. *Piquitos* observaba las hojas que ella pasaba distraídamente, saltando de la mesa a su hombro y viceversa. A veces parecía aburrirse y golpeaba la puerta con sus garras, mirándola como si esperase visitas.

Alyce pasó una hora frustrante hojeando los libros que no le despertaban la menor inclinación por la lectura. Solo quería el *Necronomicón*. Aunque no entendiera palabra, el libro la llamaba, exigía su atención. Alyce se hallaba en un tris de sacarlo de su escondite bajo la pila de ropa cuando Solomon entró repentinamente por la puerta.

—Quiere verte —dijo.

—¿Qué? —dijo sentándose de nuevo en la silla y apartándose un tirabuzón rebelde de los ojos. Parecía más culpable que el pecado—. ¿Quién?

—Maese Adams. Esta tarde, durante los ensayos. Le he dicho que tenía que ir a buscarte a la ciudad, porque estás haciendo una obra con la compañía de Worcester's Men. Más vale que tu historia sea creíble.

—¿Mi historia?

—Bueno, tu historia no, la de Alex, si es quien vas a ser a partir de ahora.

—Ah, sí. —Se levantó para beber algo. Tenía la boca más seca que de costumbre. Solomon había traído agua en una jarra de peltre, pero como había

olvidado los vasos, tuvo que sorber directamente del pico—. Lo siento —dijo secándose los labios—. Son estos libros, que me hacen sentir... rara.

Solomon la miró con los mismos ojos penetrantes que el pájaro posado sobre el candelabro.

—¿Algún libro en particular?

—No —dijo notando que se le encendían las mejillas.

—Escucha —dijo el chico levantando *Arcana* de la mesa—. Si vas a entrar en

la compañía, tienes que sacarte esto de la cabeza. Los actores son gente supersticiosa. Maese Adams no nos dejó representar más veces *La historia del asesino Michael* porque creyó ver al Diablo a su lado en el acto final. Maese Gavell lleva un par de calzones de la buena suerte que no ha lavado desde hace

un año. Apesta.

—¿A qué conclusión quieres llegar?

—A que la más leve sospecha de cualquier cosa que no sea natural no les va a

gustar. Así que guarda la brujería en secreto, ¿de acuerdo?

Piquitos graznó.

—De acuerdo, lo intentaré. Pero no es tan sencillo como lo pintas.

—Sí que lo es. Tú límitate a no hacer encantamientos y chismes de esos.

—Pero no siempre depende de mí. Cuando tuve mi... momento... en El

Cisne, no lo hice a propósito. Lo mismo que ayer, en el escenario de Vitali. O

cuando esos golfillos intentaron robarme en el río. Cuando me asusto, sucede algo. Yo no hablo con los muertos, son ellos quienes hablan conmigo. Es como...

—¿Como qué?

—Es como si me buscaran. Como si me estuvieran utilizando para algo.

La alcoba se sumió en el silencio. Solomon parecía más preocupado que nunca.

—En ese caso —dijo por fin—, asegúrate de que no te asustas.

Y

El Gran Salón era lóbrego y cavernoso, y Alyce tardó un momento en ajustar sus ojos después del deslumbrante sol del patio. Habían encendido un fuego en

la enorme chimenea. Quedaban los últimos comensales, las largas mesas habían

sido desembarazadas de la comida de mediodía, y el único sonido era el eco de

tres hombres que movían cuadros y accesorios en el extremo más alejado de la

puerta. Dos de ellos intentaban mover la réplica angular de madera de un árbol

—con hojas de colores clavadas en sus tiesas ramas—, mientras que el tercero sacaba trajes de un cofre e inspeccionaba su estado. Zapateaban ruidosamente en

un modesto escenario, a poco más de un metro de las baldosas del vestíbulo.

—El del medio con el pelo gris es maese Adams. Voy a presentaros. Pero quedas avisada de que no siempre es muy simpático.

—No podría esperar menos —dijo Alyce secamente.

—Recuerda lo que hemos dicho. Le halagan los cumplidos.

Cuando se acercaron, John Adams inspeccionaba una capa de terciopelo rojo.

Estaba muy manchada y tenía un buen agujero cerca de la bastilla. Metió un dedo por el agujero y maldijo entre dientes.

—Maese Adams —dijo Solomon—. Este es el hombre del que os he hablado.

El artesano. Maese... —titubeó— Greenlief. Alexander Greenlief.

Adams se volvió y miró a Alyce, su boca una floja mueca. Su rostro tenía la mirada vaga y curtida de un odre vacío.

—¿Hombre? —dijo con incredulidad.

«Lo sabe —pensó Alyce con el corazón en un puño—. Sabe que soy una chica. Se ha dado cuenta nada más verme.»

—No debe de tener ni diez primaveras —continuó. Se refería a la edad y Alyce se relajó, intentando no suspirar demasiado fuerte.

Adams dio un paso al frente.

—Harper me ha dicho que has trabajado con la compañía de Worcester's Men.

—Así es, señor. Y antes de eso fui aprendiz del gran Lorenzo Vitali de Milán.

Adams arrugó la cara.

—¿Vitali? ¿Dónde he oído ese nombre?

—Si me disculpáis, señor, todo el mundo ha oído su nombre. Es el mayor ingeniero que ha visto nunca el teatro.

—¿Y por qué has dejado la compañía de Worcester?

Alyce le contó exactamente lo que habían ensayado.

—Porque son unos pueblerinos poco instruidos que no saben reconocer el genio cuando lo ven. Vos, me ha comentado maese Harper, sois un visionario.

Más abierto de espíritu. Presiento que bajo vuestra dirección tendré más posibilidades de aumentar mi potencial como artista. Eso si me aceptáis, claro.

—Se inclinó lentamente a modo de reverencia. Por el rabillo del ojo vio que Solomon sonreía.

Al oír la palabra «visionario», el rostro de Adams pareció hincharse un poco, y sus labios se tensaron hacia arriba en algo semejante a una sonrisa.

—De modo que eres ingeniero, no actor.

—El más talentoso de Londres.

—Tienes mucha confianza en ti mismo para ser un muchacho tan joven.

—Soy mayor de lo que aparento —dijo—. Dentro de mí hay mucho más de lo que se ve.

—Por lo general, los hombres con una opinión tan elevada de sí mismos creen

que merecen mayor recompensa de la que cobran. El conde de Sussex no es un

hombre que derroche su dinero.

—No pretendo cobrar un salario, solo techo y comida.

—¿No quieres cobrar nada? —se mofó Adams.

—La oportunidad de practicar mi arte es suficiente remuneración para mí, señor.

La miró con unos ojos agudos y grises que combinaban con el cabello de sus sienes. Probablemente habría sido apuesto en su juventud, antes de que el paso

del tiempo ajara la firmeza de su piel. Hubo un silencio. Nadie se movió. Los otros dos actores la miraban también.

—Haremos un trato, chico —dijo finalmente—. Déjame ver lo que eres capaz de hacer. Esta noche no, claro. No voy a arriesgar nuestra reputación en la Corte, en presencia de Su Majestad, pero cuando actuemos en el teatro de Bishopsgate

podrás enseñarme tu pericia. Podrás comer con nosotros y dormir en palacio, pero solo en los aposentos de maese Harper. Y no recibirás remuneración alguna

hasta que considere que la mereces.

—Sois muy gentil, señor —dijo Alyce, haciendo otra reverencia comedida y majestuosa, a pesar de sus ganas de hundirse del alivio.

—Que Harper te muestre las obras de nuestro repertorio, mucho más sofisticadas que las de esa escoria de Worcester's Men, y quédate a ver la actuación de esta noche.

—Será un honor.

—De acuerdo. Muy bien. Bueno.

Su mirada se demoró un poco más en ella y a continuación se volvió con brío

y regresó junto al baúl de trajes.

Alyce se disponía a decirle algo a Solomon cuando de pronto maese Adams la

llamó de nuevo por encima del hombro.

—Eres artesano, maese Greenlief. ¿Sabes coser?

Alyce se encogió de hombros.

—Seguro.

—Pues entonces empezará por remendar estos trajes. Es un trabajo de mujeres, lo sé, pero no hay duda de que te apañarás.

Alyce y Solomon se miraron entre ellos y vieron que ambos se esforzaban por

mantener la cara seria.

HOPKINS



—De modo que se os ha escapado otra vez —dijo el doctor Dee mientras

hurgaba entre los escombros que cubrían su laboratorio. Recogió su astrolabio, cuyos engranados discos de latón estaban torcidos y deformes, y lo tiró al suelo.

Hopkins lo observó un rato, rio, y después tosió con violencia, el hollín del incendio de Newgate todavía pegado a sus pulmones.

—¿Se me ha escapado? Vos las teníais presa, doctor. En una jaula. En vuestra

casa. Y aun así logró destrozarla y huir. No estáis en posición de cargar con las

culpas a otros.

El doctor resopló. Intento mover una de las vigas caídas, pero blasfemó y retrocedió, chupándose una astilla del dedo.

—No fue la chica quien hizo esto. Fue eso. —Señaló el cuerpo de la mujer de Bedlam, amarrada como una muñeca atrofiada a los barrotes de la jaula—.

Convocó... algo.

—¡Por Dios! Un sortilegio que el gran doctor Dee no comprende. Nos adentramos en un territorio nuevo al parecer.

Dee bramó contra él, apuntándole la cara con uno de sus huesudos dedos.

—¿Necesito recordaros que tengo el favor de la reina María? Haréis mejor en reservaros vuestras burlas para vos, bellaco. Una palabra mía y os induciré en agonías que jamás habéis imaginado. ¿Quién sabe? Acaso os devuelva a las arpías.

Hopkins notó que el corazón muerto le latía con fuerza. «No volveré», pensó.

«No puedo volver.» Y acto seguido, presa del pánico, comprendió que la decisión no dependía de él.

—¿Dónde está ahora tanta fanfarronería? ¿No iréis a decirme ahora que el valiente y temible John Hopkins se asusta ante un puñado de viejas? —El doctor

Dee rio—. Deberíais estar agradecido de que interviniéramos, os salvamos la vida. María podía haberos dejado a merced de la hospitalidad de esas mujeres, pero comprendió que podía daros un uso mejor. Trocó la propiedad de vuestra vida, de la manera más indigna. Pero le pertenece. Sois un perro sujeto a una correa, nada más. Ambos lo sois.

Hopkins desenvainó su espada. Oyó que Caxton flexionaba los dedos detrás de él. Este boticario de tres al cuarto no saldría vivo de su casa. Hopkins sintió como si el cerebro le hirviera en el cráneo.

—Ojo —dijo el doctor dando un par de pasos atrás—. La llegada de la reina a

Londres es inminente. Si algún día queréis liberaros de vuestra lamentable y maldita vida, matarme no es la vía más recomendable para ello.

Se miraron de hito en hito a través del arruinado laboratorio en silencio.

Hopkins cogió aire varias veces; la nariz y la garganta seguían quemándole del

incendio de la víspera. Una paloma aleteó perezosamente dentro y fuera de las vigas partidas.

«Más tarde —se dijo—. Ya te ocuparás de él más tarde.» Esperó a apaciguar su furia antes de hablar. ¿Era furia? No: era pena. Pena de sí mismo. Pena de su

propia muerte, acontecida meses atrás.

—Nos necesitáis tanto como nosotros a vos, doctor —dijo enderezándose—.

Tendréis el favor de María, pero pedirá vuestra cabeza si llega a Londres y seguís sin recuperar a la chica. —Pasó el filo de la espada por el cuello de Dee

— Y vuestra vidente está resultando del todo inútil. De modo que nos necesitáis

más que nunca.

—Tengo otras artes...

—Ahorraos las bravatas, anciano. Sabemos dónde cogieron a la chica.

Olvidemos nuestras ofensas —«por ahora», añadió en su cabeza— y terminemos

la tarea que nos ha sido asignada.

Los ojos del doctor Dee se achicaron, sugiriendo que le alegraba tanto como a

Hopkins cooperar con él.

—Muy bien. Iluminadme.

Hopkins envainó la espada.

—Tuvimos una pequeña charla con el caballero italiano para el que trabajaba.

Parece ser que sigue con ese muchacho y que se ha unido a la compañía de Sussex's Men, disfrazada de chico.

Hopkins vio que el rostro del doctor Dee se tensaba repentinamente.

—¿Se ha unido a la compañía?

—Sí.

—Entonces debemos actuar con la mayor urgencia.

—¿Por qué?

—La compañía está actualmente en la Corte. Actuando en Whitehall. Para

Isabel.

—¿Y cuándo llega exactamente la reina María?

—Su Majestad estará con nosotros en persona hoy a medianoche. Si todo sale como está previsto.

—Entonces llevadnos allí cuanto antes. Podremos ofrecerle a la chica de regalo de bienvenida.

XXII

Le llevó una buena hora coser el agujero de la capa, y todo el tiempo que

Sussex's Men estuvo declamando varias escenas de lo que parecía una obra de venganza más bien rimbombante. Dos actores de la *troupe* llegaron a mitad del ensayo, pero, al decir de maese Adams, aún faltaban otros actores por llegar.

Alyce observó al resto de actores mientras cosía y tuvo que admitir que prefería la actuación de Solomon a la de todos los demás; su personaje desprendía una sensibilidad y una delicadeza que resultaban un deleite para la vista y el oído en medio del fervor y la estridencia de los hombres de más edad.

Como ninguno de ellos iba disfrazado, le costó un rato comprender la razón: Solomon estaba representando un papel de mujer. Alyce pensó que seguramente

exageraba la feminidad de la mujer a efectos cómicos —todo él ruborizado y embelesado—, pero en conjunto conseguía una semblanza muy medida.

Cuando Alyce hubo terminado, maese Adams hizo un alto y se acercó a inspeccionar el trabajo.

—Impresionante —dijo acercándose las puntadas de la capa al ojo y

sorbiéndose la nariz—. ¿Y los otros?

—¿Los otros? —dijo Alyce.

—¡Los otros trajes! ¡Diantres, tenemos tres cofres repletos de trajes, muchacho! —Señaló otros dos cofres en una esquina del escenario—. Hay que

revisarlos todos. Y cuando hayas terminado con ellos, puedes echarle un vistazo

al escotillón. Hay algo que se atasca cada vez que abrimos las puertas del Infierno.

Alyce se puso a clasificar las pilas de capas, sombreros, camisas, calzones y ropa interior. Cada baúl desprendía un dulce y sabroso aroma a sudor viejo, y se

preguntó cuánto tiempo habría pasado desde la última vez que lavaron aquellos

trajes.

Los remiendos le llevarían horas, días incluso. No había pensado realmente en

las implicaciones de que la aceptaran en la compañía, más allá de poder quedarse

más tiempo en palacio. Por supuesto, se esperaba de ella que arrimara el hombro.

Mientras sus dedos encontraban el ritmo con la aguja y el hilo, se preguntó si no sería feliz incorporándose de verdad a Sussex's Men. De forma permanente.

Tal vez sería una forma de escapar de todas las intrigas que la rodeaban.

Podría

alejarse de Londres y perder de vista a los cazadores de brujas, a María; tendría

más tiempo para aprender su Ciencia; y también podría pasar más tiempo con Solomon.

Se pinchó el pulgar con la aguja y maldijo. Una minúscula joya redonda de sangre apareció en su piel. ¿Cómo se había colado esta última idea en su mente?

No solo eso; se había colado y eclipsado todas las demás. Miró a Solomon, que,

con el ceño fruncido, repetía en silencio su texto. Luego meneó la cabeza y continuó zurciendo las medias del chico.

Alyce trabajó hasta que le dolieron las articulaciones y los ojos. Se había concentrado tanto en lo suyo que apenas reconoció la transformación que se había operado en el Gran Salón cuando se desvaneció la luz del día.

Mientras los actores ensayaban, los criados habían retirado las mesas del comedor, sustituyéndolas por hileras de bancos en torno a los tres lados de la sala. En medio de la planta, directamente enfrente del escenario, habían dispuesto en hilera una docena de sillas más grandes quizás, en torno a un único

trono con muchos adornos.

El árbol de atrezo había sido trasladado a una esquina del escenario, y habían colgado una sogá de una de las ramas; obviamente, un elemento fundamental de

la obra que iban a representar. Habían traído también dos bastidores de color dorado para tapar las entradas a las bodegas, y las tres enormes ruedas de velas que pendían del techo inundaban de luz la escena. Habían colocado

también antorchas en los bordes del escenario, dejando el resto del salón en las sombras.

El espacio desprendía una misteriosa energía muy similar a la brujería.

Cuando las negras ventanas del Gran Salón solo mostraron el reflejo de las luces interiores, maese Adams reunió a la compañía entre bastidores.

Engrosaban la *troupe* otros seis hombres —cuatro actores y dos músicos—, pero por lo visto, a juzgar por sus agitados susurros, uno de los hombres, maese Gasper, seguía sin aparecer.

—Pues entonces hacemos otra obra... —La sugerencia vino de maese Gavell, el de los calzones sin lavar.

—Imposible —silbó maese Adams—. Su Majestad ha pedido específicamente

El beso obsceno.

Alyce aguzó el oído. No había duda, pues, de que la reina estaría presente entre el público. Y si ella iba a estar presente, tal vez el doctor Dee viniera con ella.

Por un momento volvió a tener la idea de acercarse a Isabel e informarle de la traición del doctor Dee y de la trama de María. Después, tan pronto el doctor estuviera entre rejas, ella podría preguntarle lo que quisiera.

Bajo tortura, quizá.

Se estremeció, súbitamente consciente de la negrura de sus pensamientos.

Los criados trajeron a los actores pan, queso y fiambres de las cocinas, y Adams siguió discutiendo con Gavell. Desde los bastidores Alyce podía oír que

el vestíbulo se llenaba de cortesanos que regresaban de sus cenas y, según

parecía, iban todos bien lubricados de vino.

—Cuando le eche el guante a ese mequetrefe... —Los puños de Adams se habían vuelto blancos; el guion que sujetaba estaba a un tris de desintegrarse —.

Estará tirado en alguna cuneta, borracho como una cuba.

Otro actor, maese Lyons, que había permanecido sentado en una esquina de las bodegas estudiando su cena con gran concentración, lanzó repentinamente los brazos al aire y se meció hacia atrás en su taburete. Alyce lo había estado observando toda la tarde. Cuando no estaba en escena, se crispaba y murmuraba

sin cesar. Parecía un tarado.

—¡Yo haré la parte de Gasper! Puedo hacer de Furio, y de los criados. Me sé sus parlamentos. Me sé todos los parlamentos. Para el caso, ¡podéis iros todos a

casa! —Dicho esto, se puso a reír y a aplaudir.

—No podéis hacer el papel de los criados, maese Lyons —dijo Adams con desesperación—, porque no tenemos a ninguna persona para hacer el papel del

Diablo.

—Ah, exacto, a ninguna «persona» —dijo Lyons meneando el dedo—. Pero eso es todo lo necesario. Una persona. El Diablo no tiene ningún parlamento, estoy seguro de que podemos encontrar a un hombre que se limite a estar en el

escenario para representarle.

Adams reflexionó un momento.

—Tiene razón —intervino Gavell, asintiendo furiosamente y provocando el abombamiento de sus papadas.

El jefe de la compañía respiró hondo y miró a los actores reunidos entre bastidores, muchos de los cuales empezaban a ponerse sus trajes.

Alyce se quedó helada cuando su mirada se posó sobre ella.

—Tú, muchacho —ladró—. *El beso obsceno*, ¿lo conoces?

—La compañía de Worcester nunca lo ha representado.

—No importa. —Adams movió la mano desdeñosamente—. Valdrás para el papel. Desde luego tienes un aspecto algo travieso. Creo que quedarás muy bien

de Diablo.

—Pero maese Adams —comenzó a protestar Alyce—, yo nunca he actuado...

Lo había demostrado con creces en el espectáculo de Vitali y la idea de no volver a pisar un escenario en su vida la aliviaba.

—No tendrás que actuar —dijo. Eso mismo había dicho Vitali también—. Te pones el traje, te vemos salir del escotillón, maese Harper dice su parlamento, tenemos el beso, desapareces otra vez. Tienes hasta el segundo acto para mirarte el guion de todos modos.

Aquello no era una buena idea. ¿Y si el doctor Dee se hallaba entre el público?

La sangre que corría por las venas de Alyce empezó a coagularse como la

melaza caliente.

—La verdad es que yo...

Se produjo un coro de aprobación entre el resto de actores. Algunos incluso se

acercaron y le dieron una palmadita en la espalda para animarla. Todo el mundo

compartió el parecer de maese Adams. Todo el mundo salvo Solomon, claro, que

retorcía su gorguera entre sus dedos y fingía que no había oído esta parte de la

conversación.

—Bueno, si creéis en serio que no echaré a perder la obra entera... —dijo Alyce.

Pero el asunto estaba zanjado. Los actores retomaron sus almuerzos y la puesta a punto de sus trajes. Cuando maese Lyons le dio el suyo, comprendió que era imposible que se quedara en paños menores delante de la compañía. Se

marchó a la bodega para cambiarse, lo cual, en sí mismo, podía levantar sospechas.

El traje consistía en la misma capa que se había pasado buena parte de la tarde

remendando, un jubón y unas calzones rojo sangre, y un curioso bonete orlado de plumas carmesíes y negras. Olía mal cuando lo cogió, pero olía aun peor cuando se lo puso; su calor y sus movimientos corporales liberaron sus vapores

ocultos. El material también parecía ligeramente húmedo, como si nunca lo hubieran secado como es debido, después de que maese Lyons se hubiera

ejercitado en escena.

Cuando por fin se calzó las pantuflas ridículamente rizadas y regresó andando como un pato, el resto de la compañía se santiguó. Alguien musitó una oración.

Pues sí que eran supersticiosos. Por cuanto Alyce sabía, el Diablo solo era un cuento que se contaba entre los aldeanos de Fordham. Le resultaba muy extraño

que Alyce, su madre y su forma de vivir estuvieran mezcladas con una historia que no conocían ni creían siquiera. Extraño, y también injusto.

Sin embargo, incluso en la ciudad, en la Corte, el Diablo era algo que todos los hombres temían. Incluso cuando llevaba un traje tan estúpido como el de Alyce. Todos los hombres excluyendo a Solomon, claro está, que era el único que sonreía. El chico se esforzaba por no mirarla mientras se estiraba las mangas

del vestido, el rostro embadurnado de un maquillaje de mujer, los labios puro carmín.

Maese Adams se acercó finalmente y chasqueó la lengua.

—Eres demasiado enclenque hasta para ser un chico. ¡Traedle un cinturón, alguien!

Uno de los actores cumplió sus órdenes. Alyce se lo pasó por el talle, pero incluso ceñido al máximo, parecía que los calzones le resbalaban a cada paso que daba.

—Habrá que conformarse —dijo Adams con un suspiro. Luego se volvió, se serenó y salió de los bastidores.

La multitud congregada en el Gran Salón se sumió en un silencio inquietante.

Se oían susurros, hasta que el silencio fue finalmente interrumpido por una

VOZ

de mujer. Maese Adams hablaba también, pero Alyce no podía oír lo que decían.

Los actores prestaban oídos atentos. Alyce arrastró los pies hasta donde Solomon.

—Es la reina —susurró el chico cuando la sintió en su codo—. Adam le está pidiendo indulgencia antes de que comience la función.

—¿Indulgencia? Querrás decir perdón —dijo Alyce—. Mírame. Esto no va a salir bien.

—Que sí. Tú solo quédate en medio del escenario con pose diabólica. Eso puedes hacerlo. —Le dio un apretón en el hombro.

Cuando la charla pareció concluir, los dos músicos de la compañía

comenzaron a tocar la flauta dulce, acompañados por uno de los actores a la percusión. A continuación, Adams pronunció un discurso introductorio y, antes

de que Alyce pudiese reordenar sus pensamientos, maese Lyons había saltado al escenario, las palabras vibrando y sonando con claridad en sus labios. Había empezado la función.

—¿Cuándo entras? —susurró Alyce al oído de Solomon. Él no respondió.

Parecía absorto en una intensa concentración. Cuando ella le clavó un dedo en las costillas, él se limitó a darle su guion y, después, con una gracia extraña y lenta, salió ante el público con sus ropas de mujer viuda.

Solomon permaneció en escena lo que parecieron horas enteras. Alyce escuchó el primer acto un poco intranquila. Ni asustada ni nerviosa,

exactamente, sino insegura, sin tenerlas todas consigo.

Por lo que pudo entender, *El beso obsceno* se centraba en una madrina malvada (el papel de Solomon) que había desposado a un viudo rico e intentaba

meterle mano a su fortuna. La madrina quería deshacerse de sus hijastros y estaba decidida a hacer cosas espeluznantes para eliminar a cualquiera que se interpusiera entre ella y la herencia. No fue hasta el final del primer acto cuando Alyce cayó en la cuenta de lo que sucedía exactamente: Solomon hacía el papel

de bruja. De bruja. Era demasiado ridículo para expresarlo en palabras.

Cuando arrancó el segundo acto, maese Lyons apareció delante de ella con un tarro de maquillaje y, antes de que Alyce pudiera protestar, le untó un par de espesas cejas negras y una barba picuda con bigote para completar la transformación.

—Ya no queda mucho —dijo en voz baja, señalando una frase del guion en la siguiente página: «Entra el Diablo»—. ¡Buena suerte! —Su sonrisa parecía demasiado grande para su cara; más inquietante que tranquilizadora.

Justo delante de la entrada a la bodega había una escalera muy corta de piedra que conducía a los bastidores. Maese Lyons le hizo seña de que se acercara, pero

en vez de subir al escenario, señaló el suelo, donde solo había espacio suficiente para un hombre adulto agazapado debajo de las tablas. Alyce echó un vistazo más al guion para memorizar su entrada, luego se puso de cuclillas y se abrió camino a través de la oscuridad a tientas.

El escotillón podía verse como un fino cuadrado de luz en lo alto. Los otros actores pasaron por encima pisando fuerte y expulsando nubecillas de polvo

entre las tablas de madera, que iban a parar a la nariz de Alyce. Los fuertes latidos de su corazón acompañaban sus pisadas compás a compás.

Las palabras de Solomon resonaron en el Gran Salón, como un hechizo, en latín: *Nunc, per vota nostra, diabolus ipse surgat!*

Esta frase indicaba la entrada de Alyce.

Alyce empujó el escotillón, pero este no se movió. Le vinieron a la mente las palabras de maese Adams, demasiado tarde: «Hay algo que se atasca cada vez que abrimos las puertas del Infierno».

Se hizo el silencio en la sala. Alyce podía oír que Solomon arrastraba los pies,

avergonzado. Intentó abrir de nuevo el escotillón. En vano. Era como si lo hubieran atornillado.

A continuación, gradualmente, una incipiente oleada de tosidos y murmullos comenzó a levantarse entre los espectadores. Alyce pensó en la reina,

moviéndose inquieta en su trono, pensó en cómo estaba mancillando el honor de

toda la compañía, de Solomon, que, solo en el escenario, soportaba lo más recio

del disgusto de la Corte.

Empujando el escotillón con toda su espalda, finalmente este cedió,

abriéndose ruidosa y toscamente. Se oyeron risitas en la sala. El pánico empezó

a apoderarse de Alyce, y la fuerte comezón de la humillación a recorrerle la espina dorsal arriba y abajo. El pobre Solomon no merecía esto.

Salió con gran esfuerzo de su agujero con toda la dignidad de que pudo

armarse, que no era mucha en tales circunstancias, y quedó al descubierto frente

al inquieto público. De espaldas a las luces del escenario, apenas distinguía sus

caras; lo que sí pudo ver, no obstante, fue la oscura figura del estrado erigido en el centro del vestíbulo, y la luz trémula de sedas y joyas donde la reina, sentaba en su trono, observaba el acontecer de la debacle. Alyce tenía el corazón en un

puño.

Solomon estaba a su izquierda, en perfecta quietud. Se volvió para mirarle.
Al

principio creyó que no iba a decir nada, que su entrada en escena había
puesto punto final a la obra.

La nuez de su cuello subía y bajaba. Entonces abrió sus relucientes labios
rojos y, con su voz de falsete de mujer, arrancó su parlamento.

Oh amigo, conjurado por las artes prohibidas y negras,

Contemplad con ojo funesto estas mis nobles tareas

Y lo hizo. Sus ojos no dejaron de mirarle mientras caminaba por el escenario,
los versos saliendo a borbotones de su pecho, hechizándola en su sitio. Alyce
era

consciente del súbito interés de los espectadores. Estaban tan paralizados
como

ella, en apariencia. El Gran Salón parecía contener el aliento, tenso como el
aire instantes antes de la tormenta.

... y quede sellado entre nuestros labios el pacto con el Diablo.

Antes de que Alyce se diera cuenta el parlamento había terminado, su cálido
aliento se había posado sobre su piel y la estaba besando.

Quiso echarse a reír, en parte por el susto, en parte por la euforia. Solomon,
un

hombre joven, vestido de bruja, besándola a ella, una bruja, vestida como un
hombre joven (vestida como el Diablo). Pero, incluso si no hubiera tenido a
un

público mirándoles, tampoco se habría reído, porque para ello habría sido necesario separarse de él, y eso es lo último que deseaba. En cambio, se rio por

dentro, una risa que recorrió todo su cuerpo y la hizo resplandecer.

Solomon dio un paso atrás. El hechizo entre ambos se rompió, y Alyce se sintió muy vulnerable de repente. Hubo un silencio, una quietud opresiva. Era como si ninguno de los espectadores hubiese pestañeado siquiera desde su torpe

entrada a escena por el escotillón.

Cuando los miró, supo por qué. No tenía nada que ver con ella, o con su aparición, ni con Solomon o el beso.

La reina Isabel se había levantado de su trono y aproximado al borde del escenario. Detrás de ella, su séquito se retorció las manos y se lanzaba miradas

nerviosas. Desde la distancia a la que estaba, Alyce pudo ver de cerca la cara de

la reina por primera vez: fina, angulosa, de un blanco sobrenatural. Y triste. Sus

melancólicos ojos estudiaron a su vez el rostro de Alyce y, atrapada en esta mirada, la joven supo dónde había visto a la reina con anterioridad.

Bedlam. Era la cazadora de brujas que había venido a llevársela de Bedlam en

aquella noche gélida de mitad del invierno, la noche de su huida. Esas mejillas

habían sufrido las afiladas uñas de Alyce. Esta retrocedió dos pasos, todos sus temores confluyendo en la forma de esta sola mujer. Solomon se aclaró la garganta. La luz naranja de las lámparas y las velas se enfrió.

«No. Ahora no —pensó Alyce—. No delante de toda esta gente...»

El mismo velo luminoso descendió sobre sus ojos y las voces regresaron, más fuertes que nunca. Negras volutas informes se deslizaron por el vestíbulo y subieron al escenario provocando la vibración y el traqueteo de los bastidores y

los faroles. Una de las ramas del árbol se partió y cayó, y los espectadores emitieron un grito ahogado de terror; todo ello al margen de la reina, que observaba tranquilamente a Alyce mientras los muertos se congregaban en torno

a ella.

Alyce rechinó los dientes y deseó que todo terminara, pero las voces se volvieron ensordecedoras. Entonces miró al público, a los hombres y a las mujeres a quienes jamás pertenecería, y comprendió, sintiendo que le quitaban un enorme peso de encima, que no necesitaba detener aquello. Que no quería detenerlo. Quizá fuera porque ya había ocurrido tres veces, o quizá porque había

estado leyendo el *Necronomicón*, pero la presencia de los muertos ya no la asustaba. Intencionadamente o no, ella los había convocado. Y si estaban aquí, podrían resultar útiles después de todo.

Exhaló y su aliento desató la tormenta. Las velas y los faroles se apagaron, y el Gran Salón se sumió en la absoluta oscuridad.

XXIII

El Diablo y su amante sortearon el caos del vestíbulo, empujados aquí y allá por los atemorizados cortesanos. Alyce tiraba de la manga del vestido de Solomon, abriéndose paso entre los presurosos cuerpos y las sillas volteadas gracias a la espeluznante luminiscencia que aún no había abandonado su visión.

Se colaron por la rendija de las grandes puertas dobles del vestíbulo y fueron a

parar al patio iluminado por las estrellas.

Tan pronto alcanzaron la entrada del corredor, Solomon se soltó el brazo de un

tirón y se negó a seguir adelante.

—Vamos, Solly...

—¿Por qué has tenido que hacer eso?

—He intentado explicártelo, ¡no puedo controlarlo!

Sin embargo, eso ya no era del todo cierto.

Solomon miró detrás de él.

—Pero no puedes huir de la reina sin más, Alyce. Nos matará. O maese Adams, si no lo hace ella.

—Era ella, Solomon. —Se dirigió hacia sus aposentos, y él la siguió de mala gana—. Sabía que la había visto antes.

—Claro que la habías visto antes, la vimos en el jardín el otro día...

—No, me refiero a antes. —Llegaron a la puerta de los aposentos y Alyce se volvió por completo—. Era la mujer de Bedlam. La que intentó secuestrarme la

primera vez.

Solomon la miró y parpadeó. Débilmente, pudieron oír los sonidos del público que, balbuciente, daba por fin con la salida de palacio.

—Esto es una locura —dijo finalmente.

—Lo juro. Era ella. Y otro hombre.

—No —dijo Solomon con firmeza—. Eso es ridículo. ¿Qué iba ella a querer de ti? De todas formas, no tendría ningún sentido. Dijiste que eran cazadores de

brujas. Y ella no trabaja para María Estuardo, ¿a que no?

—Eso es, exacto. —El cerebro de Alyce intentó furiosamente ordenar y conectar la información—. Como eso no puede ser verdad, digamos que no eran

quienes pensé que eran. Esto nos señala otra dirección: tal vez estaba intentando

impedir que María y los verdaderos cazadores de brujas me echaran el guante.

Entró en la habitación y comenzó a quitarse a toda prisa las distintas prendas de su vestimenta.

—Pero ¿por qué? —dijo Solomon absorto en sus pensamientos.

—Eso no lo sé todavía —dijo Alyce quitándose las medias. Miró a Solomon, que se movía sin rumbo por la estancia, su vestido de mujer agitándose con un

frufnú—. ¡Vamos, cámbiate! Tenemos que largarnos, Solly. Irnos. Ahora. Muy lejos. Todo esto es demasiado.

La ropa que Solomon le había prestado seguía en los bastidores del Gran Salón, de manera que tuvo que volver a ponerse la vieja y raída túnica que llevaba cuando Solomon la encontró en la calle. Seguía estando fría y

húmeda, y

apestaba a agua de río estancada.

Alyce luchó por quitarse la túnica como si estuviera atrapada en una sábana,
y

vio que el chico seguía sin moverse.

—Solomon...

—Estoy pensando.

—Piensa más tarde, Solly.

—No, escucha. —Sus gigantes labios rojos restaban un poco de seriedad a su rostro—. Puede que Isabel sea la persona que estabas buscando. Si tu madre pensaba que el doctor Dee era su principal consejero, y no hay razón aparente para que lo creyera un traidor, él habría sido la mejor vía para ponerte en contacto con la reina. Más que nada porque no puedes presentarte en palacio y

pedir una audiencia y punto.

—Pero mi madre no conocía a Isabel...

—¿Se lo preguntaste alguna vez?

Alyce no dijo nada. Estaba claro que Solomon era quien decía las insensateces

en este momento. Pero lo cierto es que su teoría tenía lógica.

—¿Cómo iba a saber la reina Isabel, para empezar, que yo estaba en Bedlam?

Mi madre no tuvo tiempo de escribirle una carta. —De pronto se calló—.

Espera, ¿dónde está *Piquitos*?

Habían dejado al cuervo en los aposentos antes de bajar al Gran Salón, pero ya no estaba. Como respondiendo a su pregunta, la puerta de la alcoba se abrió

de golpe y el pajarraco negro se posó volando en el hombro de Alyce. Detrás de

él, de pie en el umbral de la puerta, había un hombre flaco y atlético, con una barba muy corta y bigote, y una perla por pendiente en la oreja izquierda. Sus rizos marrón oscuro empezaban a revelar unas entradas a la luz del farol, pero tenía un rostro juvenil y unos ojos brillantes. Se diría que se había pasado buena parte de su vida divertido por otras personas.

—Buenas tardes, Alyce —dijo. La voz le sonó familiar—. Hora de hacer las maletas.

Sacó una bolsa de su capa de viaje y, al separar la capa del cuerpo, reveló un jubón blanco deslumbrante y, debajo, la florida empuñadura de una espada.

—¿Quién sois?

—Dejemos eso para más tarde. He venido para llevaros conmigo a la Torre.

Sola. Por orden de la reina. —Luego sonrió, y le tendió un pañuelo—. Imagino

que querréis quitaros ese bigote primero.

Y

Las únicas cosas que Alyce sentía como suyas eran su muñeco y la ropa que llevaba puesta, pero Solomon insistió en darle una muda interior, un par de calzones y todos los libros de su madre.

—Estos libros no son míos —dijo mientras los echaba a la bolsa.

—Llévatelos. Yo no sé usarlos. Y puede que te ayuden, dondequiera que vayas.

Alyce quiso protestar, pero el hombre los observaba de cerca.

—Solly... —empezó, pero luego no supo qué más decir. No había nada que decir, de hecho, porque no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Nada tenía sentido. Si iban a conducirla a la Torre en calidad de prisionera de la reina Isabel,

¿por qué le permitían empaquetar sus pertenencias? ¿Por qué no se la llevaban esposada?

Mientras cavilaba, Solomon se acercó a ella y la abrazó con sus largos y delgados brazos de araña.

—Todo saldrá bien —le dijo.

Alyce no respondió, no pudo responder. Se limitó a abrazarlo con la misma fuerza.

El hombre en el umbral suspiró.

—Vamos —dijo atusándose la barba con impaciencia—. No hay tiempo para despedidas románticas.

Se separaron y Alyce cogió la bolsa del suelo. El hombre la condujo fuera de la estancia, seguida de *Piquitos*, que sobrevoló sus cabezas.

—No intentéis seguirnos —dijo el hombre mientras salían, apoyando intencionadamente una mano en el puño de su espada—. Sugiero que volváis con Sussex's Men. Tenéis algunas cosillas que limpiar.

Alyce echó un último vistazo a Solomon, de pie y solo en el aposento, con un aspecto cada vez más triste y absurdo en su traje de mujer. Aun así, no se le ocurrió nada que decir. «Lo siento», quizá, pero eso habría sido quedarse corta.

Luego la puerta se cerró y el corazón le dio un vuelco. «No volveré a verlo jamás», pensó.

El hombre la guio hacia la izquierda, en la dirección opuesta al Gran Salón, por el corredor que conducía a las habitaciones de la servidumbre. El cuervo ya se había esfumado de su vista.

—Probablemente no me recordáis, ¿verdad que no? —dijo alegremente.

—No —respondió Alyce.

—La última vez que os vi intentasteis garantizar por todos los medios que nunca pudiera tener hijos.

Alyce tardó un rato en entender lo que decía. Y entonces recordó quién era. Lo

vio doblado en dos y agarrándose la ingle, dolorido, mientras ella se escapaba por la puerta abierta. Claro, se trataba del cómplice de la reina.

—Sigue doliéndome a veces —continuó, cambiando el peso de su cuerpo de un lado a otro mientras caminaba—. Pero creo que mi linaje está a salvo. No os

culpo. Tendríamos que haber supuesto que os resistiríais, dado vuestro...

Tosió y dejó de hablar súbitamente. Alyce seguía en una confusión total. Para alguien que en teoría era su captor, este caballero estaba siendo muy amable con

ella. Más que el doctor Dee, al menos.

Tras dejar atrás las habitaciones de los criados, el pasillo daba a un patio, más pequeño que el del Gran Salón. El empedrado parecía más blanco y liso a la luz

de la luna. Lo cruzaron hasta llegar a una esquina y entraron por un callejón estrecho que terminaba en unos peldaños negros y resbaladizos que descendían a

las aguas del Támesis. En el fondo, atada a un poste, había una barca de remos

maltrecha, que se mecía como una hoja seca cada vez que una onda alcanzaba la

orilla.

—Entonces estáis juntos en esto, ¿verdad? —dijo por fin Alyce.

—¿Mmmm?

Alyce se había parado en lo alto de las escaleras y el hombre no parecía especialmente preocupado por obligarla a bajar.

—Vos e Isabel. ¿Trabajáis juntos?

—Sí. A propósito, os pide que la disculpéis por no poder acompañarnos en este momento, por mucho que hacerlo habría sido su deseo. Ahora que os tenemos, quiere vigilar al doctor Dee.

—¿Lo sabéis entonces? ¿Sabéis que es...?

—¿Un villano cobarde y desalmado? ¿Un bellaco vanidoso, adulator,

hipócrita y gallina? —Cogió aire un par de veces para recomponerse—. Sí, lo sabemos. Y también sabemos lo de María.

—Pero...

—Más tarde, Alyce. No podemos pasarnos toda la noche de cháchara. —Le tendió una mano—. Ahora cuidado, no queremos que os partáis la cabeza cuando ya casi os hemos recuperado sana y salva.

—¿Sana y salva? Creí que nos dirigíamos a la Torre.

—Y nos dirigimos allí. Vais a los aposentos privados de la reina. Y me refiero

a privados *privados*. El lugar más seguro de Inglaterra.

Alyce estaba totalmente confusa. Tal vez la teoría de Solomon era buena. Tal vez su madre había querido enviarla a Isabel. Miró las negras aguas que lamían

el fondo de los escalones.

—Mm... ¿de verdad que es seguro?

—No os preocupéis, muchacha. Ya casi ha bajado la marea, y hay un embalse,

ya lo veréis. Y algo de experiencia tengo navegando.

Le guiñó un ojo, como si hubiese dicho una broma que ella debía captar, pero

Alyce no sabía qué había querido decir. Lanzó la bolsa con sus pertenencias en

la popa y luego saltó a la barca; el casco sonó a hueco bajo el peso de sus botas.

Obviamente, no había bromeado sobre su destreza como marinero, porque tenía

un equilibrio impresionante; por mucho que la embarcación se meciera y cabeceara, no lo perdió, y permaneció firme con los brazos estirados para agarrarla cuando descendió los escalones.

Alyce fue tambaleándose a sentarse cerca de su bolsa. El hombre se sentó frente a ella, sonrió y desató la cuerda que los amarraba del lado de palacio.

—Remos, por favor —dijo señalando un lado del banco.

Alyce cogió uno por el mango y, accidentalmente, hincó el desafilado palo entre las piernas del hombre. Solo levantó la vista cuando el hombre gritó tapándose la boca con una mano para evitar que el grito resonara en todo el río.

—¡Dejad de hacer eso! ¿Qué problema tenéis con mi virilidad?

—Lo siento —dijo ella, pero sin poder reprimir una risita—. No lo he hecho aposta, de verdad.

—No sé si creeros.

Alyce le pasó con cuidado el segundo remo y él fijó ambos en los escálamos de la barca. Luego remó un poco hacia el río, el chapoteo de los remos marcando

un ritmo lento y pacífico en el silencio de la noche.

—¿Entonces sois marinero?

El hombre rio entre brazada y brazada.

—¿Marinero? Soy Walter Raleigh. —Esperó expectante una reacción.

Alyce se encogió de hombros.

—Nunca he oído hablar de vos.

—¿En serio? —Hizo otra pausa—. Oh. Vale. Sí, soy marinero, entre otras cosas. Capitán, de hecho. He navegado al Nuevo Mundo más veces de las que...

Bueno, muchísimas veces.

—Mi madre me hablaba del Nuevo Mundo. Siempre creí que se lo inventaba. Parecía un cuento de hadas. Un país virgen en el fin del mundo.

—Os aseguro que es muy real. Puede que hasta vayáis un día. Pero creedme, el océano Atlántico es un poco más movido que esto.

—¿Por qué vais allí?

—Sobre todo porque Isabel me lo pide. A veces en secreto, lo cual es toda una

hazaña teniendo en cuenta el tamaño del barco y de la tripulación que he de llevar.

—¿Qué sois, su servidor o algo así?

El bigote de Raleigh se movió divertido.

—Eso parece la mayoría de las veces. Pero no. ¿Qué soy? Difícil decirlo. Soy demasiado joven para ser su consejero, o su amante. No confía en mí lo bastante

como para que sea su confidente. No sé qué otras posibilidades me permite eso.

¿Su juguete, quizá? Supongo que lo importante es que compartimos ciertos... intereses. Objetivos de naturaleza específica. Pero, sí, dejémoslo en su servidor.

Esta noche mis órdenes son sacaros de palacio en secreto y llevaros a un lugar seguro lo más rápido posible.

—¿Por qué?

—Eso debe decíroslo ella, lo siento, pero...

—Dejad que adivine: ¿más tarde?

Raleigh asintió.

Antes de que Alyce pudiera presionarle, un revoltijo de plumas sobrevoló sus cabezas, y *Piquitos* bajó de la noche para encaramarse a la proa de su bote de remos.

—¡Ajá! —exclamó Raleigh—. ¿Has decidido venir con nosotros finalmente, *Maese Piquitos*?

Alyce se quedó boquiabierta.

—¿Lo conocéis?

—Por supuesto. Gracias a él hemos descubierto a Dee. Y hemos sabido de vos, por supuesto.

—No entiendo...

Raleigh pareció súbitamente incómodo.

—No tiene importancia. No debería contaros nada de esto tan pronto.

—¿Tan pronto? —dijo Alyce con incredulidad—. Pues a mí me parece que ya

he esperado demasiado para obtener las respuestas.

—Lo siento, Alyce, no debería haber dicho nada. Bess desea explicarse ella

misma.

—¿ *Piquitos* es de la reina?

El silencio de Raleigh fue la sola respuesta que necesitaba.

Sintió como si las aguas de su cerebro comenzaran a despejarse después de meses de permanecer turbias, foscas y arremolinadas. *Piquitos*, ese revoltijo de plumas desaliñadas que se había encaramado al techo de paja de su antiguo hogar en tantas ocasiones, pertenecía a la reina Isabel. Entonces la reina y su madre se habían conocido. Este había sido el propósito de la carta; su madre había querido que ella localizase a Isabel, a través del doctor Dee.

¿Por qué no se lo había dicho directamente?

Alyce contempló el perezoso titileo de las luces de la ciudad entre las olas y se

dejó llevar por la imaginación, permitiéndose todos los caprichos. Tal vez, pensó, crecería en palacio junto a la reina. En un palacio. En varios palacios, lo más seguro. Y como Isabel no tenía hijos propios, ¿qué sería Alyce para ella?

Anhelos desesperados y temores salvajes cayeron en una nebulosa incolora, hasta que creyó que iba a desplomarse sobre el fondo del bote.

Solo volvió al presente cuando vio que Raleigh había dejado de remar y miraba por encima de su hombro. El puente de Londres se acercaba a toda prisa

en la penumbra. Alyce pudo divisar incluso la extraña casa de Vitali debajo del

arco, con las ventanas en blanco, en la otra orilla del río.

—Agarraos bien —dijo Raleigh—. Puede que la cosa se ponga movidita, incluso con la marea baja.

La corriente comenzó a barrerles hacia los pontones de madera que emergían de la base del puente. El pequeño bote daba bandazos y giros bruscos, y Raleigh

sumergía de vez en cuando un remo a ambos lados para controlar las rotaciones.

Si calculaba mal, comprendió Alyce mientras se aferraba a su banco, acabarían

hechos añicos en el propio puente o, peor aún, aplastados bajo las ruedas de las

norias cerca de la orilla.

Piquitos abandonó el bote. La luna desapareció detrás de los tejados de las boticas sobre sus cabezas, y Alyce apretó los ojos con fuerza. El embate del agua

era ensordecedor; retumbó contra el colosal arco y se los tragó por completo.

Chocaron contra los limosos maderos y se inclinaron violentamente hacia un

lado. Alyce abrió los ojos en la verde oscuridad y se aferró al borde de la barca

mientras eran impulsados por los aires. Uno de los remos quedó atrapado bajo el

agua y, si bien Raleigh trató de sacarlo de un tirón, solo consiguió arrastrarlos más hacia las olas de ese lado. Alyce vio como la bolsa con sus pertenencias se

deslizaba lejos de ella y alargó un brazo para rescatarla.

No tenía que haberlo intentado. Solo logró pellizcar una esquina y, en su intento por atraerla hacia ella, lo único que consiguió fue vaciar su contenido por

el borde de la barca. Gritó. Casi todos los libros, la ropa de Solomon y su fiel muñeco desaparecieron sin dejar rastro. Tan pronto el muñeco cayó al agua, fue

como si su carne se congelara y se hiciese trizas.

La embarcación finalmente se estabilizó —casi catapultando a Alyce por la borda— y emergió de debajo del arco a una corriente más tranquila. Todo había

terminado. Alyce miró por encima de su hombro miserablemente, con la

esperanza de que el muñeco saliera a flote, pero las corrientes eran tan fuertes y las aguas tan negras que podría haberse hundido en el alquitrán. A lo lejos se veían las hileras de los galeones y otros barcos amarrados a los muelles conocidos como Legal Quays, sus mástiles y aparejos entrecruzados en el cielo

iluminado por la luna.

Toda la emoción de las revelaciones de hacía un momento se había enfriado, bañada por las inmisericordes aguas del Támesis. Su muñeco. Lo necesitaba.

Había sido su fiel compañero durante mucho tiempo. Sin él se sentía débil, lenta,

como si ella se hallara también en las frías profundidades del río.

Raleigh se puso a remar.

—Lo siento —dijo—. Por vuestros libros. Aunque, para ser franco, Bess

siempre ha recelado de ellos, así que tal vez es mejor que no los tengáis. De todas maneras, tenéis un gran conocimiento intuitivo. Solo los zoquetes como yo

y Dee necesitamos aprender brujería de los libros.

Alyce pescó la bolsa flácida de debajo de su asiento y descubrió con sorpresa que seguía pesando. Tenía algo en el fondo. Se la colocó con cuidado sobre las rodillas y echó un vistazo dentro para ver qué había sobrevivido. Era cuadrado y negro. Supo lo que era antes de abrirlo o leer el lomo. Se estremeció. Era el *Necronomicón*.

HOPKINS



Hopkins llegó demasiado tarde. Sabía que sería así. El doctor Dee había perdido demasiado tiempo intentando contactar con la reina María y, luego, un trecho del camino de Mortlake a Londres estaba inundado. Cuando finalmente llegaron a palacio los guardias se negaron en rotundo a dejarles pasar, y la obra

había terminado.

Seguían limpiando el Gran Salón cuando él y Caxton hicieron su entrada por

las puertas dobles. Los criados dejaron de barrer y los miraron con ojos petrificados y asustados, mientras la pareja se abría paso hasta lo que quedaba del escenario, la máscara de Caxton —cuidadosamente restaurada por el doctor

Dee— proyectando monstruosas sombras ondulantes por las baldosas.

Hopkins odiaba el teatro. Estos foros siempre estaban repletos de campesinos hediondos y pendencieros, y al parecer, en la Corte el público no era mucho mejor tampoco. El Gran Salón estaba hecho un completo desastre. Cualquiera habría dicho que se había producido un altercado.

Hopkins no solo odiaba el teatro, odiaba a los actores también, como raza.

Podía oír sus rebuznos mientras guardaban sus atrezos y trajes. Parecía que discutían entre ellos, y era una discusión tan poderosa que resultaba imposible

saber si seguían actuando o no. Varios actores increpaban a uno de los suyos; un joven delgado de pelo azabache que no oponía mucha resistencia.

No había rastro de la chica.

—Caballeros

—intervino.

«Animales»,

pensó—,

disculpadme

por

interrumpiros.

Todos callaron al ver a Caxton. Uno de los actores soltó su brazada de espadas

de madera.

—¿Puedo ayudaros? —preguntó uno de los miembros veteranos del grupo. El jefe de la compañía, sospechó Hopkins.

—Así lo espero —dijo subiendo de un salto al escenario y examinando con detenimiento los trajes a medio guardar en cajas. Había ropa de mujer, pero eso

no significaba necesariamente que hubiera una chica en la troupe.

Hombres haciendo cabriolas con ropa de mujer. Obsceno.

—Por extraño que parezca —continuó—, nos preguntábamos si no tendríais a una mujer joven en la compañía. Su nombre es Alyce Greenlief.

—Querréis decir Alex Greenlief. Y sí, lo tuvimos en la compañía hasta que echó a perder nuestra clientela.

Hopkins rio para sus adentros.

—Por supuesto. Alex Greenlief. ¿Sabéis dónde puedo encontrarlo?

—¡Ja! —ladró uno de los actores—. Si supiéramos dónde está, estaríamos retorciéndole el pescuezo ahora mismo. Todo el mundo anda buscándolo.

Incluso Su Majestad.

Hopkins lo escuchó sin volverse. Se había fijado en el chico flaco en el centro del grupo, con el pelo negro y tupido, ojeras moradas y una extraña mancha roja

alrededor de los labios. Sabía quién era. Lo había visto antes, en carne y hueso,

en la garita de Bedlam.

Hopkins le sonrió.

El chico dio una sacudida y se escondió detrás de otro hombre; luego saltó

del

escenario por encima de una de las cajas de trajes y se apresuró hacia la salida

del Gran Salón.

—¡Solomon! —gritó el jefe de la compañía, y el resto de actores escupieron disgustados.

—¡Este es quien andáis buscando! —dijo otro—. ¡Nos ha traído al Diablo!

Hopkins no tuvo necesidad de hablar, ni siquiera de moverse. Caxton se las arregló de alguna manera para atrapar al chico sin tener que correr siquiera. La

longitud de sus zancadas era enorme, antinatural. Lo atrapó por detrás de la gorguera y lo tiró al suelo.

—¿Os importaría si le hacemos unas preguntas a su colega? —preguntó

Hopkins al jefe de la compañía.

—Adelante, faltaría más —dijo el hombre mayor, el miedo claramente visible en sus acuosos ojos.

—Os lo agradezco —dijo Hopkins—. Haremos cuanto esté en nuestra mano para devolvéroslo de una pieza.

El carruaje del doctor Dee esperaba fuera. Sus caballos relincharon y patearon

la tierra, con el mismo aire impaciente que su dueño. Cuando Hopkins se acercó

a la portezuela del carruaje, el doctor estaba mirando en su espejo de la adivinación, la ansiedad plasmada en su anciano rostro. Levantó la cabeza.

—¿Dónde está la chica, Hopkins?

—No tenemos a la chica —dijo Hopkins subiéndose al asiento de enfrente mientras Caxton cogía las riendas—, porque la están llevando ahora mismo a la

Torre.

Dee pareció mirarle desde cada ángulo, como buscando en su rostro algún indicio de que estaba de broma. Luego soltó una prolongada y sonora carcajada.

—¿La Torre? —repitió—. Bueno, pues es una feliz coincidencia.

Oyeron el tintineo de las bridas de los caballos y luego, con una sacudida, el carruaje se adentró en la noche.

XXIV

Raleigh avanzó remando despacio por entre los pontones flotantes, pasando por el lugar donde las aguas habían empujado a Alyce hasta la orilla y la habían

atracado unos días antes, y por delante de parranderos que bebían para olvidar en

las tabernas de la dársena.

En ese momento Alyce la vio. No era una torre, como sugería su nombre, sino

innumerables torres, cuadradas e inmóviles, conectadas por muros y pasadizos donde las antorchas de los guardas se mecían y titilaban. En el centro, solo pudo

distinguir las almenas de la gran Torre Blanca, que descollaba cual fantasmal

centinela sobre toda la fortaleza.

También la oyó. Desde algún punto del conjunto, una campana dio la hora.

¿Las diez? ¿Las once? El viento le arrebató algunos repiques, diseminándolos río

abajo.

Su bote vagó por el embarcadero de la Torre. Algunos guardias los localizaron

y unos rostros cetrinos iluminados por las antorchas escudriñaron la orilla con sus alabardas cerniéndose a su costado. Raleigh maniobró, alejando el bote de la

corriente y adentrándose bajo el muelle mismo, hasta detenerse ante una alta puerta semicircular en la muralla de la fortaleza. Aquí las aguas del río azotaban el foso de la torre a través de un puente levadizo cerrado.

Piquitos se había unido a ellos brevemente, pero se fue sobrevolando las almenas a gran altura y desapareció en su interior.

—¿Quién anda ahí? —preguntó uno de los alabarderos desde lo alto.

—¡Ah de la casa, alabardero! —respondió Walter—. Soy Walter Raleigh y vengo con una enemiga de la reina. Abrid la puerta de los traidores.

—¿Raleigh? —El guardia pronunció el nombre sin ningún cariño. El rostro desapareció, se oyó el sonido de unas pisadas desde arriba y luego reapareció por

una ventana más baja—. Eres tú. ¿Por qué no usas la puerta principal como todo

el mundo, canalla? Tienes que hacer una entrada de lo más teatral, ¿no es así?

Bien, pues nadie importante te verá, porque están todos en la cama.

Escupió algo, que cayó al agua con un «plaf» cerca del codo de Alyce.

—Un viejo amigo —dijo Raleigh a Alyce mientras las olas empujaban el bote

con un vaivén. Fue a buscar una gaza de sogas empapada de debajo de su asiento

—. Venid, poneos esto alrededor de las muñecas. Tendréis que ser mi prisionera

durante un rato.

Cómo debía atarse las manos era algo que Alyce no tenía muy claro. Hizo un nudo flojo y pasó los dedos por él, pero no parecía muy convincente.

Al cabo de un rato se oyó el crujido de una rueda que giraba detrás de la muralla y el rastrillo empezó a elevarse, sacando a flote una gran porquería del

lecho del río. La mugre goteó sobre la cabeza de Alyce mientras Raleigh remaba

por debajo del arco, hasta detener el bote delante del alabardero emplazado más

al exterior de la Torre.

En lo alto de los escalones que conducían al foso, dos guardas prorrumpieron en risas.

—¡Menuda pesca, Walter!

—¡Gracias a Dios que la has atrapado, parece peligrosa a más no poder!

—¡Te armarán caballero por esto, sin lugar a dudas!

Se dieron palmadas en la espalda, y Alyce empezó a enfurecerse, más por ella que por Walter. Pero tan pronto como el bote quedó amarrado, la guasa concluyó

y todos regresaron a sus tareas.

—Que rían cuanto quieran —susurró Walter, ayudando a Alyce a levantarse de su asiento. Por lo menos tres centímetros de agua cubrían el casco—. Lo cierto es que hay muchas posibilidades de que me armen caballero después de esto.

Cuando pisaron tierra firme, la condujo por una puerta a otra muralla interior, donde dos alabarderos más la miraron con recelo, y a través de un jardín con césped hasta la gigantesca Torre Blanca. En la hierba, Alyce vio media docena

de cuervos, entre ellos *Piquitos*, que destacaba por su tamaño y el extraño color de sus ojos.

Unos escalones de madera los llevaron a una sala que no era muy distinta del Gran Salón de Whitehall, si bien parecía más vacía y funcional. Más guardias, más saludos, más sombreros inclinados y luego subieron una escalera de caracol

que serpenteaba por la esquina más alejada de la torre. Una vez en la cima salieron a una galería que discurría por un lado del torreón. Frente a ellos se erguía un portón de roble remachado de hierro. Raleigh hurgó bajo su capa, y Alyce volvió a ver el blanco cegador de las lujosas prendas que llevaba debajo.

Sacó un anillo de llaves y probó unas cuantas hasta que la cerradura hizo «clic»

y pudo abrir la puerta empujándola. Acto seguido, encendió la mecha de una

de

las antorchas de las escaleras y la hizo pasar.

La estancia no se parecía a nada de lo que Alyce había visto en su vida. Todo era tan dorado que lastimaba los ojos, cada vez más brillante y chillón a medida

que Raleigh fue encendiendo las velas. En el centro había una cama con dosel,

un vasto mar de terciopelo azul y, enfrente, un tocador que parecía tan complejo

e impenetrable como la propia Torre de Londres. Tapices de intrincados detalles

y ricos colores colgaban de cada pared. Al lado de estos, los aposentos de Solomon eran comparables a un establo.

—¿Es aquí donde voy a quedarme? —Con toda honestidad, no estaba segura de poder conciliar el sueño con un dormitorio tan reluciente.

—No, no —dijo Raleigh—. Esta no es la alcoba privada de Bess. —Se acercó

a verificar que no había nadie en el pasillo y luego cerró la puerta—. Seguidme.

Detrás de uno de los tapices había un agujero en la pared apenas lo bastante ancho para dar cabida a una persona, y una persona flaca para el caso.

—Coged aire —dijo, y desapareció por el pasadizo. Ella lo siguió, rozando con los hombros la húmeda piedra a cada lado—. Esta es la mejor forma de asegurarse que nadie lo encuentra —dijo mientras se arrastraban por él—.

Deberíais ver el tamaño de los calzones de los cortesanos en nuestros días. Y de

las gorgueras. Y de los jubones estofados. No tendrían la menor posibilidad de caber aquí dentro.

Unos escalones increíblemente angostos subían incluso más, esta vez por

dentro de los espesos muros de la Torre Blanca, hasta culminar en una modesta

puerta de madera. Raleigh se sacó otra llave de la capa, en este caso enorme, cuya cabeza era un intrincado laberinto de hierro forjado del tamaño de la palma

de Alyce.

Un pensamiento de lo más extraño se le vino a la mente al abrirse la puerta:

«Estoy en casa». Algo en la mezcla de la escasa luz naranja y el mohoso olor a

tierra y raíces y el aroma a incienso la transportó al sótano de su madre. Y

cuantas más cosas descubría, más cómoda se sentía. Aquí estaba todo aquello con lo que había crecido, cosas tan normales, tan familiares para ella: cuencos de hierbas y hongos secos, cráneos y huesos de animales, un sinfín de figuras humanas y animales trenzadas con paja y pelo. Velas del tamaño de su muslo, algunas incluso mayores. Un enorme brasero de hierro que humeaba con

regularidad en un rincón.

—La reina Isabel es bruja —dijo Alyce.

Raleigh no contestó. No había necesidad.

¿Cómo diantres lo había ocultado por completo y durante tanto tiempo? ¿Lo

sabían otras personas, aparte de Raleigh? ¿Y si sus súbditos lo descubrían?

Eran

demasiadas cosas que digerir: Su Majestad, la buena reina Bess, una hechicera,

una arpía, una doncella del mismísimo Diablo. No pudo reprimir una sonrisa ante la idea; pero también, al mismo tiempo, se le quebró un poco el corazón al

descubrir que la mismísima reina de Inglaterra se veía obligada a esconderse en

su propio palacio.

Alyce se paseó de un extremo al otro de la estancia, examinando los

encantamientos, abalorios y artefactos que llevaba meses sin ver. Isabel y su madre tenían que haberse conocido. No solo habían sido compañeras de brujería,

sino que sus gustos parecían completamente idénticos, al menos en lo relativo a

sus moradas.

—Poneos cómoda —dijo finalmente Raleigh, soltando al suelo la bolsa que contenía su libro—. Necesito volver a Whitehall para buscar a Isabel. Y al doctor

Dee. —Si hubiera tenido donde escupir, lo habría hecho—. Volveré mañana, con

Bess, espero. Hasta entonces, cerrad esta puerta y no abráis a nadie.

Le dio la llave gigante y se volvió para marcharse. Lo último que Alyce vio fue el destello de su vaina mientras se deslizaba de nuevo por la puerta.

Alyce miró a su alrededor; no había nadie más con ella, pero no se sentía sola.

Bajo la única ventana arqueada de la estancia había una mesa cubierta de velas.

Recogió su bolsa del suelo y la llevó hasta allí, donde abrió el *Necronomicón* bajo el chorro de luz. Se sentó a contemplar los símbolos y las imágenes y no dedicó ni un pensamiento al peso de la llave en su bolsillo.

XXV

Seguía siendo de noche cuando Alyce despertó y no tenía ni idea de qué hora sería. Le vino el vago recuerdo de un redoble de campanas, un único y claro tañido, lo cual indicaba que era bien pasada la una de la mañana. Eso si la campana había sido real, porque era probable que no la hubiese oído, aislada como estaba en esta cálida y cómoda tumba.

Se había quedado dormida leyendo el libro y tuvo que despegar la cara de las húmedas páginas para poder sentarse recta. Se frotó los ojos y miró en derredor.

Seguía estando sola. Las brasas estaban casi extinguidas en el brasero. Había algo que la incomodaba: la sensación de que alguien había estado hablándole en

sueños, tratando de decirle algo importante, algo que debía recordar, y Alyce lo

olvidó tan pronto abrió los ojos.

Los estantes que revestían los muros circulares de la estancia contenían varias botellas y tarros, pero tenía la certeza de que ninguno de ellos contenía nada que pudiera saciar su sed. Se puso en pie y se miró en el lóbrego espejo, donde solo

vio su reflejo. El calor era intolerable, y llevaba sin beber nada desde antes de la obra; le pareció que hacía años de eso.

«Alyce. Abre la puerta.»

La voz, no más fuerte que una corriente de aire exterior, hizo que casi le cayera el frasco que estaba examinando. Tal vez seguía soñando después de todo.

«Alyce. Por favor.»

La sangre le subió a la cabeza tan ferozmente que creyó que iba a desmayarse.

Conocía la voz, pero en su fuero interno se negaba a admitirlo. Tenía que ser un sueño.

A continuación se oyó un arañazo al otro lado de la puerta, como si alguien tratase de llamar, pero le faltasen fuerzas para ello.

«Alyce.»

Alyce corrió a la puerta y tiró del picaporte circular de hierro, y supo, por su peso y frialdad, que estaba despierta. De repente recordó que no había cerrado la

puerta con llave, como Raleigh le había ordenado.

Al abrirla no vio nada al otro lado.

Por debajo de ella, en la estrecha escalera, oyó las pisadas de unos pies descalzos en la piedra.

Alyce corrió detrás del sonido, dejando abierta de par en par la puerta de la alcoba privada de Isabel. Resbaló en dos ocasiones en los húmedos escalones, bajando a tientas mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. Al pie

de la

escalera, ya sin aliento, con el corazón desbocado, emergió de detrás del tapiz y

vio que la puerta de la gran cámara también estaba abierta. Las velas llevaban tiempo consumidas, o quizás Raleigh las había apagado al salir, pero en la penumbra distinguió un tacón blanco y un revoloteo de telas saliendo de la estancia.

Aquello era una estupidez, decidió finalmente. Permanecería quieta. Se encerraría en el desván, como le habían ordenado.

«No te detengas. Sígueme. Podemos huir, juntas.»

La misma voz otra vez. Unas veces sonaba como si le llegara desde fuera del pasillo y otras veces como si resonara detrás de ella. En otras ocasiones, parecía venir de su cabeza.

«¿Alyce? ¿No quieres volver a verme? ¿No quieres volver?»

Le brotaron lágrimas en los ojos. Pues claro que quería volver. No había deseado otra cosa desde la última vez que escuchó aquella voz. Desde que la silenciaron brutalmente.

«Rápido, ahora.»

Corrió a la galería exterior. El eco de sus pisadas resonaba por la escalera de caracol que ella y Raleigh habían utilizado a su llegada. Fue bajando en círculos, dos plantas, luego tres, por debajo incluso de la entrada a la Torre, siguiendo la cálida fragancia familiar que siempre iba por delante de ella.

El sótano estaba pobremente iluminado, y crueles formas angulares acechaban

en las sombras. Producto o no de su imaginación, Alyce olió a sangre vieja. Y

en

el extremo más alejado, entre estanterías y jaulas y otras piezas de maquinaria,

finalmente la vio. Su rostro estaba en la penumbra, pero su silueta y su forma de

moverse no daban lugar a dudas: era su madre.

Las lágrimas de Alyce ardían. Aquello no tenía ningún sentido. Era una locura. Una locura angustiada, cegadora, feliz.

La silueta se agachó para abrir una trampilla en la esquina de la habitación.

Incluso ese gesto hizo que Alyce se sintiera como en casa, a pesar del espeluznante ambiente que la rodeaba. Su madre tiró del picaporte del mismo modo que solía hacerlo cuando penetraba en el silo de su vieja cabaña, el mismo

silo donde Alyce se había ocultado.

«¡Por aquí abajo, Alyce!»

De nuevo, la voz no parecía venir de la dirección esperada.

La silueta se dejó caer por el agujero negro cuadrado del suelo. Alyce se secó

los ojos para tener una visión clara, agarró una antorcha de un candelabro y se

apresuró a darle alcance.

Encontró más escaleras en espiral, pero esta vez limosas y enmohecidas,

escarbadamente profundamente en la tierra. Pálidos hongos, del color de las larvas, se abrían paso entre las piedras y le rozaban las mejillas y las manos al pasar por el medio de puntillas. El frío era mucho peor aquí abajo, un frío

profundo que le helaba hasta los huesos.

Sus manos y sus pies estaban entumecidos cuando llegó al fondo. Allí se encontró en un laberinto de cámaras de techos bajos y pasadizos que, más que contruidos, estaban horadados en el suelo. Los muros mismos tenían espacios

toscamente labrados —espacios largos y profundos del tamaño de un cuerpo —.

Una especie de catacumbas. Se respiraba un aire pestilente a putrefacción, barnizado por un agudo olor a encurtidos que le recordó la casa del doctor Dee.

Los muros del pasaje relucían con algo demasiado estable, demasiado

misterioso como para ser la luz de la lumbre. Su madre la esperaba al final, mirándola.

«Ya estás muy cerca, Alyce. Sígueme.»

Pronunció estas palabras sin mover los labios. El frío se aferró al corazón de Alyce.

Avanzó muy despacio. Cada paso que daba parecía necesitar horas para completarse. En los nichos que tenía a ambos costados, vio la fuente de la extraña media luz: globos alquímicos. Bajo su brillo, pudo vislumbrar cosas mucho más horripilantes que cualquiera de los instrumentos de tortura en la Torre. Parecían, de hecho, ser los productos finales de estos instrumentos.

Personas. Y trozos de personas.

Cuanto más se acercaba a su madre, mayor era su percepción de que la sangre se vaciaba de su cuerpo, como si se estuviera marchitando en la oscuridad. La aparición se hizo más alta y más ancha en torno a los hombros. Su rostro se alargó igualmente, con rasgos severos e imperiosos. Los revueltos rizos de su

madre desaparecieron, recogíendose en un moño prieto detrás de la alta frente.

En lugar de la túnica sencilla y holgada de su madre, esta mujer llevaba un elaborado y voluminoso vestido rígidamente ceñido a su cuello y su cintura.

María Estuardo estaba ante ella, pero esta vez no como un fantasma, sino como la mujer de carne y hueso. A la luz de los globos proyectaba una sombra

contundente y definida sobre el suelo de las catacumbas. Su respiración era fuerte y un poco forzada, emergiendo en nubes calientes e irregulares. Parecía envejecida.

Antes de que Alyce pudiera dar un paso atrás, dos manos revestidas de cuero

agarraron sus hombros por ambos costados, y cuando trató de zafarse de ellas, vio aquel pico largo y feo sobre su hombro y los vidriosos ojos inánimes en el

otro extremo. Su antorcha cayó por tierra. El otro cazador de brujas salió de entre las sombras, y entonces, completando el grupo, vio al doctor Dee, cerniéndose sobre el hombro de María.

Estaba atrapada. Entonces escupió toda la bilis acumulada en su interior.

—Vos, cobarde despiadada —espetó.

María Estuardo rio.

—Sí, un truco barato. Perdonadme, pero pronto veréis a vuestra madre real.

Cumpliré mi parte del trato.

—No había ningún trato.

—Sí, soy consciente de ello. Una lástima tremenda, porque tendremos que mataros en consecuencia. Pero incluso así mantendré mi promesa: os traeré a

vuestra madre.

—¡No! No quiero...

Alyce hizo esfuerzos por soltarse de la garra del hombre-cuervo, pateando la tierra con las suelas de sus zapatos. Miró desesperada de un nicho al otro, a lo que supuso eran los restos de los experimentos del doctor Dee. Cada cual parecía

el puesto de un carnicero. Reunidos en torno a los bancos se hallaban los mismos

tipos de instrumentos y libros que había visto en su casa de Mortlake.

La idea de que pudieran traer de vuelta a su madre como eso —una criatura, un monstruo como el hombre de la máscara— la aterró más que cualquier otra

cosa.

—¡Chitón, Alyce! —dijo María—. No es lo que pensáis.

A medida que la reina de los escoceses se acercaba a ella, Alyce pudo ver mejor las líneas y fisuras de su piel grisácea. No solo parecía envejecida, parecía medio muerta.

—Soltadme. —Oyó que las mangas de su saya se desgarraban al retorcerse, los dedos del hombre imprimiendo cardenales por ambos brazos.

—No hasta que tú y tu madre os hayáis reunido. No falta mucho.

—¿Por qué? —gritó Alyce, que notó que le escocían los ojos de nuevo —.

¿Por qué yo?

En la escalera, detrás de ellos, se oyeron unas pisadas provenientes del sótano

de la Torre. María ignoró su pregunta y pasó por delante de ella para recibir a los intrusos. Alyce fue forzada a volverse de cara a la puerta que la había llevado a

las catacumbas.

Las pisadas se hicieron más fuertes, más apremiantes. Eran dos personas, o eso parecía, aunque el eco impedía distinguirlo bien. Alyce forzó los ojos para ver en la penumbra.

Una silueta se materializó en un sencillo vestido blanco, cuyo rostro era casi del mismo color, coronado por una maraña de cabellos cobrizos. Detrás de ella

había un hombre alto con una capa de viaje, espada en mano. El doctor Dee se

retiró a las sombras, con una expresión más de vergüenza que de miedo.

—Bienvenida, Majestad —dijo María, haciendo una reverencia burlona—.

Qué agradable coincidencia. Llegáis justo a tiempo.

Isabel no apartaba los ojos de Alyce.

—Entregadla, María.

Era la misma voz melancólica que Alyce recordaba de la noche de Bedlam. Si

les hubiera seguido el juego entonces, podría haberse ahorrado todo esto.

—Siento no poder hacerlo, Majestad. Cuando una ha estado encarcelada injustamente durante casi diez años, se vuelve menos propensa a negociar.

—Os he tratado justamente. Os he consentido. Os he permitido, tonta de mí,

que siguieseis practicando vuestra brujería, aunque puedo ver que está más corrompida que nunca. —Clavó una breve mirada en el doctor Dee—. Soltad a

Alyce y podremos hablar.

—El tiempo de las charlas ha pasado, Majestad. Para nosotros al menos. Entre

vos y Alyce, en cambio, queda mucho que decir.

—María...

—De hecho, ahora sería un buen momento. La chica acaba de preguntarme:

«¿Por qué yo?». —Se volvió hacia Alyce—. ¿A que sí? Es una pregunta muy buena. Quizá podríais responderla, Majestad. ¿Por qué ella? ¿Por qué es tan especial?

Isabel se quedó petrificada. La mirada de Raleigh se desvió de una cara a la otra, la punta de su espada vacilante ante la incertidumbre.

—¿Por qué habéis bajado aquí sin los guardias de la Torre, Majestad? Habría sido fácil intimidarnos. ¿Por qué no querríais que nadie más estuviera aquí?

—No la escuchéis, Alyce —murmuró Isabel—. Sus palabras son veneno.

—¿No será porque no queréis que nadie más os vea reunida con vuestra hija ilegítima?

Silencio.

—Ahí lo tenéis —dijo María, satisfecha—. Os dije que os traería de vuelta a vuestra madre, ¿a que sí, Alyce? Y no he tenido que hacer uso de mis artes ocultas para ello.

XXVI

Una vez, cuando vivía en Fordham, Alyce cayó a un pozo. No es que se cayera, la empujaron; fue el hijo de un aldeano, cuando ella se inclinaba para recoger el cubo. Seguía teniendo pesadillas del accidente: el agua fría como un

témpano, las resbaladizas piedras negras que la rodeaban y reducían el cielo a un

minúsculo ojal de luz. El cacareo de los chicos sobre su cabeza.

En estos momentos sentía lo mismo. El mismo frío, la misma oscuridad.

Ahogándose en el aire, aspirando una bocanada de aire y otra y otra, con la sensación de que sus pulmones nunca se llenarían.

—¿Es verdad? —murmuró.

—Alyce...

—Sois la Princesa Bastarda de Inglaterra —interrumpió María—. ¿Os gusta el

título?

—Escuchadme, Alyce. Solo quería manteneros a salvo —dijo Isabel.

—Entonces es verdad.

Isabel la miró con tristeza.

—Sí.

El mundo se derrumbó un poco más. Alyce sintió que se estaba alejando de sí misma. Su vida entera, una ficción.

—¿Por qué? —Fue todo lo que se le ocurrió decir. Sabía cuán patético

sonaba.

María volvió a reír.

—¡Otra buena pregunta! Parece despiadado, estaréis de acuerdo, renunciar a tu propia hija. Pero no os preocupéis, princesa. Vamos a darle a vuestra madre la

oportunidad de redimirse, de demostrar cuánto os quiere. ¿Maese Hopkins?

Se volvió e hizo una seña al cazador de brujas, que estaba en pie detrás de ella. El hombre que ya debiera estar muerto desenvainó su espada y apoyó la gélida hoja contra la garganta de Alyce. Esta vio como los dedos de Raleigh rozaban nerviosamente la empuñadura de su arma.

—Me pregunto si esta vez preferirá su reino a su hija —dijo María.

Por un instante, los labios secos de Isabel se movieron, pero sin emitir ningún sonido. Luego, dijo al fin:

—No puedes ser reina, María.

—Pues entonces la chica morirá.

Alyce tragó saliva y notó la punta de la espada en su piel al moverse. Sin embargo, no era miedo lo que sentía. Una furia silenciosa, desesperanzada, burbujaba desde su ombligo. «Hija.» La palabra parecía insignificante.

—No, me malinterpretáis —dijo Isabel—. Aunque estuviera dispuesta a cederos el trono esta misma noche y por voluntad propia, no podréis ser reina.

Vuestros súbditos, mis súbditos, no os aceptarán si les reveláis vuestra verdadera naturaleza. No habrá una reina bruja, María. Es una locura.

—Vos podríais haber sido esa reina —siseó María—. Pero mirad en qué os habéis convertido. Negáis quién sois. Lo ocultáis al mundo, como hice yo.

Receláis tanto de vuestra propia especie que me encerrasteis a mí, y a vuestro consejero más íntimo lo enviasteis a las entrañas de la tierra para que realizara sus investigaciones en la oscuridad.

—Lo que vos y el buen doctor practicáis no es brujería, María. Es una abominación. Una corrupción de todos nuestros saberes.

—«Nuestros» —rio María—. ¿Quién es ese «nosotros» del que habláis? La mayoría de nuestra especie os odia, Bess, porque no hacéis nada por los nuestros. Es como si el Aquelarre no existiera. Yo devolveré a los nuestros al lugar que nos corresponde.

—El lugar que corresponde al Aquelarre es la oscuridad. Allí es donde pertenece.

—¿A la oscuridad? ¡Escuchaos, Bess! Podríais ser la mujer más poderosa en la tierra. ¿No estáis cansada de todo esto? ¿Los pretendientes, los matrimonios concertados, los consejeros que os hablan como si fueseis una niña estúpida?

¿Viviendo vuestra vida como el peón de unos hombres ambiciosos? ¿No estáis

cansada de fingir que sois débil?

—Así es como deben ser las cosas. Así es como siempre han sido.

—Entonces estáis condenada. Yo ya he pasado suficiente tiempo siendo esa clase de reina. Siendo esa clase de mujer. Toda mi vida he estado rodeada por otros que se han conjurado, incansablemente, para utilizarme para sus fines. Mi

propio hijo conspira contra mí. Entretanto, todos los seres que siempre amé han

muerto o fueron asesinados. Esposos, tíos, padres. Y se supone que no debo hacer nada, que debo permanecer en la «oscuridad», como tan sabiamente

aconsejáis. Pues bien, no pienso sufrir más. Mostraré al mundo a una reina que

es fuerte de verdad. Mostraré a mi pueblo que puedo domeñar a la Muerte. Y me

amarán y me temerán por ello.

Los entumecidos músculos de Alyce le gritaban. Junto con la rabia que sentía

por la reaparición de su «madre», se dio cuenta de que las palabras de María la

convencían, y no poco, lo mismo que aquel día en casa del doctor Dee. ¿Por qué

debían obligarles a vivir en las sombras? ¿Por qué debían aceptar la muerte tan

alegremente, si tenían el poder de controlarla?

—Os temerán —repitió Isabel—. Sí. De eso se trata, ¿no es cierto? Así es como garantizaréis la obediencia de vuestros súbditos. Cogereis su temor a la muerte y lo reemplazaréis por su temor a vos; temor a que no les ofrezcáis vuestra ayuda, a que no salvéis de la muerte a sus seres queridos. O, acaso,

¿temor a que sí lo hagáis? ¿Es también así como pensáis reinar?

¿Aterrorizando

a vuestros enemigos con visiones y visitas del Otro Lado? ¿Me acerco a la verdad?

La cabeza de Alyce daba vueltas. «Visiones y visitas» sonaba demasiado a lo

ocurrido en el Gran Salón, en el patio de El Cisne, en el muelle del Támesis.

No

había duda de que había aterrorizado al hombre que quiso robarle. Y se había sentido orgullosa de ello. Entonces, ¿de qué lado estaba ella?

María sonrió.

—Parecéis celosa, Bess. Cómo no estarlo, viendo cuántos enemigos os rodean. Viendo cuánto os odian.

—Entonces tengo razón. Por supuesto. La necromancia será tanto la recompensa como el castigo. Cuánto ingenio. Y, supongo, vuestros seguidores administrarán esta justicia, ¿cierto? ¿Sosteniendo vuestro imperio del miedo?

—Nuestra especie tendrá el poder que le corresponde por derecho. El poder que vos les negáis.

—¿Y qué hay de las brujas que no compartan vuestra visión?

—No habrá lugar para vosotras aquí.

—Ya veo. ¿Y qué hay de vuestros enemigos en el extranjero? ¿Enviaréis a brujas a que combatan por nosotros? ¿Conjuraréis a un ejército de muertos para

que nos defiendan cuando invadan nuestras costas?

—Si es necesario.

Por primera vez, Alyce entrevió el panorama completo, espeluznante, de lo que María era capaz de hacer. Y luego, algo más aterrador: lo que Alyce misma

era capaz de hacer. «Un ejército de muertos.»

Isabel rio y miró a María, reina de los escoceses, con una mirada que a Alyce le pareció compasiva.

—Escuchaos, María. No sois estúpida. Sabéis dónde acabará todo esto.

Ambas lo sabemos. Aparte de la opresión, aparte del miedo, aparte de convertir

mi reino en una tiranía, hay algo mucho más grande en juego, y no sois capaz de

admitirlo.

Por una vez, María guardó silencio.

—No podéis doblegar a la muerte —dijo Isabel—. Nadie puede. La muerte os

doblegará a vos, si no lo ha hecho ya. Cada vez que convocáis a los muertos, acercáis un poco más nuestros mundos, cuando nuestro propósito debería ser mantenerlos aparte. Cada uno de vuestros negros sortilegios abre un agujero en

el velo que nos separa. Ahora intentad imaginar vuestro glorioso reino: cientos, miles de brujas coqueteando con la necromancia que apenas entienden, trayendo

muertos al mundo por puro capricho, todas las horas de todos los días. ¿Pensáis

realmente que todas ellas podrán controlar las cosas que convocan? ¿Pensáis que

podrán devolverlos al lugar de donde vienen? ¿Pensáis que vos seréis capaz?

¿Qué sucederá con vuestras legiones de muertos cuando ya no sepáis cómo usarlos? Conocéis lo que hay en el Otro Lado, María. Y no son solo los espíritus

de los muertos. Hay cosas más antiguas, más poderosas. Os usarán a vos.

Abriréis las puertas de la muerte y les invitaréis a que nos devoren.

De nuevo, a Alyce se le removieron las tripas mientras escuchaba. Esto era

una buena descripción de lo que ella había estado haciendo todo este tiempo.

Abrir las puertas. Invitar a los muertos. Quisiera o no.

María suspiró.

—Estáis hablando de cosas que posiblemente no alcanzáis a entender. Qué triste, de verdad. Qué ignorante sois. Qué tibia. Podríamos haber gobernado juntas, vos y yo, Bess. Lo consideraré en su momento. ¿Cómo os llamaba? ¿Mi reina hermana? Pero mirad donde estamos ahora. —Emitió una risa hueca—. Lo

gracioso es que, si contarais siquiera con la mitad de mi destreza, si hubierais leído siquiera un puñado de páginas del *Necronomicón*, esta situación no os importaría lo más mínimo. Podríais revivir a vuestra hija en un suspiro.

—Decidle a vuestro hombre que baje la espada —dijo Isabel.

—No. Necesito ciertas garantías por vuestra parte.

—No puedo simplemente entregaros el trono como si estuviera vendiéndooos un caballo.

—Lo cierto es que sí podéis.

En los oídos de Alyce, diferentes voces empezaron a ahogar lentamente la amarga conversación. Los muertos poblaban cada rincón de las catacumbas, siglos de almas sepultadas. Su última morada probablemente precedía a la propia

Torre, cientos, miles de años. Y el hecho de que Alyce tenía buenas probabilidades de unirse a ellos en breve, con un tajo en la garganta, aguzó especialmente su percepción. Era como si pudieran oír sus preocupaciones.

Lóbregas y fluidas siluetas iba y venían a la luz de las velas, rodeándola a ella y a las dos reinas como un público inquieto y cuchicheante.

—No vamos a discutir ningún término hasta que vuestros hombres suelten a mi hija. —La voz de Isabel era vaga y acuosa.

Los espectros eran más visibles que en otras ocasiones, estaban más presentes que en El Cisne, en el escenario de Vitali o en el Gran Salón durante la obra.

Más que eso: Alyce sentía que los conocía, que conocía sus vidas, que podría escoger a ciertos individuos de entre los muertos y hablar con ellos. Y, estaba segura de ello, si les hablaba la escucharían. El Otro Lado estaba aquí, en derredor, a sus órdenes. Las advertencias de la reina Isabel parecían inútiles, e inciertas.

Alyce tomó una decisión. La única salida a este atolladero pasaba por la ayuda

de los muertos; de lo contrario, pronto engrosaría sus filas. Tenía que abrir las puertas.

Cuando habló, la fría hoja rasgó la piel por debajo de su mandíbula. Las palabras no sonaron como si fueran suyas. Su voz era profunda y antigua, como

si viniese de otro lugar y otro tiempo. Las sombras se congregaron y dispersaron

como una bandada de aves, y entre las formas fugaces pudo ver las expresiones

de sorpresa de Isabel y Raleigh, y de horror en María.

Los muertos escucharon a Alyce y obedecieron. A un tiempo, la negra marea se abalanzó sobre Hopkins, lamiéndolo como el fuego. Desde la empuñadura, en

lo alto, su espada se convirtió en orín y luego en cenizas, y se desplomó entre los pies de Alyce. Antes de que Hopkins comprendiera lo que estaba sucediendo, Raleigh dio un salto hacia delante y clavó su espada con precisión, casi con delicadeza, entre las costillas del hombre. El cazador de brujas gruñó y se desplomó en el suelo, entre las cenizas de su arma.

Alyce quiso hablar de nuevo, pero sintió los dedos largos e inhumanamente fuertes del hombre enmascarado rodeando su cuello, apretándole la tráquea. Con

la otra mano agarró la espada de Raleigh por la hoja, y Alyce pudo ver que esta

cortaba el cuero de sus guantes, y luego la carne, pero eso no impidió que se la arrancara a su dueño de la mano y la tirara a un lado.

María huyó.

—Traed a la chica —gritó.

Luego desapareció por uno de los túneles de las catacumbas, con el doctor Dee a su lado.

La visión de Alyce se volvió gris y borrosa y luchó por respirar. Desarmado,

Raleigh bajó su hombro y arrastró al hombre enmascarado a uno de los nichos de

la pared, esparciendo por el suelo los restos de uno de los experimentos del doctor Dee. El hombre enmascarado trató de asir desesperadamente los afilados

instrumentos quirúrgicos de la mesa, pero Raleigh cogió uno de los rutilantes globos alquímicos y golpeó la cabeza de su adversario formando una lluvia de vidrio y fósforo. El gigante pico negro calló a un lado y ya no volvió a levantarse.

La reina Isabel no salió en busca de María o del doctor Dee. Por el contrario,

permaneció extrañamente quieta. Comenzó a murmurar algo para sí y a continuación se arrodilló y dibujó un círculo grande en el polvo del suelo de las catacumbas.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Alyce masajeándose la garganta.

—Voy a ir a por ella —dijo la reina.

Dibujó varias runas alrededor del círculo con el dedo, y siguió canturreando.

La figura entera brillaba al rojo vivo, como si la hubieran marcado en la tierra con hierro candente.

Alyce la observó mientras preparaba tranquilamente su huida, y chilló en algún punto de la boca del estómago. Tenía ganas de escupir.

—¿Abandonándome otra vez, no es eso?

—Por favor, Alyce. —Isabel se volvió para mirarla. Tenía un aspecto tan cansado y lamentable que la furia de Alyce flaqueó por un momento—. Quedaos

aquí. Esperadme.

Luego entró en el círculo, que se la tragó entera. Las runas perdieron vida y se

enfriaron, y la reina desapareció, a saber dónde. Alyce se dijo que le traía sin cuidado.

De pronto se oyeron otros arañazos, esta vez detrás de ella. Y un gruñido.

Alyce dejó de mirar el círculo mágico y se volvió. Hopkins se había puesto de

rodillas con gran esfuerzo. No estaba muerto, por supuesto. Para empezar, no

había estado vivo.

Alyce salió corriendo. No solo para alejarse de Hopkins o de María, sino de todo y de todos. Quería salir de las murallas de la ciudad, hasta alcanzar el mar, y más allá. No quería estar en ningún sitio.

La voz de Raleigh resonó detrás de ella, pero no hizo caso y subió de un salto los húmedos peldaños de piedra que conducían a la Torre.

La escalera se le antojó diez veces más larga en la dirección contraria. Las piernas le quemaban y la cabeza le daba vueltas mientras subía la interminable

espiral, y solo las sonoras pisadas de las botas de Hopkins detrás de ella impidieron que chocara contra los limosos muros. Todo se había vuelto tan pesadillesco, tan irreal, que consideró con bastante sosiego la posibilidad de que la escalera no terminara nunca y que ella y Hopkins siguieran persiguiéndose en

círculos hasta la eternidad.

De súbito, un cuadrado de luz roja sucia penetró la oscuridad sobre su cabeza.

Había llegado a la trampilla. Empujó su cuerpo por ella y subió al sótano de la

Torre, agradecida del breve descanso que podía darle a sus piernas. Se sacó una

piedra afilada de la suela del zapato y reemprendió la huida, subiendo las escaleras de la planta más baja de la Torre y alcanzando la salida.

Estaba bloqueada. Vio a dos de los alabarderos repantigados y obviamente aburridos en el arco, los bordados de oro de sus rojos uniformes relucientes a la

luz de la antorcha. Entre sus hombros Alyce pudo distinguir las almenas exteriores de la Torre y el violeta oscuro del cielo nocturno, a punto de

alborear.

Los guardias oyeron sus jadeos y, cuando se volvían para investigar, ella se coló entre ellos, haciendo chocar sus alabardas contra la cantería de la puerta con

gran estrépito. Alyce aterrizó perdiendo el equilibrio y se desplomó por las escaleras de piedra que daban al patio inferior.

—¡Eh! —tronaron los guardias persiguiéndola—. ¡Vuelve aquí!

Alyce se frotó el torcido tobillo y cruzó el patio cojeando hasta el jardín exterior. Después de unos dolorosos pasos, el sonido de los guardias detrás de ella cesó repentinamente. Alyce se volvió. Ambos estaban cuerpo sobre cuerpo

en los escalones y Hopkins pasaba por encima de ellos, daga en mano.

Su tobillo envió una descarga de dolor a través de su cuerpo cuando intentó correr. Avanzó un par de pasos más de un brinco, gimió y cayó sobre la paja y el

estiércol entre las baldosas. El avance de Hopkins era lento, meditado, como el

de un lobo. Seguía apretándose la herida que Raleigh le había causado.

Más guardias corrieron junto a los muros y aparecieron por las puertas, alertados por el alboroto. Pero entre sus gritos y pisadas se oyó otro ruido. Un graznido y un aleteo de plumas.

En la esquina del patio un cuervo picoteaba en la tierra, aparentemente ajeno a

la escena. Extendió sus alas y se acercó a Alyce dando saltitos, levantando la hierba y la grava con su pico. Entonces apareció otro cuervo, detrás de Hopkins

esta vez, y lo observó con ojillos brillantes y curiosos. Llegaron dos más, y

después media docena, graznándose unos a otros. Solo cuando otro cuervo más

descendió desde lo alto uniéndose a ellos, Alyce levantó la vista y vio las murallas y las torres completamente orlados de negros cuerpos plumados, de cientos de ellos, muchos más de los que había visto a su llegada con Raleigh.

Estaban allí posados simplemente, observando en silencio, sacudiendo de vez en cuando sus lustrosas cabezas.

Hopkins miró a Alyce y luego a las hileras de pájaros que escudriñaban cada uno de sus movimientos. Entonces se echó a reír, se cambió la daga de una mano

a la otra y se abalanzó sobre ella.

Los cuervos atacaron en coro. Una forma desgredada cayó en picado desde el cielo contra su rostro y graznó, aplastándolo a un lado. Otro se plantó en su cogote. Y luego otro, y otro. Hopkins se tambaleó hacia atrás, hostigado por picos y garras en todos los frentes, el sombrero barrido de su cabeza, la gorguera hecha jirones.

Una oleada tras otra de negras alas desbordaron las almenas de la Torre, hasta que fue imposible seguir viendo al hombre entre tantas plumas, y aún más imposible seguir oyendo sus gritos entre tantos graznidos. Incluso después de haber caído al suelo y de que la salvaje agitación de sus miembros hubo cesado,

el enjambre siguió revoloteando a su alrededor y encima de él, tirando de él como una sola entidad.

La tormenta amainó gradualmente y los cuervos emprendieron el vuelo, girando sobre los restos del cuerpo de John Hopkins en un arco lento y ancho.

Lo habían despedazado prácticamente. Luego volvieron a sus puestos en las almenas y aguardaron, atentos a cualquier sonido, graznando entre ellos.

Todos salvo uno, que se posó en el torso del hombre y se volvió para mirar a

Alyce con ojos desparejados, uno negro, el otro blanco. Hincó el pico en su desnudo cuello, como para cerciorarse de que estaba muerto, y luego batió dos

veces las raídas alas y se posó volando sobre el hombro de Alyce.

Permaneció ahí encaramado mientras los alabarderos le ataron las manos y la

alejaron. Cuando Alyce miró a los guardias a los ojos, pudo ver que tenían más

miedo de ella que ella de ellos.

XXVII

Al principio Alyce pensó que había vuelto a Bedlam. Su celda tenía los mismos cuatro muros mugrientos, el mismo techo opresivamente bajo, la misma

portezuela de madera por cuya mirilla parecían espiarla, incluso si no había nadie al otro lado.

Delante de ella había una silueta blanca y reluciente. Un ángel, venido para liberarla de su prisión, o acaso para enviarla al Infierno. Estaba muerta, decidió Alyce. O era un sueño. El ángel desprendía un aroma ahumado y picante que encontró turbador, y no particularmente agradable.

Solo cuando el ángel intentó levantarla del suelo y el dolor estalló en su tobillo, comprendió que estaba muy viva, y muy despierta.

—Vale, podéis quedaros aquí si así lo deseáis, Alyce —dijo una voz que no sonó nada angelical.

El mundo se hizo más nítido y, con él, el rostro de un hombre joven.

—¿Solly? —dijo sin pensar.

—Me temo que no —dijo Walter Raleigh—. Vamos, arriba. —Alyce se agarró

a él para estabilizarse—. Cuidado, este es mi jubón favorito.

Alyce salió de la celda de la prisión cojeando a su lado. No había prestado atención adónde la habían llevado los guardias, y cuando salió de la escalera a la luz del día, nada le pareció familiar. El sol no llevaba levantado más de una hora, pensó. Todo dentro del patio interior tenía un aura neblinosa, apagada, como si la fortaleza entera —edificios y residentes— siguiera adormecida. Un puñado de cuervos picoteaban en el rocío en busca de su desayuno.

Entraron en la Torre Blanca y volvieron sobre sus pasos hasta los aposentos de Isabel. En el camino, todos los extraños retazos de la víspera se le vinieron encima a Alyce.

—En el futuro —dijo Raleigh cuando se detuvo a abrir la puerta de los aposentos—, si os digo que cerréis con llave la puerta, la cerráis.

Alyce se miró los pies cubiertos de ampollas y asintió con un vago

arrepentimiento. Entraron en la resplandeciente alcoba y Raleigh cerró la puerta

detrás de ellos.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está todo el mundo? ¿Dónde está...? —Hizo una

pausa—. Mi madre. —La palabra sonó extraña en sus labios, como una lengua

extranjera.

—Hemos apresado al doctor Dee. Nuestro amigo enmascarado está ahora en el fondo de una fosa, junto con los restos de maese Hopkins.

—Y están definitivamente...

—Muertos, sí. Ni siquiera María Estuardo sería capaz de volver a juntar sus pedazos.

Alyce entornó los ojos.

—¿Y ella dónde está?

Raleigh suspiró.

—María se nos escurrió de las manos. Estas catacumbas son interminables.

Isabel, tu madre, está contactando a nuestros espías. Se ha visto obligada a regresar a Whitehall. Os envía sus disculpas, de nuevo.

—¿Sus disculpas? —dijo Alyce—. ¿Se piensa que eso es todo lo que quiero de ella?

—No. Alyce, tratad de comprenderla, está en una posición muy difícil. En una

posición imposible.

—¡Qué lástima me da!

—Intentad no ser demasiado dura con ella...

Alyce no hizo caso de sus torpes intentos diplomáticos.

—¿Cómo me habéis encontrado? ¿Cómo sabíais dónde estaba?

Fue el turno de Raleigh de mirarse los pies.

—Vuestro amigo... ¿Cómo se llama?

—¿Solomon? —Algo se encendió en su interior al oír su nombre, una calidez

que había estado ausente toda la noche.

—Hopkins y Caxton... lo interrogaron para descubrir dónde os habíamos llevado. Emplearon métodos violentos.

La calidez se esfumó tan pronto como había llegado.

—¿Está bien? —preguntó.

—Intentó avisar a Isabel de que los cazadores de brujas venían a buscaros pero sus guardas perdieron mucho tiempo. No le dejaban hablar con ella. Isabel

por fin salió de sus aposentos para ver qué era todo aquel jaleo y solo tuvo tiempo de contarle lo sucedido antes de desmayarse.

—¿Está bien o no? —repitió.

—No está muy bien —dijo Raleigh. Cuando se ponía serio, su rostro tenía una

expresión extraña, como si no fuera con su carácter—. Ha soportado mucho por

vos, es un milagro que llegara hasta Isabel. Después lo trajimos aquí, pero tuvimos que dejarlo para ir en vuestra búsqueda.

—¿Puedo verlo? —preguntó Alyce, respirando con dificultad.

Raleigh asintió. Se deslizó por el pasaje detrás del tapiz y ella lo siguió a la alcoba privada de Isabel. La puerta estaba levemente entreabierta. Pudo ver por

la rendija que habían encendido de nuevo el brasero, y la estancia estaba roja como una fragua.

Había dos personas dentro. Una era Solomon, tendido sin camisa sobre un banco, la piel blanca como el mármol. Alyce no habría sabido decir si vivo o

muerto.

La otra persona era el doctor Dee, atado a una silla, el rostro pálido y demacrado.

—Raleigh, escuchadme —dijo. La barba le temblaba—. María... la bruja. Ella

me obligó, me nubló la mente. Tiene sus métodos de coerción. No tuve elección.

—Cerrad el pico, canalla. —Raleigh ni siquiera se dignó a mirarle—. Ya habrá tiempo de hablar después. Estoy seguro de que vuestra nueva reina no se marchó sin decirnos adónde pensaba ir.

Alyce se detuvo junto a Solomon y apoyó una mano en su frente febril y empapada de sudor. Los cortes y las contusiones en su cuerpo parecían

especialmente vivos en contraste con la palidez de su piel. Sus ojos estaban más

hundidos y negros que de costumbre; un débil parpadeo era el único signo de que seguía vivo.

No podía soportar mirarlo, pero incluso cuando se alejó pudo oír su débil respiración. Tenía que haber algo que pudiera hacer. Después de todas las veces

que él la había salvado, en estos momentos todo lo que ella podía hacer era secarle la frente. Si no hubiera sido por ella, el chico seguiría con Sussex's Men

—bromeando, bebiendo, brindando por las semanas venideras en los caminos —.

Todo era culpa suya.

Dee se retorció entre las cuerdas.

—Hija, escuchadme. Yo puedo ayudarle. Curarle. Dejadme que os lo demuestre.

—Ya conocemos vuestras artes sanadoras —dijo Raleigh—. No sois más que un profanador de tumbas.

—Necesito ver qué hierbas tiene Isabel... —dijo Alyce acercándose a los tarros y a las botellas que había estado examinando la víspera—. Puede que tenga algo que nos resulte útil.

Se devanó los sesos recordando todas las lecciones sobre hierbas que su madre

le había enseñado. No, ya no era su madre; solo «Ellen» en adelante. Pero la revelación sobre su verdadera madre solo había conseguido que extrañara más a

su madre adoptiva.

Cerró los ojos un momento e intentó concentrarse. «Solly —se dijo—. Piensa en Solly, ahora.» Encontró cardo, milenrama y vara de oro. Ninguna tela de araña, sin embargo. Sus dedos temblaban mientras rebuscaba entre los suministros de Isabel.

Detrás de ella, oyó que el doctor Dee reía con desdén.

—El chico está a las puertas de la muerte, hija. Un puñado de hierbas secas no le hará ningún bien.

Raleigh le dio un puñetazo en la cara, pero eso no hizo que sus palabras fueran

menos mordaces. En algún rincón de su interior, la voz de Alyce le decía lo mismo: «Esto no va a funcionar». Y si no funcionaba, ¿entonces qué?

—El *Necronomicón*, Alyce —dijo el doctor, escupiendo sangre—. Sé que lo tenéis. ¿Por qué fingir que no os tienta? Podéis elegir salvarle, aquí y ahora. O

podéis elegir ser débil e ignorante, como vuestra madre.

—Una palabra más y... —dijo Raleigh apretando el puño alrededor de la empuñadura de su espada.

—Mis notas. He escrito un *commentarium* completo que acompaña al libro negro. Lo explica todo. Si dejáis que vaya a buscarlo a las catacumbas.

—Ya es suficiente.

Pero la amenaza de Raleigh fue súbitamente interrumpida. Los tres se

volvieron cuando la puerta de los aposentos se abrió por completo y una ráfaga

de viento avivó las llamas fuera del brasero. El estruendo del picaporte de hierro de la puerta contra la pared vino seguido de un gruñido largo y gutural, que no se parecía al de ningún animal que Alyce hubiese oído jamás.

Todos se volvieron a una. Era Caxton, o lo que quedaba de él. Su atuendo seguía chorreando, como si acabase de escaparse del foso de la Torre. Había perdido las botas, y uno de sus guantes de cuero, así como la máscara. Su cabeza

estaba más destrozada que cuando lo habían visto en el mercado de Newgate.

Apenas quedaba un trozo de carne en su rostro.

—Tú... —fue lo único que Raleigh alcanzó a decir.

El monstruo avanzó dando tumbos a través de la estancia y alargó su mano desnuda como una garra hacia el cuello de Alyce, pero antes de que ella pudiera

dar un paso atrás, Raleigh ya estaba ahí, con la espada en alto sobre su cabeza.

Caxton la cogió y la partió en dos. Luego volteó una de las mitades y golpeó a

Raleigh en la sien con la empuñadura, lo cual lo hizo tropezar contra la silla donde el doctor Dee estaba atado, golpeando a su ocupante contra el suelo.

De nuevo, Caxton arremetió contra Alyce. Ella se escurrió hacia atrás, donde estaba el brasero, e intentó darle con el atizador que estaba enterrado en el fuego; no acertó el golpe, pero con el gesto arrojó cenizas calientes sobre el rostro desenmascarado del hombre. Aprovechando el momento de aturdimiento,

Raleigh se levantó tambaleándose sobre un brazo y le embistió. Lo lanzó contra

la mesa, cuyas patas se partieron en el choque.

Ambos hombres se agarraron mutuamente por la garganta, Caxton emitiendo un silbido nasal horrible y húmedo mientras Raleigh lo paralizaba contra la ventana de la habitación. El rostro de Raleigh se tornó rojo como la remolacha, y

pronto se hizo evidente que, por más que lo estrangulase, el malvado no aflojaría

su garra.

Alyce comprendió lo que tenía que hacer. Cogió el atizador y lo arrojó, no contra Caxton, sino contra la ventana detrás de él, despidiendo fragmentos de oscuro cristal sobre las baldosas del patio. Luego golpeó los brazos del hombre,

hasta que Raleigh pareció capaz de volver a respirar.

Caxton arremetió contra ambos, arañándoles las ropas y las caras, mientras lo

elevaban hacia el arco abierto. Raleigh seguía apresándolo por la garganta con una mano, mientras que Alyce le cogió una pierna a la altura de la rodilla.

Incluso con medio cuerpo fuera, la cabeza y los hombros suspendidos en el aire,

seguía aferrándose a los bordes salvajemente afilados de la ventana rota.

Alyce le machacó los nudillos con el atizador una vez más, y Raleigh le levantó la otra pierna. Entonces Caxton desapareció, cayendo desde lo alto de la

Torre Blanca contra las piedras del patio. No lo vieron chocar sobre el suelo, pero lo oyeron.

Se asomaron a la ventana. Caxton yacía en tierra, acurrucado como un animal dormido, y no se movía. Los cuervos vigilaban y graznaban, y los guardas llegaron corriendo por el patio.

Alyce y Raleigh se miraron, demasiado cansados y horrorizados para hablar.

Volvieron a la estancia y gruñeron.

La silla caída estaba vacía. El doctor Dee había huido.

XXVIII

La noche había caído cuando Raleigh volvió. Se quitó el sombrero y se hundió

en la silla a la que habían atado al doctor Dee. De algún modo, durante la confusión del día, había encontrado tiempo para cambiarse de ropa, que era tan

elegante como siempre pero no ocultaba el cansancio y la fatiga.

—Ninguno de los guardas lo vio salir. Si bajó a las catacumbas, ya andará

lejos. Están peinando el exterior de las murallas de la ciudad. Así es como pasó

clandestinamente a María.

—¿Y su casa en Mortlake? —preguntó Alyce.

—Está medio en ruinas. Y sabe que no debe acercarse por allí. Tenemos a un hombre vigilándola.

Alyce recordó de pronto a la madre de Solomon.

—¿Había alguien más allí? ¿En la casa?

Raleigh la miró perplejo.

—¿Como quién?

—Como... ¿una mujer? O el cuerpo de una mujer.

—No había más que libros y documentos destrozados. Y una jaula. Sin nada dentro.

—Oh.

Ahí terminaba todo, pues. Nunca sabrían dónde la habían enterrado. O si la habrían enterrado siquiera. Alyce miró a Solomon y colocó el dorso de la mano

sobre su boca. Su respiración era casi imperceptible. Las cataplasmas no habían

dado ningún resultado. Sin embargo, quedaban otras cosas por intentar.

—Encontré esto —dijo Raleigh, entregándole un trozo de pergamino doblado, con gotas de lluvia, y sucio de polvo y ceniza. Alyce lo abrió. Apenas era legible, pero aún podía distinguir la caligrafía redonda de su

madre. La carta.

—La había olvidado —dijo, sin poder creerse del todo que era el mismo objeto que había llevado consigo todo el camino hasta Londres y rescatado de Bedlam hacía tantos meses. Intentó alisar sus esquinas y miró a Raleigh—.

Gracias. Es lo único que tengo de ella.

Ambos miraron la carta en silencio.

—¿Qué dice? —preguntó. Nunca lo sabría. En el fondo, una parte de ella no quería saberlo. Una parte de ella sabía cuánto le dolería.

Raleigh pareció sorprendido.

—No soy un experto en el Habla Antigua, Alyce.

—Pero ¿podéis entenderla?

—Lo suficiente.

—¿Y bien?

La miró afligido.

—¿Estáis segura? La carta no tiene mucha importancia, ya no...

—¿Que no tiene importancia?

El rostro de Alyce enrojeció. Raleigh supo que había metido la pata.

—Muy bien —dijo, y le arrancó el pergamino de la palma de la mano—. No entiendo todas las palabras, pero más o menos dice lo siguiente: «*Ellen del Aquelarre al doctor John Dee. Quizás el cuervo ya os haya encontrado. Lo peor*

ha caído sobre nosotras. Voy al encuentro de Nuestra Dama de la Muerte...». —

Raleigh la miró y la chica asintió para que continuara—. Después de esto hay algo ilegible y luego dice: «*Os he enviado a Alyce. Cuidad de ella con el amor de un padre, hasta que pueda ser devuelta a su madre*». Y al final...

Hizo una pausa.

—¿Y al final qué?

—Al final dice: «*Imploro el perdón*».

Alyce notó que le brotaban las lágrimas, pero estaba demasiado cansada para llorar. Demasiado cansada para enfadarse. Recuperó la carta y escudriñó los borrosos símbolos, incapaz de descifrar el significado que Raleigh sí había descifrado. Puede que un día aprendiese a leerlos. Pero ¿quién se encargaría de

enseñarle? ¿Isabel?

Dejó la carta a un lado.

—Es el doctor Dee quien debería implorar perdón —repuso—. ¿Dónde está ahora?

—Es probable que se haya marchado del país. Lo siento.

Raleigh se estremeció. Una corriente feroz entró por la ventana rota en la estancia, y aunque hubiesen querido tajarla con algo no habrían podido, porque

Piquitos había hecho del alféizar su residencia y no quería moverse de allí.

—¿No podría ir a buscarlo? —dijo Alyce señalando al cuervo, que ladeó la cabeza para mirarla con su ojo negro bueno.

—Lo he hablado con Bess, pero ella quiere que se quede aquí, protegiéndoos.

No tenía dudas al respecto.

—Podría protegerme ella misma si quisiera... —murmuró Alyce.

—Alyce —dijo Raleigh con severidad—. Tenéis que parar. Isabel no os deseaba nada de esto. Poneos en su lugar ahora. Sabe que María Estuardo quiere

destronarla, o la quiere muerta, y ahora parece ser que es capaz de salir de prisión cuando le viene en gana. Su consejero más fiel la ha traicionado, y el secreto de su hija está en las peores manos. Sumad a eso los cientos de católicos, españoles, franceses y los que sean que siempre están intentando asesinarla. Y, para colmo, aún tiene que ocuparse de los asuntos de la Corte y reinar sobre sus

súbditos. No puede olvidarse de todo esto sin más y venir a veros de inmediato.

Quiere veros. Más que nada en el mundo. Esto le rompe el corazón. Pero es la

reina, Alyce.

Alyce se mordió los labios en silencio. Le costaba compadecerse de una

madre que había estado ausente durante toda su vida. Pero empezaba a

comprender que, por la misma precisa razón, era difícil juzgarla. Era sencillo: no la conocía. Todo lo que quería era hablar con ella.

—¿Dónde está? —quiso saber.

—De camino a las Midlands, en la región interior, para hacerles una visita a

los carceleros de María. Pensamos que continuaremos fingiendo que la reina de

los escoceses sigue en prisión; si se corre la voz de que ha huido, todos sus partidarios, y no hablo solo de las brujas, irán a reunirse con ella. Tendríamos una guerra civil.

«Exactamente como predijo la pareja a la que escuché en El Verdugo», pensó Alyce.

—¿Será ejecutada? Si Isabel la encuentra, quiero decir.

Raleigh negó con la cabeza.

—Siempre ha sido uno de los principios de Isabel no dar muerte a ninguno de los suyos, especialmente a alguien que fue tan cercano en el pasado. Tengo el presentimiento de que...

Hizo una pausa.

—¿De qué?

—De que Isabel sigue pensando que puede traer de vuelta a María. De vuelta al redil, por así decirlo. De vuelta al verdadero Aquelarre. En cualquier caso, ejecutar a María es una invitación tan grande a la guerra civil como dejarla en libertad. Sus partidarios no lo tolerarían. Todo resulta endiabladamente complicado.

Ambos se sumieron en un silencio contemplativo. *Piquitos* graznó y voló hasta una de las estanterías de libros.

—¿Y qué pasa conmigo?

—¿Con vos?

—¿Qué piensa hacer Isabel conmigo?

Raleigh la miró con la misma expresión de lástima que Solomon había puesto

una vez.

—No lo sé, tenemos que pensarlo.

—Yo ya lo he pensado —dijo Alyce sin rodeos.

—¿Ah sí?

—Sí. Pero necesitaré vuestra ayuda.

—¿Mi ayuda?

—Cuando me trajisteis aquí anoche...

—Sí...

—Y me demostrasteis lo buen marinero que sois...

—Sí... —Alyce pudo ver que Raleigh recuperaba un poco de su mirada divertida.

—Hablamos del Nuevo Mundo.

—Hablamos.

—Llevadnos allí.

—¿Llevadnos? —repitió. Alyce podía ver la pena en sus ojos, y eso la enfureció.

—Solomon saldrá de esta. Solo necesito un poco más de tiempo con él.

—Supongamos que sobrevive... ¿por qué el Nuevo Mundo?

—No tengo nada que me ate aquí —continuó Alyce—. Ni Solly tampoco. Eso

me mantendría fuera del alcance de María, fuera del alcance de los cazadores

de

brujas. Isabel no tendría que preocuparse nunca más porque su hija aparezca inesperadamente. Una vida totalmente nueva. La próxima vez que crucéis el Atlántico, arrojadnos a la bodega con el resto del cargamento. ¿Sí?

—Alyce, no creo...

—Lo digo en serio, Walter. No quiero pasar el resto de mi vida en alguna casucha inglesa, siempre con miedo a que llamen a la puerta. En el Nuevo Mundo no hay cazadores de brujas, ¿verdad?

—No —dijo Raleigh—. Al menos, no de momento.

—Pues mejor.

Una mirada perdida de concentración cruzó el rostro de Raleigh, como siempre que se recogía para discutir algo consigo mismo. Luego, inesperadamente, sonrió.

—Muy bien. Se lo comunicaré a vuestra madre.

Se puso en pie y se encajó el sombrero en la cabeza.

—¿Marcháis ya? —dijo Alyce—. ¿A Whitehall?

—No de inmediato. Primero tengo que resolver unos asuntos aquí. Entre otras

cosas, tratar de explicarles a los guardias por qué alguien ha caído de la ventana más alta del torreón noreste esta mañana. Pero preguntaré a vuestra madre tan pronto se presente la ocasión.

—Gracias, Walter.

Raleigh miró el cuerpo de Solomon, untado con ungüentos y cubierto con una

almazuela de muselina.

—¿Estáis segura de que no preferís que me quede?

—No hace falta. Creo que me gustaría estar a solas con él.

Raleigh sonrió con tristeza e hizo una reverencia. No había nada que decir.

Cuando la cerradura emitió un sonido metálico detrás de él, un extraño resuello escapó de los labios azules de Solomon. Alyce se acercó a él deprisa.

Piquitos graznó lastimeramente.

—¿Solomon? ¿Puedes oírme? —Empapó la esponja en el cuenco y se la pasó por la frente—. Soy Alyce.

El chico jadeó y arqueó la espalda.

—¡Solomon!

No produjo ningún otro sonido. Su pecho se hinchó y se deshinchó, se hinchó y se deshinchó. Y después solo se deshinchó.

—¿Solomon? —susurró Alyce. Frotó los fríos dedos del chico entre los suyos,

intentando devolverles la vida. Luego apoyó la cabeza en su pecho y dejó correr

las lágrimas sobre su piel blanca y suave.

No supo cuánto tiempo permaneció así, pero en algún momento se enjugó los ojos y reafirmó su determinación.

Con calma, se puso en pie y cerró la puerta por dentro. Luego se secó los

ojos,

fue al escritorio y sacó los dos libros que había escondido detrás de los estantes de hierbas de la reina. Uno era el *Necronomicón*. El otro era el *commentarium* del doctor Dee.

Durante la ausencia de Raleigh se las había arreglado para bajar a las catacumbas y rebuscar entre las ruinas del espeluznante laboratorio del doctor.

Lo encontró en un banco de trabajo, cubierto de huellas de sangre; un libro no más grande que un diario, escrito en inglés pero también en su propio sistema de

runas y glifos. En él se hallaban todos los secretos que el doctor había obtenido

del libro negro. Explicaciones. Traducciones.

El corazón le latía deprisa, notaba el pecho ligero y despejado. Intentó espantar a *Piquitos* del estante, pero el cuervo solo dio un saltito a un lado. Le graznó y le pellizcó una mano, como si supiera con certeza lo que Alyce iba a hacer.

Pero no tenía elección, se repitió a sí misma mientras se sentaba junto a Solomon.

De nuevo, el cuervo graznó, más fuerte que antes.

Alyce no le hizo caso, y hojeó las ennegrecidas páginas de ambos libros hasta dar con el encantamiento que necesitaba. Los apoyó sobre las inmóviles costillas

de Solomon y se puso manos a la obra.

Plymouth

Un mes después

Alyce nunca había visto el mar. Algo en la sal del aire, el chirrido de las galeras y el ajetreo de los marineros agolpó la sangre en la superficie de su piel y le puso los pelos de punta. Detrás de las líneas de mástiles y aparejos, las gaviotas sobrevolaban distraídamente las aguas profundas, llamando a quienes estaban en la costa, desafiándoles a unirse a ellas. Alyce sentía que sus gritos eran para ella y nadie más que ella.

Era un día gris y borrascoso, pero Alyce podría haber permanecido en el paseo

marítimo durante horas. Mientras divisaba el horizonte, notó una mano sobre su

hombro, que luego se deslizó por su brazo y se entrelazó con sus dedos.

—Vamos, hace un frío que pela...

Se volvió y vio el rostro de Solomon, rosa por efecto del gélido viento; los ojos y la nariz le goteaban un poco. Mirándolo, nadie habría podido imaginar todo lo que había sufrido. Como tampoco podía imaginarlo él mismo.

—Me gusta este sitio —dijo Alyce volviéndose de nuevo a mirar el mar.

Racionalmente, sabía que no tenía motivos para sentirse culpable. Solomon estaba vivo y se encontraba bien. Eso era todo lo que importaba. Pero entonces,

¿por qué tenía un nudo en el estómago?

Solomon le soltó la mano.

—Como quieras, pero Walter dice que el barco no estará a punto hasta

mediodía, y nos invita a todas las copas. —Sonrió y se sorbió ruidosamente la nariz.

—Voy contigo si dejas de hacer eso... —dijo Alyce.

—Lo siento. Los pañuelos no figuraban entre las prioridades de mi lista de cosas necesarias para viajar a la otra punta del mundo.

Alyce rebuscó en los pliegues de su vestido —regalo de Raleigh— y sacó un delicado cuadrado de encaje, que le estampó bajo la nariz.

—Oh, gracias.

Solomon se sonó ruidosamente, y cuando volvió a bajar el rostro para mirarla,

se retorció de dolor. Se llevó una mano al corazón.

—¿Te sigue doliendo?

El muchacho asintió.

—Pues entonces vamos a buscarte un poco de vino. El que tienen aquí obra más milagros que cualquiera de las pociones que yo pudiera prepararte.

La pareja dio la espalda al muelle y deambularon por la calle, esquivando caballos, carros y bandas de escandalosos marineros, hasta que llegaron a la puerta de la Fonda de la Sirena.

El comedor de El Cisne era bastante formal comparado con este lugar. Era de

buena mañana, pero el tugurio estaba repleto, hasta su bajo techo combado, de hombres de fortuna, y muchos malaventurados, que se diría que habían

empezado a beber la tarde anterior sin percatarse de que la noche había venido y

se había ido. Todo eran rostros curtidos o con algún tipo de cicatrices, incluso los de los grumetes, que eran más jóvenes que Alyce o Solomon pero parecían doblarles la edad como mínimo.

Las canciones y las bromas resonaban en las vigas de madera, y en un rincón

Alyce vio a Walter Raleigh, que reía a mandíbula batiente con un viejo lobo de

mar cuya camisa estaba salpicada de cerveza y cuya nariz parecía una ciruela gigante marchita. Con su elegante jubón gris y sus aretes de perlas relucientes bajo los rizados cabellos, Raleigh no podía haber parecido más fuera de lugar. Y,

aun así, a los parroquianos de La Sirena parecía traerles sin cuidado.

Raleigh los vio, se excusó ante el anciano marinero y los acompañó a una mesa junto a la ventana. Los gruesos y sucios cristales no impidieron que Alyce

siguiera viendo el suave cabeceo de los barcos en la bahía desde donde estaba sentada.

Raleigh los dejó un momento y volvió con tres tazas de vino.

—Saboread esto. La mayor parte del vino se avinagra al cruzar el Atlántico.

—Levantó su taza para brindar—. Por los nuevos comienzos.

Los tres sorbieron en silencio.

—¿Cuánto tiempo estaremos en el mar? —preguntó Solomon.

—Diez semanas —repuso Raleigh—. Quizá más, dependiendo de los vientos.

Había algo extraño en la forma en que miraba a Solomon, decidió Alyce.

¿Sospecharía algo? ¿O eran imaginaciones suyas? Para él, la recuperación de Solomon tenía que haber sido milagrosa.

Solomon tragó el vino e hizo una mueca que podría haber sido tanto una reacción al sabor como a la respuesta de Raleigh, o ambas cosas. Pero entonces

le brillaron los ojos y se inclinó con complicidad.

—Pero llevamos a una bruja a bordo —dijo—. Estoy seguro de que puede conjurarnos un clima favorable, ¿a que sí?

Se volvió y arqueó una ceja mirando a Alyce, que lo miró con desaliento.

—Yo mantendría la brujería bajo mínimos, jovencita —dijo Raleigh—. Los marineros son casi tan supersticiosos como los actores.

Alyce intentó cambiar de tema.

—¿Qué haréis cuando lleguemos? —preguntó.

—Quedarme algún tiempo. Algunos miembros del Aquelarre ya están establecidos allí. Querrán tener nuevas de Isabel. Y, cómo no, querrán gozar de

mi encantadora compañía el máximo tiempo posible —dijo sonriendo.

—Pero ¿después regresaréis a Inglaterra?

—Sí. —Hizo una pausa—. Volveré en cuanto pueda, pero sospecho que tendré

que pasar más tiempo en Londres, ahora que el doctor Dee ha terminado exiliándose. Intuyo que vuestra madre y yo trabajaremos codo con codo a partir

de ahora. Quizás, un día, haga la travesía al Nuevo Mundo conmigo.

Alyce asintió y miró por la ventana la negra pizarra que era el mar.

—Se me hará raro vivir sin hablar con ella.

Raleigh no respondió, limitándose a observar los posos de su taza.

En el mes transcurrido desde los sucesos de la Torre, Isabel no había logrado ir a verla una sola vez. Tal vez, pensó Alyce, debería de estar agradecida por ello. Estaba segura de que Isabel se habría dado cuenta del encantamiento, de que habría notado algo raro en Solomon. O, simplemente, habría leído la culpabilidad en los ojos de Alyce.

«No —se dijo Alyce—, no hay nada de lo que sentirse culpable. Solomon está

vivo y se encuentra bien. No tuve elección.» Además, a veces se sorprendía a sí

misma repitiendo las palabras de María Estuardo: «No es antinatural. Somos nosotros quienes definimos qué es natural».

Cuando Solomon se hubo recuperado por completo, los llevaron a ambos clandestinamente a una casa de campo en algún punto del sur de Londres. Y aun

así su madre no había ido a visitarla.

Alyce también fue a ver a la señora Thomson antes de marchar de la ciudad.

Su despedida había sido breve y rara, puesto que Alyce pudo contarle a la vieja

posadera muy poco de lo sucedido ni adónde se dirigía. Martha, se complació en

saber, había recibido una buena azotaina y había sido inmediatamente despedida

en cuanto se supo que era una traidora y había revelado el paradero de Alyce a

Hopkins y a Caxton.

Hopkins y Caxton. Se estremeció al recordarlos de nuevo. Raleigh no los había juzgado dignos de un entierro y ordenó que sus cuerpos fueran envueltos

en cadenas y arrojados al Támesis, cerciorándose esta vez de que Caxton no siguiera respirando.

Apuraron sus bebidas y hablaron de cosas más ligeras, y Raleigh invitó a su mesa al hombre de la nariz de ciruela para jugar una partida de cartas. Una hora

después, apartaron sus taburetes y se dirigieron al muelle. El estómago de Alyce

dio una pequeña voltereta cuando llegaron al barco de Raleigh.

El *Gloriana* era un buque pequeño pero de hermosas líneas, con tres mástiles y un extenso castillo de popa profusamente decorado. A medida que Alyce se acercaba al barco, la erosión y los daños en las tallas se hicieron más visibles, pero esto solo hizo que lo encontrara más encantador.

Muy por encima de sus cabezas, con aspecto erizado y gélido en lo alto del mástil principal, Alyce pudo ver a *Piquitos*, que los observaba mientras embarcaban. El cuervo la había seguido a todas partes desde que había

abandonado la Torre. Alyce no habría puesto la mano en el fuego, pero, por su

forma de pasearse por la cofa del vigía, se inclinó a pensar que el cuervo se avergonzaba de compartir espacio con una banda de gaviotas de tres al cuarto.

Raleigh interpeló a un hombre en cubierta, que a Alyce le pareció ser la única persona en todo Plymouth que iba igual de bien vestida que Raleigh.

—¡Sir Humphrey! ¡Tengo a nuestros dos polizones!

El caballero más anciano vino a su encuentro mientras ellos subían la pasarela, meciéndose un poco con el cabeceo del barco.

—Dichosos los ojos, Walter. La totalidad de la tripulación está presente, el equipaje y las provisiones están almacenados, el viento sopla de suroeste.

Estamos casi a punto de zarpar.

Alyce se volvió hacia Solomon.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? Vas a dejar atrás muchas cosas.

—¿Cómo cuáles? ¿A maese Adams? No puedo imaginar que me quieran en la

compañía después de lo ocurrido en Whitehall. ¿A mi padre? Hace años que me

dejó claro que no quería volver a verme. Y tengo la sensación de que si mi madre pudiese verme, le parecería buena idea. Es más, habría insistido en que me marchara. Podría casarme con alguien de la realeza. Ni siquiera mi padre le

pondría pegas a eso.

—Um. ¿Quién va a casarse? —dijo Alyce.

—Nadie. —Solomon se tiró de la gorguera—. Solo me refería... Era una broma. Supongo.

Alyce rio.

Tan pronto estuvieron en cubierta, sir Humphrey se llevó aparte a Raleigh e intercambiaron unas palabras que Alyce no pudo oír. Luego subió a la proa del

barco para vigilar las jarcias de la arboladura, para el evidente fastidio de los

marineros que transportaban las sogas.

Raleigh se volvió hacia los dos con una mirada extraña.

—El capitán desearía hablaros en su camarote. Le gusta conocer el carácter de

sus pasajeros.

Alyce y Solomon se miraron y fruncieron el ceño.

—Creí que sir Humphrey era el capitán...

—Su cabina está en la parte de atrás —dijo Raleigh, haciendo caso omiso de su comentario e indicando el camino con el dedo. Los dos comenzaron a cruzar

la cubierta, pero extendió un brazo para detener a Solomon—. Me refería solo a

Alyce.

Confundida, Alyce fue hasta la puerta del castillo de popa, la abrió y penetró en la oscuridad interior.

El camarote del capitán estaba iluminado por un par de lámparas de aceite que

colgaban de la pared trasera y tintineaban suavemente en sus cadenas al ritmo del cabeceo del *Gloriana*. En medio había un escritorio grande cubierto de mapas, un globo, brújulas, sextantes y otros aparatos náuticos y, tras él, el capitán, la cabeza casi oculta por un sombrero plumado de ala ancha, estudiaba

el material que tenía delante.

Alyce se aclaró la garganta.

—¿Queríais verme, señor?

El capitán levantó la vista y a Alyce casi le da un pasmo.

—No entiendo cómo te las arreglabas —dijo una voz que jamás habría esperado oír—. Estos calzones son insufribles.

Quien la miraba tenía el mismo rostro blanco que había visto por última vez en las profundidades de la Torre, los mismos ojos negros y tristes.

La reina Isabel se levantó de la silla, revelando su atuendo al completo: un chaleco de piel desgastada, un cinturón ancho de piel negra, unos calzones que

parecían muy pesados y como hechos de alguna especie de piel animal no tratada y un par de botas que le llegaban hasta las rodillas.

—No es muy convincente, ¿verdad? Vos teníais un aspecto mucho más logrado, creo.

Isabel avanzó unos pasos hasta colocarse a la luz de las lámparas, y Alyce vio claramente el rostro de su madre por primera vez. Su tez aparecía blanqueada y

demacrada, las cicatrices de la viruela demasiado profundas para desaparecer bajo el maquillaje. Parecía más que exhausta, como el pobre anciano maese Makepiece, solo que lo llevaba con más dignidad. Alyce sintió pena por ella, inesperadamente.

—Perdóname —dijo Isabel—. Por todo.

Alyce no supo qué decir. Ya no estaba enfadada. No sabía cómo se sentía.

Acaso un poco triste, por las dos.

Su madre le cogió la mano.

—Sois valiente. Más que yo. —Apartó un rizo rojo de los ojos de Alyce—.

Ojalá mis cabellos siguieran siendo así.

—¿Qué habrías escogido? —preguntó Alyce.

Isabel pareció sorprendida.

—¿Cómo?

—Cuando María os pidió que eligierais entre yo y el trono. ¿Qué habrías escogido si yo no hubiera logrado escapar?

—A vos, Alyce —dijo—. A vos, una y mil veces.

—Entonces ¿por qué me abandonasteis?

Isabel tomó las manos de su hija.

—No os abandoné, Alyce. Tenía que protegeros.

—¿Y no podría haber vivido con vos en palacio?

—¿Cómo? ¿En calidad de princesa? ¿Siempre expuesta, siempre teniendo que

ocultar lo que sois de verdad? No se lo desearía a nadie. Eliminar la brujería es

peligroso. Es mucho más fácil, mucho más seguro, ser una bruja lejos de la Corte, lejos de la ciudad. —Suspiró—. Pero no lo bastante seguro, al parecer. Ni

siquiera con el viejo fiel *Piquitos* vigilándoos. Ni siquiera con Ellen.

Alyce recordó su choza en Fordham, cuando veía a su madre darle restos de comida al desaliñado pájaro negro. Sí, seguía pensando en Ellen como en su madre; era imposible no hacerlo, ni siquiera en presencia de su verdadera

madre.

—Sigo echándola de menos.

—Lo sé.

—María dijo que podía traerla de vuelta. De entre los muertos. —Solo cuando

las palabras salieron de su boca comprendió Alyce que estaba hablando más de

sí misma que de María. Era casi como una confesión. ¿Se daría cuenta su madre

cuando viera a Solomon?

—No dudo de que sería capaz de ello. Las brujas como ella llevan siglos entrenándose para desafiar a la muerte. Dee pretendía lo mismo, y ya visteis adónde le llevó eso. Visteis su laboratorio. Traer de vuelta a Ellen habría sido una abominación. Eso es lo que nunca debemos hacer, como miembros del

verdadero Aquelarre. Nos comunicamos con el Otro Lado, sí, y podemos

prohibirlo dondequiera y cuandoquiera que se desparrame sobre nuestro mundo.

Pero eso es todo. Estamos aquí para garantizar el equilibrio. La muerte es la muerte. Es el final. Y todas las cosas deben tener su final, cuando les llegue la

hora.

Alyce tragó con fuerza.

—Tuve la tentación —dijo, como si eso fuera una confesión a medias— de aceptar el trato de María. De unirme a sus filas.

—Pues claro que tuvisteis la tentación. ¿Quién no la habría tenido? La muerte

está con nosotros desde el momento en que nacemos, seamos quienes seamos.

La Gran Sombra siempre está ahí. Pero hemos de decidir si tratamos a la sombra

como a un enemigo que nos persigue o meramente como a un amigo que nos acompaña. Si una elige lo primero, entonces se pasará la vida intentando huir de

ella, intentando derrotarla... y nunca lo conseguirá. —Hizo una pausa—. Siento

lástima por ella. Por María. Ha perdido mucho. Y la necromancia es muy prometedora.

Isabel fue detrás de la mesa y sacó un libro calcinado, encuadernado en piel, de debajo de una pila de cartas náuticas.

—Encontramos esto en la Torre —dijo entregándole el *Necronomicón*.

No se había quemado, comprendió Alyce con horror. Se balanceó sobre sus talones nerviosamente. El *commentarium* se había consumido en llamas tan pronto como tocó el brasero, pero el libro negro había sobrevivido de alguna manera.

—¿De dónde lo sacasteis? —preguntó Isabel.

—Era de Solomon. Pertenece a su madre.

La reina asintió.

—Conozco a Anne Harper. Sé que María la engañó, como a tantos otros.

—Me daba miedo —dijo Alyce sinceramente—. Solo quería deshacerme de él, así que lo eché al fuego. Sé que es un libro prohibido. —Y entonces mintió—.

No lo usé.

—Bien. —Isabel recuperó el libro y la miró largo y tendido—. Aunque sospecho que no os haría falta.

Alyce sintió que las cosas empezaban a desenmarañarse.

—¿A qué os referís?

—Podéis hacer cosas, ¿verdad? Sin el libro. Lo vi el día de la representación.

Lo vi en la Torre. Podéis invocar a los muertos. Podéis hacer que influyan en las

cosas que os rodean.

El barco crujió en la pausa.

—No sé... —dijo Alyce—. Sí. A veces. Lo siento. —No sabía por qué estaba disculpándose—. No era mi intención. No sé cómo lo hago.

—Es un don —dijo Isabel, y aunque sonreía, sus ojos traslucían compasión—.

Pero es un don que habéis de utilizar con el mayor de los respetos.
¿Recordáis lo

que le dije a María? ¿En la Torre?

Alyce asintió.

—No hay nada malo en hablar con los muertos. Pero permitir que vuelvan a nuestras vidas es peligroso. Cada vez que eso ocurre, las fronteras entre este mundo y el siguiente se debilitan. Y, en cierto punto, estas fronteras dejarán de

existir y el Otro Lado nos arrollará. Eso es lo que conseguiría María: inundar nuestro mundo con los muertos errantes y con el resto de criaturas que vienen con ellos. —Alyce tragó con sequedad—. Además, los muertos no son nuestros

esclavos. No podemos obligarles a obedecer nuestras órdenes. El único deseo...

—Nuestra compañía. Lo recuerdo.

—¿Ellen os dijo eso?

—Sí.

Isabel sonrió.

—Os educó bien. Mejor de lo que yo habría podido. —Sus ojos brillaron un instante y luego pestañearon un par de veces—. No olvidéis sus enseñanzas, Alyce. Y no olvidéis escuchar. El gran pulso del mundo. El alba y el ocaso, el verano y el invierno. Todo lo que vive y muere, por siempre jamás.

Se oyó un coro de gritos en el exterior del camarote.

—Tengo que irme, mi amor. Si este barco zarpa conmigo a bordo, no quiero ni

pensar en lo que serían las consecuencias.

Besó a su hija en la mejilla y la estrechó entre sus brazos.

Alyce no sabía cómo sentirse. Intentó con todas sus fuerzas imaginar que era su madre quien la abrazaba, pero no le resultaba fácil. Se sonrojó, pero no tenía

la certeza de si era de embarazo, tristeza, afecto o una extraña mezcla de los tres.

—¿No hay manera de que vengáis con nosotros? —se oyó decir.

—Ninguna en el mundo —dijo Isabel con una triste sonrisa—. María sigue viva como mínimo, eso si no está perfectamente sana y salva. El doctor Deeno

dudará en probar su suerte de nuevo en algún punto del futuro. Quedan muchas

cosas que hacer aquí. —Hizo una pausa, y las lágrimas brotaron de sus ojos —.

Perdonadme —dijo una vez más—. Espero que podamos vernos otra vez.

Entretanto, sé que no podéis quererme, pero intentad tenerme en mayor estima.

Después de estas últimas palabras desapareció, dejando a Alyce sola con todas

las preguntas que sabía debía de haber formulado. Esperó unos minutos, pensando, meciéndose suavemente con el barco.

Su padre. No había preguntado por su padre.

Alyce salió corriendo del castillo de popa y recorrió la cubierta con la esperanza de darle alcance, tal vez en el muelle.

No había rastro de ella. Únicamente la tripulación y Solomon, que aguardaban

debajo del palo mayor.

—El capitán acaba de bajar del barco —dijo con expresión perpleja.

—¿El capitán? Oh... —Así que su madre había conseguido darle gato por

liebre—. No era el capitán.

Juntos, caminaron hasta la proa, mientras retiraban la pasarela, soltaban amarras y desplegaban las velas. Los marineros se hablaban a voces, y Alyce y

Solomon comentaron entre susurros lo que había ocurrido en el camarote.

Pronto el *Gloriana* zarpó de la bahía con las gaviotas revoloteando en círculos alrededor del mastelero, la proa hendiendo las negras olas.

—¿Te acuerdas de los libros que me diste? —dijo Alyce una vez se hubieron alejado del puerto.

Solomon frunció el ceño.

—Sí...

Alyce pensó en contárselo todo, pero cambió de parecer en el último segundo.

—Bueno... pues los he perdido.

—Ah, no pasa nada.

—¿De verdad? No eran míos, realmente.

—¿De qué estás hablando? Eran un regalo. No importa. Eso me recuerda que tengo algo para ti... —Eché un vistazo por encima del hombro para comprobar

que ningún tripulante estuviera mirando y revolvió en la cartera que llevaba colgada al hombro. Sacó un pequeño muñeco de paja—. Hice esto cuando fuiste

a despedirte de la señora Thomson. De memoria. Sé que perdiste el tuyo. —
Se

atusó la gorguera—. Tuve que cortarte un mechón de pelo para hacerlo.
Estabas

dormida. Lo siento.

Alyce cogió el muñeco con mucho cuidado.

—Gracias, Solly. —Lo miró en la palma de su mano y recordó la última vez que el chico le había entregado una figurilla de paja, en El Cisne, hacía una eternidad—. Sigue pareciéndose un poco a un gusano.

—Bueno, se hace lo que se puede. —El chico sonrió con tristeza, y ella lo besó.

Se levantó viento que barrió sus risas por todo el barco hasta la popa. Se arrimaron un poco más para darse calor, y se sumieron en un satisfecho silencio.

Piquitos bajó volando de la cofa del vigía y se encaramó a la punta del bauprés del barco. Inglaterra desapareció detrás de ellos, y con ella los gritos de los tripulantes, hasta que tuvieron la sensación de estar completamente solos en la proa.

Ninguno de los dos miró atrás mientras, cogidos de la mano, eran transportados por el piélagos.

Nota histórica

La historia de Alyce transcurre en un momento de grandes cambios y convulsiones en la historia de Europa. Confusión en la Iglesia cristiana, avances

en la ciencia, misteriosos rincones del globo descubiertos, cartografiados y disciplinados: todas estas cosas movieron a más y más personas a cuestionar la

verdad del mundo y su lugar en él. Los cazadores de brujas estuvieron en el centro de esta incertidumbre e inquietud. Las sociedades europeas necesitaban cargarle la culpa a alguien, y las brujas encajaban en el perfil; en numerosos aspectos, los padecimientos de las mujeres a manos de los cazadores de brujas fueron los albores de nuestro moderno e «ilustrado» mundo occidental. Fueron unos tiempos anteriores a que la magia, la ciencia y la religión pudieran definirse fácilmente como cosas separadas.

La hora de las brujas es la historia de lo que podría haber sucedido en segundo plano. La reina Isabel y María, reina de los escoceses, como mujeres poderosas, fueron acusadas de brujería, lo mismo que sus madres. Isabel recibía

asesoramiento del doctor John Dee, que existió de verdad y fue un astrónomo, astrólogo, alquimista, filósofo y matemático extraordinario, el cual afirmaba que

podía hablar con los ángeles y los muertos. Hasta el mismísimo sir Walter Raleigh (que en la época de este libro todavía no era «sir») fue implicado en la

Escuela de la Noche, una supuesta sociedad secreta de ateístas y ocultistas.

¿Tuvo Isabel, la reina Virgen, realmente una hija ilegítima? En fin, no hay pruebas que insinúen tanto, y le habría sido muy difícil ocultar la verdad durante y después de su embarazo. Pero, si fue realmente bruja —y una bruja reina para

más inri—, no hay duda de que pudo ocultar su rastro de maneras inimaginables...

Agradecimientos

Vaya mi agradecimiento a las siguientes personas, y mis disculpas a quienes haya olvidado inevitablemente:

Alice Glover, que empezó todo esto; Julian Dickson, la primera persona que

pensó que el libro merecía una lectura, y la única razón por la que seguí escribiendo; mi agente Jane Willis, por su sabiduría, apoyo y amabilidad; Naomi

Colthurst por su valioso asesoramiento editorial en las primeras etapas; todos los colegas, por su entusiasmo y fe en el proyecto, pero en particular Barry y Rachel, por darme una oportunidad, y mi editora Kesia, por captar todas mis referencias a *Star Wars* y sintonizar con mi libro más de lo que jamás habría podido desear; Tuulevi, Sandra y Andrew, Titus y Carrie, que me dejaron escribir en sus casas; los lectores y fans en general Joelle, Vic (perdón por quedarte casi ciego), Ben, Anna, Emerald, Chris, Will L., los formidables Bunhill (Will D., Mary, Dave, Sarah) y los hermanos Bowling por sus

pensamientos, ideas y camaradería; y Steph, la mejor crítica y correctora del mundo, que leyó la historia más que nadie y estuvo ahí para lo bueno y para lo

malo.

Los escritores y las personas inteligentes en quienes me he inspirado para los datos históricos son demasiado numerosos como para ser mencionados al

completo, pero entre mis compañeros constantes se cuentan Catherine Arnold, Antonia Fraser, Ian Mortimer, Liza Picard y Anne Somerset. Este libro no habría

sido posible sin su trabajo (mucho más académico).

Nicholas Bowling

Es autor, dibujante de cómics, músico y profesor de latín en Londres. Licenciado

en Literatura Clásica e Inglesa por la Universidad de Oxford, en la actualidad da

clases en la Trinity School. Mientras escribía esta novela, debutó como actor en

el Festival de Edimburgo. *La hora de las brujas* es su primera novela.

Notas

1. Los familiares eran demonios con forma animal que acompañaban y servían a las brujas.

Título original: *Witchborn*

© 2017, Nicholas Bowling

Primera publicación en lengua original inglesa en 2017 con el título *WITCHBORN* por The Chicken House, 2 Palmer St, Frome, Somerset, BA11 1DS, UK.

Todos los nombres de personajes y lugares que aparecen en este libro son © NICK BOWLING, 2017 y no pueden usarse sin permiso.

El autor / ilustrador hace valer sus derechos morales.

Todos los derechos reservados.

© de la ilustración: 2017, Erica Williams

Primera edición: abril de 2018

© de la traducción: 2018, María Enguix Tercero

© de esta edición: 2018, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417167585

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

[Dedicatoria](#)

[Mapa](#)

[Epígrafe](#)

[Fordham, Essex](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[XXVI](#)

[XXVII](#)

[XXVIII](#)

[Plymouth](#)

[Nota histórica](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

Document Outline

- [Cubierta](#)
- [Portada](#)
- [Acerca de...](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Mapa](#)
- [Epígrafe](#)
- [Fordham, Essex](#)
- [I](#)
- [II](#)
- [III](#)
- [IV](#)
- [V](#)
- [VI](#)
- [VII](#)
- [VIII](#)
- [IX](#)
- [X](#)
- [XI](#)
- [XII](#)
- [XIII](#)
- [XIV](#)
- [XV](#)
- [XVI](#)
- [XVII](#)
- [XVIII](#)
- [XIX](#)
- [XX](#)
- [XXI](#)
- [XXII](#)
- [XXIII](#)
- [XXIV](#)
- [XXV](#)
- [XXVI](#)

- [XXVII](#)
- [XXVIII](#)
- [Plymouth](#)
- [Nota histórica](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Sobre el autor](#)
- [Notas](#)
- [Créditos](#)